

*Devocionario  
de la Virgen de la Luz*



IDAD AUT

CCIÓN GEN



6

BX2162

.L9

C53

1901

c.1

012286



1080023369



EX LIBRIS

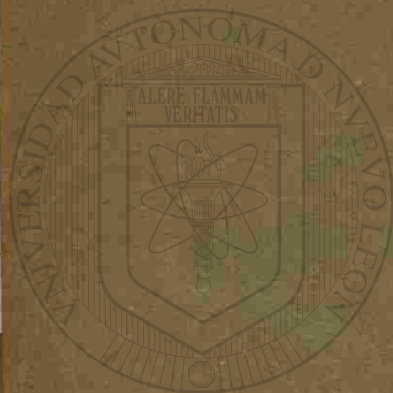
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



-----  
Biblioteca Manual del Cristiano

III

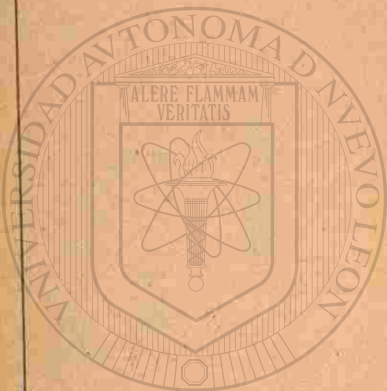
DEVOCIONARIO

DEDICADO A NUESTRA

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ  
-----

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



# DEVOCIONARIO

DEDICADO Á NUESTRA

## Madre Santísima de la Luz

PARA HONRARLA EN SU ADVOCACIÓN

CONTENIENDO SU HISTORIA, TRIDUOS  
NOVENAS, MES, VARIAS DEVOCIONES Y MISA  
SEGÚN LA VIGILIA

ORDENADO POR

Don Gabino Chavez

Presbitero de la diócesis de Linares



Segunda edición — Con licencias  
*Capilla Alfonsina*  
*Biblioteca Universitaria*

48296

MÉXICO

HERRERO HERMANOS, EDITORES

10, Callejón de Santa Clara, 10

1901



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

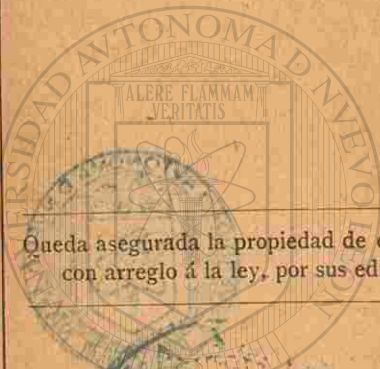
Biblioteca Valverde y Tellez

BK 2762

19

053

1901



Queda asegurada la propiedad de esta obra,  
con arreglo á la ley, por sus editores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

MÉXICO. — Talleres de la Librería Religiosa.



## AL LECTOR.

Hace algún tiempo encomendáronnos con grande empeño los laboriosos editores católicos Sres. Herrero Hermanos la formación de un Devocionario dedicado exclusivamente á nuestra Madre Santísima de la Luz, trabajo que aceptamos gustosos tratándose de la patrona venerabilísima de nuestra diócesis.

Hemos, pues, reunido lo antiguo con lo nuevo, corrigiendo multitud de erratas que se deslizan en esos rezos frecuentemente reimpresos, y ajustando todo á la sana Teología, cosa en que la devota sencillez de los que escriben tales piezas deja mucho que desear.

Se han puesto igualmente varias novenas, por ser práctica de mucho uso entre las almas piadosas, siendo unas breves y otras más copiosas, para adaptarse á los varios gustos y circunstancias de los fieles. Añadimos una Octava, que llamamos *Luciente* por componerse toda de símbolos luminosos, formada de unas devotísimas con-

012286

templaciones del Idiota, que traducimos del latín, y preces sacadas de los dichos de los Padres y célebres Doctores, sin haber un solo título que no les pertenezca.

Armamos del mismo modo unas Letanías, pues aunque en el culto público se prohíben, en todos los Devocionarios aprobados y autorizados siguen presentándose muchas á la devoción privada de los fieles.

Terminamos con el Mes de María de la misma advocación, compuesto por el presbítero D. Luis Manrique, en cuyos ejemplos hemos suprimido ó modificado varios pasajes que la delicadeza de nuestros días apenas podría tolerar.

La devoción á nuestra Santísima Madre de la Luz no es esclusiva de la diócesis de León, de la que es patrona, y cuya prodigiosa imagen original decora su iglesia catedral. En México, Guadalajara, San Luis de Potosí y otros obispados es muy conocida y venerada.

Todo sea para la mayor gloria de Dios en el culto de su Purísima Madre.

Irapuato, fiesta de San Pedro y San Pablo, 1896.

GABINO CHÁVEZ.



## Noticia de la portentosa imagen

DE NUESTRA

## MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

(Del P. Rincón, S. J.)

### I.



EN la obra titulada *La devoción de María, Madre Santísima de la Luz*, escrita en italiano por un sacerdote de la Compañía de Jesús, y vertida al castellano por el P. Lucas Rincón, de la misma Compañía, al cap. I de la parte primera, párrafos 2.º y 3.º, se lee lo siguiente: «Es fama constante que, deseando un religioso sacerdote<sup>1</sup> consagrar su vida al bien público, empleándola en las santas misiones, y sabiendo ser voluntad del Altísimo que todo bien se derive en nosotros de su gran Madre, según lo asegura San Bernardo: *Omnia nos Deus habere voluit*

<sup>1</sup> El P. Juan Antonio Genovesi, de la Compañía de Jesús, celoso misionero, muerto en olor de santidad, el año de 1748, en Mesina de Sicilia.

templaciones del Idiota, que traducimos del latín, y preces sacadas de los dichos de los Padres y célebres Doctores, sin haber un solo título que no les pertenezca.

Armamos del mismo modo unas Letanías, pues aunque en el culto público se prohíben, en todos los Devocionarios aprobados y autorizados siguen presentándose muchas á la devoción privada de los fieles.

Terminamos con el Mes de María de la misma advocación, compuesto por el presbítero D. Luis Manrique, en cuyos ejemplos hemos suprimido ó modificado varios pasajes que la delicadeza de nuestros días apenas podría tolerar.

La devoción á nuestra Santísima Madre de la Luz no es esclusiva de la diócesis de León, de la que es patrona, y cuya prodigiosa imagen original decora su iglesia catedral. En México, Guadalajara, San Luis de Potosí y otros obispados es muy conocida y venerada.

Todo sea para la mayor gloria de Dios en el culto de su Purísima Madre.

Irapuato, fiesta de San Pedro y San Pablo, 1896.

GABINO CHÁVEZ.



## Noticia de la portentosa imagen

DE NUESTRA

## MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

(Del P. Rincón, S. J.)

### I.



EN la obra titulada *La devoción de María, Madre Santísima de la Luz*, escrita en italiano por un sacerdote de la Compañía de Jesús, y vertida al castellano por el P. Lucas Rincón, de la misma Compañía, al cap. I de la parte primera, párrafos 2.º y 3.º, se lee lo siguiente: «Es fama constante que, deseando un religioso sacerdote<sup>1</sup> consagrar su vida al bien público, empleándola en las santas misiones, y sabiendo ser voluntad del Altísimo que todo bien se derive en nosotros de su gran Madre, según lo asegura San Bernardo: *Omnia nos Deus habere voluit*

<sup>1</sup> El P. Juan Antonio Genovesi, de la Compañía de Jesús, celoso misionero, muerto en olor de santidad, el año de 1748, en Mesina de Sicilia.



*per Mariam*; de modo que todo celestial don, así de naturaleza como de gracia, se nos deba comunicar por el canal de la beneficencia de María, escogió á la Soberana Reina del cielo por conductora y protectora en sus fatigas apostólicas, para que éstas fueran no menos para sí meritorias, que provechosas para el prójimo. Para empeñar más á la Virgen en favorecer sus designios, tuvo pensamiento de llevar consigo, como escolta y compañera inseparable, una imagen en lienzo de la celestial Señora, á fin de que de ella se esperase, á ella se pidiese, de ella se reconociese el fruto de la conversión de los pecadores, que es el único blanco de estas correrías evangélicas. Mas porque las prerrogativas de la Reina del cielo son infinitas, y todas grandes, no sabía resolver por sí mismo en qué forma y postura se debiese idear la sagrada imagen, ni con qué advocación debiese parecer en público. Gastando algún tiempo en esta perplejidad, determinó, por último, explorar la voluntad de la Virgen y, si le fuese posible, saber de ella misma su beneplácito, para ponerla después á la veneración de los pueblos con aquella figura y título que le fuese más agradable.

« Recurrió para esto á la oración de una persona muy devota, de virtud experimentada, y á quien la Virgen no raras veces hacía digna de su celestial presencia, entre-

teniéndola consigo en largos y familiares coloquios; y declarándole su deseo y la perplejidad de su ánimo, pasó á rogarle que supiese de la misma boca de la Madre de Dios cuál fuese su beneplácito. Una mañana, pues, mientras la gran sierva de Dios, después de recibido el Pan de los ángeles, estaba retirada en un rincón de la iglesia, atenta, como acostumbraba, á dar gracias con devoción, arrebatada en Dios, vió venir para sí á la Reina de los ángeles, pero en aspecto fuera de lo común, tan graciosa y amable, que parecía vencerse á sí misma; y tan nueva se le hizo á aquella alma la extraordinaria pompa de belleza, de cortejo y de gloria, en que antes nunca la había visto, que quedó altamente sorprendida. Derramaba del celestial semblante un torrente de luz tan viva, tan copiosa, que, en su comparación, parecía el sol una luciérnaga. La iglesia en que apareció estaba entonces tan circundada de excesivos resplandores, que no acertaba á concebir cómo pudiese ser mayor la luz del eterno día allá en el cielo. Pero los rayos de aquel grande abismo de luz no se estancaban en sus ojos, sino que penetraban como reverberados al corazón, donde, mudados en llamas de ardentísima caridad, lo liquidaban en un néctar de dulcísimo júbilo, tanto, que ella, como náufraga en un mar de contento, no cesaba de contem-

plar aquel rostro, en que aparecían compendiadas todas las bellezas del Paraíso. Una tropa de serafines que la cercaban al vuelo mantenían sobre la cabeza de su Emperatriz una como triplicada imperial diadema. Engalanaban el cuerpo virginal un vestido talar, más lucido que el sol y más blanco que la nieve. Una faja granizada de piedras, las más preciosas del tesoro de las estrellas, le ceñía con hermosura el talle, y de los hombros garbosamente pendía un manto azul, y un escuadrón inmenso de ángeles, en ademán de cortesanos, asistía en hábito de pompísima gala en torno de su Reina. Sobre todo, robaba los ojos y el corazón de aquella alma contemplativa la extraordinaria afabilidad, gracia y benignidad que respiraba el augusto semblante de María Virgen, quien parecía hacer gala en aquel día de mostrarse más que nunca amable, risueña, afable, toda agrado y toda amor. Aumentaba el pasmo el ver á la gran Madre, no sola como otras veces, sino cargando en el brazo siniestro á su divino Hijo, en forma de niño, y Él también con aspecto alegre y risueño.

«Atónita, y como fuera de sí, á tan nueva y extraña visión aquella alma dichosa, principalmente viéndose favorecida más de lo ordinario, porque no solía la Virgen, cuando le aparecía, traer consigo á su celestial prenda en figura de niño, pendiente

de su cuello; no pudiendo más contener sus extáticas admiraciones: «¿Cómo, dijo, prorrumpiendo en dulcísimas lágrimas, á mí, indignísima criatura, tan singulares y sublimes gracias? Y ¿por qué, ¡oh soberana Señora!, me honráis con vuestra presencia en aparato tan extraordinario de belleza, de afabilidad, de esplendores? Y ¿por qué añadís al placer de dejarme registrar vuestro celestial semblante, el júbilo mayor y más vivo de mostrarme á vuestro divino Hijo, que resplandece en vuestro seno, y con excesiva dignación me convida á esperar de Él y de Vos algún favor insigne?» «¡Cómo!, replicó la Virgen, ¿no te acuerdas de la instancia que debes hacerme de parte de aquel religioso que con tanto empeño te lo rogó? Pláceme el atenderlo, y por eso he venido aquí con tanta abundancia de clemencia y de luz, para consolarlo, anticipándome, benigna, á su deseo. Dile que me agrada su obsequioso pensamiento, que admito bajo mi protección su apostólico ministerio, y que quiero ser retratada en lienzo como ahora me ves. Observa bien mi porte, mírame atentamente.» Y al decir esto, inclinándose un tanto, se dejó ver en acción de sacar con su diestra un alma pecadora de la horrenda garganta del infierno, y de tenerla por la

mano estrechamente suspensa, porque no tornara á precipitarse<sup>1</sup>.

«Clavó en ella su atenta vista aquella devota persona, y se le estamparon en la imaginación sus facciones y su porte con tal viveza, que podría sin duda decirse que fué la primera copia que se formó aquella que estampó la Virgen en la fantasía de su sierva, á fin de que pudiese con más puntualidad instruir al pintor y ministrarle la idea del retrato que debía trasladar á la tela. En esto, se acordó aquella alma piadosa que la primera idea del religioso había sido que se representasen en la pintura los corazones de los pecadores en acto de ofrecerse en algún modo á la Virgen, para denotar que de ella se debía esperar y atribuirse su conversión, y por esto suplicó humilde á la Virgen que se dignase de declararle en esto también su beneplácito adorable. Respondió entonces la Señora : «Yo apruebo el designio, y aun quiero que veas con tus propios ojos de qué modo se debe ejecutar el pensamiento.» Y he aquí que se pone de rodillas ante la Virgen un ángel que, teniendo en las manos un cestillo lleno de corazones, se los presentó por el lado izquierdo, donde el divino

<sup>1</sup> La Virgen María no saca á nadie del infierno, pero detiene al alma para que no caiga en él, y eso simboliza el pecador detenido por su mano.

Niño, que estaba en brazos de su Madre, uno por uno los toma, y no menos con la vista que con el tacto, los acalora y los enciende en su amor. «Anda ahora, repitió «aquí la Virgen; y cual yo me he dejado «ver de ti, tal, ni más ni menos, quiero «ser retratada, y con tal divisa invocada «con el nombre de Madre Santísima de la «Luz»<sup>1</sup>. Lo que tan estrechamente inculcó, que tres veces repitió el mandato, diciéndole que quería ser intitulada la Madre Santísima de la Luz, y añadió que cuidase bien no se le olvidara. Continuó después á decirle que las gracias singularísimas con que á menudo manifestaría su celestial protección serían la más segura contraseña que diese fe de su voluntad y agrado. Todo se vió después fielmente cumplido, pues los favores que repartió la Virgen por medio de esta su sagrada imagen fueron en nuestros tiempos, y son todavía tales y tantos, que no bastarían mil volúmenes á recogerlos todos.

«Recibidos de la sierva de Dios los oráculos de la Virgen, llevó al punto la noticia al religioso que se la tenía encargada. Éste, oyendo con humilde ternura y gusto el beneplácito de la Madre de Dios, no dilató un momento la ejecución, y, lla-

<sup>1</sup> No Virgen de la Luz, ni de las Luces, nombres que no expresan la idea de la maternidad divina.

mando á un pintor, antes de conducirlo á la persona que tenía impreso en su ánimo el original, le informó plenamente acerca del modo, idea, facciones, postura, vestido y circunstancias todas de la imagen que debía colorirse en un cuadro. Mas porque ni la devota mujer, tanto por el vergonzoso retiro que á su sexo y estado convenía, como porque las urgencias domésticas la llamaban á otra parte, ni el religioso, ocupado de sus superiores en otros empleos, pudieron asistir al trabajo del pintor, la copia no salió según el deseo, ni según el diseño que había dado la Virgen. Porque, ó fuese traza del enemigo, retado á impedir la empresa de que temía sus mayores daños, ó fuese voluntad de la Virgen, que quería acreditar con nuevas prendas de su gusto la conducta de aquella obra, en tres cosas salió la pintura poco conforme á la idea que se había concebido. La primera, que se veía pintada á los pies una media luna, circunstancia que no había indicado la Virgen. La segunda, que no se miraba delineado aquel gran cortejo de angélicas jerarquías de que la Virgen se había servido en el coloquio ya referido con la piadosa mujer. La tercera, que, habiéndose dejado ver la Virgen vestida de blanco, el pintor la había cubierto de color rojo. Parecían estos errores bien tolerables y de poco momento; sin embargo, no quedó el

religioso del todo satisfecho de la pintura, y, lo que más importa, mucho menos se agradó la Virgen, ni dejó de dar una señal bien clara del empeño con que quería la imagen del todo semejante al original mostrado en la referida visión.

« Hallábase á este tiempo la amada confidente de la Virgen María no poco distante de Palermo, y tan embarazada de insuperables circunstancias para no volver allá, que parecía humanamente imposible poderse apartar del lugar de su residencia. Cuando he aquí que la Reina del cielo de nuevo se aparece á su favorecida, y después de inundarle de júbilo el corazón: « Y « bien, le dice, ¿qué haces aquí, perezosa, « en tiempo que yo necesito de ti en Pa- « lermo<sup>1</sup> para un negocio importante á mi « gloria? » « ¿Yo, respondió suspensa y « atónita á tan no esperada reprensión la « humilde sierva del Señor; yo, que soy vi- « lísima criatura y vuestra inútil esclava, « ¿cómo podré jamás ser instrumento de « vuestra gloria? ¿Vos, á quien sirven de « apuesta los espíritus más excelsos del « Paraíso, hacéis caudal de mí, gusano « vilísimo de la tierra, en un negocio en « que va empeñado vuestro honor? Y, « pues, ¿quién mejor que vos puede saber

<sup>1</sup> Palermo de Sicilia, en el reino de Nápoles; allí pasaron los sucesos, y allí se pintó la imagen.

« los vínculos indisolubles que me tienen  
 « como ligada, inmóvil é incapaz de dar  
 « un paso para partirme á otro cualquier  
 « lugar? » « No importa, replicó la gran  
 « Madre de Dios, no importa. De ti me he  
 « querido valer para llevar á cabo un in-  
 « tento mío, de que me resultará mucha  
 « gloria; y por esto te quiero de cualquier  
 « modo en Palermo, á donde de aquí á  
 « poco te encaminarás sin detención. Será  
 « empeño de la Providencia del cielo dis-  
 « ponerlo de modo que ó cesen por sí los  
 « estorbos, ó cedan á mayor aprieto. »  
 Dicho esto, desapareció. No tardó mucho  
 en cumplirse el oráculo de la Virgen. La  
 piadosa mujer fué de improviso asaltada de  
 un peligrosísimo mal de pecho, que, junto  
 con la respiración, le embargaba poco me-  
 nos que del todo la voz, y para que mejor  
 se conociera que aquel accidente no era  
 efecto de causa natural, sucedía que, razo-  
 nando con su director, le volvía la voz tan  
 entera, que no parecía haber padecido  
 algún mal. No hubo medicamento que no  
 se le aplicase, ni remedio que le diese el  
 menor alivio. Llamados, en fin, á junta á  
 los médicos, nada noticiosos de los arcanos  
 del cielo, parecieron guiados de Dios á  
 pronunciar de común acuerdo que el único  
 medio de salud que á la enferma le que-  
 daba era trasladarla á Palermo, donde  
 con el beneficio de aires más templados y

más saludables podía esperarse mucho su  
 alivio.

« Ella, pues, se hizo llevar con presteza  
 á Palermo, donde, apenas llegada, quedó  
 mayormente persuadida que su enfermedad  
 había sido un ardid de mano superior, que  
 quería dar cumplimiento á los designios y  
 órdenes de la Virgen. Porque, apenas puso  
 el pie en aquella capital, cuando, sin apli-  
 car remedio alguno, conseguido ya el fin  
 de la venida, cesó el medio del penoso  
 accidente, y ella se halló de repente libre  
 de todo mal.

« No por eso alcanzaba que el impor-  
 tante negocio para que la Virgen con tan  
 prodigiosa conducta la había querido en  
 Palermo era el de su santa imagen. Sin  
 embargo, fué con cuidado á verla, y á la  
 primera vista que le dió : « ¡ Ay, que no es  
 « esa, exclamó, no es esa la forma de que  
 « se agrada la Virgen ! No es esta la figura  
 « en que de mí se dejó ver. » « Así es pre-  
 « ciso decir que sea, replicó el religioso allí  
 « presente; porque lo que ahora os dicen á  
 « vos los ojos, á mí me lo decía mucho  
 « tiempo ha mi corazón, que no ha sabido  
 « hasta ahora darse por satisfecho de esta  
 « imagen. » De allí, vuelto á la piadosa  
 mujer : « Renovad, pues, le dijo, vuestra  
 « petición á la Virgen, y preguntadle si le  
 « agrada que se haga nuevo retrato ó que  
 « se enmiende el que ya está hecho. »

Ejecutó ella prontamente el consejo, y oró vivamente á la gran Señora; ni ésta tardó mucho en oírla, como que nada deseaba tanto como conseguir el fin, porque con claros indicios de su agrado había traído á su sierva á Palermo. Por tanto, le apareció una mañana después de la santa comunión, bella y alegre más de lo que solía. Postrada á sus pies la humilde sierva de Dios:

« Señora, le dijo, vuestra esclava, que vino, al parecer, para curarse en Palermo, en realidad para obedecer vuestras insinuaciones, halla que vuestra sagrada imagen no ha salido como Vos me lo habíais ordenado. No menos yo que el religioso por quien os supliqué, estamos afligidísimos y no sabemos qué hacer. Ea, explicadnos vuestra voluntad soberana, ¡oh Reina del cielo!, y favorecednos con vuestros oráculos para que sepamos si os agrada que vuestra imagen se pinte de nuevo, de aquella misma manera que os dignasteis de significarme desde el principio. » Respondió al punto la Virgen con ademán entre severo y amable: « Que se admiraba cómo después de tantas pruebas de su beneplácito sumo se ponía en duda cuál fuese su voluntad, por lo cual volviese al religioso y le dijese de su parte que la Virgen no sólo gusta, sino que expresamente manda que de nuevo se pongan manos á la obra y se le haga

« otro retrato que del todo se le asemeje según el primer diseño. Y tú sabes, hija mía, añadió, que éste, y no otro, es el negocio de mi gloria y honor para que te dije que te había menester en Palermo. »

« Todo lo refirió ella al religioso, y éste, asegurado ya del oráculo de la Virgen para que el segundo retrato saliese á todo esmero perfecto, persuadió á la piadosa mujer que de nuevo suplicase humildemente á la Virgen que á su grande dignación añadiese todavía el favor de hallarse presente á la segunda pintura. Después de largas y fervorosas súplicas fué al fin bien despachada. Era costumbre de la Virgen, cuantas veces quería hacer digna de su presencia á su devota sierva, darle desde la tarde antecedente, por medio del ángel de su guarda, la noticia de su celestial visita. Una tarde, pues, he aquí que se le pone delante el bienaventurado espíritu para avisarle que la mañana siguiente, después que ella hubiese comulgado, quería la Virgen hablarle del negocio tocante á su sagrada imagen. La mañana siguiente, á la hora puntual que aplazó el ángel, se le dió á ver la amable Señora, y después de haberle declarado el gusto singularísimo que había recibido de que la pintaran al tenor del primer diseño y que la honraran con especial culto, bajo la divisa de Madre de la Luz, « Vé ahora, le añadió, al pintor,

« que actualmente está trabajando; allí me  
 « encontrarás, pero sola tú me verás; y  
 « entre tanto que tú, teniéndome delante  
 « de los ojos, amaestrases con la voz al  
 « pintor, yo guiaré invisiblemente el pincel,  
 « de modo que, acabada después la obra,  
 « conozcan todos, por su belleza sobre-  
 « humana, qué mente y arte superior con-  
 « dujo los colores y dispuso la idea del  
 « bosquejo. » Obedeció ella con puntua-  
 lidad, y llegada á la casa del pintor, lo halló  
 aplicado á la obra. Mas ¿quién podrá de-  
 clarar el júbilo de la piadosa mujer cuando,  
 alzando los ojos, vió afrontada á la Virgen,  
 en aquel traje, porte y semblante mismo  
 en que desde el principio había significado  
 querer la pintaran?

« Con la asistencia, pues, tanto de la  
 devota mujer, que con su lengua dirigía la  
 mano, como de la Virgen, que con oculto  
 influjo gobernaba la fantasía del pintor,  
 vino, por último, á luz la sagrada imagen,  
 dotada de aquella majestad y belleza de  
 rostro más que humana con que ahora  
 roba los ojos de cuantos la miran<sup>1</sup>. Cierta  
 es que en el aspecto del prodigioso retrato  
 resplandece un aire de paraíso, tan grave,  
 tan amable, tan penetrante, que hasta ahora  
 no ha sido posible formar una copia que se  
 le parezca. Se han arriesgado á la empresa

<sup>1</sup> Parece que esto pasaba en el año 1722.

los más eminentes pinceles, y con gran  
 ventaja más acreditados y más excelentes  
 que el de su primer autor. Pudieron vencer  
 el primer ejemplar en el dibujo, en el arte,  
 en el concierto, hermosura y suavidad de  
 colores; mas, por último, siempre se han  
 confesado vencidos de la celestial belleza  
 y gracia inimitable del rostro y partes todas  
 de esta obra más divina que humana. El  
 artífice mismo que de su mano la formó,  
 probando muchas veces á colorir otra  
 semejante, siempre se ha reconocido infe-  
 rior á sí mismo, ó, por mejor decir, á la  
 inteligencia superior que reguló su mano y  
 á quien debe atribuirse la gloria de tan  
 primorosa labor; porque, por más que se  
 haya esforzado á delinear otra tal, no le ha  
 sido jamás posible llegar á copiarla con  
 aquella jovial, devota y majestuosa afabi-  
 lidad que enamora la vista y juntamente  
 entérnece y compunge los corazones más  
 duros de una ciega y obstinada malicia.  
 Acabado que fué el retrato, le agradó tan  
 del todo á la Virgen, que, en presencia de  
 su amada sierva, después que la miró con  
 aspecto gracioso y risueño, alzó la diestra  
 y con la señal de la cruz lo bendijo. Con  
 esta acción creo yo que se dignó de comu-  
 nicar á aquel su amado retrato la virtud de  
 los continuos y estruendosos milagros con  
 que después ha querido autenticar la par-  
 cialidad especial con que reconoce por

obra suya, y obra favorecida, á aquella pintura, confiriéndole sus veces y la investidura de su celestial beneficencia bajo el hermoso título de Madre Santísima de la Luz.»

## II.

Esta imagen, venida de Sicilia, la donó el P. José María Genovesi á la ciudad de León, para la iglesia que se había de fabricar en un colegio de la Compañía de Jesús. Llegó á dicha población el 2 de Julio de 1732, y se le comenzó á fabricar un templo llamado « La Compañía », que es hoy la catedral de León, terminada por su primer Obispo, de santa memoria, y reparado por el Obispo y cabildo actual. Jurada Patrona el año de 1849, bajo su título se fundó una archicofradía, un seminario que dirigieron los PP. Paulinos hasta 1857, y varias asociaciones de caridad. Los Sumos Pontífices han otorgado gracias é indulgencias, y se han dado pasos en Roma para promover su coronación.



## ÚTIL DEVOCIÓN

PARA

IMPLORAR DIARIAMENTE EL PATROCINIO  
DE NUESTRA

## Madre Santísima de la luz

ORACIÓN

**C**H dulcísima María, Madre Santísima de la Luz y esperanza mía! Yo, desde ahora para todos los días é instantes de mi vida y para la hora de mi muerte, te ofrezco mis potencias y sentidos, con toda mi alma, mi cuerpo, cuanto he tenido, tengo y tendré : guárdame, Madre mía, como cosa tuya; no permitas que mi alma se manche, ó esté en mi cuerpo, ó se aparte de él en pecado mortal : envíame la muerte y todos los males antes que permitir que yo caiga en el pecado : librame de todos los peligros de cuerpo y alma : por tu cuenta corro yo y todas mis cosas : alcánzame de Dios su



bendición : abrasa, Señora, mi corazón en el amor tuyo; que así por tu medio conseguiré todos los bienes que puedo desear para vivir bien y tener una buena muerte, principio de mi gloria. Amén, Jesús, María y José.

Acabada la devoción, se besa tres veces la tierra, en honra de la Santísima Señora.



### SIGUEN OTROS OBSEQUIOS

#### A NUESTRA SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ

##### I.

**M**anifestó nuestra Santísima Madre á una sierva de Dios de gran perfección que le haría un obsequio muy agradable quien cada día por la mañana y por la noche, rezando una ó tres Salves, se pusiese debajo de su patrocinio y le diese humildes gracias por los beneficios que de esta Señora había recibido y por los peligros de que por su favor había sido librado; proponiendo de purificar el alma de los pecados, si alguno hubiere, y de no cometer nunca el pecado, á lo menos mortal : y prometió la benignísima Señora á quien practicara esta devoción que le libraría de todos los peligros del

alma y del cuerpo, especialmente de todo asalto enemigo, de muerte imprevisa y de temblores.



Práctica de esta devoción, que se ha de hacer por la mañana en levantándose y por la noche antes de recogerse.

#### ORACIÓN

**S**antísima Madre Inmaculada de la Luz : Yo, N. N., postrado delante del trono de tu clemencia, y confuso por mis muchos y gravísimos pecados, con todo mi corazón los detesto, porque con ellos ofendí á tu Santísimo Hijo, Dios y Señor mío amabilísimo, á quien amo sobre todas las cosas, y estoy resuelto á morir antes que volver á ofenderle. Tú, Señora mía, dignate de admitirme, como el más infimo de tus esclavos y de tus hijos, debajo del manto de tu patrocinio y en el seno dulcísimo de tu maternal amor; porque yo, Señora mía y Madre benignísima, todo me doy, me entrego y dedico á ti por siervo é hijo tuyo, ahora, siempre y por toda la eternidad, y te doy humildes gracias por los beneficios que he recibido y por los males y peligros de que he sido librado por favor de tu misericordia. Haz,

Señora mía, te ruego, por el amor que tienes á tu Santísimo Hijo, que todos mis pensamientos, palabras y obras, todas mis adversidades y trabajos, y toda mi vida y muerte, sean siempre dirigidas por tus méritos é intercesión, según el beneplácito de Dios y á su mayor gloria, á tu honor y obsequio, y en bien de mi alma. Amén.

Una ó tres Salves.

II.

Se rezarán siete Padrenuestros, y se darán humildes gracias al Espíritu Santo por los siete dones que comunicó con copiosísima abundancia á nuestra Santísima Madre; y también se rezarán siete Avemarías y siete Salves á la misma Santísima Madre, en honor y reverencia de los siete dones que recibió de este Santísimo Esposo suyo.

Este método de devoción fué aconsejado por la misma Beatísima Virgen á la misma sierva á quien manifestó la idea de su santa imagen.



Práctica de esta devoción.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

**O**H, Espíritu Santísimo, consolador de las almas y dador de todos los bienes! Postrado delante de tu divino acatamiento y humillado en el profundo de mi nada, te

doy humildes y afectuosísimas gracias por los siete dones que con inmensa abundancia comunicaste á tu Santísima Esposa la Virgen Maria, inmaculada Madre de la Eterna Luz, Señora y Madre nuestra; y por tributo, aunque pequeño, de mi agradecimiento, te ofrezco estos siete Padrenuestros en unión de aquella infinita alabanza y gloria con que mutuamente con el Padre é Hijo eternamente te glorificas. Amén.

Siete Padrenuestros.





## MÉTODO DE OIR MISA

SEGÚN LAVALLE

PARA DISPONERSE A OIR BIEN LA MISA

**X**O me presento, ¡oh mi adorable Salvador!, ante vuestros santos altares, para asistir á vuestro divino sacrificio. Dignaos, Dios mío, de aplicarme todo el fruto que deseáis que saque de él, y suplid las disposiciones que me faltan.

Disponed mi corazón para los dulces efectos de vuestra bondad : fijad mis sentidos, poned orden en mi espíritu, purificad mi alma, borrad con vuestra preciosa sangre los pecados de que me encontráis reo : olvidadlos todos, ¡oh Dios de misericordia! Yo los detesto por amor vuestro, y os pido humilde perdón de ellos, perdonando de todo corazón á cuantos hayan podido ofenderme. Haced, dulce Jesús, que, uniendo mi intención á la vuestra, me sacrifique todo á Vos, como Vos os sacrificáis por mi amor. Amén.

### PRINCIPIO DE LA MISA

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

**E**N vuestro santo Nombre, ¡oh adorable Trinidad!, para rendiros el culto, la adoración y honra que os son debidos, asisto á este santo y agusto sacrificio.

Permitidme, divino Salvador, que una yo mi intención á la del ministro de vuestro altar, para ofrecerle la víctima saludable, y dadme los sentimientos que debiera haber tenido en el Calvario si hubiera asistido al sacrificio sangriento de vuestra pasión.

### CONFITEOR DEO

Repasad con sentimiento de vuestro corazón los pecados que habéis cometido. Traed á la memoria, aunque sea por mayor, aquellos que más os humillan. Exponed á Dios vuestras miserias : pedidle que os las perdone, y que, mediante este sacrificio, el abismo de sus misericordias os saque del de vuestras fragilidades.

**A**Nte Vos me acuso, Dios mío, de todos los pecados que he cometido. Me acuso en presencia de María, la más pura de las vírgenes y de todos los santos y bienaventurados del cielo, porque he pecado en pensamientos, palabras, acciones y omisio-

nes; por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Ruego á la Santísima Virgen y á todos los santos se dignen interceder por mi.

Señor, escuchad favorablemente mi súplica, y concededme la indulgencia, la absolución y el perdón de todos mis pecados.

Haced fervorosos actos de confianza en la bondad de Dios, quien, ermitiéndose emplear un medio tan eficaz como éste para pedirle la gracia de vuestra reconciliación, os da al mismo tiempo una prenda segura de que podéis alcanzarla.

**D**ivino Creador de nuestras almas, tened piedad de la obra de vuestras manos. Padre misericordioso, tened compasión de vuestros hijos. Autor de nuestra salud, inmolado por nosotros, aplicadnos los méritos de vuestra muerte y de vuestra preciosa Sangre. Amable Salvador, dulce Jesús, compadecéos de nuestras miserias, perdonadnos nuestros pecados.

GLORIA IN EXCELSIS

Concebid un gran deseo de procurar á Dios toda la gloria, y al prójimo todo el bien que podiereis. Alegraos con los ángeles por la parte que tenéis en el conocimiento de los sagrados misterios. Llenaos de altas y magnifi-

cas ideas de la majestad de Dios y de Jesucristo su Hijo.

**G**Loria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Señor, nosotros os alabamos, os bendecimos, os adoramos, os glorificamos, os damos gracias por vuestra gloria infinita. Señor Dios, Rey de los cielos; Dios Padre Todopoderoso; Señor, Hijo unigénito de Dios; Señor, Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Vos, que borráis los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros. Vos, que borráis los pecados del mundo, oid nuestros ruegos. Vos, que estáis sentado á la diestra del Padre, tened piedad de nosotros; porque Vos sois el solo Santo, el solo Señor, el solo Altísimo, ¡oh Jesucristo! Con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN

**C**oncedednos, Señor, por intercesión de la Santísima Virgen y de los santos que honramos, las gracias que para si y para nosotros os pide vuestro ministro. Uniéndome á él, os hago la misma súplica por aquellos por quienes estoy obligado á pedir, para que á todos nos concedáis los auxilios que sabéis nos son necesarios, á fin de obtener la vida eterna: en el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

## EPÍSTOLA

Transportaos en espíritu á los tiempos de los Patriarcas y Profetas, que no suspiraban sino por el Mesías; concebid los mismos deseos, el santo anhelo, los afectos mismos que ellos tuvieron. El término de vuestras esperanzas es el mismo Salvador; pero, más feliz que ellos, sabéis que ha llegado, y que bien pronto estará presente en ese altar.

**V**OS, Dios mío, me habéis llamado al conocimiento de vuestra santa ley, prefiriéndome á tantos pueblos que viven en la ignorancia de vuestros sagrados misterios. De todo corazón acepto esa divina ley, y escucho con respeto los sagrados oráculos que habéis pronunciado por boca de vuestros Profetas. Yo los venero con toda la sumisión que es debida á la palabra de un Dios, y veo su cumplimiento con inefable alegría de mi alma.

¡Que no tenga yo, Dios mío, un corazón semejante al de los santos de vuestro antiguo Testamento! ¡Que no pueda desearos con el ardor de los Patriarcas, conocerlos y reverenciarlos como los Profetas, amarlos y unirme únicamente á Vos como los Apóstoles!

## EVANGELIO

Considerad el Evangelio que vais á oír como la regla de vuestra fe y costumbres, regla que Jesucristo mismo dictó, y que en los

votos del bautismo habéis prometido seguir regla que guardáis tan mal, y según la cual seréis juzgados estrechamente y sin apelación.

**Y**A no son, ¡oh mi Dios!, los Profetas ni los Apóstoles quienes van á instruirme de mis obligaciones: es vuestro Hijo único, es su palabra misma la que voy á oír. Mas ¡ah! ¿De qué me servirá haber creído que es vuestra palabra, Señor Jesús, si no obró conforme á mi creencia? ¿De qué me servirá, cuando comparezca ante Vos, haber tenido fe, sin el mérito de la caridad y buenas obras?

Yo creo, y vivo como si no creyera, ó como si creyera un Evangelio contrario al vuestro. No me toméis cuenta, Dios mío, de la constante oposición que hay entre vuestras máximas y mi conducta. Yo creo, pero dadme aliento y fuerzas para practicar lo que creo. Todo, Señor, cederá en gloria vuestra.

## CREDO

Avivad ahora vuestra fe. Todo lo que la Iglesia os manda creer se funda en la palabra de Dios, anunciada por los Profetas, revelada en las Escrituras, comprobada por los milagros, verificada en el establecimiento de la fe, confirmada por los mártires, y demostrada sensiblemente por la santidad de nuestra religión y por el sólido contento de los que la observan con fidelidad.

**C**reo en un solo Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, que nació del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero; que no fué creado, sino engendrado; que es una misma substancia con el Padre, y por quien todas las cosas fueron hechas; que bajó de los cielos por nosotros y para nuestra salud, y POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO TOMÓ CARNE DE LA VIRGEN MARÍA, Y SE HIZO HOMBRE.

Que fué también crucificado por nosotros, bajo el poder de Poncio Pilato; padeció y fué sepultado. Que resucitó al tercero día, según las Escrituras; subió al cielo, y está sentado á la diestra del Padre; que vendrá de nuevo lleno de gloria á juzgar á vivos y muertos, y cuyo reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo; que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo; que habló por boca de los Profetas. Creo que la Iglesia es Una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso que hay un solo bautismo que perdona todos los pecados; espero la resurrección de los muertos y otra vida después de ésta. Amén.

## OFERTORIO

Considerad la dicha incomparable que tenéis al hallar en este sacrificio un medio adecuado de honrar á Dios cumplidamente, darle gracias que igualen á sus dones, borrar enteramente vuestros pecados, y obtener, así para vos como para otros, las gracias todas que necesitáis. No desperdiciéis, pues, un instante del tiempo precioso en que se os comunica esta dicha tan grande.

**P**adre infinitamente Santo, Dios Todopoderoso y Eterno, aunque soy absolutamente indigno de comparecer delante de Vos, me atrevo á presentaros esa hostia por mano del sacerdote, con la intención que tuvo Jesucristo mi Salvador cuando instituyó este sacrificio, y que aun tiene en el momento en que aquí se inmola por mí.

Os la ofrezco en reconocimiento de vuestro soberano dominio sobre mí y sobre todas las criaturas; os la ofrezco para expiación de mis pecados, y en hacimiento de gracias por todos los beneficios de que me habéis llenado.

Os ofrezco, por último, mi Dios, este augusto sacrificio, á fin de alcanzar de vuestra infinita bondad, para mí, mis parientes, mis bienhechores, amigos y enemigos, la preciosa y saludable gracia, que no puede ser concedida á un pecador sino

por los méritos de Aquel que es justo por excelencia, y que se hizo víctima de propiciación por todos.

Al ofreceros esta adorable víctima, os encomiendo, ¡oh mi Dios!, á toda la Iglesia católica, nuestro Santo Padre el Papa, nuestro Obispo, á los pastores de vuestras almas, á todos los príncipes cristianos, y á los pueblos todos que en Vos creen.

Acordaos también, Señor, de los fieles difuntos, y por los merecimientos de vuestro Hijo llevadlos á lugar de refrigerio, de luz y de paz.

No olvidéis, mi Dios, á vuestros enemigos y los míos; tened piedad de los infieles, de los herejes y de los pecadores; llenad de bendiciones á los que me persiguen, y perdonadme mis pecados como yo les perdono todo el mal que me hacen, ó que quieran hacerme. Amén.

#### PREFACIO.

Levantad vuestro espíritu al cielo, hasta el acatamiento de la Divinidad, y, penetrado allí de un santo y respetuoso temor á la vista de aquella Majestad, rendidle vuestros homenajes, y mezclad vuestras alabanzas con los celestiales cánticos de los ángeles y querubines que le rodean.

**E**ste es el feliz momento en que va á aparecer el Rey de los ángeles y de los hombres. Señor, llenadme de vuestro espí-

ritu, y que mi corazón, desasido de la tierra, no piense sino en Vos. ¡Cuán obligado no estoy á alabaros y bendeciros en todo tiempo y lugar, Dios del cielo y de la tierra, Señor infinitamente grande, Padre Todopoderoso y Eterno!

Nada es más justo y provechoso que unirnos á Jesucristo para adoraros continuamente. Por él los espíritus bienaventurados tributan alabanzas y adoraciones á Vuestra Majestad, y las potestades del cielo, sobrecogidas de respetuosa admiración, se unen para glorificaros. Permitid, Señor, que nosotros juntemos vuestras débiles alabanzas á las de aquellas santas inteligencias, y que de concierto con ellas digamos, arrebatados de alegría y de asombro:

¡Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos! El universo todo está lleno de su gloria. Bendíganle los bienaventurados en el cielo. Bendito sea el que nos viene á la tierra, Dios y Señor igual al que le envía.

#### CANON.

Ese altar, al cual va á bajar Jesucristo, consideradle como el trono de su misericordia, al que tenéis derecho de acercaros para exponer vuestras necesidades, y para pedir y alcanzar socorros. ¿Podrá negarnos alguna cosa el Dios que nos ha dado á su propio Hijo?

**S** pedimos encarecidamente, en nombre de Jesucristo vuestro Hijo, ¡oh Padre infinitamente misericordioso!, que tengáis por agradable y bendigáis la ofrenda que os presentamos, á fin de que os dignéis conservar, defender y gobernar vuestra Santa Iglesia católica, con todos los miembros que la componen, el Papa, nuestro Obispo, y en general todos los que hacen profesión de vuestra santa fe.

Os encomendamos en particular, Señor, á aquellos por quienes la justicia, la caridad y el reconocimiento nos obligan á pedirlos; á todos los que están presentes á este adorable sacrificio, y singularmente á N. y N. Y á fin, ¡oh gran Dios!, de que nuestros cultos os sean más agradables, nos unimos á la gloriosa Maria, siempre Virgen, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo; á los bienaventurados Apóstoles, y á los mártires, y á todos los santos y santas que con nosotros forman una sola Iglesia.

¡Que no tenga yo en este momento, Dios mío, los deseos inflamados con que los santos Patriarcas suspiraban por la venida del Mesías! ¡Que no tenga yo su fe y su amor! Venid, Señor Jesús, amable Reparador del mundo; venid á consumir un misterio que es el compendio y la cifra de todas vuestras maravillas. Ya llega el Cor-

dero de Dios: he ahí la adorable víctima por quien todos los pecados del mundo son perdonados.

#### CONSAGRACIÓN.

He aquí á vuestro Dios, vuestro Salvador y vuestro Juez. Recogeos en silencio, como sobrecogido de admiración, considerando lo que pasa en el altar. Excitad vuestro fervor, y entregaos á todos los sentimientos que el respeto, la confianza y el temor son capaces de inspirar.

**V**erbo encarnado, divino Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre: yo sé que estáis aquí presente; os adoro con humildad; os amo con todo mi corazón; y como Vos venís aquí por mi amor, yo me consagro enteramente al vuestro.

Adoro esa preciosa sangre que derramasteis por todos los hombres, y espero, ¡oh mi Dios!, que no la habréis vertido inútilmente por mí: hacéme la merced de aplicarme los méritos de ella. Os ofrezco la mía, amable Jesús, en reconocimiento de la infinita caridad con que disteis la vuestra por amor mío.

#### CONTINUACIÓN DEL CANON.

Contemplad afectuosamente á vuestro Salvador en ese altar; meditad los misterios que en él renueva; unid el sacrificio de vuestro corazón al de su Cuerpo; ofrezcedle á Dios su



Padre; suplicadle que acepte los ruegos que por vos le hace su querido Hijo, y rogad vos mismo por los demás.

¡CUán enorme sería mi malicia y mi ingratitude si, después de haber visto lo que estoy viendo, volviera á ofenderos! No, Dios mío, jamás olvidaré lo que me representáis en esta augusta ceremonia: los tormentos de vuestra Pasión, la gloria de vuestra Resurrección, vuestro Cuerpo todo despedazado, vuestra Sangre derramada por nosotros, realmente presente á mis ojos en ese altar.

Ahora es, ¡oh eterna Majestad!, cuando por gracia vuestra os ofrecemos verdadera y propiamente la víctima pura, santa y sin mancha que os habéis dignado darnos, y de quien todas las otras no eran sino figura. Sí, gran Dios, resueltamente decimos que este sacrificio vale más que todos los de Abel, Abraham y Melquisedec; que esta es la sola víctima digna de vuestro altar, Nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo, el único objeto de vuestras eternas complacencias.

Permitid, mi Dios, que todos los que con la boca ó el corazón participan de esta sagrada víctima, sean llenos de su bendición, y que ésta se extienda á las almas de los fieles que murieron en la paz y comunión de la Iglesia, y particularmente á N. y N. Dispensadles, Señor, en consideración

á este sacrificio, la entera remisión de sus penas.

Dignaos concedernos algún día la misma gracia á nosotros, Padre infinitamente bueno, y hacednos entrar en compañía con los santos apóstoles, los santos mártires y todos los demás bienaventurados, á fin de que podamos amaros y glorificaros eternamente con ellos. Así sea.

#### PADRE NUESTRO.

Henos aquí con Jesucristo en un nuevo Calvario; pongámonos al pie de su cruz con tierna compasión, como la Magdalena; con amor fiel, como San Juan; con esperanza de verle un día en la gloria, como los otros discípulos. Mirémosle alguna vez de lejos, y lloremos nuestros pecados como San Pedro.

¡CUán venturoso soy, oh Dios mío, en teneros por Padre! ¡Cuánto me gozo al pensar que el cielo en que estáis debe ser un día mi morada! Glorificado sea vuestro santo Nombre por toda la tierra. Reinad absolutamente sobre todos los corazones y todas las voluntades. Conceded á vuestros hijos el alimento del espíritu y del cuerpo. Nosotros perdonamos de todo corazón á nuestros enemigos; perdonadnos también, mi Dios; sostenednos en las tentaciones y en los males de esta miserable vida, y preservadnos del pecado, el mayor de los males. Amén.

## AGNUS DEI.

Dios, que tan glorioso se muestra en el cielo, tan poderoso en la tierra, y tan terrible en los infiernos, es aquí un cordero lleno de dulzura y de bondad. ¡Viene á borrar los pecados del mundo, y en particular los vuestros! ¡Qué motivo de confianza y de consuelo!

**C**ordero de Dios, inmolado por mí, tened piedad de mí; víctima adorable de mi salud, salvadme; divino Mediador, obtenedme el perdón de vuestro Eterno Padre, y dadme vuestra paz.

## COMUNIÓN.

Para comulgar espiritualmente, renovad por un acto de fe la creencia que tenéis de que está aquí presente Jesucristo; formad un acto de contrición; excitad en vuestro corazón un deseo ardiente de recibirle al mismo tiempo que el sacerdote; pedidle que apruebe este deseo y se una á vos comunicándoos sus gracias.

**Q**uán dulce me sería, amable Salvador, ser del número de aquellos dichosos cristianos á quienes la pureza de conciencia y una tierna devoción permiten acercarse todos los días á vuestra santa mesa!

¡Qué ventaja para mí, si pudiera en este momento poseeros en mi corazón, rendiros mis obsequios, exponeros mis necesidades y participar de las mercedes que hacéis á los que realmente os reciben! Mas, pues

yo soy tan indigno, suplid, ¡oh mi Dios!, la falta de disposición de mi alma; perdonadme mis pecados, que yo los detesto porque os desagradan; recibid el sincero deseo que tengo de unirme á Vos. Purificadme con una mirada vuestra, y ponedme en estado de recibirlos cuanto antes.

En espera de este feliz día, os pido encarecidamente, Señor, me hagáis participe de los frutos que la comunión del sacerdote debe producir en todo el pueblo fiel que está aquí presente. Aumentad mi fe por la virtud de este divino Sacramento; fortaleced mi esperanza; acrisolad en mí la caridad; llenad mi corazón de vuestro amor, á fin de que no aspire más que á Vos y sólo para Vos viva.

## ÚLTIMAS ORACIONES.

Procurad ahora retribuir al Salvador sacrificio por sacrificio, haciéndoos víctima de su amor, sacrificándole todas las tendencias del amor propio, todo miramiento al respeto humano, toda repugnancia y toda inclinación que embaracen el cumplimiento de vuestros deberes.

**V**OS acabáis, ¡oh Dios mio!, de inmolarnos por mi salud; yo quiero sacrificar-me por vuestra gloria. He aquí vuestra víctima: no escaseéis los golpes, pues cuantas cruces quisieris enviarme las acepto de todo corazón, os bendigo por ellas, de

vuestra mano las tomo, y desde ahora las uno con la vuestra.

En este divino sacrificio me habéis colmado de favores. Yo huiré con horror de toda mancha de pecado, y sobre todo de aquel á que mi inclinación me arrastra con más violencia. Seré fiel á vuestra ley, y estoy resuelto á perderlo todo y padecer cuantos males haya antes que quebrantarla.

## BENDICIÓN.

**B**enedicid, oh Dios mío, estas santas resoluciones; bendicidnos á todos por mano de vuestro ministro, y que los efectos de vuestra bendición permanezcan eternamente en nosotros. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

## ÚLTIMO EVANGELIO.

**V**erbo divino, Hijo único del Padre, luz del mundo, que bajasteis del cielo para mostrarnos y enseñarnos el camino de él; no permitáis que yo me parezca al pueblo infiel que no quiso reconoceros por Mesías; no sufráis que caiga yo en la misma ceguedad que aquellos infelices, que más quisieron ser esclavos de Satanás que tener parte en la gloriosa adopción de hijos de Dios que Vos vinisteis á procurarles.

Verbo hecho carne, yo os adoro con el respeto más profundo, y pongo mi confianza en Vos solo, esperando firmemente que, pues sois mi Dios, y un Dios que se hizo hombre por salvar á los hombres, me concederéis la gracia que necesito para santificarme y poseeros eternamente en el cielo. Amén.

## ACCIÓN DE GRACIAS.

No salgáis de la iglesia sin mostrar vuestro reconocimiento por todos los favores que Dios os ha hecho en este sacrificio. Conservad el fruto de él, y portaos de manera que al veros se conozca que os habéis aprovechado de la muerte é inmolación del Dios Salvador.

**S**eñor, gracias os doy por la merced que me habéis hecho en permitirme asistir hoy al sacrificio de la Santa Misa, prefiriéndome á tantos otros que no han tenido la misma dicha, y os pido perdón de las faltas que he cometido por la disipación y tibieza de que me he dejado vencer en presencia vuestra. Que este sacrificio me purifique de lo pasado y me fortalezca para lo venidero.

Voy ahora con confianza á los que hacereis á que vuestra voluntad me llama. Me acordaré todo el día de la merced que os habéis dignado hacerme, y procuraré no consentir en palabra, acción, deseo ni pen-

samiento que me haga perder el fruto de la Misa que acabo de oír : esto me propongo con ayuda de vuestra santa gracia. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## DIEZ MINUTOS

EN PRESENCIA DE NUESTRA

Madre Santísima de la Luz.

**Q**H Madre Santísima de la Luz!  
¿Quién te dió un título tan sublime?  
¿Quién te llamó con un nombre tan dulce?  
¿Quién pudo compendiar así tus privilegios y tus glorias?..... ¡Ah!  
¡Benditos esos tus labios, que nos enseñaron á pronunciar un nombre tan adecuado á tu grandeza y tan superior á cuanto puede decirte toda criatura!

Es verdad, Señora, que nuestro corazón palpita gozoso cuando te contemplamos como la graciosa Eva que nos ha dado á gustar el fruto de la vida; como la incorruptible arca en donde se salvó del diluvio la dichosa familia de los predestinados; como el brillante arco iris que nos ha anunciado la paz del cielo; como la espléndida estrella que ha disipado nuestras tinieblas; como la risueña y dorada aurora

del suspirado día de la gracia; pero no, no queda satisfecho con esto el deseo que tenemos de alabarte, porque eres todavía incomparablemente más hermosa, más digna, más elevada, más excelsa. En vano apuramos nuestro pobre lenguaje para llamarte cielo animado, en donde resplandecen como estrellas sin ocaso todas las virtudes; luna apacible y bella que derrama por todo el mundo los fulgores de la santidad; paraíso de delicias, en donde está plantado el árbol de la vida; huerto cerrado de eterna primavera é inmarcesibles flores; fuente sellada, serena y cristalina, que jamás ha sido enturbiada por el polvo ni azotada por el viento; lirio de extrema blancura, bañado siempre del rocío de la gracia; rosa fresca y lozana que no ha perdido su primer aroma; oloroso nardo que perfumó los cielos y la tierra; inocente corderita de vellón de nieve, que alimentó con su leche virginal al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; paloma de la inocencia; amorosa tortolilla; milagro de milagros; la única, la inmaculada, la perfecta, la incomparable y la sin igual en todo lo criado. ¡Ah! Todo esto nos encanta, nos llena de júbilo, nos hace rebotar de purísima alegría; mas no se aquietan nuestras aspiraciones ni se sacia nuestra alma hasta que te llamamos *Madre de Dios*, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh nombre más dulce que la miel, más suave que la leche, más regalado que el maná! ¡Oh nombre de melodía gratisima, de irresistible atractivo, de mística y celestial poesía! ¡*Madre Santísima de la Luz!* He aquí el nombre que lo encierra todo, que lo dice todo..... Este es el nombre que incesantemente repiten en sus cantares los ángeles, los arcángeles y los tronos; éste es el nombre con que se recrean las dominaciones, los principados y las potestades; éste es el nombre que en éxtasis altísimo contemplan las virtudes, los querubines y los serafines; éste es, en fin, el nombre con que el mismo Verbo, Dios de Dios y Luz de Luz, honra á María, cuando con estupor de los cielos la llama ¡*Mi Madre!*.....

Pero ¿cómo es, ¡oh Reina y Señora de la grandeza!, cómo es que nuestros inmundos labios se atreven á pronunciar un nombre tan sagrado? ¿Cómo es que nuestra alma no queda deslumbrada y ciega con el resplandor de tanta luz? ¡Oh misterio de amor! ¡Oh arcano de misericordia! ¡Oh abismo de felicidad! Escuchad, cielos y tierra, cuán buena es para nosotros María.....

Si, Madre nuestra, dulzura nuestra, delicia nuestra: mientras los blasfemos herejes crujen sus dientes de furor y rabia cuando articulamos tu augusto nombre;

mientras el demonio cae por tierra, derribado como por un rayo, cuando te llamamos Madre de Dios, y sus huestes infernales se deshacen como el humo cuando te proclamamos la Madre de la Luz; nosotros, los venturosos hijos de la Iglesia católica, sentimos almirada nuestra lengua, dilatado el corazón, alborozado nuestro pecho y transportado nuestro espíritu por un sentimiento de filial confianza y de célica complacencia.

¡Oh! ¡Qué grato es pensar y decirse á sí mismo en esos momentos: *La Madre Santísima de la Luz* es mi abogada, mi defensora, mi hermana, mi amiga y mi Madre; pero es mi abogada más solícita, mi defensora más constante, mi hermana más cariñosa, mi amiga más leal y mi Madre la más tierna, blanda, afectuosa, amable y amante que yo puedo desear!

¡Ah, sí, encantadora María! Tú tienes para mí un corazón de madre que te hace desfallecer de amor y anhelar con todo el ardor de tu alma mi verdadera felicidad. Tú me velas si estoy dormido; tú me cuidas si estoy despierto; tú me sostienes con tu mano si tropiezo, y aun te inclinas á levantarme si caigo por mi culpa. Tú me curas si estoy enfermo; tú me alegras si me hallo triste; tú te ocupas de mis negocios cual si fueran tuyos; me escuchas aun antes de invocarte, y aunque me abandonen

todos los del mundo, tú no quieres ni puedes abandonarme. Si suspiro por ti en la tierra, mi suspiro hace eco en tus purísimas entrañas; si levanto mis ojos hacia el cielo, tú desde tu trono me diriges la más ardiente y expresiva mirada; y si te digo que te amo, tú sonríes festiva y me muestras tu corazón amante.

Pues bien, Amor mío; ya que eres tan compasiva y tierna, tan dulce y amorosa, tan accesible y buena, déjame abrirte mi corazón, comunicarte mis secretos, exponerte mis necesidades y entregarme todo en tus manos. Sí; yo te entrego de la manera más absoluta é irrevocable todo lo que soy y cuanto á mi pertenece: mi cuerpo, mi alma, mi pasado, mi presente, mi porvenir, las circunstancias todas de mi vida y mi destino eterno.

Mas para que aceptes mi ofrenda, ¡oh Madre de la Luz!, concédeme ante todo tu verdadera y sólida devoción. No estoy contento con sólo estos sentimientos de ternura que experimento al ver tu soberana Imagen, ni con las tibias oraciones que te dirijo, ni aun con las lágrimas que suelen derramar mis ojos, cuando medito tus bondades; porque, ¡ay!, una triste experiencia me enseña que muy pronto olvido mis resoluciones, se apaga mi fervor y no reformo mis costumbres. ¿Qué haces, pues, con un desgraciado así de inconstante, ingrato

y desleal? ¡ Ah, Madre mía! Yo no hallo que decirte, sino que te dignes, por piedad, robarme el corazón.....

Compadécete de mí, Señora : mira que el proceso de mi vida está tan recargado de culpas y de crímenes, que yo mismo que los he cometido me avergüenzo de mi iniquidad. Defiende, pues, mi causa en el tribunal de tu divino Hijo, y siempre que mires sus sacratísimas llagas acuérdate de mi ruego.

Yo te invoco especialmente, Madre Santísima de la Luz, para aquella terrible hora en que mi alma haya de partir de este mundo. No te separes entonces de mi cábecera ; hazme sentir tu consoladora presencia ; háblame al corazón con palabras que alienten mi esperanza ; inflámame en el fuego de la caridad divina ; sorpréndeme agradablemente con la vista de tu resplandeciente rostro, y recibe en tus virginales brazos mi pobre alma, para que desde el asilo seguro de tu seno oiga del Juez supremo la sentencia de mi salvación eterna.

Yo te ruego también por el Sumo Pontífice reinante y por toda la Iglesia católica, que, tributándote el debido culto, hace que recorras la redondez de la tierra sentada, como en un carro de fuego, sobre los encendidos corazones de sus fieles.

Vuelve, ¡ oh Madre de la Luz!, tus ojos benignísimos hacia esta diócesis, de que te

has dignado ser la augusta y dignísima Patrona. Como el águila que abraza con sus alas á sus polluelos, cubre así con tu manto á todo este pueblo, y bendícele con tu propia mano, como bendijiste la Imagen que le regalaste y que venera con toda la efusión de su alma.

Yo pongo, en fin, tu maternal amparo á mis amigos y enemigos, á mis bienhechores y conocidos, á todos mis prójimos, y especialmente á las personas de mi familia, entre quienes deseo, y te ruego me lo concedas, que se transmita de generación en generación, como la más rica herencia, un filial amor y una ardentísima devoción á Ti, Madre Santísima de la Luz y Madre nuestra. Amén.





## MIÉRCOLES DEL AÑO

CONSAGRADOS AL MAYOR CULTO Y HONRA

DE NUESTRA DIVINÍSIMA

VERITATIS

Y Santísima Madre de la Luz.

Hecha la señal de la cruz é hincado delante de una efigie de la Santísima Virgen, se dirá la siguiente.

ORACIÓN.



Ermosísima y amantísima Señora, Reina del cielo y Madre de los pecadores : llegó el momento en que mi corazón, afligido por la culpa y agobiado por el peso que le han impuesto sus pasiones, vea sus errores y conozca el deplorable estado en que se encuentra : no tengo á quien volver mis tristes ojos ; nadie puede darme el alivio ni extender la mano para socorrer á un desvalido ; sólo tú, Señora ; tú, que eres el remedio de los afligidos, el consuelo de los desamparados, la Madre de los pecadores y la luz que puede alumbrarnos ; aquí estoy, Señora, postrado

ante tus altares, regándolos con mi llanto y presentándote compungido mi corazón.

¿ Para quién, Señora, se hicieron los favores ? ¿ No fueron para el infeliz ? Sí, Señora, es honor vuestro amparar á un desvalido : muévate á piedad la obscuridad en que me hallo ; alúmbrame, Señora, y seré salvo ; extiende tu mano protectora, y respirará un cautivo del pecado : todo cuanto miro en tí me alienta y conforta ; la dulzura de tu nombre, ese semblante agradable y risueño, todo, todo me hace esperar mi felicidad : permite, Señora, que un desgraciado te llame Madre ; sí, Madre Santísima, Madre de la Luz, Madre mía, piedad, misericordia ; acepta, por tanto, las alabanzas que mis labios te dan, y usa conmigo de tus antiguas gracias.

En seguida se rezará la oración siguiente, en la cual pedirá cada uno á la Santísima Señora el remedio de sus necesidades más urgentes :

ORACIÓN.

**A** Mantísima y piadosísima Madre de la Luz : quien no conozca tus bondades, quien no sepa lo mucho que amas á los pecadores y el placer que éstos te causan cuando en sus aflicciones y necesidades acuden á la fuente riquísima é inagotable de bienes que manan de tu corazón ; ese, pues, soberana Reina, no se acogerá á Tí,



que eres la dispensadora de los bienes celestiales y el único amparo de los que gimen en este mundo de miseria y tropiezos. Mas yo, Reina mía, consuelo mío, tesoro mío, única esperanza y refugio de mi atribulado corazón; yo, celestial Reina, aunque indigno y pecador, me pongo bajo la custodia de tu maternal amparo. Hasta hoy, divina Señora, te ha invocado el desvalido, y al punto le has socorrido en sus trabajos; has oído llorar al desgraciado, y al instante lo has llenado de consuelo; has visto al pecador conrito y humillado, y al punto le has abierto tus brazos maternas. ¿Y seré yo menos, Madre mía, que aquellos á quienes sin cesar prodigas tus bondades? ¿He de ser yo el único que, habiendo acudido á Ti, vuelva sin hallar el consuelo y amparo apetecido? Imposible, piadosísima Señora!..... Confío y estoy seguro de que me concederás el remedio en mis presentes necesidades, interponiendo para esto tus súplicas hacia tu Santísimo Hijo, que por amor nuestro vertió su sangre en el Calvario. Mas si mis delitos y pecados no me hicieron acreedor á la gracia que solicito, entonces, Madre mía, sumiso acataré tu voluntad, seguro de que después de sufrir en este mundo me llevarás á la eterna bienaventuranza, donde espero ensalzarte, bendecirte y gozarte eternamente por los siglos de los siglos. Amén.

## ALABANZAS

á Nuestra Madre Santísima de la Luz

*Salve al esplendor del cielo,  
De piedad fuente infinita;  
Madre de la Luz bendita,  
Sé nuestro amparo y consuelo.*

Salve, Reina inmaculada,  
Refugio del desvalido,  
Consuelo del affigido  
Y Virgen la más amada.  
Pues eres nuestra abogada,  
Haz que gocemos el cielo;  
*Madre de la Luz.....*

Entre todas las mujeres  
Fuiste tú la más hermosa,  
Y prodigas generosa  
La dicha, paz y placeres.  
Y puesto, Señora, que eres  
De perfecciones modelo,  
*Madre de la Luz.....*

Tú sola fuiste escogida  
Para Madre del Eterno,  
Y al dominar al infierno,  
Diste al hombre nueva vida.  
Por eso, Reina querida,  
Ruega por nos con anhelo;  
*Madre de la Luz.....*

Agrada al Omnipotente  
 El que por tu amor le rueguen,  
 Y no hay dichas que se nieguen  
 A quien te ama reverente.  
 Haz por eso que se aumente  
 En nuestras almas el celo;

*Madre de la Luz.....*

JACULATORIA.  
 Eres de la Trinidad  
 Sagrario, divina Aurora;  
 Misericordia, Señora;  
 Madre de la Luz, piedad.

Dios te salve, María Santísima, Hija de  
 Dios Padre, Virgen purísima antes del parto.  
 Dios te salve, María, etc.

Cuando el Señor te escogió  
 Para su Madre y Esposa,  
 De verte tan primorosa  
 Todo un Dios se suspendió.  
 Con razón aliento yo  
 Al ver tu hermosa beldad;  
 Eres de la Trinidad  
 Sagrario, divina Aurora;  
 Misericordia, Señora;  
 Madre de la Luz, piedad.

Dios te salve, María Santísima, Madre de  
 Dios Hijo, Virgen purísima en el parto. Dios  
 te salve, María, etc.

En el tiempo del dolor,  
 Como única mujer fuerte,  
 Viste acabar con la muerte  
 La vida del Redentor;  
 Mas también el pecador  
 Vida halló en su soledad;  
 Eres de la Trinidad  
 Sagrario, divina Aurora;  
 Misericordia, Señora;  
 Madre de la Luz, piedad.

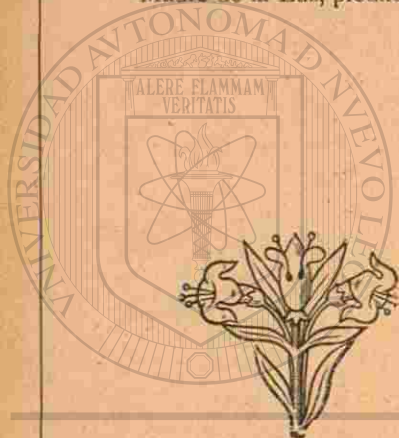
Dios te salve, María Santísima, Esposa de  
 Dios Espíritu Santo, Virgen castísima después  
 del parto. Dios te salve, María, etc.

Tu nombre, bella María,  
 Que causa espanto al infierno,  
 Es para el hombre tan tierno,  
 Que en él halla su alegría.  
 Con razón, ¡oh Madre mía!,  
 Exclamo al ver tu piedad :  
 Eres de la Trinidad  
 Sagrario, divina Aurora;  
 Misericordia, Señora;  
 Madre de la Luz, piedad.

Dios te salve, María Santísima, Templo y  
 Sagrario de la Santísima Trinidad, Virgen  
 concebida sin la culpa original. Dios te salve,  
 María, etc.

Convierte mi corazón,  
 Y en mi postrera agonía,  
 Espero serás mi guía  
 Para ir á la eterna Sión.

Alcázame contrición  
Y destruye mi maldad;  
Eres de la Trinidad  
Sagrario, divina Aurora;  
Misericordia, Señora;  
Madre de la Luz, piedad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN



EL CANTO DE LA AURORA

DEDICADO Á NUESTRA

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

**I**gnate, ¡oh Virgen sagrada!, de que  
yo te alabe.  
R. Dame virtud contra tus  
enemigos.

Gloria al Padre, etc.

Como el viajero que desviado llora,  
Gime y suspira por la luz del día,  
Así mi pecho tu piedad implora,  
Virgen gloriosa, cándida María.  
Salve mil veces, ¡oh radiante Aurora!  
¡Oh Madre de la Luz, clemente y pía!  
A tu esplendor huyó la noche oscura,  
Y el cielo se admiró de tu hermosura.

Dios te salve, purísima Hija de Dios  
Padre, Virgen concebida sin pecado ori-  
ginal.

Ave María.

¡Oh Madre de la Luz indeficiente,  
 Concebida en la gracia más temprana,  
 Raudal de luz que brota del Oriente,  
 Purísimo esplendor de la mañana!  
 Alcánzanos, ¡oh Virgen inocente!,  
 La gracia de la alteza soberana,  
 Y de las fauces del dragón furioso  
 Libértenos tu brazo poderoso.

Dios te salve, dignísima Madre de  
 Dios Hijo, Virgen concebida sin pecado  
 original.

Ave María.

Intacta Madre de la Luz divina  
 Que manda su esplendor naciendo el día,  
 Y que al mostrar su faz tan peregrina  
 Nos llena de consuelo y de alegría.  
 Esa tu voz tan dulce y argentina  
 Por nosotros abogue, ¡oh gran María!,  
 Y de Jesús el Corazón Sagrado  
 Inflame nuestro pecho tan helado.

Dios te salve, castísima Esposa de Dios  
 Espíritu Santo, Virgen concebida sin pe-  
 cado original.

Ave María.

¡Excelsa Madre de la Luz increada!  
 ¡Esclarecida fuente de pureza!  
 La tierra toda queda engalanada  
 Al irradiar tu angelica belleza.  
 Con el rocío de tu feliz mirada  
 La sequedad destierra y la tristeza.

Envíanos tu frescura deliciosa,  
 É indúzcanos al bien tu luz preciosa.

Dios te salve, María Santísima, Templo y  
 Sagrario de la Beatísima Trinidad, Virgen  
 concebida sin la culpa original.

Gloria al Padre, etc.

#### ORACIÓN.

**D**Ios te salve, Madre Santísima de la  
 Luz, alegría de las almas, resplandor  
 de santidad, digno objeto del cántico subli-  
 me de los cielos y de la tierra. Dios te  
 salve, Virgen purísima, expulsadora de la  
 noche, precursora del día, salud de los  
 enfermos, esperanza de los delinquentes :  
 Dios te salve. Alégrate, ¡oh María!, porque  
 fuiste llena de gracia y bendita entre las  
 mujeres; alégrate siempre, porque te hiciste  
 esclava del Señor, y fuiste escogida para  
 Reina; te humillaste profundamente, y  
 fuiste exaltada á la dignidad de Madre de  
 Dios. Bendita seas, ¡oh Madre Santísima  
 de la Luz!; bendita seas, porque habiendo  
 concebido en tu seno al ESPLENDOR DEL  
 PADRE, apareciste llena de luz, toda gra-  
 ciosa y amable, toda dulzura y encanto,  
 benigna y compasiva, tierna, cariñosa y  
 apacible. ¡Oh Aurora brillantísima, cuán  
 hermosa eres! ¡Cuán pura y resplande-  
 ciente! ¡Cuán benéfica y suave! ¡Cuán se-

rena y tranquila! Derrama sobre mí tu claridad celestial; envíame tu luz suavísima; mándame el rocío de tus gracias; refrigérame con el viento apacible de tus piedades; líbrame del pecado y reconcíliame con Jesús. Por el gozo inefable que tuvo tu espíritu al contemplar la bondad de Dios, tu Salvador; por las maravillas y portentos que el Señor obró en Ti, ¡oh Madre Santísima de la Luz!, levántate en mi socorro y ahuyenta á mi enemigo; brille tu resplandor, y líbrame de las tinieblas del siglo; extiende tu mano y ampárame contra las tentaciones del mundo y de la carne. Te ruego por la Santa Iglesia, por esta diócesis y esta ciudad; te encomiendo mi alma y mi cuerpo, mis obras, palabras y pensamientos, y el último trance de mi vida, para que desde este instante me dirijas, me defiendas y me alcances la gracia de una muerte santa, por la cual vuele mi alma á la mansión de la gloria, en donde contigo bendiga y alabe á la Trinidad soberana por los siglos de los siglos. Amén.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
BENDICIONES Y ALABANZAS Á NUESTRA  
MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

**B**endita sea nuestra Madre Santísima de la Luz.

Bendita sea su purísima Concepción.

Bendita sea su indecible pureza y castidad.

Bendita sea su perpetua virginidad.

Bendita sea su divina Maternidad.

Bendita sea su clemencia y misericordia.

Bendita sea su admirable exaltación.

Bendito sea Dios, que la crió toda llena de gracia y hermosura; que la escogió para Madre de Jesucristo, nuestra Luz; y que nos la dió por Madre, abogada y protectora nuestra.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Ilumina con tu esplendor nuestra ceguedad; convierte nuestro corazón al divino Corazón de Jesús, y líbranos del dragón infernal, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.





## PRÁCTICA DE LOS SIETE SÁBADOS

PARA VENERAR Á NUESTRA

Madre Santísima de la Luz.

**N**O de los obsequios más del agrado de la Señora son los siete sábados que preceden á su fiesta. Así se demuestra, no sólo por las innumerables gracias y favores que la Santísima Señora ha concedido á muchos por esta devoción, sino también por ser expresamente mandados por la misma Señora en una de sus apariciones, en la que ordenó que el día de su fiesta fuese el miércoles inmediato antes de la Pascua del Espíritu Santo, y que á la solemnidad de ella precediera la devoción de los siete sábados. Debe por esto comenzarse el Sábado de Gloria. También se pueden hacer en cualquiera tiempo del año, todas las veces que alguna persona quisiere acudir á la Señora para alcanzar por su medio alguna gracia de importancia que necesitare.

PRÁCTICA DE LOS SIETE SÁBADOS. 67

Los obsequios que en los sábados se han de hacer son confesar y comulgar en cada uno; y porque esto no se puede practicar el Sábado Santo, se transferirá al domingo siguiente de Resurrección; ayunar en todos ellos ó practicar en honra de la Virgen alguna mortificación. Sobre todo, el obsequio más agradable á la Señora es evitar toda culpa, no sólo mortal, sino venial advertida; procure cada uno practicarlo en honra de tan gran Madre. Los demás obsequios que se han de hacer en estos sábados son los mismos que están puestos para la novena.

### PRIMER SÁBADO.

Puesto de rodillas ante alguna imagen de la Santísima Señora, hecha la señal de la cruz, se dirá este

#### ACTO DE CONTRICIÓN.

**A**Mabilísimo y dulcísimo Jesús, esplendor del Eterno Padre; imagen viva suya, eterna sabiduría, único y sumo bien de mi alma, por ser quien eres, y porque te amo más que al cielo y la tierra, más que á mi mismo, y más que á todas las cosas, me pesa de todo corazón haberte ofendido tantas veces; me pesa no haberte amado con todos los afectos de mi corazón; yo

propongo, prostrado á tus pies y á los de tu Madre María Santísima, no pecar más y no oponerme en lo restante de mi vida á los designios de tu caridad ardentísima; espero de tus piadosas entrañas, y por la intercesión de tu Madre María Santísima, el perdón de mis gravísimas culpas, y eficaces auxilios para servirte y amarte desde ahora para siempre. Amén.

Ahora se rezan al Espíritu Santo siete Padrenuestros en acción de gracias por los siete dones que comunicó á la Santísima Señora, ofreciéndolos con ésta

## ORACIÓN.

Santísimo Espíritu, yo, el más indigno de los pecadores, te doy repetidas gracias por los siete dones que comunicaste á tu Esposa, querida María, Madre inmaculada de la Luz, y por tributo, aunque pequeño, de mi agradecimiento, te ofrezco estos siete Padrenuestros, juntos con todos los himnos de alabanza que te tributa toda la corte celestial, y te suplico por tu infinita bondad, Dios y Señor mío, que me hagas participante de estos tus santos dones para que con perfección siempre te sirva y ame. Amén.

Se muda todos los sábados la siguiente

## ORACIÓN.

Amabilísima Señora, Madre Santísima de la Luz, os adoro y venero como fuente

de Luz la más pura y hermosa, y, atónito al contemplaros, doy repetidas gracias al Señor por haberos criado fuente de Luz tan resplandeciente que jamás fuisteis oscurecida con la asquerosa mancha de la culpa. Pero ¿cómo pareceré ante vuestros purísimos ojos, yo, el más feo y abominable de los pecadores, cuando por mis gravísimas culpas estoy tan afeado y oscurecido? Confieso, Señora, no ser por esto digno de vuestra presencia; pero al mismo tiempo creo que si Vos no me hacéis digno de una mirada vuestra que penetre al tenebroso abismo de mi corazón, reinará siempre en mí la noche horrible del pecado; por tanto, prostrado á vuestros pies, os pido que me miréis con los ojos de vuestra misericordia, y con los rayos de vuestra clemencia disipéis las oscuras tinieblas de mi ceguedad. A este fin, ante vuestra sagrada imagen os consagro mi corazón, á Vos lo doy, á Vos lo entrego para siempre; purificadlo, Madre Santísima, y encendedlo en amor de Dios y vuestro; y para que está mi entrega sea firme, en adelante haced, Señora, que conciba en mi corazón un firmísimo propósito de jamás pecar. Así lo espero de vuestras misericordias para alabar siempre vuestras benignísimas piedades. Amén.

Aquí se le pide á la Santísima Señora el favor que se desea, pidiéndole siempre lo que más fuere de su agrado y más conviniere.

## ORACIÓN.

¡Oh Virgen benignísima, pues tan á mano tienes á tu Hijo, y en El todo el fuego que desciende del Padre de las lumbres; Virgen piadosísima, por cuyo respeto se deleita Dios en nuestros humildes corazones, á Ti desde ahora te entrego el mío; tómale, Señora mía; recíbelo, Madre clementísima, y acércalo á mi Dios, para que lo abrase; tócalo Tú para que en tu amor se deshaga; ábrele los ojos para que vea en Ti, Luz la más clara del día, lo que pierde quien no te ama, y lo que logra quien con veras te sirve! Amén.

*Antífona.* Yo hice que en los cielos naciese una Luz indeficiente. Yo, la Madre del amor hermoso y del temor y del conocimiento, y de la santa esperanza.

V. Ilumina mis ojos, Santa María, Madre de la Luz.

R. Para que jamás duerma en la muerte.

## ORACIÓN.

¡Oh Dios, Padre de las luces, que siendo figurada la Virgen María por la columna que iluminaba á los israelitas en el tránsito del Mar Rojo, quisiste se llamase Madre de la Luz! Te rogamos nos concedas que los desterrados hijos de Eva que veneramos á tu Madre y nuestra bajo tan grande

título, por esta su invocación merezcamos llegar en este destierro á la luz de la divina gracia, y en la patria á la luz eterna de la gloria. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

## SÁBADO SEGUNDO.

Acto de contrición, los siete Padrenuestros al Espíritu Santo (y así en los demás sábados), y después la siguiente

## ORACIÓN.

**A** Mabilísima Señora, Madre Santísima de la Luz, yo te adoro y venero, trono de la sabiduría divina, oráculo de la doctrina de los santos y maestra sapientísima de la Iglesia; y atónito al contemplar lo excesivo de tu sabiduría, doy repetidas gracias al Señor por haberos dotado de un entendimiento tan colmado de sabiduría, que nunca fué ofuscado con las negras tinieblas de la ignorancia, ni capaz de las sombras opacas del error. Á tus pies, humildemente postrado, confieso, Señora mía, haber sido hasta ahora infeliz discípulo en la tenebrosa escuela del mundo, solicitando ciego sus riquezas y falsos bienes, hecho el maestro de iniquidad con mis palabras y obras; por tanto, detesto delante de ti los perversos y necios dictámenes que he



seguido, me avergüenzo de haber enseñado tan falsa doctrina. Dignate, Madre y Señora mía, de iluminar á este ciego; abre mis ojos para seguir la verdadera sabiduría; conforta mi entendimiento para conocer la falsedad; corrobora mi voluntad para amar y enseñar solamente la verdad, y para que, despreciando todo lo temporal, el tiempo que me queda de mi vida lo ocupe todo en seguir tu celestial sabiduría, aumentando con buenas obras la gracia. Amén.

La petición, y después se hace lo que en el primer sábado, y así en los demás.

### SÁBADO TERCERO.

**A** Mabilísima Señora, Santísima Madre de la Luz, idea verdadera de toda santidad: yo te saludo y venero como modelo de toda virtud y espejo el más fiel de la más heroica perfección, y doy incesantes gracias al Señor porque empleó toda la fuerza de su omnipotente brazo en labrar en ti una perfectísima copia de sus inefables perfecciones y un original visible de virtud. A tus pies postrado confieso, Señora, haber andado muy lejos de Ti, siendo modelo de los vicios y malos ejemplos con mi vida y depravadas costumbres; me pesa y me arrepiento de haber sido piedra de

tropiezo y causa de ruina á muchas almas con mis malos ejemplos; por eso recurro á Ti, suplicándote, soberana Reina, que, pues eres guía segura de los pecadores, me encamines á mí, el mayor de ellos, por el sendero de las virtudes, esforzándome, Señora, para que viva en adelante con los ojos fijos en el modelo de tus virtudes, para copiar en todos mis pensamientos, palabras y obras la perfecta imagen de tu vida, y merecer el galardón de haberte imitado en el punto de mi muerte. Amén.

### SÁBADO CUARTO.

**A** Mabilísima Señora, Santísima Madre de la Luz, bienhechora liberalísima del mundo, yo te adoro y venero como manantial indeficiente de donde vienen al mundo todos sus bienes y felicidades; doy gracias al Señor por haberte criado tesorera y plenipotenciaria de los divinos erarios y de todos los bienes. A Ti, benignísima Madre, confieso deber no estar ya sepultado en el infierno, por mis culpas tan merecido; á Ti debo la sanidad y haberes que gozo, y todos cuantos bienes poseo dentro y fuera de mí. Pero con todo ha sido sin igual la ingratitud de mi mala vida, empleándola tan solamente en herir tu corazón carita-

tivo con las agudas saetas de mis pecados. ¡Oh, si pudiera yo con mi sangre, y aun con mi propia vida, destruirlos! Mas ya que esto no me es posible, postrado ante Ti, Soberana Señora, los aborrezco con todo mi corazón, por ser ofensas contra Dios y contra Ti, mi Madre y Señora; por tanto, te suplico que, aunque soy el más indigno de tu beneficencia, la extiendas sobre mí, concediéndome el perdón de mi ingratitude, alcanzándome los auxilios continuos de la gracia para detestar mis pecados y para que siempre, en toda mi vida, no ame otra cosa que á Dios y á Ti, liberalísima bienhechora, para conseguir, por último, el agradecer tus beneficios, alabándote eternamente en la gloria. Amén.

## SÁBADO QUINTO.

**A** Mabilísima Señora, Madre Santísima de la Luz, llena de inmensa caridad, y Madre del puro y santo amor, yo te adoro y venero como Luz la más resplandeciente de caridad; y al contemplar lo excesivo de tu amor, doy repetidas gracias al Señor porque de tal suerte encendió tu corazón con el celestial fuego de amor divino, que parecía viva encendida llama del Espíritu Santo. ¡Qué vil y asqueroso seré yo á tus purísimos ojos, pues no he amado otra

cosa que el lodo vilísimo de las cosas terrenas, y de tantos objetos pecaminosos! ¿En qué cosa, soberana Señora, podía yo colocar mi amor, que en la suma bondad de mi Dios, único centro de nuestras almas? Y con todo, he despreciado tan amable bien, posponiéndolo á los asquerosísimos de la tierra. Así confieso haber vivido; mas ahora, alumbrado con las luces de tu caridad, y postrado á tus pies, detesto y aborrezco con todo mi corazón mi mala vida, y el haber pospuesto á mi Dios á tan indignas criaturas; progongo, Santísima Madre, amarle á Él solo y compensar así mi pasada frialdad. Recibe, Señora, mi corazón para que lo consagres todo á tu santísimo Hijo; no quiero más vivir si no es para amarle á Él solo; no quiero obrar cosa alguna si no es por darle gusto. Sé Tú, Madre mía, fiadora de esta mi resolución, y haz con tu intercesión poderosa que siempre perfectamente la cumpla para imitarte á Ti, Luz y ejemplo de caridad, y para amar á mi Dios con el amor beatífico de la gloria. Amén.

## SÁBADO SEXTO.

**A** Mabilísima Señora, Santísima Madre de la Luz, Reina graciosísima del cielo, yo te adoro y venero como erario y tesoro

rera riquísima de gracia; y atónito al contemplar la excesiva Luz de tu hermosura, gracia y santidad, alabo y doy al Señor incesantes gracias porque con tanta opulencia te enriqueció de gracia, que empleó toda su omnipotencia, toda su sabiduría y todo su amor en dotarte de tanta Luz de gracia cuanta no se halla junta en toda, así humana como angélica, naturaleza. Confieso, Soberana Señora, mi indignidad y lo perverso de mi vida; por eso no me atrevo á pedirte aquella gracia que tantas veces por tu medio he alcanzado, y tantas por mi suma malicia he vendido por lo vil de mis gustos y desordenados apetitos; pero al fin eres Madre de misericordia; eres la tesorera y dispensera del preciosísimo erario de la gracia; por eso, arrojado á tus pies, te pido esta inestimable joya, resuelto firmemente á perderlo todo por alcanzarla y conservarla toda mi vida; concédeme, Madre Santísima, los auxilios divinos, para que desde ahora vaya con fervorosas obras acumulando nuevas riquezas de gracia. Oye, piadosa Reina, mis súplicas; esfuerza con tu ayuda este mi propósito, para que, como á Ti debo el adquirir la gracia aquí en la tierra, así por tu medio merezca la gloria que le corresponde en el cielo. Amén.

## SÁBADO SEPTIMO.

**A** Mabilísima Señora, Santísima Madre de la Luz, excelsa Emperatriz del cielo y tierra, dulcísimo imán, después de Dios, de los corazones de todos los bienaventurados; yo admiro la casi infinita gloria que gozas; doy al Señor repetidas gracias por haberte colocado en el sublime Trono de la gloria, la más inmediata á la diestra de tu Hijo santísimo, con tanta gloria, que excede sin comparación á la de todos los ángeles y santos. Me gozo y regocijo, Reina soberana, de tan abundante gloria y felicidad; toda la quiero para Ti, y más me alegro que sea tuya que si fuera mía, porque mucho más te amo á ti que á mí y á todas las cosas. Pero me enturbia el gozo la indignidad de mi vida y lo asqueroso de mis graves culpas; por tanto, á tus pies postrado, las detesto de todo corazón por ser opuestas á mi Dios y á tu felicidad; alcánzame, señora mía, gracia para aborrecerlas y para que en adelante me porte como hijo verdadero tuyo; yo me propongo, Madre Santísima, procurar hacerlo así y glorificarte aquí en la tierra con el empeño de una sincera devoción; propongo con tu ayuda enderezar mis pasos á tu gloria y mayor obsequio; no perdonaré fatiga ni gasto, ni aun mi propia sangre, por la exaltación de tu gloria, por la propagación de tu devoción y solem-

nidad de tu santo nombre, bajo el título de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ; así, espero merecer como prenda segura tu amor y tu patrocinio, para gozarme de tu eterna felicidad en la gloria. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



## Triduo para implorar el auxilio

DE NUESTRA

## MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

ACTO DE CONTRICIÓN.

**D**ulcísimo Jesús, Criador y Redentor nuestro, que con la ternura y amabilidad de la infancia estáis sentado en los brazos virginales de María, vuestra Madre purísima, para tocar nuestro corazón y convertirlo á Vos: ¿qué ocasión más propia de vuestros designios que la presente, en que nos llamáis con fuertes avisos para someternos á vuestra ley y santificarnos? Vos sólo llenáis las exigencias de nuestro corazón, y sólo en Vos halla la paz verdadera. ¿Cuándo será que os amemos con toda nuestra alma y seáis el único objeto de nuestros deseos? Estos son vuestros divinos anhelos, y por esto nos castigáis para que os busquemos á Vos, que sois nuestro Refugio en las tribulaciones. Aquí nos tenéis profundamente humillados ante Vos, penetrados de dolor por nuestros pe-

nidad de tu santo nombre, bajo el título de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ; así, espero merecer como prenda segura tu amor y tu patrocinio, para gozarme de tu eterna felicidad en la gloria. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



## Triduo para implorar el auxilio

DE NUESTRA

## MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

ACTO DE CONTRICIÓN.

**D**ulcísimo Jesús, Criador y Redentor nuestro, que con la ternura y amabilidad de la infancia estáis sentado en los brazos virginales de María, vuestra Madre purísima, para tocar nuestro corazón y convertirlo á Vos: ¿qué ocasión más propia de vuestros designios que la presente, en que nos llamáis con fuertes avisos para someternos á vuestra ley y santificarnos? Vos sólo llenáis las exigencias de nuestro corazón, y sólo en Vos halla la paz verdadera. ¿Cuándo será que os amemos con toda nuestra alma y seáis el único objeto de nuestros deseos? Estos son vuestros divinos anhelos, y por esto nos castigáis para que os busquemos á Vos, que sois nuestro Refugio en las tribulaciones. Aquí nos tenéis profundamente humillados ante Vos, penetrados de dolor por nuestros pe-

cados, y suspirando sólo por vuestro amor. Tocadnos con vuestra mano poderosa, y seremos cambiados del todo; castigadnos como queráis, pero no nos privéis de vuestra gracia, que os pedimos ardientemente para destruir el pecado, que es la causa de vuestro enojo. ¡Oh Divino Jesús! Convertidnos y salvadnos por el amor que tenéis á María, vuestra Santísima Madre.

### DÍA PRIMERO.

**A** Quién hemos de ocurrir en nuestras angustias, ¡oh Madre Santísima de la Luz!, sino á Vos, que nos llamáis para verter en nosotros el consuelo? ¿A quién hemos de volver nuestros ojos sino á Vos, que siempre habéis sido nuestra tierna Madre y el objeto de nuestra más dulce esperanza? A Vos, pues, venimos para que derraméis en nuestra alma la luz de la gracia: corremos á Vos para que detengáis el azote que nos castiga, y nos presentéis á Jesucristo humillados y arrepentidos: venimos á Vos para que seáis nuestra medianera, como siempre habéis tenido la dignación de serlo. Descubridnos vuestro purísimo resplandor, y aborreceremos el tenebroso pecado, que es la causa de nuestros males: emitid vuestra luz suavísima, y la seguiremos para llegar á Jesús, nuestro camino, nuestra ver-

dad y nuestra vida: acogednos bajo vuestro virgineo manto, y el castigo de Dios se tornará en misericordia; porque si Vos habláis, Dios no puede dejar de escucharnos; si rogáis, en el instante bajará su mano; si mandáis, vuestro Hijo Dios os prestará obediencia. ¿Qué podemos temer si Vos nos defendéis? ¡Oh Madre Santísima de la Luz!, oid nuestros clamores; defendednos y salvadnos.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria por tres veces, y al fin de cada una la siguiente

#### JACULATORIA.

¡Madre de la eterna Luz,  
Nuestra esperanza y consuelo!  
Haz que amemos á Jesús,  
Y le veamos en el cielo.

Se termina con las Letanias Lauretanas.

### DÍA SEGUNDO.

**A** Penas elevamos á Vos nuestras miradas, ¡oh Madre Santísima de la Luz!, y ya sentimos en nuestra alma como una lluvia de saludables emociones y de inefables consuelos: invocamos vuestro nombre dulcísimo, y experimentamos un alivio formal en nuestras penas y nos levantamos tranquilos, animados por la esperanza. Permitidnos, por tanto, ¡oh María!, que aspiremos el aroma de vuestras gracias, y resu-

citaremos de la muerte á la vida: tocados con la suavidad de vuestra mano, y seremos curados de todos nuestros males: dirigidos vuestras miradas de salud, y convertidos por vuestro medio, seremos el objeto, no de la justicia vengadora, sino del amor de Jesús. ¡Oh María, dulzura de nuestra vida, Refugio seguro en nuestras tribulaciones, Madre clemente y amable! Mostrad vuestro poder, y libradnos de nuestros enemigos: prestadnos vuestro auxilio, y unidnos á Jesús por medio de una verdadera reconciliación. Amén.

Padrenuestro, etc., como el día primero.

### DÍA TERCERO.

**V**OS sois, ¡oh María!, la excelsa Virgen y Mujer fuerte, contra el demonio por vuestra Inmaculada Concepción y vuestra profunda humildad, contra el mundo por vuestra pobreza y suprema dignidad, contra la carne por vuestra perpetua virginidad y modestia sobreangelical. Vos sois la Madre de la Luz que nos vivifica y convierte, que nos inflama y sostiene, que nos cura, nos dirige al cielo y nos salva. Vos con una mano nos libráis del abismo del pecado y con otra nos presentáis á Jesús, Luz del mundo, que, tocando nuestro corazón, lo llena de aspiraciones suavísimas de pureza y castidad, y de un gozo verdaderamente

cumplido. ¡Oh prodigiosa Madre Santísima de la Luz! Mostrad vuestra fortaleza y esplendor, y vuestras tinieblas serán disipadas, convertida nuestra alma, avergonzados nuestros enemigos, levantado el castigo, y Jesús, vuestro Divino Hijo y Salvador nuestro, será el único centro de nuestro amor y nuestro gozo perdurable. Amén.

Padrenuestro, etc., como el día primero.

### DÉCIMA

¡Bendita seas, ¡oh María!,  
Madre de la Luz divina,  
Pues tan pura y peregrina  
Te contemplo noche y día!  
Mi corazón en tí fía,  
Y te pido por la cruz  
Que me alcances clara luz  
Para no ser confundido,  
Y que muera arrepentido  
Y en la gracia de Jesús.



TRIDUO  
 Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.<sup>1</sup>

ACTO DE CONTRICIÓN.

**E** aquí en tu presencia, ¡oh Dios y Salvador mío!, á una criatura que no ha cesado de correr lejos de Ti.

Bien puedo preguntarme á mí mismo: ¿cómo me he atrevido á traspasar los umbrales del templo y llegar hasta aquí sin cuidarme de la lepra que ha desfigurado esta noble hechura de tus manos? ¿Qué ofrenda, qué holocausto digno de tu amor y de tu ternura puede ofrecer á tus pies el insensato que, cerrando los oídos á tu ley, se ha ocupado con infatigable ardor en borrar de su corazón hasta el sentimiento de la gratitud?

Cuando la naturaleza entera, con la dulce armonía que le ha dado tu omnipotencia, alza sus himnos hasta tu trono, mis labios están mudos para bendecirte. Los astros

<sup>1</sup> Por D. José de la Luz Pacheco Gallardo.

siguen la senda que les marcaste; las aves del cielo, los vientos suaves ó el huracán formidable, el relámpago ó el rayo, todo obedece á tu voz, todo cede al imperio de tus leyes inmutables; sólo un sér hay rebelde en medio de esa espléndida y bella creación; sólo un sér existe que, audaz, se ha sublevado contra Ti, y que, desafiando á los cielos, ha pretendido hacerse superior á Ti; á Ti, el más amable y tierno de los padres, cuya bondad no tiene límites, cuya misericordia es infinita y cuya sabiduría es inmensa. Ese soy yo, Señor; yo, cuya pequeñez puede medirse por el tamaño de mi orgullo. Sin embargo, si hoy me has permitido venir hasta aquí; si me has dado aliento para levantarme de las tinieblas y acercarme á la luz, ¿qué me resta sino deplorar á tus pies los extravíos y los crímenes de mi vida? Sí, Dios mío; me arrepiento de mis excesos; me pesa haberte ofendido, insensible á tus llamamientos é indiferente á tu amor; dueleme el alma por haber hollado tu sangre adorable, por mi derramada. Escucha, pues, benigno, los dolientes gemidos de mi corazón arrepentido, y no apartes de mí tu rostro misericordioso.

Para que llegue hasta tu solio mi plegaria, antes procuro depositarla en las maternales manos de aquella Reina á quien Tú también llamas Madre tuya. María, cándida



rosa cuyo aroma embalsama los cielos; estrella luminosa que nos guía en medio de nuestras borrascas; ella, más pura que la luz de la mañana y más hermosa que el lirio de los valles, es quien va á presentarte compasiva mis lágrimas amargas. Acéptalas, dirigidas por tan amable medianera, y fijando en mi corazón un amor inextinguible hacia Ti, sostén mis pasos para no volver á caer, y así pueda ir algún día á alabar tu misericordia para siempre. Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

Á Ti, augusta Reina de los cielos y amable Madre Santísima de la Luz, elevo mi humilde voz. No en vano te llaman grande y feliz todas las generaciones, pues en ti fijó sus ojos el Eterno Padre para hacerte Madre del Verbo divino. Colocada entre el cielo y la tierra, entre tu Hijo y la criatura, eres la escala preciosa que conduce á los cielos, la puerta de ese luminoso alcázar, mansión de eternas delicias para los justos. ¿Quién eres, Señora, ¡oh tierna Madre mía!; quién eres que así te elevas sobre todos los seres, bien terrible y esforzada como escuadrón en la batalla, blanda y gentil como la palmera del desierto, tierna y apacible como la paloma, bella como la flor del valle, risueña como la aurora, resplandeciente más que todos los astros,

generosa y compasiva como nunca lo fué otra madre?

Tu nombre difunde el terror entre tus enemigos, así como derrama la alegría en los que tienen la gloria de proclamarte su Reina y su Madre. ¿Quién eres? ¿Quién puede compararse á ti? Tú salvas al naufrago que lucha con la borrasca; tú calmas los pesares de la viuda y endulzas el cáliz amargo del huérfano.

El anciano te invoca, y marcha sin dolerse hacia el sepulcro. Curas las dolencias del enfermo y haces tranquilo el sueño mismo de la muerte. Tú, en fin, aceptaste el título de Madre de los mortales sólo para salvarlos, siendo Madre de Aquel que por ser la luz no ha sido comprendido de las tinieblas. Por último, para que nada faltase á tu ternura maternal, elegiste esa sublime y consoladora efigie que te plugo bendecir y dirigir por ti misma para vivir aquí y darte así como una prenda de tu amor. ¿Quién sino tu afecto maternal pudo inspirarte esa demostración de la más tierna solicitud por los desgraciados? ¡He allí el exceso de la bondad! ¡He allí la compasión por excelencia y el más puro y dulce reflejo de la misericordia infinita! Y los que hemos sido enriquecidos con ese precioso é inestimable tesoro; los que en medio de nosotros tenemos ese arca de la alianza, ese escudo brillante donde se han

estrellado constantemente los que han afligido á otros pueblos, ¿dejaremos de prosternarnos á tus pies é implorar el remedio de los pesares que nos aquejan? Si, ingratos, hemos descuidado el esplendor del culto que mereces, y si nuestro corazón se ha adormido sin consagrarse sólo á Ti, que eres nuestra Madre y nuestro único bien, ya venimos hoy á humillarnos delante de Ti, á deplorar nuestros extravíos y á pedirte el remedio de nuestros infortunios; y pues eres Tú sola la esperanza que nos resta para salvarnos de la horrible tormenta desatada sobre nosotros, á Ti recurrimos para que atiendas nuestra humilde oración, y, concediéndonos lo que en ella te pedimos, podamos, guiados por tu mano maternal, ir á alabarte eternamente. Amén.

Concluida la anterior oración, se rezan tres Avemarias, como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. En seguida se dice la oración del día respectivo, se hace la petición y se ofrece con la siguiente

## ORACIÓN.

Dígnate, soberana Madre mía, atender á mi oración. Protégeme con tu manto, librame de todos los peligros que me cercan; haz que adornen mi alma todas las virtudes, y que, siendo digno de llamarme hijo tuyo, merezca ir á alabarte y bendecirte eternamente. Amén.

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA  
POR LA SANTA IGLESIA CATÓLICA.

**O**H predilecta y preciosa Hija del Eterno Padre! Cuando la Iglesia católica, fundada por tu Hijo adorable y enriquecida con los magníficos tesoros de su doctrina y de su amor infinito, apareció sobre la tierra, cambiando la faz del mundo, que acababa de ser regenerado por la sangre del Hijo de Dios, Tú fuiste la columna luminosa que guió sus primeros pasos, y tierna y solícita velaste al lado de su cuna.

Ella te debe los maternales cuidados de su infancia, y Tú recogiste el primer gemido que arrancaron de su seno los enemigos del Crucificado.

Ella creció á tu sombra y se alzó resplandeciente alumbrando al universo, como aparece hermosa la luz de la mañana después de una noche de tempestad. Y ¿qué, augusta Esposa del Espíritu Santo: este tu pueblo predilecto, tan infeliz como la deícida Jerusalén, te verá partir á otro suelo, y desaparecerá de su seno esa antorcha luminosa, cuyo fuego sagrado fué alimentado por tus manos? Qué, ¿quedará reducida á llorar sobre los escombros de su Tabernáculo, olvidadas sus fiestas, y silenciosa sentada sobre el polvo? Los extraños ¿pasarán silbando delante de ella y burlándose de su desventura? ¿Quién,

entonces, consolará su infortunio? ¿Quién mitigará los dolores y las angustias de los que padecen? ¿Quién iluminará nuestro entendimiento y fortalecerá nuestro corazón en medio de las adversidades?

Muerta la esperanza de los cielos; lejos de Ti; cerradas las puertas del Paraíso eterno; hollada la sangre de un Dios inmolado por nuestro amor, ese fiero dragón que yace humillado á tus pies ¿arrebatará de tus manos á estos tus hijos que en Ti fijan sus miradas implorando tu auxilio maternal? ¡Oh tierna Madre de los mortales! Antes que de entre nosotros desaparezca la Santa Iglesia católica y la sangre del Cordero sea borrada de nuestras puertas y sucumbamos al filo de la espada del ángel exterminador, mandado por la cólera del Altísimo para castigar á los enemigos de su pueblo, cierra nuestros ojos y cúbrelos con el velo de la muerte. Pesen sobre nosotros todas las aflicciones; cérquennos todas las angustias, y arrástrenos el torrente desatado de la amargura; pero no permitas, augusta Soberana y Madre mía, que la Iglesia santa desaparezca de este tu pueblo; no te alejes de nosotros, porque pereceríamos, y lo mismo nuestros hijos.

Recuerda, Señora, que quisiste ser Madre nuestra porque sabes nuestras gracias y porque palpaste nuestros dolores: pues bien, concédenos que nunca se

aparte de nuestra alma la fe ni se extinga en nuestro corazón la caridad; sino que, alentados por la dulce esperanza de tus favores, muramos en el seno de la Iglesia y, asidos de la cruz, podamos ir á bendecirte y á cantar tus beneficios en la gloria. Amén.

ORACIÓN PARA EL SEGUNDO DÍA

POR LA PAZ PÚBLICA.

**O**H tierna Madre del Salvador y dulce esperanza de los desgraciados, juntamente proclamada Reina y Soberana de las naciones! Cuando el Altísimo, irritado por el crimen del primer hombre, lanzó sobre él el terrible anatema que lo condenó á los pesares y á la muerte, el Señor, que es también Dios de bondad y de misericordia, no quiso que sólo el rayo de su indignación tronara en la hermosa primera mansión de nuestros padres, sino que le plugo también que aquellos sitios deliciosos, sobrecogidos de amargura al sufrir una profanación y amedrentados al eco de una sentencia, presenciaran la dulce promesa de la misericordia y la celestial sonrisa de la esperanza. Así fué que el Soberano Criador hace oír su voz prometiendo que una mujer quebrantaría bajo sus pies la cabeza de la serpiente.

Esa mujer predilecta, esa mujer elegida por Dios mismo para cooperar á la recon-

ciliación entre El y la criatura, fuiste Tú; Tú, Hija del Eterno Padre. La luz debía vencer á las tinieblas, y Tú fuiste elegida para ser la Madre de la Luz, la escala del cielo, el medio precioso de la paz entre Dios y el hombre, siendo Madre del Hombre-Dios.

El espíritu de las tinieblas rugió desde entonces indignado por su derrota, y sintiendo después despedazada su cabeza por tu planta virginal, quiso que la lucha comenzada en el Paraíso se prolongara sobre la tierra. La muerte del Redentor y tus lágrimas vertidas al pie del patíbulo santo salvaron á la generación perdida, y las puertas del cielo se abrieron para la raza de Adán; pero Lucifer aun lucha desesperado por tus victorias, y hasta en esta nación que abrió sus ojos á la luz del Evangelio y se alzó grande y bella bajo tu amparo maternal, ha disputado el trono que un pueblo agradecido y cristiano levantó para Ti, que eres nuestra Reina y nuestra bienhechora, lo mismo que para tu Hijo y nuestro Salvador. Y qué, generosa Madre mía, ¿nosotros estaremos condenados por la cólera del Señor á perecer? No, benignísimo refugio de los pecadores; ten piedad de nosotros; ilumina el entendimiento de aquellos de nuestros hermanos desgraciados que yacen sumergidos en las tinieblas del error. Todos fuimos regenerados en la

cruz, y por todos aceptaste el tierno título de Madre de los mortales. Haz, pues, que no sean estériles para nosotros el sacrificio de tu Hijo y tus lágrimas maternas, sino que, vivificado este suelo, que ha sido consagrado por la religión, conducidos por Ti como por aquella columna misteriosa que lo guió en el desierto, pueda verdaderamente llamarse pueblo de Dios y hacerse digno de tus bondades para ser eternamente feliz. Amén.

ORACIÓN PARA EL TERCER DÍA  
PARA OBTENER UNA BUENA MUERTE.

**O**H benigna Madre y dulce consuelo de los que padecen! Breve y penoso es el espacio que tiene el hombre que recorrer hasta tocar las playas de la eternidad; fieras borrascas lo combaten desde que pisa los umbrales de la vida; agudos dolores lo cercan por todas partes, y no hay un sitio adonde pueda dirigir sus pasos sin encontrar espinas que lo desgarran. ¡Así marchamos á la muerte! ¡Así se cumple el triste legado de nuestros padres! Y qué, al fin de una partida tan angustiada, ¿no nos quedará siquiera el consuelo de arribar á un puerto feliz, donde la luz no tenga ocaso y donde la dicha no sea un nombre vano? Mas, ¿qué es el hombre, ó qué puede por sí sólo para llegar á ese puerto venturoso, vivir para siempre en el seno de esa luz y

disfrutar los encantos de una dicha verdadera? ¿Cómo arribar á esas playas risueñas si los enemigos que lo acechan lo persiguen y lo disputan al cielo desde la cuna, lo siguen y lo combaten hasta el sepulcro? ¿A quién dirigirá sus ojos en ese solemne momento cuando todo huye en derredor nuestro y pesan sobre nuestros párpados las sombras de la muerte? ¿Quién nos presentará delante del Juez Supremo é interpondrá sus ruegos por nosotros? ¡Ah! Por sí solo el hombre nada puede, nada vale; pero todo lo obtiene por los méritos del Salvador y por tu intercesión maternal. Así, pues, ¿á quién, sino á Ti, debemos recurrir para salir del naufragio que nos amenaza desde el nacer? ¿Qué mano más amable y cariñosa puede cerrar nuestros ojos y abrirnos las puertas del eterno alcázar sino Tú, justamente llamada puerta del cielo? Por esta razón, castísima Esposa del Espíritu Santo, en Ti esperamos, que, siendo la fuente de la gracia y el más perfecto modelo de virtud, así como la más compasiva de las madres y el puerto de nuestra salvación, no permitas que en ese instante terrible nos sobrecoja la muerte lejos de la fe y despojados de toda virtud. Sosténnos en las adversidades; alienta en nuestro corazón el dulce amor de Dios y de Ti, que fuiste elegida para Madre del Redentor del mundo.

Aparta de nosotros todo afecto que pueda ligarnos á la tierra y hacernos víctimas de un mundo rebelde, lleno de pomposas, pero vanas promesas. Sea nuestra única guía tu luz; sea nuestro único encanto tu amor y tus angustias de la cruz, para que al fin de nuestra vida, cuando el cansancio y la muerte vengan á aniquilar el vaso deleznable de nuestro cuerpo, bajo tu dulce sombra cerremos nuestros ojos al sueño pasajero que deba conducirnos á la Jerusalén eterna á cantar tus virtudes y á bendecir tus gracias y tus beneficios para siempre. Amén.





SEMANA DEVOTA  
 EN HONOR DE NUESTRA  
 MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

ACTO DE CONTRICIÓN.

**M** Jesús divino, Luz eterna engendada entre los resplandores de los Santos; Tú, que iluminas á todo hombre que viene á este mundo, disipa las tinieblas de mi entendimiento obscurecido con el pecado, y dame á conocer lo que hice ofendiéndote. ¡Miserable de mí, que, ciego y desatinado, por un vil interés ó por un deleite pasajero y falaz, atropellé tu ley santa, y atraje sobre mí tu terrible justicia! Perdi tu amistad y tu gracia, y me sujeté á las tinieblas y al llanto del infierno, en donde ya rabiara sin remedio á no haber sido tan grande tu misericordia. Por ella, Señor, y por los méritos y ruegos de María Santísima, tu amadísima Madre, perdóname mis muchas y repetidas culpas, pues de todo corazón arrepentido las detesto por ser ofensas tuyas, y te prometo que con la

ayuda de tu gracia no volveré jamás á cometerlas. Perdón, amantísimo Jesús; perdón y gracia para morir mil veces antes que ofenderte, pues ocurro á Ti considerándote como en el trono de tus misericordias, en los brazos de tu purísima Madre. Amén.

DOMINGO.

**M** Adre Santísima de la Luz, que con tu nacimiento comenzaste á disipar la noche lóbrega en que yacía el mundo por el pecado de Adán: Tú, que con razón eres comparada á la apacible aurora porque anuncias y previenes al divino Sol de Justicia, dignate, Señora mía, alumbrar y esclarecer mi fe, para que ejercitando con fervor sus actos, la mantenga viva y brillante, á pesar de todas las herejías y errores. Amén.

Se rezan dos Avemarías en honra de los purísimos y hermosísimos ojos de la Santísima Virgen.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

**E**ste mundo en que vivo, ¡oh Virgen dulcísima, Madre de la Luz!, no es otra cosa que un mar siempre agitado con terribles borrascas, y en el que á cada paso se encuentran peligrosísimos escollos; pero lo que más me asusta yacobarda son las tinieblas que me rodean, porque de lo pasado no me queda sino una memoria confusa;

veo lo presente envuelto en dudas é incertidumbres, y lo futuro se me esconde en una obscuridad impenetrable. ¿Qué haré, Señora, sino buscarte á Ti, como los navegantes buscan la estrella del Norte para que los dirija? Tú eres mi luz, mi guía, mi esperanza y todo mi consuelo. Mirándote á Ti no puedo extraviarme, porque tus virtudes y ejemplos me conducen; invocándote no puedo irme á fondo, porque tu poderosa protección me sostiene; amándote no puedo entristecerme, porque Tú me amarás, y con tu amor tengo segura mi salvación. Sé para mí, Señora, Madre de la Luz, comunicándome la que tanto necesito para ver por donde camino, para evitar los riesgos y para atinar con todo lo que según mi estado debo practicar. Sé para mí, Madre de la Luz en la vida, Madre de la Luz en la muerte, para que seas algún día mi Madre de la Luz en la gloria. Amén.

## LUNES.

**M**adre Santísima de la Luz, que en la noche más triste del temor eres para los pobres pecadores Luna hermosa y apacible que los alumbras: Tú, que aun á los que ya están próximos á desesperar de su salvación los alientas, afirma, Señora, mi esperanza, para que confiado en la misericordia de tu divino Hijo, que por tus ruegos no dudo alcanzar, me esfuerce á cor-

responder á su gracia y consiga la salud eterna. Amén.

## MARTES.

**M**adre Santísima de la Luz, privilegiada sobre todas las puras criaturas, única y escogida como el Sol: Tú, que á semejanza de ese astro benéfico no sólo alumbras lo obscuro, sino también calientas lo frío; mira, Señora mía, que en mi alma está la caridad apagada: aplícale tus rayos luminosos y ardientes para que mi corazón encendido sea uno de los que los ángeles presentan á tu divino Hijo, consumidos todos los afectos pecaminosos. Amén.

## MIERCOLES.

**M**adre Santísima de la Luz, que, dotada de sin igual sabiduría, procediste siempre de modo que eres llamada por excelencia Prudentísima: Tú sabes bien cuánta luz necesito para conocer en mis obras los extremos viciosos, y arreglarlas todas por la prudencia cristiana; dame, Señora, pues fácilmente puedes, esta virtud preciosa, que como un faro resplandeciente dirija mis pasos hasta la vida eterna. Amén.

## JUEVES.

**M**adre Santísima de la Luz, nadie mejor que Tú guardó la justicia, porque Tú mejor que todos conociste con luz divina

los derechos de Dios y los del prójimo : este conocimiento me falta á mi algunas veces; pero las más me falta la resolución para obrar justamente dando á Dios lo que es suyo, y al prójimo lo que le toca. Comunicame Tú, Señora, que eres espejo en que reflejan los rayos del Sol de Justicia, todas las luces y fuerzas que necesito para vivir y morir como justo, y merecer la corona que á los justos está prometida. Amén.

## VIERNES.

**M**adre Santísima de la Luz, tu poder es bastante, como nos manifiesta tu imagen, para impedir que caiga en el infierno el alma que por sus culpas había llegado hasta aquella boca insaciable. Mira, Señora, que somos muy débiles para resistir á los asaltos de las tentaciones, y que ellas nos precipitarán en la eterna desgracia si no somos revestidos de fortaleza celestial: ten piedad de nosotros, y alcánzanos con tus ruegos esta generosa virtud. Amén.

## SÁBADO.

**M**adre Santísima de la Luz, más que ciego he sido cuando por un gustillo temporal he ofendido á tu divino Hijo. Alúmbrame, Señora, para que conozca que no es en esta vida cuando he de conseguir los verdaderos placeres, y haz que, guiado por este conocimiento, use con modera-

ción y templaza de todas las cosas y merezca las delicias perpetuas, entre las cuales será de las más exquisitas ver tu resplandeciente rostro en la gloria. Amén.



## SALVE

Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

**D**ios te salve, Virgen,  
Del Empíreo Reina;  
Dios te salve, Madre  
De la Luz excelsa.  
Dios te salve, vida  
De las almas muertas,  
Y dulzura suave  
Y esperanza nuestra.  
Tú, entre las borrascas  
De esta vida incierta,  
Eres para todos  
Cual polar estrella.  
Porque nos alumbres  
Entre las tinieblas  
A Ti levantamos  
Voces lastimeras.  
Como desterrados  
Tristes hijos de Eva,  
A Ti suspiramos;  
Oye nuestras quejas.



En el hondo valle  
 De llanto y miseria,  
 Gemir á toda hora  
 Y llorar es fuerza.  
 Ea, pues, Señora,  
 Y Abogada nuestra,  
 Vuelve hacia nosotros  
 Tus miradas tiernas,  
 Las luces brillantes  
 De tus ojos sean  
 El dulce consuelo  
 En tanta tristeza.  
 Sientan los influjos  
 De esas dos estrellas  
 Los perseguidores  
 De la Santa Iglesia.  
 Míralos, ¡oh Madre!,  
 Porque se conviertan;  
 Á nosotros mira  
 Porque no nos vengzan.  
 Y cuando el fin llegue  
 De nuestra carrera,  
 Término dichoso  
 El destierro tenga;  
 Y entonces, ¡oh Madre!,  
 A la Luz más bella,  
 De tu vientre el fruto,  
 Que es Jesús, nos muestra.  
 ¡Oh Virgen clemente!  
 ¡Oh piadosa y tierna!  
 ¡Oh dulce y amable,  
 Suave y halagüeña!

Madre de la Luz,  
 Por nosotros ruega,  
 Para que el pecado  
 No nos oscurezca.  
 Y que conducidos  
 Por la Luz eterna,  
 De Jesús logremos  
 Las dulces promesas.  
 Amén.



### CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO

Á LA REINA DE LOS ÁNGELES  
 MARÍA SANTÍSIMA.

**S**oberana Emperatriz de los cielos y de la tierra: Cuando yo os veo sentada sobre un trono tan sublime, que es el que Dios ha destinado en el Empíreo para premio de vuestros heroicos merecimientos; cuando veo á los más elevados serafines doblar gustosos el cuello para servir de escabeles á vuestras reales plantas, y que todos los coros de los Angeles, los Santos todos se glorian de ser vuestros esclavos, tributándoos sin cesar mil nuevos himnos de bendición y de alabanza; ¿cómo yo, más vil que el polvo de la tierra, me atreveré á juntarme con vasallos de tanta jerarquía para ofrecerme también por esclavo vuestro?

Pero ¡ah! que esto mismo es lo que da á conocer los tamaños inmensurables de vuestra grandeza, que Vos tengáis derecho, como lo tenéis, en efecto, para exigir homenajes, no menos de las criaturas altas y encumbradas, que de las pequeñas y abatidas. El ángel y el hombre, el santo y el pecador, el cielo estrellado y luminoso, lo propio que la tierra opaca y vil, todo está sujeto á vuestro imperio; y aunque el gusano que camina arrastrándose por el suelo no sea digno en manera alguna de vuestra excelencia, vuestra excelencia, superior á cuanto existe nuevamente criado, es y será siempre acreedora á que el gusano aun más imperceptible, y cuanto pueda haber más despreciable que él, os alaben y veneren como á su Reina.

Pues aquí debo entrar yo, Señora mía: yo, presa tantas veces del pecado, y por solo esto más vil que la misma nada, debo honraros confesando que sois mi Emperatriz augusta y Soberana. Lo confieso una y muchas veces; mas quiero sepan los cielos que no es ésta una confesión nacida únicamente del conocimiento de vuestros derechos, sino un acto de mi amor, de mi inclinación, y al que se presta gustosísima mi pobre voluntad. Lo confieso porque me reconozco obligado á ello; pero lo confesaría tan decidido y voluntariamente aun cuando no fueran tantos y tan relevantes

los títulos con que exigís de mí los tributos de veneración y vasallaje.

Protesto delante de los ángeles y de los hombres que soy vuestro esclavo, y que en esta dichosa esclavitud quiero vivir hasta el último aliento de mi vida, esperando que, pasada ella, he de continuar en más íntimo, más cercano y más rendido servicio, besando eternamente vuestras plantas amables y hermosísimas en el reino de la gloria. Amén.



### ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

PARA TODOS LOS MIÉRCOLES.

**M**adre y Señora, Tú eres luz que disipas la sombra del engaño; Tú eres la dulzura que deleita al corazón, y eres la poderosa Madre en quien espero y confío: aleja de mí todo peligro; guárdame, Señora, y en estos ocho días recíbeme por tuyo: yo volveré, Señora, á tus santísimos pies; yo daré á mi corazón la dicha de saludarte, y yo renovaré el amor que desde hoy te ofrezco. Angeles de la patria celestial, alabad por mí á la Madre Santísima de la Luz: Dios y Señor de la Majestad y gran-

deza, pues sólo Vos sabéis lo que es María, ensalzadla y engrandecedla; y Tú, Madre y Señora, admite mi corazón; las necesidades que tiene, Tú las sabes; remédialas; derrama el bálsamo suavísimo de tu amor; haz que en todas mis acciones te llame Madre de la Luz; alúmbrame, compadécete de mí, y no permitas que sea presa del demonio; tenme con tu santísima mano, y haz que, pues te portas como Madre, yo me porte también como tu hijo. Amén.



## PRIMERA NOVENA

DE NUESTRA

### SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ

en unión con los Coros de los Ángeles

DISPUESTA POR EL

*M. R. P. Maestro Fr. Antonio Claudio de  
Villegas en 1804.*

### PROTESTA DE LA FE Y ACTO DE CONTRICIÓN.

**E**N el nombre de Dios Todopoderoso, digo : que aunque he sido ingrato á los beneficios de Dios, soy cristiano por su divina gracia, de lo que me preció y glorio, por lo cual creo y confieso todo aquello que cree, confiesa y propone nuestra Madre la Iglesia : y para más claridad, gusto mío y pesar del demonio, digo y expreso que creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Asimismo creo (y

deza, pues sólo Vos sabéis lo que es María, ensalzadla y engrandecedla; y Tú, Madre y Señora, admite mi corazón; las necesidades que tiene, Tú las sabes; remédialas; derrama el bálsamo suavísimo de tu amor; haz que en todas mis acciones te llame Madre de la Luz; alúmbrame, compadécete de mí, y no permitas que sea presa del demonio; tenme con tu santísima mano, y haz que, pues te portas como Madre, yo me porte también como tu hijo. Amén.



## PRIMERA NOVENA

DE NUESTRA

### SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ

en unión con los Coros de los Ángeles

DISPUESTA POR EL

*M. R. P. Maestro Fr. Antonio Claudio de  
Villegas en 1804.*

### PROTESTA DE LA FE Y ACTO DE CONTRICIÓN.

**E**N el nombre de Dios Todopoderoso, digo : que aunque he sido ingrato á los beneficios de Dios, soy cristiano por su divina gracia, de lo que me preció y glorio, por lo cual creo y confieso todo aquello que cree, confiesa y propone nuestra Madre la Iglesia : y para más claridad, gusto mío y pesar del demonio, digo y expreso que creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Asimismo creo (y

agradezco por la utilidad que logro) el misterio amoroso de la Encarnación del Verbo; creo el admirabilísimo misterio de la Eucaristía; creo que es Dios remunerador, que premia á los buenos y castiga á los malos; creo que hay gloria, la cual espero gozar, confiado en la misericordia de Dios, para toda la eternidad; creo que hay infierno, cuya duración es infinita, al cual van los que mueren en pecado mortal. Finalmente, la profesión que hice, ó en mi nombre fué hecha el día de mi bautismo, en donde renuncié á Satanás, á todas sus obras y pompas, reitero ahora, una y muchas veces; y en fe y creencia de todos los artículos y demás misterios de fe que enseña la Santa Madre Iglesia Católica, Romana, que predicaron los Apóstoles, y en los Concilios confirmaron los Padres, he vivido, vivo y viviré, y quiero morir; y si en algún tiempo, por sugestión del demonio, ó astucia suya, ó flaqueza mía, ó por violencia de una calentura, dijere, presumiere ó imaginare algo contrario á lo protestado, desde luego lo anulo, lo detesto y doy por inválido. Y siendo, como es, ésta mi última voluntad é intención irrevocable, la confirmo en presencia de Dios, á quien pongo por testigo, y á la siempre Virgen María, y á todos los ángeles, santos y bienaventurados; y me pesa en el alma, y de todo mi corazón, de haber ofendido

á Dios, por ser quien es, y á quien, porque le amo sobre todas las cosas, propongo no ofenderle más, y con su divina gracia confesar mis pecados, cumplir la penitencia que me fuere impuesta, y confío en su bondad infinita me los ha de perdonar. Amén.

### PRIMER DÍA.

Habiéndose persignado, y hecha la protesta, se dirá todos los días la siguiente

#### ORACIÓN.

**S**oberana Señora, Santísima María, Madre de la Luz por esencia, que con sólo un *fiat* que salió de tu boca, y formaron tus poderosos preciosísimos labios, hiciste visible á la invisible Luz, para que amaneciera á los que habitamos en las tinieblas y estábamos sentados en las oscuras sombras de la muerte. Emperatriz poderosa, que saliste de la boca del Altísimo como la mejor Luz para vestir al Sol de la Justicia: gloriosísima Reina, que iluminas á todos los mortales, que ilustras á los ángeles, que llenas de claridad á los arcángeles, que influyes esplendores en los principados, que esclareces á las potestades, que llenas de reflejo á las virtudes; tú, que eres estrella y Norte de las dominaciones, el lucero más claro de los tronos, luna llena de alados querubines y hermosísimo sol de

ardientes serafines; haz, Señora, en nosotros los oficios de ángel, para guardarnos; de arcángel, anunciándonos los más altos misterios; de principado, teniendo de nosotros providencia; de potestad, alejando de nosotros los espíritus malignos; de virtud, obrando en nosotros maravillas y milagros que muden nuestros corazones y los hagan de cera para que se derritan en amor de la Luz soberana, que es tu Hijo divinísimo. Hazte cargo, Señora, de nosotros, y, como dominación, gobierna nuestras almas; llénanos de la luz de los santos como querubín santo, é inflámanos en el amor de tu Hijo y en el tuyo como el serafín más ardiente, para que en todo le sirvamos á tu Hijo, y te agrademos, en especial en esta tu novena, que consagramos á tu culto y obsequio; haz, Señora, que sea de tu agrado, y para eso danos un rayo de tu luz, que nos encamine á tu Hijo celestial, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Se rezan nueve Avemarías en honra de la Santísima Madre de la Luz, por luz de los nueve coros de los ángeles, y se dice la siguiente

## ORACIÓN

Nuncios celestiales, espíritus soberanos, embajadores de Dios nuestro Señor, destinados por Su Majestad para nuestra

defensa, guarda y custodia; fieles vasallos de la Emperatriz soberana, Madre de la Luz por esencia: rendidamente os suplicamos presentéis por nosotros á vuestra celestial Reina estas Avemarías, dándole de nuestra parte las enhorabuenas porque mereció ser custodia, guarda y defensa del humano Verbo, que ilumina los cielos y la tierra para total remedio de los hombres, que redimió á costa de su sangre y compró con su vida, que goza y gozará por las eternidades.

## SEGUNDO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*..., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente.

## ORACIÓN.

**A**Rcángeles soberanos, defensores de las ciudades, embajadores extraordinarios del Altísimo, que siempre traéis á la tierra la revelación de altísimos misterios; asistentes gloriosísimos del más supremo trono: rendidos os suplicamos presentéis á vuestra Reina, la Madre de la Luz, Señora nuestra, estas Avemarías, felicitándola de que fuera escogida para guarda y defensa de la grande, hermosa y divina ciudad del humano refugio, y por haber sido en la que se nos revelaron los más altos misterios, y pedidle que sea para nos-

otros la ciudad del refugio y nuestra Madre, para que, como á tal, en vuestra compañía la bendigamos y alabemos por las eternidades. Amén.

### TERCER DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*...., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

#### ORACIÓN.

**P**Principados del Empíreo, guarda, custodia y defensa de reinos y provincias, que puso á vuestro cargo el superior Monarca, Rey de reyes y Señor de señores : rendidos os pedimos que presentéis por nosotros estas Avemarías á la Santísima Madre de la Luz por esencia, dándole los parabienes por haber sido la custodia y defensa de ese grande Monarca y Rey de reyes, que quiso estar sujeto á la misma Señora; pedidle por nosotros que, pues tiene en su mano al mismo Dios, nos abra aquella mano, para que su mismo Hijo nos llene de sus bendiciones á todos, para que en vuestra compañía lo bendigamos todos en la gloria. Amén.

### CUARTO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*...., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

#### ORACIÓN.

**P**Otestades sagradas, á quienes dió el Altísimo poder de desterrar los espíritus malignos para que no nos dañen : humildes os pedimos ofrezcáis por nosotros á la Madre Santísima de la Luz por esencia estas Avemarías, dándole muchas gracias porque quebrantó la cabeza de la infernal serpiente; y pedid por nosotros aparte de nuestros corazones todas las sugestiones y asechanzas del común enemigo, para que con conciencias limpias y puros corazones consigamos ser vuestros compañeros en sus loores por la eternidad toda. Amén.

### QUINTO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*...., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

#### ORACIÓN.

**V**irtudes celestiales, espíritus sagrados, que obráis las maravillas y milagros que exceden las fuerzas y poder de la naturaleza : rendidos os pedimos ofrezcáis por nosotros estas Avemarías á la que, como dice San Ignacio Mártir, fué el celestial prodigio, ó, como dice San Efrén, el más excelente milagro de la tierra, y á la que vió San Juan toda llena de luces, por ser

el mayor milagro de los cielos : pedidle que obre la maravilla, el gran milagro de convertir nuestros corazones, que son duros, de piedra, y aun de bronce, en blandos, dóciles y amantes de Dios, nuestro Señor, y de tu misma Señora, que á la diestra de su Hijo vive, y con él reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

## SEXTO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*...., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

## ORACIÓN.

**A**ltas dominaciones, inteligencias puras, que á los espíritus celestiales, vuestros inferiores, destináis á diferentes ministerios : ofreced por nosotros estas Avemarías á la Madre Santísima de la Luz por esencia, que como tal domina con vosotros como Reina, y alcanzadnos de esa Emperatriz soberana que domine en nosotros, nos mande y nos gobierne según la voluntad de su Santísimo Hijo, para que, sirviéndole en esta miserable vida, le bendigamos y alabemos en la eterna. Amén.

## SÉPTIMO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*...., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

## ORACIÓN.

**M**Ajestuosos tronos, en quienes Dios habita como en debido asiento, y por quienes dispone sus altísimos é inescrutables juicios : postrados os pedimos presentéis por nosotros estas Avemarías al mejor, más excelente y grande trono, en quien Dios descansó, y en cuyo vientre cupo el que los cielos no pueden abarcar : María Santísima, trono de los mayores divinos esplendores, pedidle que salgan de ese trono rasyo de amor de Dios que inflamen nuestros pechos para amarle y servirle en esta vida y gozarle después en la bienaventuranza. Amén.

## OCTAVO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Soberana Señora*...., se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

## ORACIÓN.

**A**lados querubines, inteligencias sacras, que resplandecéis en la sabiduría con la plenitud que os dió el Todopoderoso : os pedimos ofrezcáis á la divina Madre de la Sabiduría humanada estas Avemarías, para que la Señora nos alcance de su Hijo la ciencia de los santos, que con ella sabremos agradecerle y servirle en esta vida, para que después nos ilustre en la eterna. Amén.



## NOVENO DÍA.

Dicha la protesta y oración *Sobrana Señora...*, se rezan las nueve Avemarías y se dice la siguiente

## ORACIÓN.

**A**rdientes serafines, amorosos espíritus llenos de caridad, inmediatos á Dios, y superiores á todos los parainfos celestiales en vuestro acatamiento : os suplicamos ofrezcáis estas Avemarías á la que siempre veis llena de caridad y dilección; á la que ama al Todopoderoso, no sólo como á su celestial Criador, sino también como á su Hijo; que nació de su vientre, fruto de sus entrañas y nutrido con el divino néctar de su seno, María Santísima, vuestra Reina y nuestra Soberana y Señora, para que nos alcance de su Hijo soberano perfecta caridad, para que, amando á nuestro Dios y á nuestros prójimos, caminemos seguros por el camino real, que es el de la gloria. Amén.

## ORACIÓN PARA DAR FIN Á LA NOVENA.

**E**mperatriz sagrada del Empireo, exaltada sobre los nueve coros de los ángeles y asistiendo á la diestra de vuestro Hijo, nuestro dueño Jesús, que, cual Sol de justicia, le formó de la luz soberana, que sois Vos, trayendo en sus divinas alas la salud

para el género humano, porque Vos le vestisteis de carne en vuestras purísimas entrañas para que saliera al mundo misericordiosísimo : recibid, Señora, este corto obsequio, y alcanzadnos de vuestro Hijo divino la exaltación de nuestra santa fe católica, la paz y concordia entre los príncipes cristianos, destrucción de las herejías, conversión de todos los infieles al gremio de nuestra santa fe católica, y á nosotros lo que sabéis, Señora, que más necesitamos, que es luz para caminar seguros por el camino de la gracia, para iros á alabar á las eternidades de la gloria. Amén.





## SEGUNDA NOVENA

Á NUESTRA

### MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

ADVERTENCIA PARA PRACTICARLA.

**L**OS que quisieren hacer esta novena del modo más del agrado de la Santísima Señora, han de practicar en ella los obsequios siguientes: Lo primero, confesar y comulgar á honor suyo tres días: el primero, el quinto y el día en que se celebra la fiesta de la Santísima Virgen; en los demás días podrá también hacerlo, según el parecer del confesor. Lo segundo, asistir con toda devoción al Santo Sacrificio de la Misa, ofreciéndolo á la Santísima Trinidad (fuera de otros fines) en acción de gracias por los privilegios é inmensos tesoros de gracia y gloria con que enriqueció á la Santísima Señora. Lo tercero, ayunar tres días: el primero, el quinto y el último de la novena, víspera de la fiesta; y

si no pudiere, ayune con los sentidos, absteniéndose de todas las ofensas contra Dios, no sólo de las graves, sino de las leves, claras y advertidas. Lo cuarto, leer algún libro que trate de las virtudes y grandezas de la Señora, hablar de ellas en las conversaciones familiares, y entre día acordarse con frecuencia de ellas, saludando á la Santísima Madre con amorosas y tiernas jaculatorias. Lo quinto, ejercitar alguno de los actos de las virtudes, como de caridad, humildad y paciencia, tolerando con amor las adversidades y trabajos que el Señor le enviare. Lo sexto, hacer todas sus obras en esos días con perfección y recta intención de agradar á Dios y á la Señora. Lo séptimo, meditar algún rato sobre las excelencias de tan gran Madre. Lo octavo, visitar alguna iglesia ó altar de la Señora, y si no pudiere, vuélvase desde su casa con afecto á la iglesia ó altar en donde estuviere su santa imagen. Lo noveno, tener alguna imagen de la Señora en su casa ó aposento, y á la mañana, en levantándose, y á la noche, antes de acostarse, ponerse bajo de su patrocinio y en el seno de su misericordia, pidiéndole su santa bendición; besarle los pies como á su Señora y la mano como á su Madre: lo mismo ha de practicar, á lo menos de paso, en saliendo de su casa ó volviendo de fuera.

## PRIMER DÍA.

Puesto de rodillas delante de alguna imagen ó altar de la Santísima Señora, levantando el corazón á Dios, haciéndole una profunda reverencia de espíritu y ofreciéndole todas sus palabras, obras y pensamientos á mayor gloria suya y á honor de su Madre Santísima, hará la señal de la cruz y dirá de corazón:

## ACTO DE CONTRICIÓN.

**A** Mabilísimo y dulcísimo Jesús, esplendor del Eterno Padre; imagen viva suya, eterna sabiduría, único y sumo bien de mi alma: por ser quien eres, y porque te amo más que al cielo y la tierra, más que á mí mismo y más que á todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberte ofendido tantas veces; me pesa de no haberte amado con todos los afectos de mi corazón; yo propongo, postrado á tus pies y á los de tu Madre María Santísima, no pecar más y no oponerme en lo restante de mi vida á los designios de tu caridad ardentísima; espero de tus piadosas entrañas, y por la intercesión de tu Madre María Santísima, el perdón de mis gravísimas culpas y eficaces auxilios para servirte y amarte desde ahora para siempre. Amén.

## ORACIÓN.

Benignísimo Jesús, Luz increada, Hijo de la Luz; yo te alabo y bendigo, y con

todos los ángeles te doy repetidas gracias porque en el esplendor de los santos criaste á María, Madre la más bella de la Luz, inmaculada y purísima antes de su Concepción en la mente del Padre; inmaculada en su Concepción en el vientre de Señora Santa Ana; inmaculada después de su Concepción para honra y gloria de nuestra humana naturaleza; por sus méritos y aquellas llamas de amor con que se abrazaba por Ti, te ruego destierres de mi corazón las sombras de la culpa para que arda siempre en tu amor y servicio y en obsequio de tu Santísima Madre. Amén.

Se rezan aquí cinco Avemarías con las siguientes saluciones á los cinco principales gozos con que en esta vida fué inundada la preciosísima alma de la Santísima Señora, devoción dictada por la misma Señora á una sierva suya.

Alégrate, ¡oh admirable prodigio del Señor!, porque en tu inmaculada Concepción, más sublime que toda criatura, te elevaste, y como alada paloma, exenta de pecado, volaste al sublime monte del Señor.

Avemaría.

Alégrate, ¡oh festiva alegría del cielo!, porque encendida del fuego divino, como nubecita aromática subiste al cielo y con-

sagraste á Dios con voto la olorosa flor de tu virginal pureza.

Avemaría.

Alégrate, ¡oh sagrado acueducto de la divina gracia!, que en la clara visión de la divinidad, del seno del Padre atrajiste al divino Verbo.

Avemaría.

Alégrate, medicina saludable de los enfermos; que en aquel tiempo en que había de nacer el Salvador del mundo admiraste los divinos arcanos, y mientras eras fuertemente atraída al seno de Dios Padre, el llanto del Hijo Niño te trajo á la tierra.

Avemaría.

Alégrate, ¡oh encendida centella del amor divino!, que en la misma noche en que, contristado el Salvador, oró al Padre, con espontáneo afecto aprobaste que el propio Hijo fuera el precio de la redención por la salud de las almas.

Avemaría.

#### OFRECIMIENTO.

¡Oh Santísima María, Madre Inmaculada de la Luz!; yo, con el mayor júbilo de mi corazón, te ofrezco estas cinco salu-  
taciones á los cinco gozos con que fué inundada en esta vida tu purísima y santí-

sima alma, y te ruego que por ellos me alcances gracia para servir á tu amado Hijo y á Ti, Señora mía, para que en la hora de mi muerte entregues mi alma en tu purísimo seno. Amén.

La siguiente oración se varía todos los días.

#### ORACIÓN.

Purísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, sol el más hermoso, á cuya vista se desvanecen las tinieblas del mundo; grande luminar del Empíreo, que jamás consentiste vapor que ofuscara aún de lejos la siempre pura, limpia, inmaculada Luz de tu gracioso ser. A tus pies postrado, yo, el mayor de los pecadores, confieso haber vivido entre las más tristes y negras obscuridades de la culpa; por tanto, arrepentido de corazón, recurro á Ti, Madre la más piadosa, y te pido me mires con los ojos de tu clemencia y me alumbres con un rayo de tus luces, para que, conociendo las tinieblas de mis culpas, las aborrezca y deteste con lo más íntimo de mi corazón. Y concédeme, Señora, el favor que te pido en esta novena, si ves ser conveniente para gloria de Dios, para honor y obsequio tuyo y para bien de mi alma. Amén.

Aquí, levantando el corazón, se le pide á la Santísima Señora el favor que cada uno solicitare, teniendo viva fe de alcanzarlo, y

procurando pedirle encamine nuestra petición á lo que fuere más de su agrado y conviniere á nuestra salvación. Después se dirá la siguiente

## ORACIÓN.

¡Oh Virgen benignísima, pues tan á mano tienes á tu Hijo, y en Él todo el fuego que descende del Padre de las lumbres! ¡Virgen piadosísima, por cuyo respecto se deleita Dios en nuestros humildes corazones! A Ti desde ahora te entrego el mío; tómallo, Señora mía; recíbelo, Madre clementísima, y acércalo á mi Dios para que lo abrase; tócalo Tú para que en tu amor se deshaga; ábrele los ojos para que vea en Ti, Luz la más clara del día, lo que pierde quien no te ama y lo que logra quien con veras os sirve. Amén.

Bendito y alabado sea aquel primer esplendor que en su Concepción Purísima dió de sí la Madre inmaculada de la Luz.

Dios te salve, María, Hija de Dios Padré.

Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo.

Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo.

Dios te salve, María, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.

Dios te salve, bellísima María, Madre inmaculada de la Luz, concebida sin pecado original. Amén.

## SEGUNDO DÍA.

Acto de contrición con la oración que se sigue : *Benignísimo Jesús*, etc. ; las cinco saluaciones, y después la siguiente

## ORACIÓN.

PURÍSIMA y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, luna llena de gracia á cuyo suavísimo influjo debe el mundo todas sus dichas y felicidades : yo, la más abominable de las criaturas, ¿cómo pareceré á la presencia de tus influjos cuando, ciego por mis graves culpas, he vivido siempre en la obscurísima noche de mis afectos y desordenadas pasiones? Á tus pies, Señora, propongo firmemente abandonarlas todas y aborrecerlas con lo más íntimo de mi corazón, y te pido que, pues cual lucida luna dominas sobre la noche oscura de mi ceguedad, me concedas un destello de tu luz que la ilustre para que así amanezca en mí el alegrísimo día de la gracia. Y concédeme, Señora, el favor, etc. (*Como acaba la del primer día, y así se acaban las demás oraciones de los otros días.*)

Después se hace la petición y se dice la oración : *¡Oh Virgen benignísima!*, con lo que se sigue, y así en los demás días.

## TERCER DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, estrella del Norte, que á los que navegan en el mar de este mundo, cercados de tempestades y peligros, con sólo tus brillos los conduces seguramente al puerto. Ves aquí á tus pies postrado al más infeliz navegante del mundo. ¿Cuántas veces, Soberana Reina, á la fuerza del aire de mi soberbia me hubiera sumergido en el profundo del infierno si no mediara vuestra poderosa intercesión? Así es, sin duda; por tanto, arrepentido de lo mal que he surcado el proceloso mar del mundo, te pido que extiendas sobre mí el favor de tus luces, para que el viento de la vanidad y soberbia no me derroque en el profundo del abismo, y para que en la peligrosa navegación de mi vida, llevando por guía tu luz, llegue seguro, por medio de una dichosa muerte, al puerto felicísimo de la gloria. Y concédeme, Señora, etc.

## CUARTO DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, astro de primera magnitud nunca errante, siempre fijo y atento á nuestro bien, de cuya fuente sacan luces y gracias aun los que no las buscan.

He aquí, Señora, á este pobre pecador, que, olvidado del todo de tus luces, las ha despreciado por la vileza de los bienes más sucios de la tierra; confieso, Señora mía, que si hubiera empleado mi vida en solicitar tus luces, no me hallara ahora tan enredado con la pesada cadena de mis graves culpas; por tanto, postrado á tus pies, las detesto y aborrezco, y lloro amargamente el tiempo que no he ocupado en tu servicio; propongo en adelante aspirar sólo por tus luces; concédeme, Madre Santísima, el perdón de tantas ingratitudes y constancia en tu amor y servicio para que, participando de tu influjo, alcance por tu intercesión la indeficiente de la gloria. Y concédeme, Señora, etc.

## QUINTO DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, aurora del cielo, que al mismo asomar en tu limpidísimo oriente llenaste al mundo de copiosas luces anunciando al Sol de justicia, Jesús, á los que dormían en las tinieblas de la culpa. A tus pies postrado confieso, Señora, haber sido vencido del pesadísimo letargo de la culpa, sin acordarme en toda mi vida del divino Sol de justicia, tu Hijo Jesús; por tanto, arrepentido de corazón, recurro á Ti, aurora benignísima, suplicándote, por las lágrimas que algún día vertieron esos tus

ojos, me concedas llorar sin cesar mis pecados para despertar del sueño de la culpa y para que se trueque mi llanto en aquella eterna alegría con que te festejan los que en el cielo te gozan. Y concédeme, Señora, etc.

## SEXTO DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, lámpara la más luciente, llena de suavísimo óleo de misericordia: yes aquí postrado á tus pies á este miserable pecador, indigno por muchos títulos de participar de la suavidad de tu amor; confieso, Señora, que mis grandes culpas me hacen no ser digno del óleo de tu misericordia: por tanto, me pesa de haberlas cometido, y propongo evitarlas en lo restante de mi vida; suplicote, Reina amabilísima, que con el óleo de tu caridad fomentes la tibieza de mi corazón y apartes de mi alma las negras pavesas del pecado para que, abrasado mi corazón en amor de Dios y tuyo, arda siempre en obsequio de tu grandeza. Y concédeme, Señora, etc.

## SÉPTIMO DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, antorcha luminosa, que á los más perdidos muestras tu luz y amorosa los llamas á tus brazos. Yo

soy, Señora, el más perdido de los pecadores, que por las continuas quiebras de mi mala vida he vivido extraviado del comercio dichosísimo de la gracia; portanto, postrado á tus pies, lloro arrepentido y detesto de corazón mis culpas, proponiendo desde ahora remediar las quiebras de mi vida, aspirando solamente á conseguir y aumentar las ganancias de la divina gracia. Dignate, Santísima Madre, de dirigirme por las hermosas sendas de tu esplendor; para que esta mi resolución sea firme y del todo eficaz para llegar feliz á conseguir el premio de la gloria en las moradas eternas del Paraíso. Y concédeme, Señora, etc.

## OCTAVO DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Santísima Madre de la Luz, faro siempre luciente y siempre resguardado de aquel aire común que en todos los hijos de Eva apagó las primeras luces de la justicia. A tus pies postrado confieso, Señora mía, que como hijo de Eva he conservado por toda mi vida, apagadas del todo las luces de la justicia que recibí en el santo bautismo, y, en vez de encenderlas con el fuego de las virtudes y buenas obras, las he ofuscado más y más cada día con el obscuro y negro aire de mis malas costumbres; por tanto, Madre amabilísima, propongo desde ahora

enmendar mi vida y no dar más lugar al aire fatal que me ha apagado las luces de la justicia, y te pido que, pues eres, Madre, la más piadosa de los hijos de Eva, te acuerdes de mí, el más desvalido, alcanzándome gracia y fortaleza para que en mí no se apaguen las luces de la gracia. Y concédeme, Señora, etc.

## NOVENO DÍA.

**P**urísima y siempre Virgen María, Madre Santísima de la Luz, cielo estrellado con más virtudes y gracias que cuenta luceros el firmamento; puerta de la gloria fabricada de margaritas y abierta para todos. Yo, el más miserable de los hombres, confieso no ser digno ni de parecer delante de tu hermosura, ni menos de acercarme á tan segura puerta, pues franqueándome tu clemencia la entrada, olvidado de Ti la he despreciado por los vilísimos gustos de mis apéritos; por tanto, postrado á tus santísimos pies, detesto lo desordenado de mi vida y lloro arrepentido mis pecados; ya no más pecar, Soberana Reina; acábase desde ahora la culpa; propongo delante de Ti aborrecerla sobre todo mal para recibir tus favores. Abre, Madre de misericordia, esas tus puertas, y da entrada al que tantas veces has buscado; acógeme en tu maternal seno para que el afecto á los vicios no

sea bastante para desquiciarme de ellos. Recibe, Señora mía, los obsequios que en esta novena te ha tributado la cortedad de mi corazón; quisiera que fuera más puro que los serafines, para que de alguna manera te alabara según lo mereces, por la altísima dignidad que gozas de Madre Santísima de la Luz increada, el Divino Verbo: purifícalo, Señora, para que sea capaz de obsequiarte; encamínalo para que consiga lo que desea y más le conviniere. Favorece, Madre de piedad, en sus necesidades á todos los que, devotos, te han tributado el obsequio de esta novena y todos los que te veneran, y en particular á los que procuran vuestro culto bajo el título, más agradable á Vos, de Madre Santísima de la Luz. Echa, Señora mía, sobre nosotros tu santa bendición, sobre todo este pueblo, sobre este lugar y sus moradores, para que á tu sombra logremos todos entrar por las puertas de tu clemencia para participar de las influencias de aquella lumbré indeficiente que haces lucir en perpetuas eternidades. Amén.







## TERCERA NOVENA

DE NUESTRA

### MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

EN LA QUE SE MENCIONA LA HISTORIA  
DE SU IMAGEN (1).

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS  
DE LA NOVENA.

**S**oberana Reina del cielo, Madre Santísima de la Luz y Madre de los pecadores; yo, el más indigno de todos, que por mis gravísimas culpas no merezco contarme en el número de tus esclavos, confiado en tu piedad y misericordia, y deseoso de agradarte y servirte, quisiera, Señora, tener mil lenguas con que alabarte y mil corazones que ofrecerte, encendidos en las llamas del divino amor, y abrasados con el fuego de caridad en que arden los Serafines y los santos del cielo, y que fuese la ofrenda, si no como Tú me-

(1) Por el licenciado Bernardo Alcocer, cura de Pénjamo.

reces, al menos cuanto cabe en una criatura; pero ya que no me es posible, humildemente postrado á tus plantas, te ofrezco mi tibio corazón. ¡Ojalá se saliera del pecho para sacrificarse á tus pies! Recíbelo, Madre piadosa, y enfervorizándole con tu vista, enciéndele en un ardentísimo amor de Dios y tuyo, para que, siéndote agradable mi ofrenda, resplandezcan en mis obras, palabras y pensamientos, las luces de tu maternal patrocinio y soberana protección que imploro, y me aparten de las tinieblas de la culpa para unirme con la viva luz, mi Dios y Señor, sin distraer mi voluntad con las perecederas delicias del mundo, ni emplear mi amor en otra cosa que no sea su bondad infinita, concediéndome lo que rendidamente te pido en esta novena, si fuere del divino agrado, honra tuya y bien de mi alma. Amén.

### PRIMER DÍA.

**O**H Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias por haberte dignado bajar del cielo á la tierra, acompañada de los ángeles, y dejándote ver de una devota tuya, á quien regalabas con frecuentes visitas; pero en ésta, más que en otras, tan hermosa, graciosa y amable, que parecías vencerte á Ti misma; y le declaraste que te agradaba el obsequioso

pensamiento del apostólico misionero que intentaba llevar pintada tu imagen para que fuese la protectora de sus evangélicas correrías, asegurándole que querías ser retratada con aquella pompa de belleza y cortejo de gloria en que te veía, y que admitías benigna bajo tu protección su apostólico ministerio. Con cuya extraordinaria fineza alientas, Madre amantísima de los pecadores, mi confianza, para esperar de tu misericordia, como lo espero, y humildemente te lo suplico, que me admitas bajo tu amparo; para que, mediante tu protección, se estampe en el lienzo de mi alma la imagen de tus virtudes, con los coloridos de la gracia permanente, hasta lograr el ver y alabar en el cielo el original sacrosanto de tu virginal Sér, concediéndome, si conviene para este fin, lo que te pidió en esta novena, para gloria de Dios, honra tuya y bien de mi alma. Amén.

Aquí se rezan tres Salves á la Santísima Virgen.

Purísima Madre de la Luz, en cuyo glorioso renombre declaraste la excelsa dignidad de Madre de Dios, que es la luz verdadera, dignándote significarte Madre de todos los hombres, á imitación del Hijo de tus entrañas, que, nombrándose Hijo del Altísimo, se apellida también Hijo del

hombre. Y para que viésemos con los ojos del cuerpo el hermoso engaste de ambas maternidades, apareciste sustentando con una mano á tu divino Niño, mi Redentor, y con la otra impidiendo tragase el dragón infernal el alma de un pecador. Aquí tienes, Señora, un hijo, el más ingrato del mundo, que, como el hijo pródigo, se acoge á tu clemencia, confiado sólo en que eres Madre. Mira, Señora y Madre mía, cómo mis grandes culpas tantas veces me han merecido el infierno, pues olvidado de que soy hijo tuyo, acaso desde que comencé á rayar en mí la primera luz de la razón, apagué la luz de la gracia que recibí en el bautismo, viviendo en las tinieblas del pecado. Ya veo, Madre amantísima, que he perdido el glorioso título de hijo tuyo; pero Tú no has dejado el carácter de Madre mía; mostrándome tu inalterable constancia en amarme, siendo tan mal correspondida de mi perversa ingratitud. Tarde conozco, Señora y Madre mía, mi ceguera; y si no fuera por Ti, ¿cuándo la llegara á conocer? Abriendo los ojos en la muerte, me sirviera sólo de llorar mi eterna desventura. Ea, pues, Madre clementísima, extiende la poderosa mano de tu patrocinio para sacarme del abismo de mis pecados, enviando desde el cielo el esplendor de tu gracia, que del todo disipe la negra obscuridad de mi espíritu, concediéndome, si conviene para

este fin, lo que te pido en esta novena. Amén.

Aquí se hace la petición.

¡Oh, Jesús, Salvador mío, Luz increada de la Luz del Eterno Padre, y Luz hija de María, mi Señora! Por las entrañas de tu misericordia y por los grandes méritos de tu amantísima Madre, humildemente te suplico entrañes en mi alma y en la de todos los cristianos el amor y devoción de esta Soberana Reina, infundiendo en mi corazón una centella que le abrase en su amor; de suerte que, teniéndola por vida de mi vida y corazón de mi corazón, no sepa vivir sin María, para que en él tenga tu Majestad sus delicias, sin permitir que la culpa te aparte de mí, extendiéndose tu infinita misericordia á reducir á los infieles y herejes al verdadero conocimiento de tu santa ley, para que, ilustrados con la luz de la fe, conozcan y amen tu eterna bondad y á tu Santísima Madre, por cuya intercesión consigamos y logremos todos los cristianos alabarte sin cesar por toda la eternidad en la gloria. Amén.

### SEGUNDO DÍA.

Se reza la oración que comienza : *Soberana Reina del cielo*, etc.

¡OH Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias porque, habiéndote dejado ver de tu devota, tan resplan-

deciente y hermosa, para mostrar tu afabilidad y agrado, no satisfecho tu grande amor, quisiste que apareciese tu Hijo Santísimo en tus soberanos brazos en figura de tierno Niño, con el semblante en extremo alegre, afable y risueño, todo delicias y todo amor; por estos favores, Señora, rendidamente te suplico no permitas que en el día del juicio vea yo airado el rostro de tu Hijo Soberano, mi Dios y Señor; sino que, siendo por tu intercesión uno de los escogidos colocados á su mano derecha, merezca oír de sus divinos labios la sentencia de mi eterna felicidad, como hijo tuyo, para verle sin saciarme, siempre en la gloria, y también te suplico me concedas lo que te pido en esta novena. Amén.

### TERCER DÍA.

¡OH Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias y alabanzas, por haberte aparecido, no sólo con tu amado divino Niño en la siniestra, sino también manteniendo en el aire, y con la mano diestra, el alma de un pecador expuesto á caer en las fauces del dragón infernal, enseñándonos así que, si Tú retiraras un poco la mano de tu patrocinio, quedaríamos miserablemente abrasados en aquel abismo de llamas. Así lo creo y lo confieso, Madre y Señora mía, y humildemente te suplico

no permitas que mi obstinación y rebeldía te obliguen á dejarme de tu mano, porque me perderé sin remedio; antes, si, piadosísima Reina, compadécete de mi miseria, apártame de toda ocasión de pecar, ministrándome tu liberalísima mano las luces de eficaces auxilios que me retiren de los tropiezos del mundo y me enderecen por la senda de la virtud al camino del cielo, concediéndome, piadosa, lo que te pido en esta novena. Amén.

#### CUARTO DÍA.

**O**H Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias porque, habiendo aprobado el designio de que pintasen en tu Imagen los corazones de los hombres, para denotar que de Ti se debía esperar la conversión, te dignaste mandar aparecer un ángel con un cestillo de corazones que, presentados á tu Santísimo Hijo, los tomaba uno por uno, encendiéndolos en su divino amor, como que, solicita tu celestial sabiduría de nuevas formas con que acomodarte á nuestro rústico modo de entender, nos quisiste persuadir cuán de nuestra parte estaban Hijo y Madre Santísima, anhelando por el amor de los pecadores. Por estos favores, Señora, con humilde rendimiento te ruego mandes al ángel de mi guarda que, desatando mi corazón de los

lazos de mis rebeldes pasiones, lo ofrezca á tu Santísimo Hijo para que lo inflame en su amor, y, atándolo con las preciosas cadenas de tu patrocinio, lo tenga á tus pies como cosa tuya en la que ya no tenga dominio, por haberlo consagrado á Ti, de cuya piedad espero lo aceptes, atendiendo á mis súplicas y concediéndome lo que te pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, honra tuya y bien de mi alma. Amén.

#### QUINTO DÍA.

**O**H Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias por haberle revelado á tu devota cuánto te agradaba el título de Madre Santísima de la Luz, en el cual, estando incluso todos los privilegios con que fuiste de Dios enriquecida, se juntan todas las alabanzas y gloriosos renombres que te han dado los Santos Padres, repitiéndole tres veces el mandato de que te habian de nombrar con este admirable título, no revelado en los pasados siglos á tantas almas santas, que mejor te hubieran obsequiado, porque quisiste descubrir en nuestros tiempos el tesoro de tus riquezas y convidarnos á utilizarlas para alivio de nuestra miseria. ¡Oh Madre amantísima de la Luz! ¡Cuánto me indigno con mi endurecido corazón, porque no se, deja rendir á tanto amor! Pero al mismo tiempo, ¡cuánta

es mi confianza de que, mediante tu favor, ya no se resistirá más, sino que, rendido á tus beneficios, sabrá agradecerlos y publicarlos; así lo espero, y humildemente te suplico los imprimas en mi alma para estímulo de mi gratitud y correspondencia á las obligaciones de cristiano, y de cristiano el más favorecido de tu piedad, resolviéndome á ejecutar aún los divinos consejos, esforzándome á publicar tus glorias y procurar que todos sean tus devotos y te celebren con este nuevo titulo de Madre Santísima de la Luz, para la mayor gloria de Dios y honra tuya. Amén.

## SEXTO DÍA.

¡OH Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias porque no habiendo salido tu Imagen conforme al diseño que habías dado á tu devota, aun siendo cortos los yerros, tuviste á bien volver á aparecerte, y de nuevo mandar que se hiciese el retrato en todo conforme á tu soberano precepto: danos á entender el modo con que nos debemos dedicar á obedecer ciegamente los divinos mandatos. Vuelve, Madre Santísima, los ojos de tu misericordia hacia mi alma, y mira la imagen de Dios (modelada de su poderosa mano) como la ha puesto mi desobediencia á sus mandatos, que más parece imagen del

demonio, por los negros borrones de la culpa; y muévete piadosa á retocar lo de tu mano con el pincel de la gracia y luz de eficaces auxilios, para observar la ley santa de Dios, como Tú quieres que la ejecute: no permitiendo que mis pecados vuelvan á borrar esa bella Imagen; antes, sí, esfuerza mi espíritu, como te lo suplico, para que cada día le adorne más y más con los resplandores de las virtudes hasta coronarlo en la gloria. Amén.

## SÉPTIMO DÍA.

¡OH Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias y alabanzas por haber tenido á bien el hallarte presente á la segunda pintura de tu Imagen, condescendiendo piadosa á las súplicas de tu devota, de quien te dejaste ver, para que teniéndote delante de los ojos, amastrara con la voz al pintor, guiándole Tú visiblemente el pincel, de modo que, concluida la obra, se conociese en su belleza sobrehumana que tu superior arte había dispuesto la idea y copiado tu Imagen. Por estos favores, humildemente te ruego dirijas á mis superiores y directores espirituales, dictándoles saludables y eficaces doctrinas, con las que me guíen para practicar las obras santas, y me enseñen á ejecutarlas con tanta perfección, que todos conozcan

por su sobrenatural hermosura que la superior luz de la gracia les dió el sér y la belleza para el adorno de mi alma, y me concedas lo que te pido en esta novena, si fuere de tu agrado y mayor honra y gloria de Dios. Amén.

## OCTAVO DÍA.

OH Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias porque habiendo visto tu sagrada Imagen tan bella y agraciada, que roba los corazones de cuantos la miran (al fin como hechura tuya), mostrando tu agrado, levantaste la diestra y con la señal de la cruz la bendijiste, comunicando así á tu sagrado retrato la virtud de los milagros en beneficio de los pecadores. Por estas finezas, Señora, humildemente te pido vuelvas otra vez á mirar la imagen de tu hijo, mi Dios, impresa en mi alma : y dale, Madre Santísima de la Luz, tu bendición sacrosanta, con la señal de la santa cruz, para que con ella se perfeccione y hermosee en el poco tiempo que me queda de vida, y en la otra, en el día del juicio, no me sea la santísima cruz testigo de mis ingraticudes y señal de mi condenación; sino que, por tu misericordia y piedad, consiga tenerla grabada en la frente, por señal indeleble de mi eterna salvación : concediéndome, si para esto conviene, lo que rendida-

mente te pido en esta novena para la mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

## NOVENO DÍA.

OH Madre Santísima de la Luz! Yo te doy infinitas gracias porque habiéndose armado el infierno todo, ya contra el religioso autor y protector de esta empresa de tu soberana imagen, ya contra el mismo retrato tuyo, esforzándose á destruirlo con continuos asaltos, como que conocía el demonio la guerra que con él le habían de hacer tus devotos; Tú, Santísima Madre, has desvanecido todos los insultos de Satanás, librando á tu sagrada imagen y á cuantos la alaban y veneran de las infernales furias con portentosos milagros, para mayor confusión del príncipe de las tinieblas. Por estos especialísimos beneficios, rendidamente te pido, y con todo mi corazón te suplico, Santísima Madre de la Luz, no permitas que el demonio ejecute en mi alma los estragos que intenta su malicia, defendiéndome de sus diabólicas armas con el escudo de tu patrocinio y con las luces de tu amparo, que destierren al infernal enemigo y lo obliguen á publicar que no tiene poder ni fuerzas para pelear con los que se acogen á Ti : esto imploro, Señora y Madre mía, especialmente para aquella terrible y última hora de mi vida,

cuando serán mayores los conatos del demonio para mi perdición: asísteme, piadosa Madre, en aquel trance, hasta llevarme, á pesar del infierno, á la celestial patria, á aumentar el número de tus devotos, verte y alabarte eternamente. Amén.

LAUS DEO.

GOZOS.

*¡Oh fuente de resplandores!  
De la mar estrella y guía,  
Danos tu luz, Madre pia,  
Á justos y pecadores.*

La Trinidad eminente  
Ab eterno te eligió,  
Y Madre te decretó  
De la luz indeficiente :  
Tu grande soberanía  
Despide mil resplandores.

*Danos tu luz...*

Son tales tus luces bellas,  
Que á los infiernos asombras,  
Y en tu presencia son sombras  
Las luces de las estrellas :  
Excedes con gallardía  
De luna y sol los primores.

*Danos tu luz....*

Dos hijos en tu regazo  
Sustentas con lazo estrecho,  
Al Niño Dios con tu pecho,  
Y al pecador con tu brazo :  
Al alma que perecia  
Libras de eternos ardores.

*Danos tu luz....*

Al ver el claro arrebol  
De tu rostro refulgente,  
El serafin más ardiente  
Te venera como á un sol :  
Manda del cielo, ¡oh María!,  
Luz con que nos acalores.

*Danos tu luz....*

Pues en Ti, Madre, esperamos  
Luz y guía, gracia y acierto,  
Danos, Madre, feliz puerto  
En este mar que surcamos :  
No perece quien se fía  
De tus maternos favores.

*Danos tu luz....*

*¡Oh fuente de resplandores!  
De la mar estrella y guía,  
Danos tu luz, Madre pia,  
Á justos y pecadores.*

O. S. C. S. M. E. C. A. R.



A NUESTRA AUGUSTA PATRONA  
la Madre Santísima de la Luz.

Hay en León una Virgen  
Tan bella y tan amable,  
Que á nadie ha sido dable  
Sus gracias ponderar.  
Quien contempla su imagen  
De porte peregrino,  
Mira algo de divino  
Que no sabe explicar.  
¡Qué noble continente!  
¡Qué suave su mirada!  
La mente enajenada  
No sabe qué decir.  
No es dado al alma humana  
Apreciar su hermosura,  
Ni toda su dulzura  
Al corazón sentir.

Vestida de blancura,  
Con manto azul del cielo,  
Dos ángeles al vuelo  
Coronándola están.  
Ceñida su cintura  
Con un cinto de estrellas,  
Parece que más bellas  
Reverberando van.

En su siniestro brazo  
Sustentando al Dios Niño,

Con amor y cariño  
Nos muestra á su Jesús.  
Y Madre á un tiempo y Virgen,  
De honores coronada,  
Ser quiso titulada  
La MADRE DE LA LUZ<sup>1</sup>.

Un ángel prosternado  
Presenta corazones  
Al que con gracia y dones  
Renueva el corazón.  
Y, lleno de clemencia,  
Jesús los va tocando,  
Y así les va inspirando  
Su seria conversión.

Jesús, amante y fino,  
Por medio de María,  
Su mano extiende pia  
Al infeliz mortal.  
Y la Virgen benigna,  
De salvación la Puerta,  
Al pecador liberta  
Del dragón infernal.

En cuadro tan sublime  
Aparece María  
Cual de risueño día  
El blanco y puro albor.  
Con una mano vence  
Del rayo la potencia;

<sup>1</sup> La Madre Santísima de la Luz, y no Nuestra Señora de la Luz, como muchos la llaman; este título, ó de las Luces, es el de una imagen que se venera en el reino de Portugal, á cuarto millas de Lisboa.



Con otra, la clemencia  
 Imparte al pecador.  
 En trono de querubes  
 La Señora reposa,  
 Afable y cariñosa,  
 Circuida de esplendor.  
 Y le forman cortejo  
 Celestes jerarquías,  
 Que en suaves melodías  
 Alaban tal primor.

\* \*

De esta imagen tan bella  
 Un alma venturosa  
 En Sicilia dichosa  
 Miró el original.  
 Y describiéndola ella  
 Al pintor concertado,  
 Del bosquejo deseado  
 La idea le dió cabal.

Luz pura difundiendo  
 La Virgen sacrosanta,  
 Ella misma la planta  
 Da del retrato fiel.  
 Y para más acierto,  
 Compasiva y clemente,  
 Dirige ocultamente  
 La mano y el pincel.  
 Una vez acabado  
 Tan hermoso aparato  
 Con tan bello retrato  
 De visión celestial,

La bendita María  
 Su imagen inspirada  
 Bendijo, consternada,  
 Con mano maternal.

\* \*

Entonces, con presura,  
 De Palermo camina  
 La Virgen peregrina  
 A lejana región.  
 Y va dejando reinos  
 Y espléndidos altares,  
 Y templos á millares,  
 Por cumplir su misión.

— ¿Adónde te diriges,  
 Oh Virgen sin mancilla?  
 ¿Á qué ciudad ó villa  
 Escoges por mansión?  
 «—¿Miráis que me encamino  
 Con paso presuroso?  
 Pues voy á ser el gozo  
 De la ciudad de León.  
 «El Valle de Sonora  
 Escojo yo por mío;  
 Yo enviaré mi rocío,  
 Que lo ha de fecundar.  
 ¡Oh! de mis pobres hijos  
 Quiero enjugar el lloro;  
 Yo seré su tesoro  
 Y encanto de su hogar.»  
 Brilló, por fin, el día  
 De célica ventura,

Y la Virgen más pura  
 Llegó á nuestra ciudad.  
 Entonces León exclama  
 Radiante de alegría:  
 ¿Tú á mí vienes, María?  
 ¿De dónde dicha tal?  
 Arrobadas las almas  
 Por tan cara hermosura,  
 Movidas de ternura  
 Se vuelven á Jesús.  
 Los ricos y los pobres,  
 Los necios y los sabios,  
 Todos traen en sus labios  
 La MADRE DE LA LUZ.  
 ¡Oh León! ¿No lo recuerdas?  
 El dos de Julio ha sido<sup>1</sup>  
 El día que te ha venido  
 Con María la salud.  
 Por eso solemnizas  
 Tan santo advenimiento,  
 Sonriendo de contento,  
 De eterna gratitud.  
 Por eso, agradecida,  
 Á la Virgen María  
 Consagras, día por día,  
 El floreciente mes<sup>2</sup>.  
 Por eso, transportada  
 De amor, por dicha tanta,

<sup>1</sup> El 2 de Julio de 1732.

<sup>2</sup> El mes de María, que se celebra en la catedral de León con toda solemnidad desde el año de 1880.

Al ver la Virgen santa  
 Te postras á sus pies.  
 Por eso tú la invocas,  
 Y nunca, nunca en vano,  
 Pues que siempre su mano  
 Te da su protección.  
 Cual Madre te acaricia;  
 Y si la llamas, vuela;  
 Si lloras, te consuela  
 Con tierno corazón.  
 En la fe te ilumina,  
 Te alienta en la esperanza,  
 Te llena de confianza,  
 Te da la caridad.  
 Y si ve que de su Hijo  
 Te amagan los enojos,  
 Con llanto de sus ojos  
 Te alcanza la piedad.  
 ¿Recuerdas que en la peste,  
 Tu Madre y Abogada  
 Apenas fué invocada,  
 Y la peste cesó?<sup>1</sup>  
 ¿Recuerdas que en la guerra  
 Fué el iris de esperanza,  
 De paz y bienandanza,  
 Que el bienestar te dió?<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Del cólera, el año de 1850, por lo que la ciudad hizo el voto perpetuo de solemnizar anualmente los tres días antes de la Asunción con rogativas y letanías.

<sup>2</sup> Hecho notable, tanto en la guerra de la Independencia como en las sucesivas.

Y en la sequía tremenda,  
 Cuando todo moría,  
 ¿Recuerdas que María  
 La lluvia te mandó?  
 Cual nube fecundante,  
 Cual cristalina fuente,  
 Con su mirar elemento  
 Tus campos fecundó.

¿Y quién te dió al Prelado  
 Cuya vida abnegada  
 En ti dejó grabada  
 La memoria inmortal?<sup>1</sup>  
 Cuando no lo esperabas  
 Ni nadie lo pidiera,  
 Subiste á la alta esfera  
 De silla episcopal.

Solicita y amante  
 Contigo fué María;  
 ¿Y quién contar podría  
 Sus beneficios, di?  
 De ti apartó el azote  
 De Dios cuando te hiriera,  
 Como si amor tuviera  
 No más que para ti.

Pues de tan buena Madre  
 No olvides las finezas,  
 Alaba sus grandezas,  
 Bendice á su Jesús.

<sup>1</sup> El Ilmo. Sr. Sollano, quien, entre otras cosas, difundió con infatigable celo la devoción de nuestra Madre Santísima de la Luz.

Y ya que en ti ha escogido  
 Su templo y su morada,  
 De ti no sea olvidada  
 La MADRE DE LA LUZ.

M. A.





## CUARTA NOVENA

DE LA

### Visitación de María Santísima

Á SU PRIMA SANTA ISABEL

Y EN SU IMAGEN PORTENTOSA

DE LA MADRE SANTÍSIMA DELALUZ

Á LA CIUDAD DE LEÓN

ESCRITA POR M. A.

*Oficial mayor de la Curia eclesiástica de la diócesis.*

#### ACTO DE CONTRICIÓN.

**A** Mabilísimo Jesús, Redentor nuestro, que del seno del Eterno Padre habéis descendido al seno de la Virgen Madre para nacer de Ella, á fin de obrar nuestra redención é iluminarnos en el camino del cielo: Vos tenéis un sumo aborrecimiento al pecado, y nosotros lo hemos cometido delante de Vos sin ningún miramiento á vuestra majestad soberana. No hay un día de nuestra vida en que no hayamos infringido vuestra santa ley, y

Vos, no obstante, nos llamáis, por misericordia, con voces de bondad y de ternura. Queréis tomar posesión de nuestras almas, que por tantos títulos os pertenecen; enviáis á María, vuestra Madre predilecta, para que nos visite y sea el medio de nuestra santificación. ¿Qué más podéis hacer para salvarnos? ¿Seremos indiferentes á vuestras finezas? Hoy mismo, ¡oh Jesús amantísimo!, sea nuestra conversión á Vos. Nos pesa una y mil veces haberos ofendido; muera en nosotros el pecado, que aborrecemos con toda la fuerza de nuestra alma. ¡Ojalá y en este instante muriéramos para no ofenderos más! De hoy en adelante queremos serviros y amaros; queremos vivir y morir en la luz de la gracia y no en las tinieblas del pecado, y para esto acudimos á María, vuestra dignísima Madre, á fin de que, alcanzándonos de Vos la gracia, nos una con Vos en el tiempo y en la eternidad. Amén.

#### ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Cuánta es vuestra gloria, ¡oh María!, purísima Virgen de Nazareth! ¡Cuán incommensurable es vuestra ventura! Predestinada desde la eternidad para Madre de la Luz indeficiente, Dios os crió hermosísima en los esplendores de la gracia, y, compendiando en Vos los prodigios de su poder

infinito, os exaltó sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra. Vos habéis concebido en vuestro seno virginal al Resplandor de la Luz eterna, y admirada de veros Madre de Dios, habéis difundido vuestra claridad preciosa como la aurora esplendente para el arrepenido, como el sol en las alturas para el justo, como la luna en su plenitud para el pecador, como la estrella fulgurante para el que navega en este mundo, agitado por las tentaciones. Vos sois, en verdad, la Madre Santísima de la Luz, de la Luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y por esto, poniendo en acción vuestra influencia prodigiosa, habéis visitado á vuestra prima Isabel para llenar su casa de bendiciones. Este misterio de vuestra ternura ha embargado toda nuestra alma, y contemplándoos candidísima por vuestra pureza y castidad, bellísima por vuestra virginidad inviolable, dignísima por vuestra maternidad divina, é inflamada por la caridad más ardiente, os pedimos que volváis á nosotros vuestros ojos de clemencia y de piedad. De Vos salió la fuente de la pureza para lavarnos; en Vos está la plenitud de la gracia para santificarnos; Vos sois la Madre de la Luz increada y podéis iluminarnos. Venid, pues, ¡oh hermosura del cielo y alegría del mundo!; venid y obrad en nosotros vuestros prodigios. Disipad nuestras tinieblas; santificad-

nos, unidos con Jesús, para que, contemplando con fruto el misterio de vuestra Visitación, lleguemos á entonar con Vos en el cielo el eterno cántico de vuestro gozo. Amén.

## DÍA PRIMERO.

## LECCIÓN.

«Y levantándose María, se fué con apresuramiento á la montaña, á una ciudad de la tribu de Judá.»  
(San Luc., 1, 28.)

**V**erificado el admirable misterio de la Encarnación del divino Verbo en las entrañas purísimas de María; iluminada la tierna Virgen de Nazareth por el Esplendor del Padre y constituida verdadera Madre de Dios; llena del Espíritu Santo y de la virtud del Altísimo, y resplandeciendo su virginidad con la claridad del Verbo, su primer cuidado fué corresponder á la inspiración divina y poner en práctica el ejercicio de su inflamada caridad. El ángel le había anunciado que su parienta Isabel, que había sido estéril, se hallaba en el sexto mes de su embarazo, y no había sido posible al corazón de María dejar de partir cuanto antes para la casa de su prima, ya para felicitarla por la bendición que Dios le había concedido, ya para cumplir allí los designios de la altísima Providencia.

Así es que, levantándose María, se fué con apresuramiento á la montaña y se dirigió á la ciudad de Judá, á la casa de Zacarías, esposo de Isabel, ambos padres del precursor de Jesucristo. « Nada le detiene para emprender este viaje, ni su delicadeza, ni su tierna edad; todo lo vence, á todo se sobrepone, y sólo piensa en llevar el consuelo á la casa de Zacarías. » ¡ Con qué gracia y majestad la Hija del Príncipe dirige sus pasos edificantes, y cómo va llenando de admiración y encanto á todos los seres criados!

¡ Felices montañas las de la Judea, santificadas por la planta virginea de la Madre de Jesús! Vosotras visteis un día el esplendor y hermosura de esta Virgen sin mancilla, el candor y las gracias de esta tierna Doncellita, la presencia inefable de María; y cuando á su paso las flores se inclinaban, lo mismo que las palmas y los cedros, vosotras sin duda preguntasteis: ¿ Quién es ésta que marcha resplandeciente como el sol y hermosa como Jerusalén? Mas las edades ilustradas por el resplandor de este Luminar matutino, por la luz que difunde este Faro de esperanza, las edades os responden: es el Portento de los portentos, el Misterio del cielo y de la tierra, el estuendo milagro de la gracia; es la Virgen, ante cuya hermosura el ángel, absorto, la colmó de elogios y de alabanzas; es el

Solio excelso y elevado sobre el cual va sentado el Señor; es la Casa magnífica que vió Isaias llena de la majestad de Dios<sup>1</sup>; es la Aurora luciente que lleva consigo al Sol divino, y que aparece en la montaña para iluminar los valles; es María, la Madre de la Luz eterna. « Con su presencia ilumina á todo el orbe, y la misma patria celeste resplandece más claramente á la irradiación de esta virginea lámpara. » El fuego divino que arde dentro de sí misma la dirige á la casa de Isabel para disipar allí las tinieblas con su luz.

Y tú, pacífica y pobre ciudad de León, escogida y privilegiada por la Madre Santísima de la Luz; tú, como la casa del Bautista, has tenido un lugar muy preferente en el corazón de María. Cuando la augusta Reina se ocupaba en Palermo de amaestrar el pincel que la retrataba en lienzo, suministrando la idea del bosquejo y dejándose ver del alma piadosa que con su voz dirigía al pintor para que delineara la actitud que ella presenciaba en María, y para cuyo efecto la Virgen Madre se apareció cinco veces<sup>2</sup>, ya dirigía sus pasos hacia ti para hacerte el donativo de su imagen preciosa, que bendijo con su propia mano<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Is., VI.

<sup>2</sup> *Historia de la portentosa imagen y del admirable título de la Madre Santísima de la Luz.*

<sup>3</sup> Idem id.

Levántate, ¡oh ciudad feliz!, y sal á recibir á tu insigne bienhechora con la memoria de sus bondades. Viene á consolarte en tu amargura y á ser tu salud y tu riqueza. Celebra, por tanto, reconocida el aniversario de su advenimiento.

Tres Avemarías, en la forma siguiente :

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Iluminad con vuestro esplendor la ceguedad de nuestras almas.

Avemaría.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Dulcificad con vuestra suavidad nuestra amargura y contrición.

Avemaría.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Inflamad nuestros corazones con el fuego de vuestro amor.

Avemaría.

Libradnos ¡oh Virgen Madre de Dios! Libradnos de la serpiente maligna y del dragón pestífero; vuestra santa fecundidad lo confunda; vuestra bendita virginidad quebrante su cabeza.

Gloria al Padre, etc.

ORACIÓN PARA EL DÍA PRIMERO.

Virgen hermosísima, en quien resplandecen todas las gracias y todas las virtu-

des: Vos que andáis buscando pecadores para repartirles los tesoros de la divina misericordia que el Señor puso en vuestras manos, mirad nuestros infortunios y compadeceos de nosotros. Dirigidnos por el camino de los preceptos divinos y obtenednos la santa perseverancia en el bien y nuestra eterna salvación. Amén.

Gozos y oración final.

## DÍA SEGUNDO.

LECCIÓN.

«Y entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. Y cuando Isabel oyó la salutación de María, la criatura dió saltos en su vientre.»

ES dulcísimo al corazón del afligido ver en su presencia una persona que alivie sus penas y desconsuelo. Es delicioso para el corazón que ama descubrir, sin pensarlo, el objeto de su cariño y estimación. Pero nada hay comparable al júbilo que Isabel sintió cuando vió en su casa á María, en quien la venerable anciana descubrió todas las excelencias de la justicia, todas las gracias de la inocencia, todos los méritos de la virtud y las más íntimas relaciones de su parentesco. María entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. ¡Oh admirable salutación de María, viva expresión de la

caridad más encendida en una pura criatura, solemnisima expansión del alma más inflamada, afectuosísima ternura del corazón más puro!; Cómo quedaría Isabel arrobada al oír la voz de la más graciosa de las Vírgenes!; Qué emociones tan suaves brotarían de aquel pecho agradecido al ver delante de sí un Prodigio admirable!

Miradla, ¡oh feliz anciana! Es María. La claridad de Dios la iluminó y su antorcha es el Cordero<sup>1</sup>; jamás la noche la envolvió en su vida: la Luz de sus ojos venció á los rayos del sol<sup>2</sup>: es como el día del suspirado júbilo que viene á ser la gloria de los fieles<sup>3</sup>: es la «Madre de la Luz eterna; de la Luz que ilumina en el cielo los coros de los ángeles; de la Luz que ilumina el ojo incomprensible de los mismos serafines...; de la Luz que concibió en su seno, y que ilumina todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra»<sup>4</sup>.

«Y cuando Isabel oyó la salutación de María, la criatura saltó de gozo en su vientre.» He aquí el momento felicísimo de gloria para Dios, de honor para María, de gracia para el hombre, de alegría y consuelo para el desventurado: momento en que María descubre la excelencia de su

<sup>1</sup> Apoc., xx, 23.

<sup>2</sup> San Jorge Nicom., *Or. de Oblat. Deip.*

<sup>3</sup> San Juan Damasceno.

<sup>4</sup> San Epif. *Serm. de Laud. V.*

gracia, el grado de su grandeza, el título de su gloria: momento feliz, en que el hijo de Isabel oye la voz de María y conoce desde luego la divina presencia de Jesucristo, y, bañado por esta luz soberana, queda limpio y santificado. Juan salta de gozo en el vientre de Isabel, porque para Juan es la voz de María el agua purísima de la fuente que, con virtud toda divina, lo reengendró en la justicia y lavó de la mancha original; es el bautismo prodigioso que lo restituyó á la inocencia del Paraiso; es el rayo de luz divina que le dió á conocer la presencia del Dios humanado; es la celeste armonía que lo despertó del sueño del pecado; es el fulgor de la estrella que le indicó la alteza de su destino y su predestinación. ¡Oh cuán portentosa es la voz de María, y cuántas bendiciones atrae del cielo su presencia virginal!

Como la luz de la mañana, María destierra, no ya las tinieblas naturales, sino las del pecado que impiden la vista y posesión de Dios: hace brillar la fuente inagotable de la gracia en las almas arrepentidas, derrama la suavidad y la delicia en el corazón oprimido, y mueve á los fieles para que, como las aves, entonen al Creador un canto de gratitud.

Nosotros hemos escuchado esta voz encantadora y amable, como un efecto de la visita que María nos ha hecho en su



imagen bendita de la Madre Santísima de la Luz. Esta ciudad lo recuerda transportada de júbilo. La vió llegar á sus puertas el año de 1731 en la fiesta de su Visitación : y en medio de las emociones más dulces creyó escuchar de sus labios la salutación que dirigió á Isabel. Entonces León quedó henchida de regocijo, los ojos de todos quedaron pendientes de sus ojos, y arrobadas las almas por la hermosura de su rostro virgíneo. Aquí, desde entonces, ante la Madre de la Luz, han hallado consuelo los afligidos y conversión los pecadores, y, como Juan, han saltado de gozo al verse reengendrados por la gracia.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA SEGUNDO.

¡Virgen Serenísima y Madre Santísima de la Luz! Permitid que escuchemos vuestra voz preciosa en lo más íntimo de nuestro corazón, esa voz celestial que sanificó al Precursor de Jesucristo y consoló á la casa de Zacarías. Oigamos vuestra voz y adoremos en espíritu y en verdad al Creador de la luz, vuestro Hijo amadísimo; emitid vuestra voz dulcísima en favor nuestro, y, purificada nuestra alma por la gracia, poseeremos una conciencia tranquila y la rectitud y sencillez de los que temen á Dios.

Gozos y oración final.

## DÍA TERCERO.

LECCIÓN.

Bendita tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

**I**Luminada Isabel por la luz del Espíritu Santo, conoció muy bien la grandeza del misterio obrado en María, su incomparable dignidad y el cúmulo de gracias que Dios, por su medio, enviaría á la tierra : y así como Gabriel cuando anunció á María que permaneciendo Virgen sería Madre del Salvador por la virtud del Altísimo y obra del Espíritu Santo ; así como el ángel en esta solemne ocasión la llamó bendita entre las mujeres, Isabel, secundando esta alabanza y valiéndose de los mismos términos, como si hubiera presenciado la sublime Anunciación, exclama en alta voz y dice: «Bendita tú entre las mujeres.» Identidad de palabras que admira y patentiza al alma más indiferente que aquí no hay una coincidencia meramente accidental, sino la divina expresión del Espíritu Santo, que por boca del ángel y de Isabel declara la exaltación de María sobre todas las criaturas, tanto por la plenitud de su gracia, como por la magnitud de su dignidad.

Verdaderamente no hay, ni hubo, ni habrá jamás una mujer sobre la tierra que iguale á María en el aspecto de su vida

esclarecida, ni en la hermosura de su purísima conciencia; y cuando el Creador de todas las cosas quiso nacer de esta criatura escogida, y María, sin perder la gloria de su virginidad, concibió y dió á luz á la luz eterna, parece que la misma inspiración divina nos trae á la boca el encomio de su magnificencia y nos hace exclamar llenos de admiración: Bendita Tú entre las mujeres.

¿Y quién no ha de bendecir á María, á quien le fué revelada una unión tan íntima con Dios, que no le fué concedida ni al ángel, ni á justo alguno sobre la tierra? El Señor es contigo, le dijo Gabriel: y San Buenaventura, elogiando esta unión admirable, dice: « que el Señor es con María como el sol con la aurora que lo previene, como la flor con la vara que la produce, como el rey con la reina que viene á él. Porque el Sol más resplandeciente que todos los luminares, la Flor más preciosa que todas las flores, el Rey más glorioso que todos los reyes, es Jesucristo Señor Nuestro. Y la Aurora que previene á este Sol con su clarísima irradiación, la Vara que produce esta Flor con su emisión admirabilísima, la Reina que viene á este Rey en solemnisísima procesión, es la benditísima Virgen María »<sup>1</sup>. Isabel inspirada

<sup>1</sup> Lec. XIII.

ve en María este Sol de justicia, esta Flor de los campos, este Rey inmortal de los siglos, y exclama enajenada: « Bendita Tú entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. »

Madre de Dios en medio de la luz, la Virgen fiel es el trono de zafir que fué exaltado sobre el firmamento angélico<sup>2</sup> en donde el Sol divino resplandeció. ¡Oh, cómo quedó alumbrado este bendito solio por la suprema Luz! ¡Cómo la inocente Virgen, semejante á un palacio magnífico fabricado de oro puro, lleva dentro de sí al Creador mismo de la Luz! ¡Cómo esta Virgen graciosa, á un mismo tiempo Madre, reúne en sí misma todos los primores de la naturaleza y de la gracia, y toda la grandeza de su más alto destino!

Con nosotros está la Imagen venerable de la Madre de la Luz; Imagen de raro atractivo que no puede ser sino inspirada, y en la que se ve María en la actitud más expresiva y encantadora, con el semblante risueño y apacible, y en medio de un celeste aparato y cortejo de ángeles, sosteniendo en su brazo á su Hijo divino en forma de gracioso niño, y dando al pecador la mano para librarlo del dragón infernal; Imagen admirable que explica en compendio la grandeza de María: su eminente dignidad,

<sup>2</sup> Lec. XIII.

su poder contra el demonio, su amor al hombre; Imagen, por último, en que María, coronando su obra de belleza con el título armonioso de Madre Santísima de la Luz, manifiesta al universo su misión divina para ahuyentar la tinieblas, convertir á los pecadores, llenar el cielo de justos y glorificar á Dios, que la escogió para Madre suya y abogada nuestra. Unamos, pues, nuestros votos á la salutación del ángel y de Isabel: bendigamos á Dios, que nos dió á María por medianera, y á esta Virgen bendita que nos enriqueció con una prenda inestimable de su amor.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA TERCERO.

Concedednos, oh Madre Santísima de la Luz!, que para contrarrestar al infierno, que en este siglo vomita maldiciones contra Vos y contra vuestro Hijo divino; concedednos que os bendigamos á Vos y á Jesús, en reparación de tan horribles blasfemias. Nuestro corazón se parte de dolor al veros ultrajada en vuestra bondad y maldecido vuestro honor. Quisiéramos destruir estos agravios aun á costa de nuestra vida; mas ya que no merecemos gracia tan insigne, queremos, al menos, bendeciros ahora y en todos los instantes de nuestra vida. Bendita seáis por vuestra pureza

y castidad, bendita por vuestra virginidad, bendita por vuestra maternidad divina, bendita por vuestra bondad, bendito sea eternamente el fruto de vuestro vientre, Jesús.

### DÍA CUARTO.

LECCIÓN.

*¿Y de dónde á mi que la Madre de mi Señor venga á visitarme?*

¡Qué día tan feliz aquel en que Isabel ve en María el noble objeto de su veneración y de su ternura! ¡Ocasión bellísima en que una Virgen Madre y una anciana venerable, también Madre, en medio de prodigios inauditos, experimentan las emociones más puras, y se corresponden mutuamente por medio de los sentimientos más tiernos y afectuosos! ¡Hora preciosa que puede llamarse de oro, porque en ella Isabel descubre en María las virtudes y portentos que forman el encanto del alma: la virginidad, radiante de pureza, la castidad con todo su esplendor angelical, la maternidad unida á la virginidad, la ternura de madre á la majestad de reina! Ve Isabel que María es la « Hermosura de las gracias, la Virgen admirablemente singular y singularmente admirable »<sup>1</sup>, la Madre de la clemencia

<sup>1</sup> San Agustín.

llena de humildad y de grandeza: y así como en el firmamento se ve distintamente a variedad de luces que lo iluminan, así también Isabel ve en María la variedad admirable de virtudes que ilustran al mundo, de gracias que lo hermosean, de doctrina y ejemplos que lo iluminan. Ve la estrella nacida de Jacob, la estrella más insigne y preclara, la más alumbrada por el Sol, la que envía su radio divino sin menoscabo de su claridad; ve la Luna en la plenitud de su hermosura, á cuya influencia benéfica se disipan las tinieblas; ve la Aurora más alegre y preciosa, á cuya presencia huye la noche y se levanta el día; ve la Señora del mundo, á quien los Profetas contemplaron de lejos y dibujaron con rasgos expresivos; ve, por fin, á la virgen de Isaias, la contempla Madre de Dios y exclama: «¿Y de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?»

Yo veo una Virgen, pudo decir Isabel, yo veo una Virgen Madre, «cuya verdadera fecundidad glorificó á su inviolable virginidad, y cuya inviolable virginidad glorificó á su verdadera fecundidad»<sup>1</sup>. «Yo veo que á Dios no convenia otra Madre que esta Virgen, ni á esta Virgen otro Hijo que Dios; porque no pudo nacer ni mayor

<sup>1</sup> San Agustín.

Madre entre las madres, ni mayor Hijo entre los hijos»<sup>2</sup>. «Yo siento un milagro, yo conozco un misterio: la Madre del Señor, fecundada por el Verbo, está llena de Dios»<sup>3</sup>. «Y ¿de dónde á mí tanto bien que la Madre de mi Señor venga á visitarme?»

Yo veo á la Mujer vestida del Sol; me hallo frente á frente de la Madre de mi Señor; y, apenas he oído su voz, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.

Yo he sido concebida en la iniquidad, pudo continuar Isabel: «Yo dije á la padre: tú eres mi padre, mi madre y mi hermana á los gusanos»<sup>3</sup>. ¿Y la Madre de mi Señor viene á mí? El ángel calla y se humilla, y no se atreve á mirar la inmensidad de tan alta dignidad. ¿Y la Madre de mi Señor viene á mí? ¡Oh escena maravillosa que, admirados contemplaron los cielos y la tierra! La Virgen de Sión exaltada hasta lo sumo por la maternidad divina; la venerable Isabel humillada hasta el polvo en vista de tan sublime misterio; la tierra saludando á la esperanza, y Dios complaciéndose en sus maravillas: he aquí un conjunto de prodigios de la gracia y del poder divino, y un atractivo religioso del

<sup>2</sup> San Bernardo, Hom. a *Super Missus est*.

<sup>3</sup> San Ambrosio, lib. 11, *Coment. in Luc. Cap. 1*.

<sup>3</sup> Job. cap. XVII.

todo encantador que llena el vacío del corazón cristiano.

León, ciudad afortunada, que has tenido la inesperada ventura de que te visite María en su imagen portentosa de la Madre Santísima de la Luz, tú también, como Isabel, debes exclamar: ¿Y de dónde á mi tal dicha que la Madre de mi Señor venga á visitarme? Reconoce humillada tanta gracia, y consagra á tu Reina y Señora un homenaje de gratitud.

Las Avemarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA CUARTO.

¡Oh María! Vos sois la Madre de Dios, y por lo mismo «nada resiste á vuestro poder, nada se opone á vuestra fortaleza; á vuestro voz todo se rinde, á vuestro imperio todo obedece, todo sirve á vuestra potestad. El que nació de Vos os eleva sobre todas las criaturas, porque vuestro Creador estima vuestra gloria como suya propia, y alegrándose en ella, porque es vuestro Hijo, cumple vuestras peticiones como pagándoos una deuda»<sup>1</sup>. Por tanto, rogad por nosotros una sola vez, seréis oída: libradnos de nuestros enemigos, y seremos salvos.



<sup>1</sup> San Jorge Nicom., *Or. de Oblat. Desip.*

## DÍA QUINTO.

LECCIÓN.

Mi alma engrandece al Señor. Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Asorta la Virgen bendita en la casa de Zacarías por la contemplación de tan altos misterios, escucha en silencio los elogios que Isabel la tributa; oye que la llama bendita, bienaventurada, Madre de todo un Dios, y no se envanece, sino que se humilla; no invidia su alabanza, sino que la dirige á su Creador; y abriendo sus labios para dar paso á la sublime expresión de su gozo, exclama: « Mi alma engrandece al Señor. Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador. » Así es como la Virgen de Sión deja escuchar su dulcísimo acento en ocasión tan solemne; así emite su voz argentina la Reina del cielo y de la tierra, á quien aplaudió el universo admirado; así entona el epitalamio de sus desposorios la Esposa inmaculada de Dios; así, por fin, la tierna Doncellita de Nazareth hace oír su cántico *Magnificat*, que es el himno de la gratitud más tierna, el estupendo prodigio de sabiduría, la fuente inagotable de los purísimos sentimientos de su corazón limpio y reconocido.

¿Por qué así cantáis vuestra gloria, oh María, con tanta magnificencia y ternura?  
¿Por qué hacéis resonar vuestro cántico

celeste cuando se os alaba y bendice? ¿Por qué expresáis vuestro júbilo indecible en el momento en que comienza vuestro culto de Madre de Dios?

Mas escuchamos el eco de su cantar como la viva expresión de su reconocimiento y amor á Dios. María sabe muy bien que posee la plenitud de la gracia, y conoce, por lo mismo, que está exenta de toda culpa; el ángel se lo asegura de parte de Dios cuando le dice: «Dios te salve, llena de gracia.» Está bien cierta de su íntima unión con Dios, unión que no podrá romper jamás todo el infierno junto: «El Señor es contigo.» Se ve sublimada sobre toda criatura, porque á ninguna otra, después de Jesucristo, fué concedida tal plenitud de gracia, ni unión tan íntima con Dios: «Bendita tú entre las mujeres.» Su predestinación á la maternidad divina, la preeminente dignidad á que Dios la elevó preeliigiéndola para Madre de la Luz eterna, su inmunidad del pecado, su perpetua virginidad, todos estos portentos constituyen la causa de sus sentimientos y de su gozo, y por esto glorifica al Señor con toda la efusión de su alma inmaculada; lo ensalza y engrandece como al Autor de su pureza y castidad, como á la Fuente de su gracia y justicia, como al Esposo de su unión indisoluble, como al Hijo bendito de sus entrañas que realzó y dió un nuevo esplen-

dor á todas sus excelencias. «Mi alma engrandece al Señor.» Comprende toda su ventura por haber concebido en su vientre á Aquel que verdaderamente es Dios, sin menoscabo de su virginidad, sin detrimento de su pudor; y en vista de este portentoso divino, único en su clase, no puede menos que exclamar: «Mi alma engrandece al Señor.» Pero se ve más feliz por haber concebido á Dios antes en su mente que en su vientre<sup>1</sup>, porque, inmune de toda culpa, se halla perfectamente libre para volar á Dios y para estar siempre unida con Dios; y por ésto, ni el mundo, ni cuanto hay de más precioso en el mundo tiene parte en su gozo indefinible. Dios sólo es la causa de su alegría y el objeto de su ternura; siente en Dios, goza en Dios y se regocija para Dios; el Señor absorbe todo su ser y constituye la esencia de su felicidad. Y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador.

María no reprueba los encomios que Isabel la dirige; sabe muy bien que Isabel habla movida por el Espíritu Santo, y por esto sólo se ocupa en volver aquellas alabanzas á la fuente de donde emanan. Como si María dijera á Isabel, dice San Bernardo: «Tú glorificas á la Madre del Señor; pero mi alma glorifica al Señor; el hijo que llevas en tu vientre, al oír mi voz,

<sup>1</sup> San Agustín.

saltó de gozo; pero mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador »<sup>2</sup>.

Tal es el cántico sublime que resonó al principio de la ley de gracia, y por medio del cual Dios publica su gloria y María su dignidad.

Las Avenarías como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA QUINTO.

¡Oh labios purísimos de la Reina de los Ángeles! ¡Oh lengua castísima de la excelsa Virgen! ¡Oh garganta dulcísima de la que es el manantial de los conciertos! ¡Oh alma encendidísima de la Madre de la Luz! Permitid que nuestros labios inmundos pronuncien también el cántico de vuestra gloria, para que, repitiendo vuestra expresión misteriosa, el Señor se apiade de nosotros, nos libre de nuestros enemigos, nos llene de bendiciones, y por fin nos conceda la vida perdurable. Amén.

Gozos y oración final.

DÍA SEXTO.

LECCIÓN.

Porque miró la humildad de su esclava.

UNA vez que el ángel explicó á María la grandeza del misterio que le anunciaba, diciéndole que el Espíritu Santo descen-

<sup>2</sup> Serm. *Super sign. magn. in cap. XII Apoc.*

dería sobre ella, que la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, y que de este modo el Hijo de Dios encarnaría en su seno, sólo faltaba que María expresara su consentimiento, pronunciando la palabra que esperaban los cielos para su gloria y la tierra para su felicidad. Efectivamente, María dijo: « He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra »; y en el momento el Hijo del Altísimo se hizo hombre en su vientre virginal. Palabra prodigiosa que se asemeja á la palabra creadora con que Dios sacó la luz de la nada. « Hágase la luz », dijo Dios, y la luz fué hecha. « Hágase en mí según tu palabra », dijo María, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. « Palabra admirable que Dios quiso reservar á María, y cuyos efectos, mil veces más prodigiosos que los del primer *fiat* productor del mundo, abruman ciertamente toda el alma con la augusta majestad del misterio »<sup>1</sup>. « Palabra portentosa que selló para siempre su perpetua virginidad, quedando como un brillante engastado en el oro de la divina maternidad; palabra, en fin, por la que María, haciendo nacer la Luz indeficiente en medio de los cielos<sup>2</sup>, aparece Madre de la Luz eterna, y el Hijo de Dios en su seno

<sup>1</sup> Ilmo. Sr. Munguía, *Explicación pastoral de la doctrina cristiana.*

<sup>2</sup> *Eclesiastés*, cap. XXI.

como en un trono más resplandeciente que el sol, y lleno de hermosura « como la luna perfecta para siempre »<sup>1</sup>. A esta palabra y sumisión de María atendió el Señor mirando la humildad de su esclava; y de esta mirada de Dios hace mención la tierna Virgen en su augusto cántico, como la causa principal de su gozo.

¿Y cómo fuera posible que el Señor no hubiera atendido á la humildad de María? El ángel la saluda: « Llena de gracia, bendita entre las mujeres », y María dice: « He aquí la esclava del Señor. » Ella es la tierra bendita, iluminada por la gloria de Dios<sup>2</sup>; posee la gloria del Líbano y la hermosura del Carmelo, y se confiesa la esclava del Señor. Ella vistió al Sol divino con la cándida niebla de su naturaleza, y el Sol la vistió con el resplandor de su luz<sup>3</sup>, y exclama diciendo: « He aquí la esclava del Señor. » Ella, por fin, ha dado gloria á los cielos, Redentor á la tierra, fe á las naciones, fin á los vicios, orden á la vida y disciplina á las costumbres<sup>4</sup>, y dice: « He aquí la esclava del Señor. » Ved ya el cimiento profundo de la altísima elevación de María. Sus labios no se abren para decir: « Yo soy la Madre de Dios », sino

<sup>1</sup> Salmo LXXXI.

<sup>2</sup> San Buenaventura, *Spec.*, lec. XII.

<sup>3</sup> San Bernardo, homilía *Super sign. magn.*

<sup>4</sup> San Jerónimo, serm. 6, *De Assumpt.*

sólo para confesarse la esclava del Señor. « ¡Oh verdaderamente bienaventurada humildad de María, que dió luz al Señor para los hombres, dió la vida espiritual á los mortales, renovó los cielos, purificó al mundo, abrió el Paraíso y libró á las almas de los infiernos! »<sup>1</sup>. Humildad que se levantó como un gigante contra la malicia de la serpiente y aplastó su cabeza; humildad que, superando á la dignidad angélica, elevó á María hasta el sumo trono del Rey<sup>2</sup>, en donde ciñó la corona de su grandeza para regir á los ángeles y á los hombres; humildad, por fin, que hizo de María la Madre Santísima de la Luz y al mismo tiempo la escala misteriosa por donde Dios descendió á la tierra y los hombres subieron al cielo<sup>3</sup>.

Bendigamos á Dios, que atendió á la humildad de María para darnos al Salvador, y bendigamos también á María, que ha sido el medio de nuestra santificación.

Las Avemarias como el día primero. ®

#### ORACIÓN PARA EL DÍA SEXTO.

Cuanto más habéis querido permanecer oculta en vuestra humilde morada, tanto

<sup>1</sup> San Agustín, serm. 35, *De Sanctis.*

<sup>2</sup> San Bernardo, serm. 6, *De Assumpt.*

<sup>3</sup> San Fulgencio, *De Laud. Virg.*



más, ¡oh María!, resplandecéis ahora en el cielo. Vos os confesasteis la humilde esclava del Señor, y habéis tenido la gloria de ser la Madre Santísima de la Luz y de poseer el imperio de todas las criaturas. Por este galardón inestimable que mereció vuestra humildad profundísima, os pedimos que, siendo mansos y humildes de corazón, alcancemos perfecto dominio sobre nuestras pasiones.

Gozos y oración final.

DÍA SÉPTIMO.

LECTURA.

Me dirán bienaventurada todas las generaciones.

**L**ena de luz la soberana Virgen María y guiada por la sabiduría infinita, vuela por el inmenso campo del porvenir; y contemplándose frente á frente de sus glorias, ve pasar por todas las edades su culto y veneración. « Me dirán bienaventurada todas las generaciones. »

María profetiza su grande celebridad y los plácemes y alabanzas que le habian de tributar los siglos; pero no es por sí misma, ni apoyada en sus propios méritos por lo que ha hecho previsión tan solemne; es la virtud del Altísimo, es la luz del Espíritu Santo, es la claridad del Verbo quien le descubre su futura gloria.

María, en efecto, comienza á recibir los homenajes de las criaturas desde el momento mismo de su predicción: é Isabel la primera, dirigiéndole la palabra, le dice: « Bienaventurada Tú que has creído, porque cumplido será todo lo que te fué dicho de parte del Señor. » La fe de María, esta fe tan firme y segura por la que la Virgen augusta, fiada en la Omnipotencia divina, para quien nada hay imposible, pronunció la palabra que realizó las esperanzas de cuarenta siglos; esta fe, que unió la virginidad más perfecta consagrada á Dios, á la suprema dignidad de Madre del mismo Dios; esta fe levantó á María á una altísima cumbre de santidad desde donde recibe las alabanzas de todas las generaciones. En esta magnífica y sublime elevación, la Virgen Madre se presenta á las naciones con todo el encanto de su hermosura, con todo el atractivo de su gracia, con todo el esplendor de su gloria; y colocada en esta altura prodigiosa, puede muy bien cantar con la Iglesia: « Yo he sido exaltada como el cedro del Libano y como ciprés en el monte de Sión. Fuí elevada como la palma en Cades, y como la plantación de la rosa en Jericó'. Yo sola he rodeado el giro del cielo, he penetrado á lo profundo del abismo, he andado sobre

<sup>1</sup> Eclesiastés, XXIV.

más, ¡oh María!, resplandecéis ahora en el cielo. Vos os confesasteis la humilde esclava del Señor, y habéis tenido la gloria de ser la Madre Santísima de la Luz y de poseer el imperio de todas las criaturas. Por este galardón inestimable que mereció vuestra humildad profundísima, os pedimos que, siendo mansos y humildes de corazón, alcancemos perfecto dominio sobre nuestras pasiones.

Gozos y oración final.

DÍA SÉPTIMO.

LECTURA.

Me dirán bienaventurada todas las generaciones.

**L**ena de luz la soberana Virgen María y guiada por la sabiduría infinita, vuela por el inmenso campo del porvenir; y contemplándose frente á frente de sus glorias, ve pasar por todas las edades su culto y veneración. « Me dirán bienaventurada todas las generaciones. »

María profetiza su grande celebridad y los plácemes y alabanzas que le habían de tributar los siglos; pero no es por sí misma, ni apoyada en sus propios méritos por lo que ha hecho previsión tan solemne; es la virtud del Altísimo, es la luz del Espíritu Santo, es la claridad del Verbo quien le descubre su futura gloria.

María, en efecto, comienza á recibir los homenajes de las criaturas desde el momento mismo de su predicción: é Isabel la primera, dirigiéndole la palabra, le dice: « Bienaventurada Tú que has creído, porque cumplido será todo lo que te fué dicho de parte del Señor. » La fe de María, esta fe tan firme y segura por la que la Virgen augusta, fiada en la Omnipotencia divina, para quien nada hay imposible, pronunció la palabra que realizó las esperanzas de cuarenta siglos; esta fe, que unió la virginidad más perfecta consagrada á Dios, á la suprema dignidad de Madre del mismo Dios; esta fe levantó á María á una altísima cumbre de santidad desde donde recibe las alabanzas de todas las generaciones. En esta magnífica y sublime elevación, la Virgen Madre se presenta á las naciones con todo el encanto de su hermosura, con todo el atractivo de su gracia, con todo el esplendor de su gloria; y colocada en esta altura prodigiosa, puede muy bien cantar con la Iglesia: « Yo he sido exaltada como el cedro del Libano y como ciprés en el monte de Sión. Fuí elevada como la palma en Cades, y como la plantación de la rosa en Jericó'. Yo sola he rodeado el giro del cielo, he penetrado á lo profundo del abismo, he andado sobre

<sup>1</sup> Eclesiastés, XXIV.

el mar, y he estado en toda la tierra, y en todo pueblo, y en toda nación obtuve el primado»<sup>1</sup>.

La victoria y la paz, el consuelo, la salud y la vida, estos bienes tan caros para el hombre, han sido consagrados por María, así como las virtudes hijas de Dios. Los seres más encantadores, las nieves, la luz, y aun los ángeles, han distinguido á la Virgen gloriosa en la variedad de sus beneficios: «Yo sola he rodeado el giro del cielo.» Desde la celeste altura en que se encuentra ahora, difunde sus rayos benéficos en favor de las almas del purgatorio: «He penetrado á lo profundo del abismo.» El mar jamás la olvidó en los peligros y tempestades, y siempre fué invocada como la Estrella prodigiosa del consuelo. «He andado sobre las olas del mar.» La tierra la veneró en las montañas y en los valles, en las selvas y en las florestas, y su alabanza resonó en el claustro y en la gruta. El pórtico y el pilar, la rosa y el lirio fueron admirados por su nombre<sup>2</sup>; la fuente y el manantial le ofrecen aún sus aguas cristalinas deslizadas por el césped, y cuya afluencia milagrosa es debida á sus miradas<sup>3</sup>: la soledad y el desierto la con-

<sup>1</sup> Eclesiastés, XXIV.

<sup>2</sup> *Calendario histórico de la Virgen.*

<sup>3</sup> *Historia de Nuestra Señora de la Saleta y de Lourdes.*

templan en silencio; y del fondo de los bosques, entre las oleadas del incienso, sale el sonido de la campana religiosa para publicar sus glorias. El sendero más ignorado, la ermita más escondida, la choza y el palacio la proclamaron bienaventurada. «He estado en toda la tierra, y en todo pueblo y en toda nación obtuve el primado.»

Mas ¿quién podrá elogiar dignamente á María que es un Tesoro escondido, un Manantial fecundo, un Luminar grandioso y el Trono de la sabiduría infinita? ¿Quién podrá admirarla dignamente sino sólo Dios, que contó las riquezas de su Tesoro, que se retrató en la belleza de su Fuente, que encomió especialmente las preciosidades de la Luz, y que conoce hasta qué grado de gloria iluminó á su Habitación? Y, sin embargo, comenzaron las generaciones, y con ellas las alabanzas de María: pasaron las edades, y las alabanzas de María continuarán al través de los siglos: y los siglos pasarán, y las alabanzas de María, siempre nuevas en la eternidad, no terminarán jamás. ¡Admirable cumplimiento de sus palabras proféticas en que toman parte la tierra y el cielo, el hombre y el ángel, el tiempo y la eternidad! ¡Visión admirable de María, en que se ve pasar unida con Dios por todos los siglos, para presidir llena de luz en las alturas de la

gloria! Me dirán bienaventuradas todas las generaciones.

1 Las Avemarias como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA SÉPTIMO.

¡Oh María Santísima de la Luz! Vuestra magnificencia ha sido elevada sobre los cielos<sup>1</sup>, en tal grado, que sólo sois inferior á Dios. Vos habéis sido siempre el objeto de la más grande celebridad de todas las naciones; y el Señor ha glorificado tanto vuestro nombre, que las almas no cesarán jamás de cantar vuestras alabanzas. Nosotros, por tanto, queremos bendeciros y amaros, y, á pesar del infierno y de la impiedad, queremos alabaros por toda nuestra vida, y esperamos hacerlo también en la eternidad. Amén.

Gozos y oración final.

DÍA OCTAVO.

LECCIÓN.

Porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso y santo su nombre.

ES glorioso privilegio de la gloria de María, dice San Buenaventura, que todo lo que, después de Dios, hay en el cielo de más hermoso, de más dulce, de

<sup>1</sup> Salmo LXXXVI, vers. 2.

más fecundo, esto es María, está en María, es por María<sup>1</sup>. » « La mujer graciosa encuentra la gloria<sup>2</sup>; y como ninguna pura criatura encontró delante de Dios tanta gracia como María, ninguna tampoco alcanzó en el cielo tanta gloria<sup>3</sup>. » Es María como la luz esplendente<sup>4</sup> que iluminó al mundo con el ejemplo de sus admirables virtudes, con la eficacia de su palabra luminosa, con la presencia de su hermosura radiante; y nada se encuentra en Ella de vano y de superficial, porque toda la gloria de la Hija del Rey procede de su interior<sup>5</sup>.

« ¿Qué cosa diré yo, decía San Antonino, que sea digna de la Madre de mi Dios y Señor? ¿Qué diré que sea digno de María, por cuya fecundidad, siendo cautivo, he sido redimido; por cuyo parto he sido librado de la muerte eterna; por cuyo Hijo, estando condenado, fui salvo, y del destierro de la miseria fui conducido á la patria de la eterna gloria? »

¿Diremos que María es un Cielo espléndido por su pureza y castidad, y por ser la Sede altísima de Dios? ¿Diremos que es una Tierra virginal, del todo ben-

<sup>1</sup> *Spec.*, lec. VI.

<sup>2</sup> *Prov.*, cap. XI.

<sup>3</sup> San Buenaventura, *Spec.*, lec. V.

<sup>4</sup> *Prov.*, cap. IV, vers. 18.

<sup>5</sup> Salmo XLIV.

ditada, del todo intacta y pura, no cavada ni sembrada, si sólo fecundada por el rocío divino para que germinara al Salvador del mundo? ¿Diremos que es un Abismo de eminentes virtudes y de perfecciones inauditas? ¿Mas quién ha medido la altura del cielo, la latitud de la tierra y la profundidad del abismo? <sup>1</sup>. ¿Quién ha medido la grandeza de la gloria de María? ¿Quién midió la altura de este Cielo tan sublime por su dignidad, tan extenso por su caridad, tan limpio y espléndido por su pureza, tan hermozeado por sus virtudes? ¿Quién midió la amplitud de esta Tierra fructífera y deliciosa y la profundidad de este Abismo insondable? María encerró en su seno al que no pudieron contener los cielos ni la tierra: María, por tanto, es más capaz y gloriosa que el cielo; más capaz y preciosa que la tierra, y Dios se reservó para sí el contar los tesoros que se contienen en el abismo de su grandeza.

La encarnación del divino Verbo en las entrañas virginales de María, su Maternidad divina: he aquí la dignidad que la elevó á la suprema gloria, en cuya prodigiosa altura las generaciones arrobadas la contemplan y aplauden, y por la que los siglos han sido tributarios de su gloria. ¡Oh cómo brillan en esta Virgen bendita

<sup>1</sup> Eclesiastés, cap. 1.

la admirable fecundidad y la virginidad á un tiempo! ¡Cómo estas dos excelencias, precedidas de un cúmulo de perfecciones, han dejado absortos á los mismos ángeles! ¡Cómo el alma humana queda abismada al contemplar que María, humilde esclava, engendró al Señor, y pura criatura, crió al Creador!

Hija de Adán y exenta del pecado, humilde esclava y esclarecida Reina, Virgen purísima y Madre de Dios; por esto dice: « Me llamarán bienaventurada todas las generaciones: porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso y santo su nombre. »

Así María, en el himno de su reconocimiento, no sólo canta la Omnipotencia de Dios para tan raros portentos, sino que también anuncia el cumplimiento de las divinas promesas y la misericordia para los redimidos: refiere el abatimiento de los soberbios y exaltación de los humildes: y dando á Dios la gloria, de una mirada abarca el presente, el pasado y el porvenir.

Las Avemarias como el día primero.

ORACIÓN PARA EL DÍA OCTAVO.

Vos, ¡oh María!, como en un santuario purísimo, habéis guardado en vuestro seno el Tesoro divino en quien están todos los

<sup>1</sup> Alápide, *Coment. in Luc. cap. 1.*

tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. ¡Oh, María, qué grande sois! Vos, en verdad, sois el nuevo Prodigio que Dios crió sobre la tierra'; y después de la inmensa gloria que poseéis por ser Madre Santísima de la Luz, nada puede agregarse á vuestra grandeza. Por esta gloria os pedimos que guardemos con sumo cuidado la gracia de Jesús en nuestra alma, para que así merezcamos alabarle en vuestra compañía en el cielo. Amén.

Gozos y oración final.

### DÍA ÚLTIMO.

#### LECCIÓN.

Fué con prisa á la montaña....., y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. (S. Luc., 1, 39 y 40.)

**Y**A hemos contemplado en estos preciosos días el agosto misterio de la Visitación de María á su prima Santa Isabel: misterio que los Santos Evangelistas refieren en pocas palabras, y del que los sagrados intérpretes se ocupan con profunda veneración. Hemos considerado á María en la casa de Zacarías, derramando allí las bendiciones de su ternura y caridad: hemos escuchado en silencio los sublimes

1 Jeremías, versículos 31 y 32.

coloquios habidos entre dos madres, movidas por un mismo Espíritu: hemos visto que María, apenas saluda á Isabel, y por este medio Juan recibe la gracia de su justificación; que Isabel, conociendo este prodigio, engrandece á María y la llama bienaventurada, bendita entre las mujeres y Madre de Dios; que María no rehusa estos honores, ni se disimula para que continúen sus elogios, sino que humillándose más á medida que se descubre su excelencia, y haciéndose superior á todo encomio, sólo piensa en dar á Dios la gloria por única respuesta de su felicitación.

¡Ángeles tutelares de la casa de Zacarías! ¡Decidnos qué más pasó en esta santa visita durante el tiempo que permaneció la Virgen de Sión en aquella casa feliz! ¡Decidnos cuál fué la divina conversación que escucharon sus moradores de los labios purísimos de la Madre de Dios: cuáles los servicios que María prestó á Isabel; cuál la prontitud y eficacia con que asistió al nacimiento de Juan; con qué esmero y solicitud cuidó á la venerable anciana en un parto que para ella debía de ser peligroso! Mas ya conocemos que en aquella morada todo fué de Dios, obras, palabras y pensamientos; todo fué gozo y alegría, salud y vida; todo fué paz y concordia, bendiciones y alabanzas de Dios. Juan santificado por la presencia del Verbo he-

cho carne, y recibido en los brazos de la Madre de la Luz?; Isabel rendida de amor y de gratitud á la Madre de su Señor; Zacarías, antes mudo, bendiciendo ya al Señor Dios de Israel por haber hecho la visita y redención de su pueblo: ¡oh cómo queda el alma arrobada al contemplar este misterio lleno de misterios! Casa feliz, cielo anticipado; casa de las inspiraciones de Dios, de los cánticos sublimes, de las solemnes profecías, de los dulcísímos sentimientos del corazón: ¡quién nos diera haber estado á vuestros umbrales para presenciar allí la visita de María tan edificante y prodigiosa, tan santa y llena de bendiciones! ¡Quién nos diera haber oído una palabra siquiera de aquellos purísimos labios virginales, y visto algún tanto la hermosura de aquella Virgen endiosada, y el gozo inefable de aquella santa familia!

Mas ¿no es también nuestra ciudad la dichosa, á quien la Madre de Dios se ha dignado visitar? ¿No se han repetido en León los prodigios que Dios obró por medio de María en casa del Bautista? Llegó aquí la soberana imagen de la Madre Santísima de la Luz, y en ella María nos legó un recuerdo constante de su cariño y de sus piedadés. Á todos nos acogió bajo su manto: extendió su mano para librarnos

† San Bernardo, *De Laud. S. Joann. Bapt.*

del dragón y del pecado, y nos reconcilió con el Sagrado Corazón de Jesús. Ella se hizo toda para todos: ha sido ojo para el ciego y pie para el cojo: ha desterrado la sequia y la peste: la hemos invocado en los peligros, y ha corrido en nuestro auxilio: la hemos llamado en las calamidades, y hemos palpado su protección: á ella hemos aclamado en las angustias, y jamás desoyó nuestros clamores: y no hay quien se ponga en su presencia sin que sienta interiormente un indecible consuelo.

Alégrate, ¡oh León dichosa!, porque te ampara y protege la Señora de las naciones. Canta tu ventura, ciudad feliz, fundada no sin misterio en el antiguo « valle de Señora », y revístete de gala, llena de regocijo, al ver las finezas que obra contigo la Madre Santísima de la Luz. No olvidés, ¡oh León!, la visita de María. ¡Oh, jamás olvidés á tu excelsa bienhechora! Celebra hoy conmovida el aniversario de su advenimiento. Que todo acredite tu amor y gratitud á la Madre Santísima de la Luz: que las ciudades venideras conozcan que veneraste á la Madre Santísima de la Luz y reconociste sus beneficios singulares: que en tí, por último, reine la paz, la unión y la alegría, como frutos de tu consagración á la Madre Santísima de la Luz.

Las Avemarias como el día primero.

## ORACIÓN PARA EL DÍA ÚLTIMO.

Venid ¡oh serenísima Reina y Madre de la Luz indeficiente! Venid á visitarnos, y hallaréis muchos males que remediar. Ved cuántas tinieblas nos envuelven y cuántos enemigos nos persiguen. Nunca como hoy se hace más necesario vuestro amparo. El dragón de la herejía nos quiere tragar; los pecados y los vicios nos conducen al abismo; la miseria y el castigo de Dios están sobre nosotros. Venid á nosotros presurosa, así como visitasteis á Isabel; llenadnos de bendiciones como á la casa de Zacarías: santificadnos como á Juan, y libres, por vuestro medio, del error, del pecado y del castigo que merecemos, entonaremos aquí y en la eternidad las alabanzas de Dios y las vuestras. Amén.

## GOZOS.

*¡Blanca luz resplandeciente,  
Alegria de la alborada!  
Ilumina nuestra mente,  
Madre de la Luz increada.*

Tan luego que concebiste  
Al autor de tu belleza,  
Con angélica presteza  
Á la montaña partiste.  
Pues que el amor más ardiente  
Guía tus pasos, agraciada,  
*Ilumina....*

Al pasar por el sendero  
Va trazando tu hermosura  
Una huella de luz pura  
Más radiante que el lucero.  
¡Oh bello Faro esplendente!  
¡Claridad inmaculada!

*Ilumina....*

Te presentas á tu prima  
Y la saludas con celo;  
É Isabel responde á un cielo  
Que en su corazón estima.  
Por tu visita ferviente  
Que á Isabel dejó inspirada,

*Ilumina....*

Suena tu voz soberana,  
Y en este precioso instante  
Salta de gozo el infante  
En el vientre de la anciana.  
Tú, que lavas como Fuente  
Al alma que está manchada,

*Ilumina....*

¿De dónde á mi tal favor,  
Absorta Isabel decía,  
Que venga á mí en este día  
La Madre de mi Señor?  
Virgen cándida y prudente,  
De amor divino inflamada,

*Ilumina....*

Un cantar tu corazón  
Con gozo entonó al Dios vivo,



El más bello y expresivo  
De los cánticos de Sión.  
Por tu humildad eminente  
Y gratitud celebrada,

*Ilumina....*

Esta ciudad venturosa  
Reconoce tu Visita  
En esa imagen bendita  
Que le diste cariñosa.  
Pues que tan buena y clemente  
Te muestras, ¡oh Madre amada!,

*Ilumina....*

Con empeño y eficacia  
Te retratas toda hermosa  
En actitud prodigiosa  
Para ofrecernos la gracia.  
¡Oh cuán grata y elocuente  
Es tu Imagen inspirada!

*Ilumina....*

Y con semblante apacible,  
Porque todos te invoquemos,  
Madre quieres te llamemos  
De la Luz inaccesible.  
Cuando sea la hora inminente  
De nuestra muerte, llegada,

*Ilumina....*

*¡Blanca luz resplandeciente,  
Alegria de la alborada!  
Ilumina nuestra mente,  
Madre de la Luz increada.*

ORACIÓN FINAL.

Vos, ¡oh María!, habéis venido al mundo como la luz preciosa de la mañana, animando las campiñas, dando belleza á las fuentes y haciendo brotar las flores; y es que Vos sois el Trono de Dios, esclarecido y brillante como el día celeste<sup>1</sup>. Vos engendrasteis á la Claridad de la eterna Luz. ¿Y tan digna como sois, venís á visitarnos? ¿No os cubris vuestro rostro al ver nuestra ignominia? Mas vuestra bondad no puede ver nuestra desdicha. Venís á nosotros como la augusta Misionera de Dios para convertirnos; como la hermosa Ruth para recoger en el campo de la Iglesia las espigas de los pecadores que se escaparon á los obreros del Señor. Venís «como Fuego inflamado para encender á los fríos y á los tibios en el amor de Dios; para purificar á los inmundos, y enseñar el conocimiento de Dios á los que están en las tinieblas de la ignorancia»<sup>2</sup>. Venid, pues, y cumplid vuestros deseos. Nosotros somos vuestros hijos: y no queremos tener otro Dios que á vuestro Hijo divino. Los impíos se levantan para destruirnos y quitarnos nuestras creencias; pero si Vos nos ayudáis, sus esfuerzos quedarán burlados. Siempre os

<sup>1</sup> Salmo LXXXVIII, vers. 30.

<sup>2</sup> San Bernardino de Bustos, serm. 2. *De Assumpt.*

confesaremos toda pura, la Madre de nuestro Dios, y á un tiempo la Virgen intacta. Siempre hemos de venerar vuestra imagen sagrada : y pese al infierno todo, hemos de creer, con el favor divino, todo lo que Dios nos manda y la santa Iglesia nos propone. « En vuestra mano está la virtud y el poder : en vuestra mano la grandeza y el imperio de todas las cosas » (\*). Levantaos, por tanto, y sostenednos en la fe : libradnos de la corrupción y del infierno : defended á la santa Iglesia, á nuestro Santísimo Padre y á nuestros ilustrísimos Prelados : unidnos á todos en el Sagrado Corazón de Jesús, y conducidnos á la eterna patria de los creyentes. Amén.



\* Paralip., I, versículos 12 y 29.



## MEDITACIÓN

SOBRE LOS SENTIMIENTOS QUE DEBE  
INSPIRARNOS

LA ADVOCACIÓN É IMAGEN

### DE NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

(Muy propia para el día de su fiesta.)

#### PUNTO PRIMERO.

**C**onsidera que el título que se da á la Inmaculada Virgen María de Madre Santísima de la Luz es un título de honor y gloria que le corresponde de justicia, y que recuerda á un mismo tiempo su grandeza y su bondad. ¿Qué cosa más gloriosa para la Soberana Señora que ser Madre del Hijo de Dios? ¿Qué cosa más propia de Jesucristo que ser llamado Candor de la luz eterna, Sol de justicia, Luz de luz, Luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Y á la que es verdadera Madre de Jesu-

confesaremos toda pura, la Madre de nuestro Dios, y á un tiempo la Virgen intacta. Siempre hemos de venerar vuestra imagen sagrada : y pese al infierno todo, hemos de creer, con el favor divino, todo lo que Dios nos manda y la santa Iglesia nos propone. « En vuestra mano está la virtud y el poder : en vuestra mano la grandeza y el imperio de todas las cosas » (\*). Levantaos, por tanto, y sostenednos en la fe : libradnos de la corrupción y del infierno : defended á la santa Iglesia, á nuestro Santísimo Padre y á nuestros ilustrísimos Prelados : unidnos á todos en el Sagrado Corazón de Jesús, y conducidnos á la eterna patria de los creyentes. Amén.



\* Paralip., I, versículos 12 y 29.



## MEDITACIÓN

SOBRE LOS SENTIMIENTOS QUE DEBE  
INSPIRARNOS

LA ADVOCACIÓN É IMAGEN

### DE NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

(Muy propia para el día de su fiesta.)

#### PUNTO PRIMERO.

**C**onsidera que el título que se da á la Inmaculada Virgen María de Madre Santísima de la Luz es un título de honor y gloria que le corresponde de justicia, y que recuerda á un mismo tiempo su grandeza y su bondad. ¿Qué cosa más gloriosa para la Soberana Señora que ser Madre del Hijo de Dios? ¿Qué cosa más propia de Jesucristo que ser llamado Candor de la luz eterna, Sol de justicia, Luz de luz, Luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Y á la que es verdadera Madre de Jesu-

cristo, ¿no le había de corresponder de justicia el augusto título de Madre de la Luz? Sí, no hay duda; le conviene con toda propiedad y está denotando su grandeza. En María todo es luz, todo resplandor, todo claridad; jamás hubo tinieblas ni en su entendimiento ni en su corazón. Desde el primer momento de su ser fué prevenida de la gracia con plenitud, con sobreabundancia; desde entonces apareció su entendimiento ilustrado con los más altos conocimientos de la divinidad, y su corazón, bañado con los resplandores del Espíritu Santo y ardiendo en las llamas de la caridad divina. A proporción que fué creciendo en edad, iban aumentándose sus virtudes y sus méritos, y así es que al momento de su dichoso tránsito estaba su alma purísima, tan rica, tan hermosa, tan agradable, tan santa en la presencia del Señor, que fué el objeto de la admiración y asombro de todos los ángeles y bienaventurados. Por eso fué coronada por Reina de los cielos y la tierra y ocupa un trono tan sublime y resplandeciente, que deslumbra á todo lo visible é invisible que no es Dios. ¡Con razón podemos llamarla Sol, Luna, Estrella de la mañana, Madre de la Luz, cuya claridad sólo es excedida por la eterna é indeficiente Luz, que es Dios! Admírate, regocíjate, alma mía, al contemplar la grandeza y excelencia de la

Virgen bendita de todas las generaciones; humíllate y venera á la que es más excelsa que los cielos, ríndele todos los homenajes que son debidos á su augusta dignidad; pero también regocíjate, porque todo ese poder, toda esa majestad, toda esa soberanía está acompañada del más tierno amor á los hombres, de los más vivos deseos de emplear en su favor cuanto puede con el Altísimo.

## PUNTO SEGUNDO.

SI al llamar á la Virgen María Madre Santísima de la Luz concebimos ideas de su grandeza, al ver la Sagrada imagen que nos la representa bajo esta advocación, formamos el concepto más alto de su misericordia y bondad. Su diestra poderosísima está ocupada en sostener á un alma que por sus culpas iba á precipitarse en el infierno. ¡Alegoría muy propia y expresiva del grande y perpetuo beneficio que está dispensando sin cesar nuestra amable Corredentora á cuantos se acogen á su protección! María Santísima está siempre delante del trono de Dios haciendo los oficios de una Ester que desarma el enojo del rey Asuero; está alegando siempre, como nuestra Abogada, todo cuanto hizo durante su vida por la salvación del género humano; ella pide con afecto de Madre, ruega, insta y no cesa hasta que consigue

para sus hijos el socorro de sus necesidades, y particularmente de las del alma. Por muchas que sean nuestras culpas, por muy grandes que sean nuestros pecados, no nos desecha, no nos mira con ceño con tal que tengamos deseos de arrepentirnos y le pidamos á ella misma la gracia de una verdadera conversión. Entonces es cuando extiende su brazo é impide que nos trague el dragón infernal. ¡Cuántas almas hubieran caído en el infierno si no las hubiera sostenido la Santísima Virgen para que no se precipitaran en el último pecado de la obstinación! ¡Cuántos de los bienaventurados que están hoy en el cielo hubieran sido réprobos si no hubiera rogado por ellos la poderosísima Virgen María! A lo menos es cierto que no hay uno que no confiese ser deudor en algún modo de su eterna dicha á la Madre del Salvador, como no ha habido ni habrá un sólo cristiano que no afirme que, después de Dios, tiene su confianza en María. ¿Y desconfiaré yo de alcanzar mi salvación si me acojo al Patrocinio de tan bondadosa Madre? Rehuseré consagrarme á su servicio y entregarle mi corazón? ¿Dilataré por más tiempo el aprovecharme de su poder y su clemencia? ¿No es cierto que la cadena de mis pecados llega hasta el infierno, y que sólo porque María Santísima me tiene de su mano no caigo en la boca del dragón

infernal? Pues ¿cómo no me doy prisa á corresponder á mi insigne bienhechora? ¿Por qué no lavo mi corazón con las lágrimas de la penitencia para que pueda ser presentado al divino Niño Jesús que tiene en sus brazos mi amorosa Madre?..... Sí, estoy decidido; desde este mismo momento quiero quitar todos los obstáculos de mi salvación; quiero aprovecharme de la bondad y clemencia de María; quiero asirme fuertemente de esa poderosa mano. Virgen misericordiosa, Madre Santísima de la Luz, sosténgame tu mano en la vida para no caer en culpa, y en la muerte para no caer en el infierno. Purifica mi pobre corazón para que sea digno de unirse con el de tu Hijo Santísimo frecuentemente por medio de la Sagrada Eucaristía y de la más encendida caridad durante el tiempo de mi peregrinación sobre la tierra, y después se una con el lazo de amor eterno é indisoluble en la celestial Jerusalén.

FRUTO.

Saluda frecuentemente á la Inmaculada Virgen María con el título de Madre Santísima de la Luz; pero al pronunciarlo y ver su imagen, alientate á trabajar en el negocio de tu salvación, y aprovéchate para este fin del poder y ternura de esta amantísima Madre.

« Te puse para luz de las gentes, para que abrieras los ojos de los ciegos. » — (Isaías, cap. xxiv, versículos 6 y 7.)

« Eva fué madre del polvo; Tú, ¡oh María! eres Madre de la Luz. » — (San Germán.)

OTRA BREVE MEDITACIÓN.

La fiesta de la Santísima Señora.

PRIMER PUNTO.

Considera que la primera significación del excelso nombre de Madre de la Luz es de Madre del Verbo divino, Luz eterna é increada, y así lo mismo es decir Madre de la Luz que Madre de Dios, dignidad tan excelsa y soberana que no se puede concebir otra más eminente, y el mismo Dios no tiene ni puede dar á pura criatura otra mayor. Adora profundamente á la Señora como á Madre de Dios, y alégrate de esta sublimísima gloria; congratúlate contigo mismo de tener á tan excelente Madre por tu patrona y abogada.

SEGUNDO PUNTO.

Considera que á María Santísima, por la altísima dignidad de Madre de la eterna Luz, le compete como por derecho del im-

perio y dominio de todo el universo y el señorío sobre todos los ángeles y santos y sobre todas las criaturas; y lo que más es, le compete la autoridad y casi superioridad sobre el mismo Verbo humanado, quien, como á su dignísima Madre, le profesó obsequio, reverencia y sujeción, como lo dice San Lucas : « Adora y reconoce á la Santísima Madre por Señora tuya y de todas las criaturas; gózate de ser suyo, y procura no disgustarla con tus culpas. »

TERCER PUNTO.

Considera que la otra significación de este glorioso título es de Madre nuestra amorosísima, blasón bien merecido de la Santísima Señora, no sólo por haber cooperado con tanto valor y empeño á nuestra salvación y redención, por lo que no hay quien le contradiga el especialísimo renombre de Corredentora nuestra, sino también por la abundancia de las divinas ilustraciones que, comunicándonos, nos ilumina, enciende y alienta para caminar por las sendas de la eterna salud, socorriéndonos también en todas nuestras necesidades, y alcanzándonos todos cuantos bienes gozamos y poseemos. Procura siempre esmerarte más y más en el amor y devoción á tan piadosa Madre; invócanosla siempre con tan dulce y amable renombre de Madre de la Luz, y ten por cierto que

con amarla abundarás de todo verdadero bien y te sobrarán las felicidades.

Hecha esta meditación, procura examinar las faltas que así en ella como en el servicio de la Señora hubieres cometido, y con propósito de corregirlas, concluirás con el siguiente

ACTO DE CONSAGRACIÓN

Á LA SANTÍSIMA SEÑORA.

Soberana Emperatriz del cielo, santísima Madre de la Luz: yo, el más abominable y miserable pecador, te reconozco y confieso dignísima Madre de Dios, Reina Soberana de todo el universo y Madre nuestra amorosísima, y con reverencia profunda y afecto humillado, en el abismo de mi nada, te adoro reverente, y con el mayor júbilo de mi corazón me alegro en este día cuando considero los inmensos loores que te dan á porfía los ciudadanos de la corte celestial celebrando el alto privilegio de Madre de la Luz, que te constituye sobre todas las criaturas y sobre todos los ángeles y santos en un orden como divino. Y como te amo, Señora mía, más que á mí, me alegro de tal suerte de verte tan engrandecida por tan rara y singular prerrogativa, que no me gozara tanto si á mí se hubiera concedido; antes sí en tal caso á Ti, que sola eres digna, la cediera con toda mi espontánea voluntad. Mas, con todo, no me

parece que me alegro cuanto conviene, ni te venero y alabo cuanto deseo. Quisiera por eso unir los afectos de este mi pobre corazón con las alabanzas que te tributan en el cielo y en la tierra todas las criaturas; quisiera unirlos con los ardores de los más elevados y abrasados serafines para amarte y bendecirte, si no cuanto yo debo y Tú mereces, á lo menos cuanto se permite á las criaturas, después de Ti las más puras. Y ya que esto no me es posible, postrado á tus santísimos pies en señal de lo mucho que te amo y venero, con deliberado y pleno afecto de mi corazón, me dedico y me entrego todo ahora y para siempre por tu siervo é hijo, y como tal te elijo por mi Señora y Madre. Dignate, benignísima Reina, admitirme, aunque no lo merezca, en la inclita familia de tus especiales siervos y amantísimos hijos, y con las amables cadenas de tu amor aprisiona mi corazón, y con la esclarecida marca de tu dominio sobre mí ennoblece mi frente, para que los ángeles, los hombres, los demonios y las criaturas todas conozcan que este pecador, aunque el más vil y despreciable, todo, todo es de María. Confieso, amabilísima Señora, ser muy indigno de tan excelso favor por mis muchas y graves culpas y por las innumerables faltas que he cometido en tu servicio y amor; te pido perdón de ellas, y con íntimo dolor de mi

corazón abomino mi ingratitud, mi tibieza, y mi inconstancia en tus obsequios. Perdóname, Madre piadosísima, y ayúdame con tu favor, porque yo desde este instante quiero comenzar á servirte con esmero y amarte con todo el ardor de mi corazón y procurar atraer cuanto me sea posible á tu devoción y amor á todas las almas. Pero no se quede, Señora, en solos afectos mi amor; luzca, te ruego, en las obras. Dame que imite tus virtudes, que procure tu gloria y que siempre me ocupe en obsequio de tu mayor agrado. Y si mirando con benignos ojos el amoroso afecto de mi corazón quisieres por tu liberal beneficencia premiarme, sea el único galardón, y para mí el más apreciable, el que más y más te ame y venero ahora, siempre y por toda la eternidad. Amén.



## MODO MUY FÁCIL

PARA OBSEQUIAR Y VENERAR

### Á NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

#### PRIMER OBSEQUIO.

**T**odos los días por la mañana después de levantarse, y á la noche antes de acostarse, se rezan tres Salves ó Avemarías delante de alguna imagen de la Señora, poniéndose bajo su patrocinio, dándole gracias por los beneficios recibidos de su liberal mano y por los peligros de que por su favor nos hemos librado, proponiéndole sobre todo purificar el alma de los pecados y no cometerlos en adelante. Púedese practicar todo esto con la siguiente

#### ORACIÓN.

Santísima Madre inmaculada de la Luz : yo, N., postrado delante del trono de tu clemencia y confuso por mis muchos y gravísimos pecados, con sumo dolor de mi corazón todos los detesto y aborrezco, por-



que con ellos ofendí á tu Santísimo Hijo, Dios y Señor mío amabilísimo, á quien amo sobre todas las cosas, y estoy resuelto á morir antes que volverle á ofender. Tú, Señora mía, dignate de admitirme como el infimo de tus siervos y de tus hijos debajo del manto de tu patrocinio y en el seno dulcísimo de tu maternal amor; porque yo, Señora mía y Madre benignísima, todo me doy, entrego y dedico á Ti por esclavo é hijo tuyo ahora, siempre y por toda la eternidad, y te doy humildes gracias por los beneficios que he recibido y por los males y peligros de que he sido librado por favor de tu misericordia: haz, Señora mía, te ruego por el amor que tienes á tu Santísimo Hijo, que todos mis pensamientos, palabras y obras, todas mis adversidades y trabajos, y toda mi vida y muerte sean siempre dirigidas según el beneplácito de Dios, á su mayor gloria, á tu honor y obsequio, y en utilidad y provecho de mi alma. Amén.

#### SEGUNDO OBSEQUIO.

Rezar las cinco salutations, con las Avemarias que les corresponden, á los principales gozos de que fué inundada la santísima alma de la Señora en esta vida. Devoción muy del agrado de la Santísima Virgen, como se puede ver en el primer día de la novena, donde se rezarán los dichos gozos.

#### TERCER OBSEQUIO.

Rezar siete Padrenuestros al Espíritu Santo en acción de gracias por los siete dolores que comunicó á la Santísima Señora: se ofrecerán con la oración que está al mismo fin puesta en el primer sábado.

También se rezan siete Avemarias y siete Salves á la misma Santísima Madre en reverencia de los siete dones que recibió de este Santísimo Esposo suyo, obsequio dictado por la misma Señora á la sierva suya, á quien manifestó la idea de su santa imagen.

Se ha de practicar todos los días, y el que no pudiere, récelo á lo menos el miércoles y el sábado de cada semana. Las siete Avemarias y Salves se ofrecerán con la siguiente.

#### ORACIÓN.

Santísima Madre inmaculada de la increada Luz, Madre y Señora de los escogidos, único consuelo y refugio nuestro: yo, N., postrado á tus santísimos pies, te elijo en presencia de la Santísima Trinidad y de toda la corte celestial por mi Señora abogada y Madre. Hiere Tú ahora, Señora mía y Madre benignísima, mi corazón con la dulcísima saeta de tu amor, para que yo siempre ardentemente como hijo te ame y como esclavo siempre en tus obsequios me ocupe. Imprime también en mi frente la gloriosísima marca de tu Señorío sobre mí para que todas las criaturas conozcan que

yo todo soy tuyo en la vida, tuyo en la muerte y tuyo por toda la eternidad. Dignate ahora, Señora mía, recibir benigne- mente este pequeño obsequio de siete Avemarías y siete Salves que te ofrezco con afecto de complacencia y gozo por aquell- os siete dones que con abundancia te fue- ron concedidos del Espíritu Santo, y por ellos te ruego, Señora mía, me alcances el don de la perseverancia en la divina gracia por toda la vida, y en la muerte abundan- cia de dones y auxilios del Espíritu Santo para que con fervor y perfección sirva á tu Santísimo Hijo; y, finalmente, dignate, amabilísima Señora mía, de asistirme en la hora de la muerte para que en tu amorosi- simo seno entregue yo mi alma. Amén.



## OCTAVA LUCIENTE

EN HONOR DE NUESTRA

## MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

COMPUESTA DE

HERMOSAS CONTEMPLACIONES DEL IDIOTA  
Y PRECES TOMADAS DE LOS PADRES  
Y DOCTORES

POR G. CH., PBRD.

## PRIMER DÍA

LA AURORA

*Primera figura luciente de nuestra Madre  
de la Luz.*

¿Quién es ésta que se  
adelanta como la au-  
rora al despuntar?...  
(Cant., vi, 9.)



Tú eres, ¡oh Virgen Marial, una au-  
rora resplandeciente; pues si la  
aurora se llama también alba por  
su blancura, Tú fuiste y eres toda cándida  
por dentro y fuera por tu inocencia; Tú  
eres la aurora, llamada así del oro, porque

yo todo soy tuyo en la vida, tuyo en la muerte y tuyo por toda la eternidad. Dignate ahora, Señora mía, recibir benigne- mente este pequeño obsequio de siete Avemarías y siete Salves que te ofrezco con afecto de complacencia y gozo por aquell- os siete dones que con abundancia te fue- ron concedidos del Espíritu Santo, y por ellos te ruego, Señora mía, me alcances el don de la perseverancia en la divina gracia por toda la vida, y en la muerte abundan- cia de dones y auxilios del Espíritu Santo para que con fervor y perfección sirva á tu Santísimo Hijo; y, finalmente, dignate, amabilísima Señora mía, de asistirme en la hora de la muerte para que en tu amorosi- simo seno entregue yo mi alma. Amén.



## OCTAVA LUCIENTE

EN HONOR DE NUESTRA

## MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

COMPUESTA DE

HERMOSAS CONTEMPLACIONES DEL IDIOTA  
Y PRECES TOMADAS DE LOS PADRES  
Y DOCTORES

POR G. CH., PBR.

## PRIMER DÍA

LA AURORA

*Primera figura luciente de nuestra Madre  
de la Luz.*

¿Quién es ésta que se  
adelanta como la au-  
rora al despuntar?...  
(Cant., vi, 9.)



Tú eres, ¡oh Virgen Marial, una au-  
rora resplandeciente; pues si la  
aurora se llama también alba por  
su blancura, Tú fuiste y eres toda cándida  
por dentro y fuera por tu inocencia; Tú  
eres la aurora, llamada así del oro, porque

fuiste oro puro de virginal pureza, oro encendido de ardentísima caridad, y oro excelente de bondad y sabiduría; si la aurora quiere decir hora de oro, tú eres también la aurora que trajiste al mundo la edad de oro, que es el tiempo de la misericordia. La aurora es el auro del rocío, porque con tus oraciones y tus merecimientos nos mandaste el refrigerio y rocío de la gracia contra el incentivo de los vicios y pasiones, pues de ti vino el Hijo de Dios como rocío de los cielos enviado á la tierra. Tú eres aquella concha que Gedeón, figura de Cristo, llenó del rocío exprimiendo el vellón del cordero, y de la plenitud que le cupo recibimos todos. Y por eso no cesas de llenar los corazones vacíos de sí mismos por la humildad del rocío de la gracia, haciendo venir al corazón humano á Jesucristo, que se llama rocío.

## II.

Tú, ¡oh María!, eres la aurora, que es la hora de las aves, porque como en ella comienzan á cantar y saltar alegres los pajarillos, así empiezan por Ti los fieles y devotos tuyos á cantar las divinas alabanzas; Tú también haces enmudecer á las nocturnas aves de rapiña, que son los demonios y los pecadores obstinados, pues por Ti ha sido cerrada la boca de los que

hablan cosas inicuas. Tú, ¡oh Virgen María!, eres la aurora que da fin á la noche y principio al día, porque Tú fuiste el término de la ley y el comienzo de la gracia, pues desde Eva hasta Ti no había transcurrido más que una larga noche que en tu dichosísimo nacimiento vió su fin, y por aquélla fué hecho el principio del pecado, y por Ti el día se acercó. Antes de Ti, ¡oh Virgen María!, reinaba la noche de la ignorancia y la noche de la culpa; pero Tú diste principio á la luz del Nuevo Testamento contra la noche de la ley, y diste á luz á Aquel que manifestó la verdad contra la noche de la ignorancia, y la luz de la gracia contra la noche de la culpa; y así por Ti, ¡oh Madre de la Luz!, « el pueblo que anda en las tinieblas vió la luz grande ». Y, por tanto, así como es imposible pasar de las tinieblas de la noche á la luz del día sino mediante la aurora, así también es imposible pasar de las tinieblas de los vicios á la luz de la gracia sino mediante tu intercesión.

## ORACIÓN.

¡Oh clementísima Virgen María! Intercede por mí, miserable pecador sepultado en las tinieblas de mis culpas; sácame, ¡oh Madre!, de ellas para que pueda llegar á la luz de la gracia, y por ella llegar algún día á gozar para siempre de la luz inmarcesible de la gloria. Amén.

## PRECES EN FORMA DE LETANÍA.

¡Oh María, Madre de la Luz!  
 Aurora suavísima y refulgente,  
 Aurora virginal,  
 Aurora de luz intelectual,  
 Aurora rutilante del nuevo amanecer,  
 Aurora que en sus brazos llevó al Sol,  
 Aurora á la que sigue y de la que  
 nace el Sol de Justicia,  
 Aurora precursora de la verdadera  
 Luz,  
 Aurora anunciadora del día sempiter-  
 no,  
 Aurora que empezó el día de la gracia  
 y terminó la noche de la infidelidad,  
 Aurora que divide la luz de las tinie-  
 blas, porque aparta á los predesti-  
 nados de los vicios,  
 Aurora que disipando las tinieblas  
 mostró al mundo la luz, porque des-  
 truyendo los vicios dió á luz al Sal-  
 vador,  
 Aurora que pone en fuga á los ladro-  
 nes, que son los demonios,  
 Aurora á hora de oro que trajo al  
 mundo la edad de oro de la Re-  
 dención,  
 Aurora, fin de la noche de la ley y prin-  
 cipio del día de la gracia,  
 Aurora en la que se recogía el maná y  
 hoy los dones del cielo,

niega por nosotros.

Aurora que disipas las aves nocturnas,  
 porque Tú sola destruiste todas las  
 herejías,  
 Aurora que alivias las enfermedades  
 corporales y espirituales,  
 Aurora que despiertas á los dormidos  
 y haces trabajar á los obreros en las  
 obras de la salud,  
 Aurora que haces abrir las flores antes  
 cerradas, haciendo florecer á los  
 santos,  
 Aurora en la que le hombre alcanza la  
 bendición del Ángel,  
 Aurora refrigerante que con tu virgi-  
 nidad refrigeras los ardores de nues-  
 tra carne,  
 Aurora que se levanta con la luz de  
 la gracia y sin la niebla del pecado,  
 Aurora que expeles de tus siervos las  
 tinieblas de la culpa y les das la  
 luz de la gracia,  
 Aurora que alientas los ánimos tristes  
 por la consolación del Espíritu  
 Santo,  
 Aurora que á nadie niegas la luz de la  
 gracia y misericordia,  
 Aurora que medias entre la noche del  
 género humano y el día de la clari-  
 dad eterna,  
 Aurora que haces andar á los cami-  
 nantes que buscan la patria celest-  
 ial,

niega por nosotros.

Aurora que alegras á las aves del cielo,  
que son los coros de los ángeles, ruega  
por nosotros.

Se termina cada día con el himno, antífona  
y oración que siguen<sup>1</sup>.

## HYMNUS.

Ut clara primo lumine  
Aurora Virgo lucet  
Matura nato Numine  
Gentes ad astra ducet.  
Tam gratioſo cultui  
Nec stella certet una  
Et virginali vultui  
Cedit serena luna.  
Te Virgo veram credimus.  
Luminis Matrem esse,  
Tibi que vota reddimus,  
O sacra virga Jesse.  
Tu sancta nobis impetra  
Et sempiterna dona,  
Tuisque quidvis impera  
Clientibus Patrona.  
Laudetur alma Trinitas,  
Sit æqua laus ac dignitas  
Patri parique Nato  
Cura Spiritu beato. Amén.

<sup>1</sup> El Himno es tomado del *Mariólogo Bohemio*, y adaptado por nosotros á la Madre Santísima de la Luz. — (G. CH.)

## EL MISMO HIMNO EN CASTELLANO.

La Virgen siendo aun niña  
Cual clara aurora luce,  
Y cuando el Sol produce  
Al cielo guía al mortal.  
A su gracioso culto  
No falta estrella alguna,  
Y aun la serena luna  
Se baja ante su faz.

De la Luz creemos eres  
La Madre verdadera;  
Recibe mi alma entera,  
¡Oh vara de Jesé!

Patrona, á tus devotos  
Impetra santos dones;  
Manda á los corazones  
Que en Ti ponen su fe.  
Honor y gloria en tanto  
Al Padre Omnipotente  
Y al Hijo juntamente  
Con el Espíritu Santo. Amén.

AÑA. Ego feci ut oriretur in cœlis lumen  
indeficiens. Ego Mater pulchra dilectionis  
et sanctæ timoris et agnitionis et spei.

V. Illumina oculos meis, Sancta Maria  
Mater Luminis.

R̄. Ne unquam obdormiam in morte.

Oremus.

Deus Pater luminum, qui per columnæ  
illuminationem in transitu maris rubri

Mariam Virginem præsignatam, Matrem Luminis appellari voluisti; præsta, quæsumus, ut quam exsulæ filii Evæ tuam nostramque Matrem sub tanto nomine veneramur, per hanc ejus invocationem, et ad divinæ gratiæ lucem in exilio, et ad æternum lumen in Patria pervenire mereamur. Qui vivis et regnas Deus in sæcula sæculorum. Amén.

LAS MISMAS EN CASTELLANO.

ANTIFONA.

Yo hice que naciese en los cielos la Luz indeficiente. Yo, la Madre del Amor Hermoso, y del temor, y del conocimiento, y de la santa esperanza.

V. Ilumina mis ojos, Santa María Madre de la Luz.

R̄. Para que nunca me duerma en la muerte eterna.

ORACIÓN.

¡Oh Dios, que eres Padre de las luces; que quisiste que la Virgen María, figurada por la iluminación de la columna en el tránsito del Mar Rojo, fuese llamada Madre de la Luz! Te suplicamos nos concedas que, pues á esa tu Madre y nuestra, los desterrados hijos de Eva la veneramos bajo tan glorioso título, por esta invocación suya merezcamos llegar á la luz de la divina

gracia, mientras vivimos en este destierro, y á la luz eterna de la gloria cuando lleguemos á la patria celestial. Tú, que vives y reinas, Dios por los siglos de los siglos. Amén.



## SEGUNDO DÍA.

LA LUNA.

*Segunda figura luciente de nuestra Madre de la Luz.*

I.

¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora al despuntar, hermosa como la luna?...  
(Cant., vi, 9.)

DOS grandes luminares hizo el Señor, dice la Escritura: uno para que presidiera al día, que es el sol, y la luna para que presidiera á la noche; y esos son Jesucristo, que preside á los justos, y Tú, ¡oh Virgen María!, que presides á los pecadores. Y por eso tu divino Hijo es llamado Sol de Justicia, porque toda justicia de Él dimama; mas Tú te llamas Madre de Misericordia, porque estás llena de ella para con los pecadores, como una madre siempre lo está para con sus hijos. De Dios se dice que no oye á los pecadores; pero Tú,

¡oh Señora!, no los repeles, porque si en el Señor hay como en el sol el fuego de la justicia que castiga, con la claridad de la misericordia, en Ti, ¡oh Virgen gloriosísima!, como en la luna, que es tu figura, sólo se encuentra el esplendor de la misericordia sin el calor de la severidad; y por eso tu luz, semejante a la de la luna, no ofende como la del sol los ojos débiles y enfermos de tus hijos.

## II.

Tú, ¡oh Virgen María!, eres como la luna, la cual continuamente está creciendo y decreciendo; y así Tú fuiste creciendo siempre de virtud en virtud, y decreciendo por la humildad dentro de Ti misma, pues cuanto mayor fuiste tanto más te humillaste para encontrar gracia delante del Señor. Creciendo de bien en mejor consumabas tu santificación, y mostrabas, como la luna nueva sus dos puntas, la virginidad de la carne y la humildad de la mente. Como luna reciente alumbrabas primero a los domésticos, con los rayos de buen ejemplo cuando vivías en el templo; mas cuando el ángel te saludó llena de gracia, entonces fuiste en verdad luna llena, y más cuando estuviste llena de la luz de la Divinidad que habitaba en tus entrañas; entonces fuiste hermosa como la luna, iluminada con la Luz eterna, por lo cual

te llamaron bienaventurada todas las generaciones.

## III.

Hermosa eres, ¡oh María!, como la luna, que, siendo naturalmente oscura, se ilumina con el torrente de la luz del sol que la inunda; y de la misma manera Tú, ¡oh Madre de la Luz!, constituida en la debilidad y obscuridad de la carne, recibiendo al Espíritu Santo como un rayo de luz de la Divinidad, concebiste en tu seno a la luz verdadera, el Verbo del Padre. Y como ausentándose el sol la luna alumbraba la tierra, así en los tres días de la muerte y ausencia del Salvador, Sol del mundo, Tú seguiste alumbrando por la fe la Iglesia entera.

## ORACIÓN.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Heme aquí sepultado en noche tenebrosa, rodeado de la negra obscuridad de mis culpas, y caminando por sendas lóbregas y llenas de peligros, y con el enemigo deseoso de extraviarme y precipitarme. Ayúdame, ¡oh Virgen María!, ilumina las tinieblas de mi alma; condúceme con tu luz en el camino que recorro; haz que, desbaratando las asechanzas del enemigo, camine por la vía de los divinos Mandamientos, y llegue por tu medio al felicísimo término de la patria celestial. Amén.



## PRECES EN FORMA DE LETANÍA.

¡Oh María, Madre de la Luz!  
 Luna en el cielo de la Iglesia,  
 Luna siempre rutilante,  
 Luna hermosa y perfecta,  
 Luna jamás eclipsada,  
 Luna color de sangre en la Pasión del  
 Salvador,  
 Luna sublime y pura, veloz y delei-  
 table,  
 Luna sin defecto, que alumbró la tie-  
 rra toda,  
 Luna llena de templanza,  
 Luna llena, que nunca decreciste,  
 Luna llena de caridad en tu corazón,  
 Luna llena de piedad en tu opera-  
 ción,  
 Luna llena de la Divinidad en la En-  
 carnación,  
 Luna llena siempre de gracia y de  
 gloria,  
 Luna espiritual que embelleces al  
 mundo con tu luz,  
 Luna espiritual que llevaste el Sol que  
 no conoce ocaso,  
 Luna ilustrada por el sol naciente  
 cuando concebiste al Sol de Jus-  
 ticia,  
 Luna que puso Dios para alumbrar la  
 noche, esto es, para guiar á los pe-  
 cadores,

ruéga por nosotros.

Luna que mandas rayos de consuelo  
 á los atribulados,  
 Luna que diriges á los caminantes  
 extraviados con la luz de la sabi-  
 duría,  
 Luna que fuiste señal del día festivo,  
 como Eva lo fué de llanto y de tris-  
 teza,  
 Luna que das á tus amigos luz de  
 ciencia y rocío de gracia,  
 Luna que luces en la noche de la tris-  
 teza y tribulación,  
 Luna que, puesto el sol, más resplan-  
 deces, porque, muerto Jesús, fuiste  
 más clara en la Iglesia naciente,  
 Luna de la que procede el flujo y re-  
 flujo de las gracias que bajan y vir-  
 tudes que suben entre el cielo y la  
 tierra,  
 Luna que tienes tu luz prestada del  
 Sol de Justicia,  
 Luna hermosa con hermosura á la  
 del sol muy semejante,  
 Luna que, después del sol, brilla  
 más que todas las estrellas, porque,  
 después de Cristo, brillas más que  
 todos los ángeles y santos en el fir-  
 mamento de la gloria,

ruéga por nosotros.



## TERCER DÍA.

EL SOL.

*Tercera figura luciente de nuestra Madre  
de la Luz.*



¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora al despuntar, hermosa como la luna, escogida como el sol? (Cant., VI, 9.)

Escogida eres como el sol, ¡oh esclarecida Virgen María! Porque como el sol por su grandeza y la claridad de su luz se prefiere á los otros astros, así en el cielo estás Tú, allá en la gloria celestial, puesta en mayor honor y gloria que todos los santos; y así como Jesucristo, Sol de Justicia, ha sido escogido entre millares de hombres, así Tú lo has sido entre millares de mujeres; Tú has sido escogida como el sol, para el oficio de alumbrar, pues alumbras las inteligencias con el verdadero conocimiento, al mismo paso que inflamas los afectos con la pura dilección; eres escogida como el sol, porque sola, sin ejemplo, agradaste á nuestro Señor Jesucristo, y también eres como el sol, escogida por su magnitud y potestad, por su utilidad, su claridad y su calor.

## II.

Tu magnitud y grandeza, ¡oh Señora!, es tu humildad, con la cual se mide el crecimiento del espíritu; tu fe es tu potestad, pues lo es del alma, que tanto puede y á tanto alcanza, cuanta es su fe, pudiendo poco si tiene poca, y mucho si mucha, y todo si toda. Y tanto fué el poder de la tuya, que con sola una palabra obraste lo que jamás se había oído ni en el cielo ni en la tierra, cuando en la Encarnación de tu Hijo benditísimo, al ángel respondiste: « He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. » Tu utilidad es tu misericordia, que no hay cosa más útil á la humana criatura después de la de tu Hijo. Y tu claridad es tu pureza; y la caridad, fuego del alma, es tu calor.

## III.

Tú, ¡oh Virgen María!, te llamas también sol, porque como éste reparte á todos indiferentemente sus beneficios, así Tú, Señora, en cuanto está de tu parte, cuanto tienes lo comunicas á todos, á los buenos y á los malos; á los pecadores les alcanzas el perdón, y á los justos les aumentas y conservas la gracia; y así como el sol alumbrá con su luz al mundo entero, así Tú, ¡oh Madre de la Luz!, iluminas al vasto universo con el fulgor de tus milagros, y

hasta el día del juicio lo seguirás iluminando, pues de Ti está escrito: « Hasta el futuro siglo no faltaré » Y así como el sol es el rey de los astros, así Tú, ¡oh Virgen María!, eres la Reina de las vírgenes y la de todos los santos. Y como él ni crece ni decrece, Tú ni creciste por la elación ni decreciste por pusilanimidad, antes fuiste clara como el sol por la sabiduría, pura por la continencia, luciente por el buen ejemplo, ardiente por la caridad, y exaltada por la Concepción del Salvador en tus entrañas.

## ORACIÓN.

¡Oh benignísima Virgen, Madre de la Luz! Alumbra mis tinieblas con tu claridad, calienta con tu calor mi frialdad, líquida con tu ardor la dureza de mi corazón, deseca y purifica la inmundicia de mi alma, en que los vicios y pecados la han envuelto, para que saliendo de la obscura prisión de la vida presente, merezca ver el Sol de Justicia, y gozar de él por infinitos siglos de los siglos. Amén.

## PRECES EN FORMA DE LETANIA.

¡Oh María, Madre de la Luz!  
Sol que nos trajiste la verdadera Luz,  
Sol místico de la Iglesia,  
Sol en el que puso el Rey eterno su tabernáculo,

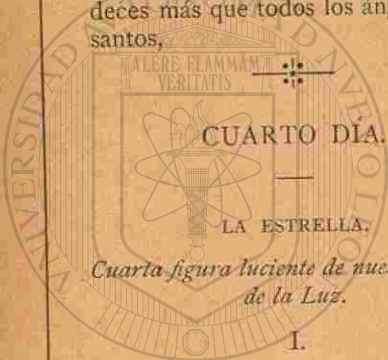
ruega  
por nosotros.

Sol radiante que difundes tu esplendor por todo el mundo,  
Sol claro por tu sabiduría,  
Sol puro por tu continencia,  
Sol refulgente por tu buena fama,  
Sol cálido por tu caridad,  
Sol elevado por la Concepción de Cristo,  
Sol que alumbras el entendimiento,  
Sol que inflammas los afectos,  
Sol que á todos los astros superas en claridad y majestad,  
Sol que iluminas al mundo todo con tus ejemplos,  
Sol que alumbras indiferentemente á los buenos y á los malos,  
Sol del cual salió Cristo como esposo de su tálamo,  
Sol que líquidas el hielo de los humanos corazones,  
Sol, porque sola Tú eres Virgen y Madre,  
Sol que ni creciste por elación, ni decreciste por pusilanimidad,  
Sol que Dios hace nacer sobre los buenos para confirmarlos en el bien y alumbrarlos, y sobre los malos para convertirlos y salvarlos,  
Sol en tu Concepción, porque fuiste más clara que todas las estrellas ó las criaturas,  
Sol que llenas á tus hijos, que son los bienaventurados, de la clarísima

ruega por nosotros.

visión de Dios y de su amor fer-  
ventísimo,  
Sol el más semejante al Sol de Justi-  
cia, Cristo,  
Sol más refulgente que todos los  
astros, porque en el cielo resplan-  
deces más que todos los ángeles y  
santos,

rueda por nosotros.



Nacerá una Estrella  
de Jacob. (Núm.,  
XXIV, 17.)

**E**strella eres llamada, ¡oh preciosísima Virgen María!, y justamente; porque así como la estrella está fija é inmoble en el firmamento, así Tú te mantuviste siempre fija al firmamento de la santa Escritura por la continua meditación de la ley, y en los bienes celestiales por el deseo y amor de las cosas eternas, como verdadera hija de Abraham, á quien dijo el Señor: «Multiplicaré tu raza como las estrellas del

cielo.» Eres también estrella, ¡oh Virgen María!, porque mostrándote clara y luciente con el ejemplo de tu santidad, alumbras al mundo con los muchos rayos de tus excelentes virtudes, pues tu pureza sin mancha alguna es una resplandeciente claridad. Tú, ¡oh Madre de la Luz!, eres estrella encendida con el fuego de la caridad, en especial cuando concebiste al que es fuego ardiente; y eres, además, toda encendida con la universalidad de las virtudes, que todas son como fuego, pues llevan á lo alto donde el fuego tiene su centro.

## II.

Tú, ¡oh Virgen María!, eres la estrella que se muestra muy pequeña, aunque sea enorme su magnitud, pues te bajaste y te hiciste pequeña cuando te llamaste esclava del Señor, al tiempo que te llamaba á ser su Madre. Y así como la estrella, en la época del helado invierno, luce y resplandece con gran claridad, así Tú en el riguroso invierno de la pasión de tu divino Hijo, cuando se enfriaba la caridad de los demás, Tú sola ilustraste á la Iglesia, y siempre alumbraste y resplandeciste por tu excelentísima conversación. Y como la estrella siempre mira á la tierra é influye en ella, así Tú, ¡oh Virgen María!, miras á los hombres terrenos, en especial á tus siervos

y devotos, y les ayudas en sus necesidades y aflicciones.

## III.

Te llamas también estrella, ¡oh Virgen santa!, porque como ella adorna el firmamento, así Tú adornas y embelleces á la Iglesia con tu luz hermosísima, pues de Ti se dice: «Toda hermosa eres, amigamía, y mancha no hay en Ti.» Y no tuviste mancha alguna ni arruga, sino que desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza, hermosísima fuiste: hermosa en tu santificación, más hermosa en la Concepción de Jesucristo, y hermosísima en tu Asunción. Tú eres la estrella que lució en la noche lóbrega que transcurrió desde Eva hasta tu venida al mundo, pues en tu nacimiento todo comenzó á mejorarse é ilustrarse.

## ORACIÓN.

¡Oh estrella clarísima, María Madre de la Luz! Inclina á mí, miserable pecador, tu humildad y caridad, enviando un rayo de tu luz que alumbre la noche de mi alma, disipando las tinieblas de mis pecados, para que pueda llegar á ver algún día, cara á cara, al Hijo de tus entrañas, eterna Luz é inaccesible, por infinitos siglos de los siglos. Amén.

## PRECES EN FORMA DE LETANÍA.

¡Oh María, Madre de la Luz!  
 Estrella esplendorosa,  
 Estrella deseable,  
 Estrella incorruptible,  
 Estrella virginal,  
 Estrella admirable,  
 Estrella noble, preclara y eximia,  
 Estrella nueva en el cielo,  
 Estrella clarísima,  
 Estrella del Paraíso,  
 Estrella nacida de Jacob,  
 Estrella singular, grande entre todas,  
 Estrella inmoble por la inmunidad de  
 toda culpa,  
 Estrella que luces en medio de la  
 niebla,  
 Estrella del mundo, consuelo de los  
 jutos,  
 Estrella que luces en el Oriente, y  
 destierras las tinieblas del Occi-  
 dente,  
 Estrella que al sol nos muestras,  
 Estrella que el sol produces,  
 Estrella que al sol nos das,  
 Estrella de la que salió el Sol de jus-  
 ticia, Cristo,  
 Estrella clara y luciente con el ejem-  
 po de tu santidad,  
 Estrella fúlgida por razón de tu pu-  
 rza,

ruega por nosotros.

®

Estrella fija en el firmamento del  
cielo,  
Estrella que se promete en premio al  
vencedor,  
Estrella del cielo por el eminente pre-  
mio de gloria,  
Estrella del cielo que alumbra con su  
claridad todos los órdenes de los  
bienaventurados,

figura por nosotros.



QUINTO DÍA.

LA ESTRELLA MATUTINA.

*Quinta figura luciente de nuestra Madre de  
la Luz.*

I.

Como la estrella ma-  
rutina en medio de la  
niebla. (Eccli., 1,6.)

**O**H Estrella matutina, Virgen Marí es-  
plendísimá, que antes que amanzca  
ya dejas ver tu luz, puesto que tu raci-  
miento antecedió al de tu divino hijo  
Jesús, que es Luz y verdadero Dios! Tú  
eres, ¡oh Virgen María!, aquella Estrella  
que se promete en premio al vencedor,  
diciendo: «Al vencedor le daré la Estrella

de la mañana», y en cuyo nacimiento, esto  
es, cuando en el corazón del justo apun-  
tan la gracia y tu amor santo, los ladrones  
se ponen en fuga, pues Tú eres, Madre de  
la Luz, terrible para los demonios como  
un ejército ordenado en batalla, y con esto  
los centinelas que velan por su propia alma  
se vuelven más cuidadosos y solícitos.

II.

Tú, ¡oh Virgen María!, te llamas Estrella  
de la mañana porque siempre amaneciste  
muy temprano y jamás te inclinaste al  
ocaso del pecado, antes siempre fuiste una  
Estrella esplendorosa que alumbraste al  
pueblo que caminaba en las tinieblas del  
pecado. Y aunque las otras estrellas y aun  
la luna, á la venida del sol se ofuscan y  
desaparecen, Tú, no obstante, Estrella ma-  
rutina, resplandecías y resplandeces junta  
con el sol, ni perdiste ante la claridad del  
sol tu propia luz. Sí; Tú, Madre de la Luz,  
que al sol nacer hiciste, alumbras junta-  
mente con tu Hijo benditísimo, Sol del  
mundo; y con cuanta mayor claridad res-  
plandece este Astro divino, con tanta ma-  
yor claridad luces Tú, su verdadera Ma-  
dre; y aunque seas mucho menor que el  
Hijo, como la estrella es menor que el  
sol, gozas, no obstante, de este privilegio:  
que aunque toda alma, comparada con

el Señor, reprime su claridad, más Tú creces con la suya, pues el honor del Hijo redundá en la Madre, y la excelencia del uno en la otra.

## III.

Tú, ¡oh preciosísima Virgen María!, eres llamada Estrella de la mañana porque la estrella es de materia incorruptible, al contrario de las cosas terrenas, perecederas y deleznales. Y así Tú eres, en la carne, incorruptible, pues de Ti tomó la suya Aquel Santo á quien Dios no dejó ver la corrupción. Y eres incorruptible porque sin corrupción ni lesión de tu virginidad diste á luz al que es causa de toda incorrupción. Así, si las estrellas son incorruptibles por naturaleza, Tú lo eres por la gracia, ¡oh Virgen sacratísima!; y como piadosamente creemos, sin corrupción de tu cuerpo virginal, antes con grande gloria en tu cuerpo, fuiste llevada al cielo.

## ORACIÓN.

Dios te salve, Madre Santísima de la Luz, Estrella de la mañana, Estrella laudable, Estrella apetecible; tráeme á mí, sujeto á la corrupción, á Ti, que eres incorruptible; á mí, tan vacío de la divina gracia, á Ti, que eres llena de gracia. Tráeme á mí, imperfecto, hacia Ti,

tan perfecta, para que, cuando venga lo que es perfecto, deseche lo imperfecto; tráeme á mí, tan pequeño, hacia Ti, que eres tan grande, para creer por Ti en Aquel cuya grandeza no tiene fin; tráeme á mí, débil y pusilánime, hacia Ti, virtuosa y fuerte, á fin de que, cuando cayere, no sea quebrantado, pues Tú, Madre de piedad, pondrás debajo tu mano poderosa ahora y para siempre. Amén.

## PRECES EN FORMA DE LETANIA.

¡Oh María, Madre de la Luz!  
 Estrella matutina, que naces del alba,  
 Estrella matutina, que irradias el calor del amor hermoso,  
 Estrella matutina, que luces antes del amanecer, porque naciste antes de Cristo,  
 Estrella matutina, siempre en la mañana del oriente y nunca en la tarde del ocaso,  
 Estrella matutina, que al nacer disipas la niebla de la tristeza de los corazones,  
 Estrella matutina, que resplandeces entre la niebla de la soberbia por tu humildad,  
 Estrella matutina, que resplandeces entre la niebla de la avaricia por tu pobreza,

Estrella matutina, que resplandeces  
entre la niebla de la inmundicia  
por tu virginidad,

Estrella matutina, no como nosotros,  
sino antes santificada que nacida,

Estrella matutina en su tiempo pro-  
ducida, es decir, en el tiempo de la  
gracia,

Estrella matutina, que siempre acom-  
pañaste al Sol divino,

Estrella matutina, que iluminas más  
que las otras estrellas,

Estrella matutina, que disipadas las  
tinieblas para el mundo, produjiste  
al verdadero Dios y Sol eterno,

Estrella matutina, que en tu sacro  
seno llevaste por nueve meses á la  
Luz verdadera,

Estrella matutina, que eres más clara  
que todos los astros, porque eres  
más gloriosa que todos los santos,

Estrella matutina, que al nacer disi-  
paste la tristeza de los que esperan  
al día, Cristo,

Estrella matutina, que aterras á los  
ladrones, ahuyentas los lobos, consu-  
elas á los enfermos, excitas á los  
que velan y alegras á los que  
viajan; porque Tú aterras á los  
demonios, ahuyentas á los herejes,  
consuelas á los pusilánimes, excitas  
á los ángeles y alegras á los hombres,

ruega por nosotros.

## SEXTO DÍA.

LA ESTRELLA DEL MAR.

*Sexta figura luciente de nuestra Madre  
de la Luz.*

I.

Ave, del mar Estrella.  
(Himn. Virg.)

Escucha, ¡oh Madre Santísima de la  
Luz y Virgen clementísima! Escucha  
á este miserable pecador que hoy á Ti  
clama. Ya en el tiempo de tu primera y  
saludable salutación fuiste llamada Estrella  
del mar cuando en el cielo aun no había  
ningún alma bienaventurada y en la tierra  
pocos ó ningunos justos, porque todos ó  
casi todos andaban revueltos en el amargo  
mar de los pecados y envueltos en las  
tinieblas de la ignorancia; y por esto fuiste  
llamada Estrella del mar, esto es, de los  
miserables, como ordenada *ab eterno* por  
Dios para que por tu medio de todos se  
apiadase, y todos los desgraciados que an-  
duviesen fluctuando en la amargura de los  
delitos en Ti hallasen refugio ¡or la luz  
que para ellos nacer hiciste.

II.

Estrella del mar te llamas, Virgen Ma-  
ría, porque como la estrella es indicio de



Estrella matutina, que resplandeces  
entre la niebla de la inmundicia  
por tu virginidad,

Estrella matutina, no como nosotros,  
sino antes santificada que nacida,

Estrella matutina en su tiempo pro-  
ducida, es decir, en el tiempo de la  
gracia,

Estrella matutina, que siempre acom-  
pañaste al Sol divino,

Estrella matutina, que iluminas más  
que las otras estrellas,

Estrella matutina, que disipadas las  
tinieblas para el mundo, produjiste  
al verdadero Dios y Sol eterno,

Estrella matutina, que en tu sacro  
seno llevaste por nueve meses á la  
Luz verdadera,

Estrella matutina, que eres más clara  
que todos los astros, porque eres  
más gloriosa que todos los santos,

Estrella matutina, que al nacer disi-  
paste la tristeza de los que esperan  
al día, Cristo,

Estrella matutina, que aterras á los  
ladrones, ahuyentas los lobos, consu-  
elas á los enfermos, excitas á los  
que velan y alegras á los que  
viajan; porque Tú aterras á los  
demonios, ahuyentas á los herejes,  
consuelas á los pusilánimes, excitas  
á los ángeles y alegras á los hombres,

ruega por nosotros.

## SEXTO DÍA.

LA ESTRELLA DEL MAR.

*Sexta figura luciente de nuestra Madre  
de la Luz.*

I.

Ave, del mar Estrella.  
(Himn. Virg.)

Escucha, ¡oh Madre Santísima de la  
Luz y Virgen clementísima! Escucha  
á este miserable pecador que hoy á Ti  
clama. Ya en el tiempo de tu primera y  
saludable salutación fuiste llamada Estrella  
del mar cuando en el cielo aun no había  
ningún alma bienaventurada y en la tierra  
pocos ó ningunos justos, porque todos ó  
casi todos andaban revueltos en el amargo  
mar de los pecados y envueltos en las  
tinieblas de la ignorancia; y por esto fuiste  
llamada Estrella del mar, esto es, de los  
miserables, como ordenada *ab eterno* por  
Dios para que por tu medio de todos se  
apiadase, y todos los desgraciados que an-  
duviesen fluctuando en la amargura de los  
delitos en Ti hallasen refugio ¡or la luz  
que para ellos nacer hiciste.

II.

Estrella del mar te llamas, Virgen Ma-  
ría, porque como la estrella es indicio de

seguro camino á los que navegan en las aguas, así Tú, alumbrando á los que navegamos en este mar tempestuoso, nos muestras el camino, enseñando á los unos el sendero de la humildad, á otros el de la castidad, á éstos el de la buena operación, á aquellos el de la contemplación y de las demás virtudes. También te llamas, Madre mía, Estrella del mar, porque á los que navegan este mar espacioso del mundo, donde se hallan reptiles sin número, y animales pequeños, así como grandes; á Ti, verdadera Estrella entre las demás, te reconocen como santa entre los santos, y frecuentemente te buscan con las miradas de su alma, y perdida, con más cuidado te buscan y conforme á Ti dirigen su camino.

## III.

Tú, ¡oh verdadera Estrella del mar!, vences en altura á las otras estrellas, porque eres más alta que las criaturas todas y que los mismos cielos. Los santos, al transmigrar de sus cuerpos, son recibidos entre los coros de los ángeles; pero Tú, ¡oh Virgen María!, con excelente majestad de gloria, has sido elevada sobre todos los coros de los ángeles y sobre todos los órdenes de los bienaventurados. Tú eres la Estrella del mar que á todas superas en la inmovilidad, pues colocada como en el eje del firmamento, cuando las otras se mueven

ligeramente, Tú te ostentas inmóvil, mostrando á los mortales su camino. A los hijos de los hombres los vemos á cada paso, á causa de su movilidad, caer ó extraviarse; mas entretanto Tú permaneces inmóvil y jamás movida, por lo cual eres figurada por el castillo, sobre la piedra, que es Cristo, edificado.

## ORACIÓN.

Ayúdame, ¡oh benignísima María, Madre santísima de la Luz!, pues fluctuando estoy todo el día en este mar tempestuoso, y andando por torcidos caminos, me encuentro entre grandes é infinitos peligros: ilumíname con un rayo de tu claridad, dirígeme por el recto sendero, á fin de que pueda un día llegar al puerto de salud. Defiéndeme de todo mal en alma y cuerpo, para que seguro ocurra cuando sea llamado á juicio, para ser tratado misericordiosamente por el piadoso Juez, escuchando de su boca una favorable sentencia. Amén.

## PRECES EN FORMA DE LETANÍA.

¡Oh María, Madre de la Luz!  
 Estrella del mar, que brillas para los  
 que andan el amargo mar de la  
 culpa,  
 Estrella del mar, que á los descami-  
 nados reduces al buen camino,

ruéga  
 por  
 nosotros.

Estrella del mar, á quien debemos  
seguir entre las olas para no sumer-  
girnos,  
Estrella del mar, inmóvil entre todas,  
porque no te ocultas ni descendes,  
Estrella del mar, que brillas para los  
que viven en amargura,  
Estrella del mar, que luciendo haces  
imposible el naufragio,  
Estrella del mar, puesta en este siglo  
para que nos guies, alumbres y con-  
sueles,  
Estrella del mar, á la que mirando  
evitamos los escollos,  
Estrella del mar, necesaria á quien  
navega en este piélago de incerti-  
dumbre,  
Estrella del mar, consoladora de los  
tristes,  
Estrella del mar, iluminadora de los  
penitentes,  
Estrella del mar, refugio de los mise-  
rables,  
Estrella del mar, directora de los na-  
vegantes,  
Estrella del mar, necesaria en las olas  
tempestuosas de la vida,  
Estrella del mar, que antecedes á los  
que fluctúan entre las dudas y las  
tentaciones,  
Estrella del mar, que con tu doctrina y  
ejemplos diriges la nave de la Iglesia,

navega por nosotros.

Estrella del mar, cuanto más cercana  
al polo, que es Cristo, tanto más  
benéfica á los mortales,  
Estrella del mar, á cuyo alrededor gira  
el mundo, porque eres el centro que  
contemplan las criaturas todas,  
Estrella del mar, que alumbra las ti-  
nieblas de la noche,  
Estrella del mar, al puerto de la eterna  
salud introductiva,

navega por nosotros.



## SÉPTIMO DÍA.

LA LUZ.

*Séptima figura luciente de nuestra Madre  
de la Luz.*

I.

Comparada á la luz  
se halla la primera.  
(Sap., VII, 29.)

**O**H lucidísima Virgen María! De Ti  
pueden entenderse aquellas palabras  
que Dios dijo: «Hágase la luz», y la luz  
fué hecha, pues Tú eres luz, primeramente  
por tu grande hermosura, ya que no hubo  
ni habrá jamás otra criatura, después de  
Jesús tu Hijo, más bella y agraciada que

Tú; « más hermosa eres que el sol, y sobre toda la disposición de las estrellas, comparada á la luz, se la encuentra primera »<sup>1</sup>. La luz, con su pureza sin igual, denota tu simplicidad é inocencia, y con su alegría, la limpieza de tus obras. Con su claridad muestra el resplandor de tus ejemplos, y con su fulgor la doctrina y sabiduría de tus palabras.

## II.

Tú, ¡oh Virgen María!, eres luz por la difusión de tu claridad sin disminución de Ti misma, porque diste á luz á Jesucristo sin corrupción; luz eres por tu incorruptible pureza, y nada manchado incurre en Ti, ni puedes ser jamás capaz de mancha. Eres luz, porque haces visibles las cosas que antes no aparecían, poniendo ante la faz de tu divino Hijo á aquellas almas que antes estaban bien lejos de Él. Y así como la luz muestra á los que dentro de la casa están los más pequeños resquicios, así Tú, ¡oh Virgen María!, á los que moran con tu Hijo bendito, les haces perceptibles con la infusión de tu gracia aun los mínimos pecados. Y así como la luz alumbrá los ojos, Tú iluminas el entendimiento y el afecto, que son como los ojos del alma, mostrando al entendimiento el conocimien-

<sup>1</sup> Sap. cap. VII, vers. 29.

to de Dios y de Ti misma, y al afecto, la dilección de Dios y del prójimo. Dicese que « vió Dios la luz que era buena y dividió la luz de las tinieblas », y como nadie es bueno, sino sólo Dios, como dice el Evangelio<sup>1</sup>, así ninguna mujer á Ti comparada se halla perfecta. Y como Dios es sobre todas las cosas bendito, así Tú eres, Señora, bendita entre todas las mujeres.

## ORACIÓN.

¡Oh Madre Santísima de la Luz, figurada por aquella Luz primera de la que después se hizo el sol, pues de tu substancia se formó el cuerpo de tu bendito Hijo! Luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Tú, que eres la luz que se vió nacer para los judíos, emite, ¡oh Virgen clarísima!, tu dulce luz que me alumbré á mí, miserable pecador, y me haga aparecer rodeado de claridad ante el aspecto de tu bendito Hijo, para que merezca ser revestido de la estola de la inmortalidad por infinitos siglos. Amén.

## PRECES EN FORMA DE LETANIA.

María, Madre de la Luz, ruega por nosotros.  
Luz lucidísima con que el mundo se alumbrá, ruega por nosotros.

<sup>1</sup> Matth., cap. XIX, vers. 17.

Luz inextinguible, más ilustre que el sol,  
 Luz de nuestro corazón,  
 Luz de los que yerran, iluminándolos en las tinieblas,  
 Luz inseparable del mar de este mundo,  
 Luz de los pecadores, aun de los más abyectos,  
 Luz de los doctores,  
 Luz fulgentísima de castidad para todos los hombres,  
 Luz clarísima en las cosas dudosas,  
 Luz del orbe de la tierra,  
 Luz que nos muestras la luz de las virtudes,  
 Luz por tu hermosura,  
 Luz por tu incorruptibilidad,  
 Luz por la difusión de tu claridad,  
 Luz que nunca te apagas,  
 Luz que para todos los fieles resplandesces,  
 Luz de todos los que en Ti confían,  
 Luz nueva para todos nacida,  
 Luz que descubres á tus devotos las asechanzas del demonio,  
 Luz esplendidísima del reino de los cielos,

luz para nosotros.



## OCTAVO DÍA.

LA MADRE DE LA LUZ.

## I.

Yo hice... que naciese la luz indeficiente.  
 (Ecc., XXIV, 6.)

**O**H Virgen María, Madre Santísima de la Luz! De Ti podemos entender lo que está escrito : « Era una Mujer revestida del sol, y con la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas y llevando un infante en su seno »<sup>1</sup>, porque Tú has sido iluminada por la parte superior con los nueve coros de los ángeles, que, juntos con los de los mártires, confesores y vírgenes, te forman como una corona de brillantísimas estrellas. Tú has sido iluminada por la parte inferior, porque la luna debajo de tus pies denota la Iglesia militante, sujeta aún á mudanzas, á la que Tú proteges y defiendes, hasta que, llevada á la eterna paz, no esté ya más sujeta á mutabilidad ninguna.

## II.

También fuiste, ¡oh Madre de la Luz!, iluminada en lo interior, cuando se dice que *portabas en tu vientre*, pues llevabas el

<sup>1</sup> Apoc., cap. XII, vers. I.

nevado esplendor al espejo inmaculado, del cual está escrito que es « el Candor de la Luz eterna y el espejo sin mancha »<sup>1</sup>. Y si Jesucristo es la Luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo<sup>2</sup>, ¿cómo no te alumbraría á Ti habitando en tu seno y tomando su cuerpo en tus purísimas entrañas? Y ¿cómo no sería la verdadera Madre de la Luz, puesto que de Ti la Iglesia canta que la Luz eterna al mundo y para el mundo derramaste? Tú fuiste también iluminada en lo exterior cuando fuiste revestida del sol, es decir, de un cuerpo glorioso é inmortal. Y así como el rayo del sol es muy claro, y tan ágil, que de improviso salta del Oriente al Occidente; y tan sutil, que traspasa sin lesión el cristal, y de tal modo impasible, que no puede sufrir violencia alguna, así Tú, ¡oh Virgen María!, fuiste revestida del sol cuando tu sagrado cuerpo, llevado á la gloria, se revistió de claridad y agilidad, y de impasibilidad y sutileza; y así, como Madre de la Luz, no sólo fuiste iluminadora, sino plenísimamente iluminada.

## ORACIÓN.

Mirad, ¡oh clementísima Madre de la Luz!, que yo, ingratisimo pecador, estoy

<sup>1</sup> Sap., cap. VII, vers. 26.

<sup>2</sup> Joan, cap. I, vers. 9.

sentado en las tinieblas y cegado con la muchedumbre de mis culpas. Dígnate, pues, alumbrarme, ¡oh Virgen benignísima!, y con continuas preces pide á tu divino Hijo que se digne alumbrarme con la luz de su gracia para que se disipen las tinieblas de mis pecados, y por su misericordia me conduzca á la luz de su gloria sempiterna. Amén.

## LETANÍAS

## DE LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Señor, ten piedad de nosotros.  
 Jesucristo, ten piedad de nosotros.  
 Señor, ten piedad de nosotros.  
 Cristo, óyenos.  
 Cristo, escúchanos.  
 Padre celestial, que eres Dios, ten piedad de nosotros.  
 Hijo Redentor del mundo, que eres Dios, ten piedad de nosotros.  
 Espíritu Santo, que eres Dios, ten piedad de nosotros.  
 Santísima Trinidad, que eres un solo Dios, ten piedad de nosotros.  
 Santa María,  
 Madre de la Luz eterna,  
 Madre del Gran Luminar del Universo,  
 Madre del Sol de Justicia,  
 Madre del divino Esplendor,  
 Madre de la sempiterna Luz,

ruega  
 por nosotros.

Madre del Astro que nunca se pone,  
 Madre del Esplendor que no conoce ocaso,  
 Madre del Iluminador y de la ilustración de nuestra mente,  
 Madre de la Luz increada,  
 Madre de la Luz que ilumina al sol mismo con sus rayos,  
 Madre de la Luz que dijo: «yo soy la luz que al mundo vine»,  
 Madre de la Luz que alumbró los ámbitos de la tierra para creer en la Trinidad,  
 Madre de la Luz, que fué anunciada y alumbró cuanto hay en el cielo y en la tierra,  
 Madre de la Luz serenísima, que alumbró amorosa los corazones de los que te aman,  
 Madre de la Luz, comparada á la zarza que vió arder Moisés sin consumirse.  
 Madre de la Luz, que iluminas nuestra alma llena de tinieblas, de culpas y pecados,  
 Madre de la Luz inaccesible, derivada del que carece de principio, el Padre de las luces,  
 Madre de la Luz verdadera, de la cual nació en las tinieblas la luz para los de recto corazón,

ruéga por nosotros.

Madre de la Luz, á la que debemos volver los ojos y los labios, las obras y los afectos,  
 Madre de la Luz, que en el cielo alumbró á los coros angélicos,  
 Madre de la Luz, que iluminas los ojos de los incomprensibles serafines,  
 ¡Oh María! Luz figurada por aquella luz primaria de que se formó el sol, porque de tu substancia se formó el cuerpo de Cristo,  
 ¡Oh María! Luz que á la media noche diste á luz la Luz verdadera,  
 ¡Oh María! Luz que sin disminuirse difundes tu claridad, pues sin lesión del pudor á Cristo diste á luz,  
 ¡Oh María! Luz que difundiste tu esplendor cuando de tu vientre salió el Esplendor del Señor,  
 ¡Oh María! que, engendrando al Esplendor de la gloria del Padre, dissipaste las tinieblas del mundo,  
 ¡Oh María! Luz que supera á todos los santos en claridad,  
 Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, perdónanos, Señor.  
 Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, óyenos, Señor.  
 Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.

ruéga por nosotros.



## MES DEVOTO

DE NUESTRA

### MADRE SANTISIMA DE LA LUZ<sup>1</sup>.

ACTO DE CONTRICIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

**S**eñor mío Jesucristo, eterno esplendor de la gloria del Padre, que por vuestra excesiva caridad os dignasteis tomar carne en el virginal seno de María, á quien elevasteis á la escelsa dignidad de Madre vuestra. Aquí tenéis prostrado á vuestros pies un pobre ciego, que, sentado en las tinieblas y sombras de la muerte eterna, no ha sabido hasta ahora dar un paso en el sendero de vuestra divina ley; al contrario, abusando casi siempre de vuestras celestiales luces, no hay momento de mi vida que no esté marcado con algún notable desacierto. ¿Qué haré, dulce Jesús mío? ¿Me abandonaré á la desesperación á vista del número y gravedad de mis delitos? ¡Ah! esta sería la mayor locura, sabiendo que tengo un Padre tan bueno, como sois Vos, que no hacéis cuenta de la maldad de vuestros hijos con tal que vuelvan á Vos arrepentidos. Yo quie-

<sup>1</sup> Por el presbítero leonés D. Luis Manrique, 1864.

ro, pues, aprovecharme de la bondad y clemencia de vuestro corazón. Yo confieso en vuestra adorable presencia, con todo el dolor y sentimiento de que soy capaz, todas mis iniquidades: quisiera deshacerlas con mis lágrimas, y si me fuera posible, las borraría con mi sangre. ¡Oh Padre de las misericordias! Sed propicio á este miserable pecador. Acordaos que, aunque muy indigno, soy, sin embargo, hijo de María, y, por tanto, hermano vuestro. Por los infinitos méritos de vuestra preciosa sangre y por los poderosos ruegos y merecimientos de la Santísima Virgen, os suplico os dignéis admitirme á vuestra gracia en la vida presente, y á vuestra gloria en la futura. Amén.

### DÍA I.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz como enemiga del pecado original.*

PUNTO ÚNICO.

**C**onsidera que no es mayor la oposición que existe entre la luz y las tinieblas que la que hay entre la gracia y el pecado. María, concebida en gracia desde el primer instante de su ser, es, por consiguiente, irreconciliable enemiga del pecado. Y no podía menos de ser así; pues debiendo esta feliz criatura ahogar con su delicada, pero victoriosa planta, la cabeza de la infernal serpiente<sup>1</sup>, de ninguna

<sup>1</sup> Gen., cap. III, vers. 15.



manera podía estar, ni por un momento, sujeta á su despótico dominio; lo que indefectiblemente hubiera sucedido si por un solo instante la hubiesen cubierto las sombras de la culpa original. Pero no; María no solamente triunfó del dragón infernal en el principio de sus días, sino desde que, concebida en la mente Divina, fué destinada para Madre del Salvador del mundo. Así lo canta la Iglesia aplicando á María las palabras de la Sabiduría increada: « El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado de todas las cosas, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existían los abismos ó mares, y yo estaba ya concebida. » Fundado en esto San Juan Damasceno, no dudó asegurar en la oración primera del Nacimiento de la Virgen María « que la naturaleza no osó anticiparse á la gracia, sino que se detuvo hasta que la gracia produjera su fruto ». Y Anastasio Sinayta no puede concebir cómo María fuera Madre de Dios si no hubiera conservado íntegra é intacta la imagen de su divino Hijo. ¿Podremos decir, por ventura, que faltó poder al Padre, sabiduría al Hijo y amor al Espíritu Santo para preservar de los horrores de la culpa original á su dilectísima Hija, Madre y Esposa? ¿Podremos, sin impiedad, negar á María un privilegio concedido á los ángeles y á nuestros primeros padres en el momento mismo de su creación? No : de ninguna suerte. Demos

<sup>2</sup> Prov., cap. viii.

gracias á la Trinidad beatísima porque no solamente eximió á María de la común mancha desde el principio de su feliz animación, sino que la colmó de gracias y distinciones desde ese mismo momento, cual convenía al amor, riqueza y liberalidad de todo un Dios.

En tiempo del rey Asuero salió un edicto de muerte contra todos los judíos que habitaban en su reino : avisado Esther del inminente peligro que corrían todos los de su nación, se presenta al Rey, su esposo, para interceder por ellos. Asuero, atraído por las singulares gracias de Esther, se conmueve, y con las expresiones más tiernas le otorga su petición. Mas la declara que ella de ninguna suerte se halla comprendida en el fatal decreto. « ¿Qué tienes, Esther? la dice : yo soy tu hermano, no temas : no morirás, porque esta ley no fué puesta para ti, sino para todos los demás »<sup>1</sup>. Unánimemente los Santos Padres convienen en que Esther es una de las más bellas y expresivas figuras de María. Presente la incomparable Virgen desde los siglos eternos en la mente Divina, al verla el Rey supremo de la gloria tan hermosa y agraciada, no puede menos que decirle : « No es para Ti, Esposa mía, mi favorecida, aquella funesta ley que abraza á todos los hijos de Adán. Tú, hija de Adán, sí, mas no de la muerte, eres del todo exenta de todo delito de culpa. Para todos los hijos de Adán fué publicado aquel grande edicto, mas para Ti no. » Argumento poderoso, que, demostrando la pureza original de María, patentiza á la vez su grande valimiento.

<sup>1</sup> Esth., cap. xv, vers. 12.

María es saludada por el ángel: *llena eres de gracia*; ella es declarada por su prima Santa Isabel *la bendita entre todas las mujeres*. ¿Cómo, pues, tendrían su verdadero significado estas palabras, si por un solo momento le hubiese faltado la gracia? Extrañaremos ya que los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, los sagrados Concilios y más famosas Universidades se hayan declarado favorables y sostenido con tanto empeño y encarnizamiento esta singular prerrogativa de la Madre de Dios?

Hay más: esta verdad, que pocos años há no pasaba más que de una piadosa creencia, ha tomado grandiosos vuelos y se ha robustecido de una manera incontrastable desde el momento que el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo ha pronunciado sobre ella su infalible fallo. «Declaramos, pronunciamos y definimos, ha dicho el inmortal Pío IX el día 8 de Diciembre de 1854, que la doctrina, según la cual la beatísima Virgen María, en el primer instante de su Concepción, fué preservada y exenta de la mancha de la culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en vista de los méritos de Cristo Jesús, Salvador nuestro, ha sido revelada por Dios, y por lo mismo debe ser firme y constantemente creída por los fieles». Enmudezca, pues, toda lengua después que el Supremo Pastor ha hablado. Adoremos con humillación profunda y demos las más

<sup>1</sup> Luc., cap. 1, vers. 28.

<sup>2</sup> Ibid., cap. IV, vers. 42.

<sup>3</sup> Bula dogmática *Ineffabilis Deus*, de 8 de Diciembre de 1854.

cordiales gracias al Dios Omnipotente por los magníficos dones con que tan liberalmente ha enriquecido á María desde el primer momento de su ser natural, pues que en ella y por ella ha exaltado nuestra humilde naturaleza sobre todos los coros de los ángeles.

Concluamos con el devotísimo San Liguorio: Permitid, ¡oh Señora mía!, que yo también os alabe, como os alabó vuestro mismo Dios: «Toda Tú eres hermosa, ¡oh amiga mía! No hay defecto alguno en Ti.» ¡Oh purísima paloma, tan cándida como hermosa, objeto eterno de la amistad de Dios! «¡Qué hermosa eres, amiga mía; qué hermosa eres!» ¡Ah dulcísima, amabilísima, inmaculada María! Vos, que sois tan hermosa á los ojos de Nuestro Señor, no os desdenéis de mirar con compasión las asquerosas llagas de mi alma. Miradme, compadeceos de mí y curadme.

*Se meditará todo el tiempo que la devoción inspire; se rezarán en seguida tres Avemarias, y se leerá el*

## EJEMPLO.

Un hombre del mundo, después de haber tenido una vida no poco licenciosa, en tiempo de la Misión determinó hacer una exacta confesión general, por la cual quería dar principio á un tenor de vida más arreglada y cristiana. Preparado á ella con largo y diligente examen, mientras espera en la iglesia al confesor, se vió en punto de abandonar la empresa. El demonio, temiendo que aquella alma que había ya tanto tiempo que era suya, no se le huiese de la mano, hizo las últimas pruebas para retirarla del sacramento de la

Penitencia. Y en primer lugar le presentó con viveza que su confesión, en vez de sosegarle la conciencia, lo llenaría de escrúpulos y le quitaría la quietud del ánimo: le confundió el entendimiento de tal suerte, que no sabía de qué confesarse, ni se acordaba de pecado alguno. Llegó, por fin, á desmayar, y sobreviniendo el confesor, no se atrevía á acercarse á él. Sin embargo, advirtiendo el engaño del enemigo, se encomendó devotamente á nuestra Madre Santísima de la Luz para que lo socorriese en aquel peligroso lance. No tardó la divina Señora en oírlo. Apenas acabó su oración, en un instante se le abrió el entendimiento, se ausentaron las tinieblas y se le despertó una viva memoria de sus culpas pasadas, y, arrojándose á los pies del confesor, se confesó con tanto desembarazo, distinción y claridad, que le parecía leer los pecados como en un libro abierto en su conciencia. Y para que el beneficio fuese del todo cumplido, se acusó de sus pecados con tal pesar y compunción, que él mismo refirió no haberse jamás antes confesado con tan vivo sentimiento de sus culpas. Recibida la absolución, experimentó, como efecto sensible de la gracia del Sacramento, una quietud, serenidad y consolación tan grande, que no podía compararse con algún deleite de este mundo.

## ORACIÓN.

Acuérdate, ¡oh piadosísima Virgen María!, que no se ha oído hasta ahora que alguno que recurriese á tu patrocinio, que implorase tu auxilio, que pidiese tu socorro, haya sido desamparado. Yo, animado de esta confianza,

vengo á Ti, me refugio á Ti; yo, pecador, gimo delante de Ti. No quieras, ¡oh Madre de la Palabra eterna!, despreciar mis palabras; óyeme favorable, y haz lo que te suplico. Amén.

## HIMNO.

De la Luz hija y madre,  
Imagen pura, celestial espejo,  
Donde el excelso Padre  
Su luz imprime, haciendo que el reflejo  
De su rostro divino  
Pasto sea de tu vientre cristalino.  
Tú los rayos difundes,  
Con que el eterno sol nos ilumina:  
Tú el ardor nos infundes,  
En que el amor los frutos examina,  
Que produce lo humano  
A semilla de luz, que dió tu mano.  
Madre eres luminosa  
Del divino esplendor que alumbró el mundo:  
Madre también piadosa  
De la gracia que influyes; pues fecundo  
Siempre de Dios tu fuego  
Nos pase la salud en cada ruego.  
Tú con virgínea planta  
Hollaste la cerviz del dragón fiero:  
De su voraz garganta  
Las almas cobras, que infernal Cerbero  
De engullir no cesara  
Si de tu Luz su sombra no temblara.  
¡Oh de Dios Madre y nuestra!  
El niño que en tus brazos se regala,  
Todo su amor te muestra  
En ofrecerte el fuego que se exhala  
De amantes corazones,  
Volviendo á Ti, los que recibe, dones.

Enciende las espinas  
 Que el vicio aborta de mi inculto pecho :  
 A tus luces divinas  
 Quede lo obscuro de mi error deshecho,  
 Y en tu llama amorosa  
 Mi corazón se abraza, mariposa.  
 Por Ti logre el culpado  
 Plazo en que recobrar la mejor vida,  
 Esfuerzos el tentado,  
 Salud el que enfermó de recaída,  
 Y el justo en dones siete  
 Los que el divino Amor dones promete  
 Al Padre de luz fuente,  
 A su engendrada Luz, y al que sagrado,  
 Eterno, indeficiente  
 Procede de los dos, fuego inspirado,  
 Contigo, ¡oh bella aurora!,  
 Gloria tribute cuanto la luz dora  
*Amén.*

Oremus.

¡Oh Dios, Padre de las luces, que siendo figurada la Virgen María por la iluminación de la columna en el tránsito del Mar Rojo, quisiste se llamase Madre de la Luz! Te rogamus nos concedas que los desterrados hijos de Eva, que veneramos á tu Madre y-nuestra bajo tan grande título, por esta su invocación merezcamos llegar en este destierro á la luz de la divina gracia, y en la patria á la luz eterna de la gloria. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

*Todos los demás días se practicarán como éste, variando solamente la meditación y el ejemplo.*



DÍA II.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz como enemiga de la culpa actual.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que si la serpiente infernal no pudo contagiarse con su pestífero hábito los primeros pasos de la hermosa hija del celestial Príncipe, menos pudo tener acceso á ella en ningún tiempo de su preciosa é inocente vida. Así es que María se conservó inmune de toda mancha de pecado, tanto mortal como venial. Esta ha sido la constante creencia de la Iglesia católica<sup>1</sup>. De esta manera entendió el angélico Doctor las palabras de los Cantares : *Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha*. Oigamos su testimonio : « Se debe confesar, dice, que la bienaventurada Virgen ningún actual pecado cometió, ni mortal ni venial ; para que así se cumpla en ella lo que al capítulo IV de los Cantares se dice : « Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha »<sup>2</sup>. Y así como María fué exenta de aquella ley universal : « Todos los hombres mueren en Adán »<sup>3</sup>; así también lo fué de aquella otra : « Siete veces caerá el justo »<sup>4</sup>. De manera que el citado verso de los Cantares, *toda eres hermosa*, comprende

<sup>1</sup> Trid., sent. vi, cap. XXIII.

<sup>2</sup> Ps. III, q. XXVII, art. 4.<sup>o</sup>

<sup>3</sup> Ad Rom., cap. V, vers. 12.

<sup>4</sup> Prov., XLIV.

la excepción, tanto de la culpa original como del pecado actual. Y si no fué indecoroso para su divino Hijo, sino antes bien muy honroso tenerla por semejante en la preservación de la común mancha, ¿qué des crédito le resultará de tenerla por compañera en la inmunidad de todo personal pecado?

El Eclesiástico dice: «De la buena reputación del Padre resulta gloria al hombre, y es desdoro del hijo un padre sin honra»<sup>1</sup>. Y ¿qué mayor deshonra para el Hijo de Dios que tener una Madre pecadora? ¡Ah! el espíritu se horroriza sólo al imaginarlo. Porque, en verdad que un solo pecado, aunque sea venial, envuelve tanta malicia y produce tal deformidad en el alma, y la hace tan desagradable á los purísimos ojos de Dios, que no puede menos de verla con hastío, y por eso de ordinario la priva de sus especiales gracias y consuelos. ¿No sería, pues, una gran deshonra para Dios tener una Madre inmunda, en el supuesto que ella hubiese estado alguna vez sujeta á la sombra del pecado, por leve que nos lo figuremos? No; mil veces no. Digamos á voz en cuello con el P. San Jerónimo: «María nunca estuvo en tinieblas, sino siempre en luz.» Madre de la Luz, y no luz pasajera, sino estable y permanente desde el primero hasta el último período de su santa vida.

Una sola sospecha de culpa ó imperfección bastó para que María renunciase de buena gana la excelsa dignidad de Madre de Dios. «¿Cómo ha de ser ésto, responde con sorpresa

<sup>1</sup> Eccl., cap. III, vers. 13.

al ángel que le anunciaba el misterio de la Encarnación del Verbo en sus entrañas, ¿cómo ha de ser ésto, si no conozco varón?»<sup>1</sup>. De manera que no prestó su consentimiento hasta que el mensajero celestial hubo de disipar sus temores. Más todavía: el ardiente amor de María para con Dios era tan grande, que superó con incomparable ventaja al de todos los hombres y ángeles juntos; pues superior á este amor, si nos es permitido decirlo, fué su aborrecimiento al pecado. Por lo que San Germán afirma que María no sólo hubiera querido librar á su Jesús de la muerte de cruz á costa de una ligerísima culpa, sino que antes que admitir la menor mancha, renovando de buena gana el sacrificio de Abraham, estuviera prontísima á sacrificarlo por su mano.

Esta pugna que hubo siempre entre María y el pecado se dió bastante para conocer en los maravillosos efectos que sólo su virginal vista producía, cuando aun estaba en carne mortal. «Su presencia sola bastaba, dice un piadoso autor, para convertir á Dios á los más obstinados pecadores.»

Pues bien, ¿María tan buena y yo tan malo? ¿María tan enemiga del pecado, y yo tan entregado al dominio de éste horrible monstruo? ¿Y así me atrevo á llamarme su devoto?...

*Todo como el día anterior.*

EJEMPLO.

Enojado un hombre con dos pobres mujeres, madre é hija, por dos veces salió de noche con armas para asaltarlas en su casa y quitar-

<sup>1</sup> Luc., cap. I, vers. 34.

las la vida. No tuvo ocasión de ejecutarlo, y ellas, avisadas de su peligro, se encomendaron á nuestra Madre Santísima de la Luz para que las protegiera en él. La noche siguiente se apareció la Señora al hombre, á quien con rostro severo mandó que no se atreviese á ofender á aquellas mujeres, y lo exhortó á deponer todo el odio, sin razón concebido contra ellas, y pacificarse y después llegar al sacramento de la Penitencia. Así lo ejecutó prontamente.

*Lo que sigue como el primer día.*

DÍA III.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque, por una gracia especial, ni pecó ni pudo pecar.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que la exención de todo pecado, tanto original como venial y mortal, de que gozó la immaculada Virgen María, no la caracteriza bastantemente todavía; como quiera que de la primera gracia disfrutaron nuestros primeros padres en su creación, y de la segunda han gozado, por particular privilegio, algunos amigos de Dios durante su peregrinación por este mundo. A María, pues, le convenía un privilegio exclusivo que la distinguiese de todos los demás santos, como que había sido creada y escogida sin semejante, ni antes ni después de ella, entre todas

las criaturas. Este singular privilegio, fuera de la maternidad divina, fué la imposibilidad moral en que estuvo de pecar.

«Lo que Dios tiene por naturaleza, dice Clemente Alejandrino, que es no poder pecar, se participa por gracia sólo á la Virgen.» Engendrada entre santísimos esplendores, fué tan copiosa la luz de gracia que se le comunicó, que impidió toda sombra de culpa, desde el principio de su ser: de donde aquel dicho de la Escritura: «Ninguno está limpio de mancha», que comprende á todos los demás santos, sólo á María no la comprende. Por esto San Agustín sabiamente dijo «que cuando hablaba de pecado, de ninguna manera pensaba comprender á la Virgen Santísima». Pensamiento que corroboró y amplificó San Anselmo cuando dijo «que tanta era la luz de pureza concedida á María, cual convenía á la Madre de Dios; de suerte que fuera del mismo Dios no pudiese concebirse otra mayor».

«Delante de Dios ni aun las estrellas son limpias», se dice en el libro de Job<sup>1</sup>. Sobre cuyas palabras, comentando San Jerónimo, explica que por estrellas se entienden los ángeles del Señor, los cuales aparecen defectuosos á sus purísimos ojos únicamente por la posibilidad de pecar que tuvieron antes de ser confirmados en gracia. Con que si la simple posibilidad de pecar hace defectuosas é inmundas á las criaturas más sublimes, como son los ángeles, ¿podremos creer que en María hubiese habido una falta que la habría

<sup>1</sup> Job, cap. xxv, vers. 5.

hecho desagradable á su divino Autor? Imposible. Tanto menos debemos creer esto, cuanto que él mismo la declara « toda pura, toda hermosa y sin la menor mancha ». Así es que podemos asegurar que á María se concedió por especial gracia, como asentamos al principio, la absoluta imposibilidad de pecar.

¿Dañará, por ventura, este glorioso privilegio á la libertad necesaria que debía tener María, para merecer aumentos de gracia y gloria, mientras peregrinaba en este mundo? No; de ninguna suerte. Así como no daño esta brillante cualidad, que por naturaleza convenía á Nuestro Señor Jesucristo, y está, que desde el primer momento de su vida como hombre fué perfecto comprensor; así como en nada perjudicó los derechos de la libertad humana el estado de confirmación en gracia concedido al Bautista, á los Apóstoles y á otros santos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. ¡Oh Madre de Dios! Vos siempre tan pura, tan santa, tan hermosa á los ojos de vuestro divino Hijo, tan enemiga hasta de la sombra del pecado; y yo tan amante, tan amigo y tan esclavo del pecado. ¿Y así me atrevo á presentarme ante Vos, cuando debiera ocultar mi vergüenza en lo más profundo del abismo?... Señora, compadeceos de mí, rogad á vuestro Jesús por mí y seré salvo.

## EJEMPLO.

Padeceía un buen cristiano molestísimos asaltos de impureza, y habiéndose encomendado á nuestra Madre Santísima de la Luz, fué tan pronto y copiosamente atendido, que pasaron ocho días sin que los volviese á

padecer. Pero porque se descuidó en dar á la Virgen la gloria que convenía, publicando bajo las reglas de la prudencia el favor, como lo habían encomendado los Padres misioneros, sucedió que de nuevo fué asaltado con igual vehemencia que antes. Conoció entonces la causa verdadera de aquel insulto, y acudiendo al padre Superior de la misión, le contó fielmente el suceso, y bastó esto para que la Virgen se aplacase, porque no sintió en adelante las batallas antecedentes, y comenzó á gozar una paz interior que jamás había tenido en lo pasado.



## DÍA IV.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz, como Luz de gracia santificante de que estuvo llena.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que así como Dios por su santidad esencial habita en una luz inaccesible, así también podemos decir, guardada la debida proporción, de María por razón de su santidad accidental, ó plenitud de gracia. No debe parecer extraña, ni menos avanzada esta proposición, si se atiende á que el angélico Doctor, hablando de la divina gracia, ha dicho « que es una cierta participación de la Divinidad », y el tesoro de esta misma gracia con que fué enriquecida la incomparable Virgen fué tan copioso, que con verdad puede

llamarse inaccesible y hasta cierto punto incomprendible á cualquiera inteligencia creada. Examinemos este tesoro de luz y gracia en su principio, y nos convenceremos de la insuficiencia de los números para numerarlo, quiero decir, que nos fijemos sólo en el primer momento de su preciosa existencia, y veremos cómo el capital de gracia con que desde entonces fué enriquecida, excedió con mucho á todo lo que pueda caber en humana inteligencia.

No puede señalarse tiempo alguno de la vida de la bienaventurada Virgen en que ella no amase más á Dios que todos los hombres y ángeles juntos; por lo que el Omnipotente, que la formó á medida de su corazón, complaciéndose en la primorosa obra de sus manos, llegó á decirle: *una es mi amada, una es mi hermosa*. No porque Dios dejase de amar á los hombres y á los ángeles, sino porque, comparado un amor con otro, casi desaparece el segundo á la presencia del primero, y por lo mismo con toda propiedad á sólo María convienen esas tiernas palabras de los Cantares.

Esta doctrina, sostenida por graves teólogos, no carece de apoyo en las Santas Escrituras. En el Salmo LXXXVII se lee: *Sus fundamentos sobre los montes santos*. Cuyas palabras explican comúnmente los intérpretes de la Santísima Virgen María, mística ciudad de Dios, en cuyo virginal seno se dignó habitar, y cuyas primeras piedras ó cimientos de santidad colocó ella misma sobre las más altas montañas, que son todos los demás santos. De

<sup>1</sup> Cant., cap. vi, vers. 8.

manera que donde concluyó la gracia y mérito de todos los ángeles y hombres, allí comenzó la gracia de María; por lo cual, sigue diciendo el Profeta-Rey, que «ama más el Señor las puertas de Sión, que todos los tabernáculos de Jacob», significando con esto que la inmaculada Virgen fué más amable á los ojos de Dios desde su primera entrada en el mundo, que todos los santos y los ángeles en el mayor colmo de su perfección.

Esto supuesto, echemos una ojeada al incontable número de ángeles y de hombres á quienes Dios ha distinguido con su amor; pero esto no es fácil; pues mucho menos lo será calcular el cúmulo de gracias concedidas á María en el primer instante de su ser.

El autor del libro de *Los Divinos Nombres* dice que el número de los ángeles excede toda medida humana; San Gregorio, que es un número sin número; Santo Tomás, que es un número incomparablemente mayor que el de todas las criaturas materiales; San Bernardino de Sena, que es un número que excede al de las estrellas del cielo, de las hojas de los árboles, de las arenas del mar, de las gotas de agua, de los átomos que se mueven en el aire, en una palabra, al de todos los cuerpos del Universo. Y santa Brígida añade que sólo los ángeles del ínfimo coro están en proporción décupla respecto de todos los hombres, presentes, pasados y futuros. Y como Dios ha dispuesto con su sabiduría infinita todas las cosas en número, peso y medida, no carece de fundamento la opinión de aquellos que aseguran que la misma proporción que hay entre los ángeles del ínfimo coro y los hombres, esa misma existe gradualmente, y en



número siempre creciente, entre un coro respecto de otro de las inteligencias celestiales. De manera que si por cada hombre hay diez ángeles, deben existir diez centenas de millones del Supremo.

Asignemos ahora, por ínfimo término, un solo grado de gracia concedido á cada uno de los espíritus bienaventurados, ¿quién es capaz de formar la suma?... ¡Un sólo grado de gracia!... Pero no; el Dios rico en misericordias derramó con profusa liberalidad sus gracias sobre esas bellísimas criaturas y en una proporción siempre ascendente, según la categoría de ellas, dice santo Tomás. Estas gracias no estuvieron ociosas en los ángeles mientras fueron viadores; ellas se multiplicaron y crecieron mientras fueron capaces de merecer; aumentaron, pues, indeciblemente el capital y los réditos de la divina gracia en todos los instantes que con ella negociaron. Agregad á este cúmulo de gracias, en que ya nuestro entendimiento se pierde, todas las que se concedieron á los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, y á toda la inmensa muchedumbre de santos y bienaventurados, que nadie puede contar, y los aumentos de las mismas hasta su perfeccionamiento en la patria, y decidme con sinceridad si hay guarismos en la aritmética que puedan comprender un número, poco menos que infinito, de gracias distribuidas entre todas estas felicísimas criaturas.

Pues todas estas juntas, y aun más, constituyeron la dote con que el divino Esposo en-

<sup>1</sup> Ps. I, q. LXII, a, f.

riqueció á su dilectísima Esposa en el primer instante de su ser. Aquella mujer misteriosa que vió San Juan en la isla de Patmos toda llena de luz de pies á cabeza<sup>2</sup>; es una representación de María. La luz que resplandece en su cabeza y cuerpo es luz propia, como que es la luz del sol y las estrellas; dándonos á entender, dice San Bernardino de Sena, el capital de gracia con que fué enriquecida en su primer instante. La luz de los pies, representada en la luna que pisa, continúa el mismo Santo, es el resto concedido á la Iglesia militante y triunfante, inferior á la de María aun desde el primer momento de su vida. María, pues, desde el primer instante de su Concepción, excedió en gracia á todos los hombres y ángeles juntos. ¡Gloria á Dios por tal bondad! ¡Gloria á María por tanta dicha!

Alma mía : ¿tendrás atrevimiento para presentarte tan manchada ante la resplandeciente luz de María? ¿No te esforzarás en lo sucesivo por purificarte de tus inmundicias? ¿No te empeñarás en imitar la perfecta limpieza de María? Ea, buen ánimo; que si no puedes llegar á tan grande altura, conseguirás á lo menos, con el auxilio divino, asemejarle cuanto sea posible, y ser de esta suerte digno de la aceptación de Dios.

#### EJEMPLO.

Una señora de cuenta, después de haber procurado por espacio de diez años ejercer todos los días en la oración mental

<sup>1</sup> Prov., cap. XXXI, vers. 29.

<sup>2</sup> Apoc., cap. XII, vers. 1.

había podido dar un paso, ni hacer un mínimo progreso en tan santo ejercicio. Y deseosa de conseguir la comunicación con Dios, que tanto tiempo había procurado y suspirado, se encomendó por consejo de uno de los Padres misioneros á la Madre Santísima de la Luz, y aplicó con gran fe á la cabeza una imagen suya. Con lo cual, como si la Virgen le hubiera trocado los órganos del discurso, se halló tan bien dispuesta al ejercicio de orar, que comenzó á aplicar todos los días el ánimo á la contemplación de las cosas celestiales con gran recogimiento de espíritu, y sentimiento de devoción.

DÍA V.

MEDITACIÓN.

*Maria Madre de la Luz por los aumentos de gracia que tuvo en el discurso de su vida.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que la Santísima Virgen María, no solamente no enterró, como el siervo infiel del Evangelio<sup>1</sup>, el talento que recibió, sino que, por el contrario, negoció con él todo el tiempo de su admirable vida, multiplicando extraordinariamente el caudal de la divina gracia. El P. Suárez afirma que un acto de caridad perfecta es un comercio tan ventajoso para el hombre y Dios, que dobla el caturyon la gracia. « Los actos de caridad (son

<sup>1</sup> Ps. i. q. LXII. a. 25. vers. 25.

sus palabras) son meritorios del aumento de la misma caridad, y, por consiguiente, de la gracia y de la gloria, según toda la latitud de sus grados<sup>2</sup>. Es verdad que no todos los actos meritorios son de caridad; pero sí todos los actos de caridad son meritorios. Todos los teólogos convienen en que á nuestros primeros padres antes de su caída, lo mismo que á los ángeles fieles, fué concedido el ejercicio de actos de caridad perfecta, y, por consiguiente, el mérito correspondiente á ellos. ¿Y hemos de negar á María esta gracia? De ninguna suerte, responde San Alberto; al contrario, mucho más se concedió á la Virgen que á ningún otro, como que en ella fueron más perfectos los principios de la libertad humana. «No se ha de dudar, dice, que convenga atribuirse á María cuanto bueno ha hecho ó recibido cualquiera pura criatura.»

La luminosa simiente de gracia sembrada en la virginal y fecundísima tierra del corazón de María en el primer momento de su vida, ¿qué frutos tan multiplicados y sazonados produciría! Si en cualquier alma santa rinde ciento por uno, ¿cuáles serían los rendimientos en la purísima alma de María con tan inmenso caudal de gracia como recibió, con el esmero y perfección que trabajó siempre con ella y por tan larga y santa como fué su vida? Á la verdad que sólo Dios, que la crió en el Espíritu Santo, es capaz de comprenderla. El sue- mismo no interrumpía las funciones de su espíritu. «Yo duermo, dice ella misma, pero mi corazón está en vela».

<sup>1</sup> Ps. III, cap. II, dist. 8, lec. 4.

<sup>2</sup> Cant., 52.

Confúndete, alma mía, á la vista de tu flojedad comparada con la actividad de María. Ella siempre solícita por agradar á Dios, y tú olvidada de su servicio; ella siempre pronta para procurarle su mayor honra y gloria, y tú entregada á las vanidades del siglo; ella siempre en vela practicando los más heroicos actos de caridad, y tú durmiendo el sueño de la muerte, que puede precipitarte en un abismo insondable. ¿Qué dices? ¿Te atreverás á ver siquiera esa clara y hermosa Luz, sin sonrojarte?... Humíllate y ruega con instancia.

## EJEMPLO.

Una mujer que no había asistido á la misión, después de acabada ésta, movida de la compunción universal y de la fama de los prodigios obrados por intercesión de nuestra Madre Santísima de la Luz, en tiempo que se daban al pueblo los ejercicios de San Ignacio acudió á adorar la santa imagen de la Señora, y luego que la descubrió, un rayo como de luz celestial la hirió tan vivamente el corazón, que interviniendo á los ejercicios con sumo sentimiento interior, volvió muy compungida á su casa. Hizo después confesión general con abundantes lágrimas, y cortándose el cabello, lo consagró á la santa imagen como una prenda de su amor. Correspondió la Virgen á su fervorosa oferta enriqueciendo á su fervorosa penitente con singularísimas gracias. Una vez, cuando y arrebatada en Dios, vió que un ángel le presentaba su pelo á la Santísima María, que á su divina Hija, que mostró agrado y agradarse de ella: y otra, que, de la Madre y el Hijo, los án-

1 Ps. I, q. LXII.

geles vestían la desnudez de su alma con un precioso manto. Inflamada con estos favores la dichosa sierva de la Madre Santísima, entendió, entre otras cosas, á honra de la bellísima Señora, ayunar todos los sábados á pan y agua. En otras muchas ocasiones socorrió la Virgen á su sierva en sus domésticas urgencias, para cuyo remedio solían entrar en su casa espontáneas limosnas, enviadas sin que las hubiese pedido ó alguno supiese su necesidad. Mayor favor fué alcanzarla del Señor una tan gran delicadeza de conciencia, que aborrecía la más mínima imperfección más que á la muerte, y cuando iba á confesarse, como si compareciera en el tribunal de Dios, temblaba de pies á cabeza. Finalmente, en un día antecedente á la primera comunión general, que solía ser de niños y niñas llevados en procesión á la iglesia, se le dió á ver la Virgen con su Hijo en los brazos, y volando en torno de su Majestad ciertas blanquísimas palomitas, unas muy vivas y llenas de fuerza, y otras flacas y casi enfermas. No entendía ella lo que denotaban, pero se lo explicó Nuestra Señora diciéndole significar el gusto que el Señor recibía de aquellas almas inocentes, que al día siguiente habían de recibir por la primera vez el pan de los ángeles, y que unas eran más vigorosas, otras más débiles, porque no todas estaban igualmente dispuestas.



## DÍA VI.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por la gracia que se le comunicó al ser constituida Madre de Dios.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que si es imposible á toda humana inteligencia calcular el tesoro de gracia y méritos con que fué enriquecida y adornada María desde el primer momento de su ser, y los aumentos que tuvo en todo el discurso de su preciosa vida, faltan al entendimiento ideas, y palabras á la lengua, para concebir y expresar al incremento de estas mismas gracias cuando, obediente á la voz de Dios, pronunció aquel felicísimo *fiat* que la constituyó verdadera Madre del mismo Dios. María estaba llena de gracia aun antes de ser elevada á esta excelsa dignidad. ¡Cuánta, pues, sería la que recibió al ser hecha Madre de Dios, y cuántos los aumentos de la misma!

El Angélico Doctor afirma que María recibió un aumento de gracias enteramente gratuitas en el discurso de los nueve meses que habitó el Verbo en su limpiísimo seno. Agregad las muy particulares que recibió y los inmensos méritos que contrajo al dar á luz á su Unigénito, en la penosa peregrinación que con su divino Hijo y amado esposo José hizo á Egypto; en el Calvario, al pie de la cruz; en la gloriosa resurrección y ascensión á los cie-

<sup>1</sup> Ps. III, q. XXVII, a. 6.a

los; en la venida del Espíritu Santo; las que diariamente recibía cuando comulgaba, y, por ultimo, cuando, en fuerza de los intensísimos actos de caridad que practicó en los últimos momentos de su vida, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador.

Con razón, al elevarse esta preciosísima alma al cielo en los brazos de su Amado, quedan absortos los cortesanos del paraíso y se preguntan con admiración los unos á los otros: «¿Quién es ésta que va subiendo, cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla?»<sup>1</sup> Palabras que denotan los diversos grados de gracia, méritos y gloria que contrajo desde el primer momento de su ser hasta el último de su peregrinación en este mundo.

Justamente el P. Suárez dice que la gracia que adquirió María desde el principio hasta el fin de su vida participó de lo infinito y de lo inmenso; San Epifanio, que la gracia de la Virgen es un abismo inmenso; San Buenaventura, que fué inmensa la gracia de que estuvo llena, y el Doctor Angélico, que fué tanta la gracia de María, que si se hubiera repartido con profusión entre todas las criaturas, ella siempre hubiera quedado llena.<sup>2</sup>

¡Oh alma mía! Tú, que te honras y te precias de ser devota de María, ¿no saltas de contento al ver tan llena de riquezas á tu muy amada? Y ¿no te avergüenzas al considerarte tan desnuda de gracias y merecimientos, y sólo rica de maldades? Ea, levántate presurosa; ruega

<sup>1</sup> Cant., cap. VI, vers. 9.

<sup>2</sup> Salmo III, q. XXVII, a. 3.a, ad. 2.

humilde y confiadamente á la que es Madre de la verdadera Luz, se digne ilustrar tu entendimiento é inflamar tu corazón con un rayo de su soberana luz. No desconfíes, por mucho que sea el número de tus culpas, que la redundancia de gracia que hay en María es para enriquecer á los miserables, como dice San Ligorio.

## EJEMPLO.

Compungido se hallaba uno de cierta perniciosa diversión, que le era incentivo de frecuentes caídas, y con recurrir á la Madre Santísima para que le ofreciese oportunidad de poderse quitar del pasado peligro, sin dar alguna nota, la que parecía no poderse excusar en el pronto y total retiro, se vió libre como deseaba. Agradecido á la Madre Santísima, determinó llevar siempre consigo, por devoción, una imagen suya, y así lo hacía, cuando, después de tres días de perseverancia, volvió á su malyada correspondencia. Ya contaba algunos días de ella, y acordándose de la imagen, poniéndose á buscarla, por más diligencias que hizo no la halló. Luego le vino al pensamiento sería porque, enojada la Virgen, no quería estar con un pecador que tanto había abusado de su clemencia. Con este pensamiento, pidió perdón á la Madre Santísima, propuso la enmienda, y poco después, entrando por otro fin la mano en la bolsa, encontró, sin buscarla, la imagen de la Señora.



## DÍA VII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por ser luz de sabiduría.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que el entendimiento de la Virgen Santísima fué ilustrado con tantos conocimientos, así naturales como sobrenaturales, que jamás estuvo sujeta á la ignorancia ni al error, como dijo San Ambrosio<sup>1</sup>. Dos son las principales causas de nuestra ignorancia: la imperfección de los órganos intelectuales y las tinieblas en que nacemos. ¡Triste consecuencia del pecado original! Luego si en Maria faltaron estas corrompidas fuentes, cesaron igualmente sus desastrosos efectos ó corrientes. Por parte de la naturaleza tuvo una organización bien dispuesta, una delicada complexión de humores y un exacto equilibrio en todos ellos, con abundancia completa del radical, que es el que da la vida y conserva la salud. De aquí nació el estado de perfecta sanidad que disfrutó en todo el discurso de su larga vida y el despejo de potencias que gozó su alma, y que la hicieron apta para recibir y conservar las especies inteligibles de cualquier objeto. « La Madre de Dios, dice San Antonino de Florencia, tuvo por naturaleza el conocimiento de todas las cosas presentes. »

En virtud de la exención del pecado original disfrutó también María de la inmunidad

<sup>1</sup> Luc., cap. vii, in Luc.

de pecar, consiguiente á la primera culpa. Por lo que no estuvo sujeta ni á las enfermedades ni á la concupiscencia, y si se sujetó á la muerte, fué por conformarse en todo á la imagen de su divino Hijo. No podemos negar á María lo que de buena voluntad concedemos á Adán, Salomón y á otros personajes extraordinarios: la ciencia infusa de las cosas naturales. San Alberto Magno, después de enumerar los conocimientos que por ciencia infusa tuvo Adán, concluye que todos éstos tuvo la Santísima Virgen. De todas las cosas arriba mencionadas, ninguna propiamente ignoró María.

Pero la sabiduría más excelente es la que, remontando el vuelo sobre el orden de la naturaleza, se eleva á las regiones de la gracia, fijando su vista en el centro de la Luz increada, donde admira y se goza en la contemplación de los divinos atributos. María, si hemos de dar crédito á San Anselmo, tuvo este claro conocimiento. « Todos los tesoros de la sabiduría y ciencia están en María. » Esto significa, en sentir de San Bernardo, el sol con que aparece revestida, á saber: su profunda penetración en los abismos de la divina sabiduría, más de lo que se puede creer. « Nadie como ella, afirma San Vicente Ferrer, tuvo tanto conocimiento de los misterios divinos, ni del sentido de las Santas Escrituras. » « Sólo ella, con exclusión aun de los mismos Profetas, concluye San Alberto, tuvo un conocimiento claro, luminoso y perfecto de los misterios de la Unidad de Dios, Santísima Trinidad y admirable Encarnación. »

\* *Serm. De Nativit.*

El Angélico Doctor, siguiendo á San Agustín, enseña que Moisés y San Pablo, por un raro privilegio, gozaron en esta vida de la visión intuitiva de la Divinidad<sup>1</sup>. ¿Y podremos, con fundamento, negar á María este mismo privilegio, cuando San Bernardo la llama « Ciencia de las celestiales ciencias »? María es la ciencia de las santas ciencias; porque así como el sol excede en magnitud, resplandor y belleza á todos los astros, así María, por su claridad, excede á toda criatura racional. Es sentencia común entre los Santos Padres que no hay privilegio concedido á criatura alguna que no lo tenga María con mayor ventaja; por lo que San Bernardino de Sena llegó á decir que si la visión de San Pablo se multiplicase en todas las criaturas, no llegarían todas juntas á igualar la contemplación que habitualmente beatificó el espíritu de la Virgen Santísima<sup>2</sup>. « Y así como la Virgen, añade el Cartujano, fué la más semejante á su Hijo en la santidad, así fué la más cercana en el esplendor de la sabiduría. » ¡Oh profundidad de la sabiduría y ciencia de la Santísima Virgen María!, exclama San Germán.

Ahora es tiempo, alma mía, que te valgas de ese océano de luz para conocer tus ignorancias y corregir tus errores. Ya que hasta aquí has vivido sentada en las tinieblas y sombras de la muerte, ignorando hasta lo muy preciso para salvarte, es necesario que procures salir de ese miserable estado y te

<sup>1</sup> Ps. 1, q. XII, a. 11 ad 2; 2<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup>, q. CLXXII, art. 3.<sup>o</sup>

<sup>2</sup> Tom. IV, serm. III, pág. 3.

dediques á la ciencia de los santos. ¿Quieres ser hijo de la Luz? Obra según sus sabias instrucciones.

## EJEMPLO.

Una pobre mujer, afligida del cruelísimo trato de su marido, hombre blasfemo y tan malvado que solía invocar al diablo con sobrenombre de santo, se afligió más en tiempo que haciéndose la misión no descubría en aquel infeliz señal alguna de compunción, ni pensamiento de ir á adorar la imagen de la Santísima Madre. Tomó por recurso incomendar á ésta aquel indigno hombre, y llevó á la iglesia un poco de aceite para uso de las lámparas que ardían ante la santa imagen. No pasó el día siguiente sin que aquella fiera, sin saber cómo, se viese trocada en un buen cristiano, como prosiguió siéndolo, con gran felicidad de su familia.

## DÍA VIII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque destruye las herejías y reforma las costumbres.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que María al dar á luz al divino Sol de Justicia, Jesucristo, Señor Nuestro, ha iluminado al mundo y disipado todo el horror de las tinieblas de la ignorancia y del error. María ha proporcionado á la Iglesia, para su defensa, aquella armería de esplen-

dores, de la cual habla el Apóstol cuando dice : « Vestfos de las armas de la luz »<sup>1</sup>. Las más horrorosas tinieblas que combaten á la Iglesia son las herejías : éstas son aquella funesta noche que, quitando al entendimiento toda luz, hacen que la voluntad se precipite en el abismo de los vicios. Pues María es la que alumbra esta horrible noche, y con los escuadrones de valientes católicos que levanta en defensa de la fe, bate en brecha, desmantela y aun toma por asalto la plaza del error. Y lo más notable es que ella sola, como lo canta la Iglesia, es la que en todos tiempos y lugares ha destruido las herejías<sup>2</sup>.

Mas ¿cómo puede ser esto, replicará alguno, cuando vemos existir tantas herejías así antiguas como modernas? El P. Suárez responde que es verdad que subsisten errores en el mundo; pero éstos están abatidos por María, Madre de Jesús, que es la única verdad y luz del mundo, la cual, como maestra de la fe y protectora de sus defensores, la ha conservado intacta en el cuerpo de la Iglesia; y habiendo quebrantado la cabeza de la infernal serpiente, que es la cabeza y padre del horrible monstruo del error y la mentira, ha dejado sin vida su deforme cuerpo.

Expliquemos esto más : la Iglesia no dice que María ha destruido á los herejes, sino á las herejías en todo el mundo; dándonos á entender que ella, con la luz de su sabiduría, ha ilustrado y mantenido la sana doctrina en el centro de la unidad católica, y ha hecho por-

<sup>1</sup> Ad Rom., cap. vi.

<sup>2</sup> Off. eccl.

que desde la eminencia del Vaticano se fulminen mortales rayos sobre cualquier error. De manera que si existen errores en el mundo, son semejantes á un cuerpo muerto sepultado, por desgracia, únicamente en la voluntad y lengua de sus fautores, mas no en su entendimiento; porque la Iglesia, ilustrada por María, les ha enseñado á éstos lo que deben creer, verificándose así aquel oráculo divino: « Su garganta es sepulcro abierto, cuya brutalidad se ve y se percibe por el mal olor »<sup>1</sup>. Estos lo mismo que los judíos, son ciegos voluntarios, que, teniendo la luz en los ojos, sólo por no querer abrirlos se privan de sus agradables esplendores, cumpliéndose en ellos aquella terrible sentencia del Salvador, anunciada tanto tiempo antes por Isaias: « Que viendo no ven, y oyendo no entienden »<sup>2</sup>. Si falta, pues, á la herejía la cabeza; si carece del verdadero espíritu de vida que sólo anima á la Iglesia católica, ¿quién puede negar que María con su victoriosa planta fué la que aplastó la cabeza de la infernal hidra, y que los herejes no son otra cosa que cadáveres corrompidos que nada pueden sino infestar con su pestilencial hedor? Alégrate, pues, ¡oh incomparable Virgen María!, porque Tú sola fuiste la que has dado muerte á las herejías en todo el mundo.

Mas así como la Virgen María ha dado fin á las herejías, así también ha concluído con los herejes. La desaparición de unas y otros es bien conocida por la historia; y si algo queda todavía en el mundo de esta infame

<sup>1</sup> Salmo XIII, cap. III.

<sup>2</sup> Is., cap. VI, vers. IX.

raza, no es porque María no haya podido alumbrarlos, sino porque ellos, á pesar de tantos y tan repetidos golpes de luz, se han obstinado vivir en sus errores. Es porque, entregándose, no sólo al desprecio, sino al odio encarnizado de María y de su culto, han roto el canal ordinario de las divinas misericordias y han alejado su propia conversión.

Los Santos Padres comúnmente tienen á María como maestra de los Apóstoles, y creen que de Ella recibían instrucciones después que Jesucristo subió á los cielos. María aconsejaba á los unos, inspiraba á los otros, alentaba á éstos, fortalecía á aquéllos, y á todos, como denodado caudillo, animaba con su ejemplo á trabajar por la gloria de su divino Hijo en la difusión del Evangelio y en reprimir los errores nacientes. Cuando San Juan en la isla de Patmos vió aquella mujer misteriosa de que habla en el cap. XII del *Apocalipsis*, ésta no solamente brillaba con la luz del sol, de la luna y de las estrellas, sino que también aparecía al frente de valerosos combatientes que sostenían una cruda lucha por la causa de Dios y del Cordero. Y es que la castísima doncella de Israel es tan terrible para la herejía, como un ejército puesto en orden de batalla.

María no sólo es baluarte inexpugnable contra los errores que oscurecen el entendimiento, sino también muro inexpugnable contra los tiros de la inmoralidad. Porque ¿quién, sino Ella, es la que ilustra el entendimiento é inflama el celo de los predicadores apostólicos para que opongan una vigorosa resistencia contra toda clase de vicios, y retraigan con su predicación á los pecadores del espantoso



camino de la culpa, y los conduzcan á la verdadera luz de justicia y santidad? ¿Quién, sino Ella, excita el espíritu de los santos sacerdotes para que infatigablemente trabajen por perfeccionar aquellas almas, que ó bien han conservado la inocencia bautismal, ó bien la han recobrado por una sincera penitencia?

Con razón el demonio teme tanto á María; porque no es más que Ella se presente para que él pierda la presa que ya contaba por suya. Esta antigua maldita serpiente es comparada en Job, ya á un asesino, ya á un ladrón, ya, finalmente, á un adúltero; y así como estas tres clases de criminales aborrecen de muerte la luz, así el maldito aborrece, teme y huye de esta luz, porque á la presencia de ella nada puede. Y así como los hombres, dice San Buenaventura, temen y huyen hasta la sombra de la muerte, así los demonios tiemblan y huyen de esta clara Luz.

¡Alma mía! Ya que por la misericordia de Dios no se ha apagado en ti la luz de la fe, y no desconoces las reglas de la buena moral, procura cuanto puedas fomentar en ti misma la devoción para con la Santísima Virgen María, teniendo presente que el principio de perdición en los hombres y en los pueblos es la falta de devoción hacia la Virgen Santísima. ¿Eres pecador y quieres convertirte? Sé devoto de María. ¿Eres justo y quieres perseverar? Sé devoto de María. En una palabra: ¿Quieres ser feliz en la vida y en la muerte? Jamás dejes la devoción de María. ¡Dignaos, oh Virgen Santa, que yo os alabe; dadme fuerza contra vuestros enemigos!

## EJEMPLO.

En la ciudad de Marsala, después de muchas diligencias, no se había podido conseguir que un mal joven, aun en tiempo de la santa misión, se confesase. Una tía suya, que lo amaba tiernamente, recurrió á la Madre Santísima para el remedio de su sobrino, á cuya garganta aplicó una imagen de la Señora, y luego se sintió de repente tan mudado, que prometió á la tía confesarse, y muy compungido se confesó la mañana siguiente, para comenzar, como comenzó, una vida perfectamente cristiana.

## DÍA IX.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque con su sabiduría ilustra toda la Iglesia.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que María no sólo tiene en sí la fuente de la sabiduría y con ella disipa los errores, sino que también con su luz ilustra toda la Iglesia. San Pedro Damiano, exponiendo aquel texto «escogida como el sol», dice hablando de la Santísima Virgen: «Así como solo el sol alumbrá el orbe, así ésta, con luz más sólida, ilustra sola los hombres y los ángeles»<sup>1</sup>. Una sola visita de María bastó para llenar de luz profética á Isabel y al niño

<sup>1</sup> Lib. de An.

Juan, que reposaba en su seno; y en tanto grado, que, según la expresión de Teodoro, «ya desde ese instante fué el Bautista más iluminado que todos los ángeles»<sup>1</sup>.

Los Apóstoles, fundadores de la Iglesia del divino Cordero, no recibieron aquellos torrentes de luz el día santo de Pentecostés sino por María, que estaba al frente de ellos, y que oraba incesantemente con ellos y por ellos. Después que fueron iluminados por el Espíritu Santo, como Maestros y Doctores de la fe, aun todavía ocurrían en sus dudas al consejo y sabias resoluciones de María, dice San Anselmo. Por lo que Ruperto Abad, hablando con la Señora, así la dice: «Tu voz fué voz del Espíritu Santo. Todo lo que era menester suplir ó aclarar para confirmar los sentimientos de cada uno que recibían del mismo Espíritu, lo percibieron de tu boca santísima.» ¿Qué extraño, pues, que el evangelista San Juan se aventajase á todos en sabiduría celestial, siendo, como fué, el depositario y custodio de la Maestra de la sabiduría? El P. Nie-remberg se atreve á asegurar que San Pablo recibió más luz de una sola visita que hizo á María, que de las repetidas y sublimes visiones que tuvo en sus raptos al tercer cielo. «Ella es, dice Job, la que revela lo profundo de las tinieblas»; dándonos á entender que María saca la luz con que nos ilumina del fondo mismo de su inmensa claridad, que á la debilidad de nuestra vista parecen tinieblas. Por esto los sagrados intérpretes aplican á

<sup>1</sup> Rincón.

<sup>2</sup> De excell. Virg.

<sup>3</sup> Job., cap. XII, vers. 22.

María las palabras de la Escritura: «Siendo Maestra de la doctrina divina, gradúa á los amigos de Dios y sus Profetas»<sup>1</sup>; porque la sana doctrina derivada á la Iglesia por conducto de los Apóstoles y Profetas, se conserva como un tesoro en manos de la esclarecida Virgen. De donde concluye el mártir San Metodio que por todo el mundo ha brillado siempre la luz purísima de la verdad por medio de María: «Alumbrando la Virgen al mundo, todo el orbe se bañó con la luz de la verdad más pura.»

¿Quieres, pues, alma mía, tener la verdadera luz de la sabiduría que te guíe por el sendero recto de los divinos preceptos? Pídelo con fervor é instancia á nuestra Madre de la Luz, y se te concederá. Pero no esperes conseguirla si permaneces obtinado en el pecado; porque la sabiduría no habitará en un alma esclava de la culpa. Sal de ese miserable estado, y te será propicia María.

#### EJEMPLO.

Había hecho confesión general cierto hombre; pero no habiendo quedado con serenidad, sino como más agravado y confuso, comenzó á dudar si esto sería efecto de algún grave pecado que por habérselo escapado de la memoria no hubiese sujetado á las llaves del sacramento. En estas circunstancias se encomendó por muchos días á la Madre Santísima, pidiéndola que lo alumbrase, y la Señora entre sueño y desvelo se le dió á ver, y dijo: «Exáminate atentamente de aquello que veintidós años ha cometiste en tal lugar, y con-

<sup>1</sup> Sap., cap. VII, vers. 27.

fiésate con el mismo Padre, y dile que él te pregunte. » Diciendo esto desapareció la visión, y despertó en aquel instante el hombre, que, por la mañana, habiendo buscado al Padre, le refirió el suceso, y por no acordarse de cosa que hubiese cometido en el lugar señalado, le rogó que le ayudase á examinarse. El misionero, por la experiencia de otros casos semejantes, conoció que el pecado olvidado era en materia de impureza, porque no solía la Madre de la Pureza expresar por su boca tales pecados, y, ocurriendo á la necesidad, acostumbra enviar al confesor las personas necesitadas de que se les registrase la memoria. Con el conocimiento de esto, procedió á examinar su penitente, ni fué menester mucho para hacerle ocurrir su delito, con cuya memoria y gran sentimiento de viva compunción se confesó, y después de ello volvió á su casa lleno de alegría espiritual y sin el afán interior que antes padecía.

—\*—

## DÍA X.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque es Luz de Virtud. — Su fe y caridad para con Dios.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que las obras virtuosas son comparadas por Nuestro Señor Jesucristo á la luz. De esta misma luz estuvo rica María,

<sup>1</sup> Math., cap. v, vers. 16.

como el mismo Señor reveló á santa Brígida: « Mi Madre, la dijo, se aventaja en virtud á todos los santos »<sup>1</sup>.

Las virtudes pueden tener por objeto inmediato á Dios, al prójimo ó al mismo individuo que las practica. Las que tienen por objeto inmediato á Dios son, principalmente, la fe y la caridad, y éstas forman los dos seguros y firmes polos sobre los cuales gira todo el mundo espiritual. Veamos, pues, en qué grado las practicó María.

Toda la felicidad de María, su grandeza elevación, su dignidad de Madre de Dios, la atribuyó Santa Isabel al mérito de su fe. « Bienaventurada porque creíste. Se cumplirá en Ti todo lo que el Señor te prometió. »<sup>2</sup>. Si fué grande la fe de María al dar crédito al mensajero celestial que le anunciaba de parte del Eterno el inefable misterio de la Encarnación, que debía obrarse en sus entrañas, mayor aparece la que ejercitó en la muerte del Redentor del mundo. ¡Ah! Á la presencia de estos heroicos actos desaparece la fe de Abraham en el sacrificio de Isaac. Ve la augusta Virgen morir á su Unigénito en medio de los más acerbos dolores, en el suplicio más infame, perseguido de sus enemigos, vendido y desconocido de sus amigos, y abandonado hasta de su Eterno Padre; y, sin embargo, ella sola, como una roca incontrastable en medio de la tormenta, permanece firme al pie de la cruz, creyendo y adorando á su Hijo y su Dios. Ella es la mujer fuerte de que habla el sabio, cuya lámpara inextinguible no

<sup>1</sup> Rev., lib. iv, cap. xxii.

<sup>2</sup> Luc., cap. i, vers. 45.

dejará de dar luz. «No se apagará en la noche de su luz». Y cuenta que la noche de la pasión, muerte y sepultura del Señor, fué tenebrosa para el mundo, porque aun la luz de los Apóstoles y discípulos faltó; sólo la fe de María resplandeció. Y fué tan grande este resplandor, que él solo bastó para iluminar después al mundo. Por esta razón, San Agustín y San Bernardo llaman á María «Madre de todos los creyentes», y antes que todos el Eclesiástico la había llamado «Madre del conocimiento».

De aquí es que San Cirilo atribuye á María la destrucción de la idolatría y el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo en el mundo. «Por Ti, la dice, toda criatura presa en el error de los ídolos, volvió al conocimiento de la verdad, y llegaron los fieles al santo Bautismo.» Por lo que concluye un sabio y piadoso autor que fué tan grande y tan refulgente la fe de María, que, repartida entre todas las criaturas, las hubiera llenado de perfectísimos conocimientos en todas las verdades evangélicas, y que ella sola suple con exceso la falta de fe de los paganos, judíos, herejes é incrédulos de todos tiempos. Tan ardua, victoriosa y heroica así fué la fe de María. ¿Y quién duda que esta brillante luz haya estado sostenida por el vivo fuego de la caridad? Veamos cuánto fué su ardor.

El fuego de la caridad para con Dios que ardía en el pecho de María era semejante, dice San Ildelfonso, á la sutil y penetrante llama de un horno que, apoderándose del hie-

<sup>1</sup> Prov., cap. XXXI, vers. 18.

<sup>2</sup> Eccles., cap. XXIV, vers 24.

ro, lo enciende, lo convierte en ascua, y con la intensidad del metal se aumenta extraordinariamente su actividad. «Como el fuego al hierro, son palabras del santo Doctor, el Espíritu Santo la coció del todo, la encendió, la inflamó, de suerte que en ella no se viese sino la llama del Espíritu Santo, ni se sintiese otra cosa que el fuego del amor divino.» Por eso, olvidada de sí misma y transformada enteramente en su Amado, no hablaba, ni pensaba en otra cosa que no fuese en él y por él. «Tanto amé á Dios, dijo la misma Señora á Santa Brígida, que nada pensaba sino en Dios, nada quería sino al mismo.» El amor que los ángeles tienen á Dios es muy pequeño comparado con el amor que le tuvo María. Por eso dijo Isaías «que el fuego del Señor estaba en Sión, y su fragua en Jerusalén;» para denotar la inmensa diferencia que existe entre el fuego de la caridad en que arden los cortesanos de la santa Sión, y el volcán inmenso que consumía el corazón de la que es llamada en las Santas Escrituras la Jerusalén celestial. María es aquella fuente viva que repartida en torrentes de caridad inunda á todas las criaturas del cielo y de la tierra. Pero ¿cómo, dirá alguno, María, siendo aun todavía viadora, ha podido administrar llamas tan diferentes de caridad, á un mismo tiempo, á los santos del cielo y justos de la tierra? A esta dificultad responde San Alberto magno y San Anselmo diciendo: que la caridad de la incomparable Virgen, aun en el estado de viadora, fué como una quinta esencia del amor meritorio de los justos viadores, y del beatífico de los comprensos; tuvo de los primeros la razón de mérito, y la viveza, fuerza

y perfección de los segundos, amando á Dios con la perfección con que se ama en la patria y mereciendo como merecen los viadores. En una palabra; todas las expresiones de amor y de ternura que nos dejó consignadas el Espíritu Santo en el libro de los Cantares entre el esposo y la esposa, son una imagen del amor divino que ardía en el pecho de la feliz María.

Reconoce, oh alma mía, á la luz de estas sublimes virtudes practicadas por María, cómo te hallas sobre este particular. ¿Tu fe vacila ó está robusta? ¿Es estéril, ó da fruto de buenas obras? Acude presto á nuestra Madre Santísima de la Luz y pídele te alumbré el entendimiento é inflame tu corazón para que creas y obres con arreglo á los principios de la verdadera fe.

## EJEMPLO.

Había más de siete años que padecía uno con gran molestia el achaque de asma, cuando divulgada en su país la noticia de que iba allí la imagen de nuestra Madre Santísima de la Luz, oyendo contar los favores de la gran Reina, se le encomendó y prometió una limosna de cera de tres libras, para cuando llegase, si entretanto el mismo enfermo hubiese recobrado la salud. Desde luego comenzó á experimentar beneficio; pero no quedó totalmente libre de aquella molestia. Proseguía aliviado á tiempo que con la misión llegó allí la santa imagen, y habiendo él entonces referido á uno de los misioneros el principio del favor que le hizo la Virgen y un deseo de recibirlo del todo cumplido, el misionero lo exhortó primero á reconciliarse con Dios, y le

advirtió que, por lo común, los pecados son el mayor estorbo á las gracias temporales que el Señor nos haría por intercesión de su Santísima Madre. El enfermo, pues, aprovechándose de este buen consejo, se preparaba para confesarse, y rogaba á nuestra Madre Santísima le acordase los pecados de que hubiese él perdido toda memoria. Y aquella noche entre sueños vió á nuestra benignísima Madre que le dijo: Acuérdate de descubrir al confesor tales y tales pecados de que dos veces, vencido de la vergüenza, dejaste de confesarte tanto años ha. Á la mañana siguiente se confesó el arrepentido enfermo y la Señora perfeccionó con él sus misericordias alcanzándole también la salud del cuerpo; porque untándose del óleo de la lámpara, se halló instantáneamente libre de todo mal, y, en consecuencia, cumplió con la promesa de la cera que había hecho.

\*—

## DÍA XI.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por su caridad  
para con los prójimos.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que aunque la caridad para con el prójimo se diferencia en su objeto inmediato de la caridad para con Dios, es, sin embargo, una misma cosa con ésta por razón de su principio. « Esto nos manda Dios, dice San

Juan, que quien le ama, ama también á su hermano »<sup>1</sup>. De que resulta, que siendo inefable el amor de María para con Dios, su caridad para con el prójimo no tiene límites. Observemos algunos rasgos de la caridad de la incomparable Virgen, para gloria suya y edificación nuestra.

Apenas fué elevada á la excelsa dignidad de Madre de Dios cuando, sin tener en cuenta sus grandes méritos, su ilustre sangre, su tierna edad y delicada complexión, corre presurosa á las montañas de Judea á la casa de Zacarías á ejercitar la caridad con su prima Isabel y con los de toda su familia. A la primera presta gustosa los servicios que demandaba el estado de proximidad al parto, en que se hallaba, y le comunica el espíritu de profecía; libra al Bautista de las ataduras de la culpa original y lo llena del Espíritu Santo; á Zacarías le vuelve con ventaja el uso del habla, que había perdido por su incredulidad.

Presente María con su Santísimo Hijo en las bodas de Caná, se compadece de la aflicción en que se hallaban los dueños del banquete al faltarles el vino, y por sus ruegos anticipa su Divino Hijo el tiempo de sus milagros. « Y si se compadeció, dice San Bernardo, de la vergüenza de aquellos que la convidaron, mucho más se compadecerá de nosotros, si piadosamente la invocáremos. Si fué tan generosamente benéfica su compasión para quien no hizo más que convidarla, inferid vosotros cuánto más liberal será con nosotros, si le rogáramos con instancia ».

<sup>1</sup> I Joan., cap. IV, vers. 21.  
<sup>2</sup> Serm. XII, *Post Epiph.*

El mismo Redentor, para consolar á María, cuando pendiente de la cruz estaba para entregar su espíritu en manos de su eterno Padre, le recuerda su amor para con los hombres señalándole por hijo al evangelista, en quien todos estábamos representados. « Mujer, mira ahí á tu hijo »<sup>1</sup>. Quiso Jesús, dice Orígenes, acordar á María que El era tan hijo suyo como Juan, sin diferencia de adoptivo y natural, de primero, ni de segundo, de uno ni de otro; porque si ninguno es hijo de María, sino Jesús, y Jesús dijo: « Ved ahí á tu hijo », lo mismo es que si dijera, « este es Jesús, á quien diste á luz ». Aquí tenéis igualado el amor de María para con los hombres, con el amor casi infinito que profesaba á su Jesús. Parece que no puede decirse más.

Pero aguardad, que San Buenaventura aplica á María las palabras con que el evangelista pondera la excesiva caridad del eterno Padre para con los hombres: « De tal suerte, dice el santo, amó María al mundo, que entregó á la muerte á su Unigénito; dándonos á entender con esto que su caridad para con los prójimos fué tan pura y acendrada, que hasta cierto punto superó al amor natural que tenía á su Divino Hijo. Por lo que San Antonino de Florencia no dudó asegurar, que si hubieran faltado verdugos que crucificasen á Jesús, María, por amor de los hombres, los habría sustituido en el oficio. »

¡Oh valor heroico! ¡Oh caridad sin límites!  
 « Hizo María, dice Gersón, tan grande oferta por nosotros, con tanto júbilo de su corazón, que fué mayor el contento que sintió por

<sup>1</sup> Joan., cap. XIX, vers. 26.

la vida que nos daba, que el dolor, aunque sumo, por la muerte de su Hijo; y el gozo de darnos por su mano la vida eterna sería mucho más grande que la congoja de quitar á su Hijo la vida temporal por sus propias manos. »

Si tan grande fué el amor de María para con los hombres mientras estuvo en el mundo, ¿quién podrá comprender, ni menos explicar, el que les tiene hoy que reina sobre todos los santos y ángeles en el Paraíso? « Á la manera que el sol, dice el Doctor Seráfico, vence á la luna en el exceso de su esplendor, así la grandeza de la misericordia presente de María se aventaja á la pasada. » San Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, desahogando un día sus afectos ante una imagen de la Madre de Dios, la dijo: « Yo os amo, Señora, más que Vos me amáis á mí. — ¿Qué dices, Alonso?, le replicó la Virgen Santísima. ¿A dónde te precipita tu incauta simplicidad? De lo que tú me amas á lo que yo te amo hay tanta distancia como entre el cielo y la tierra. Guárdate de hacer otra vez tan grande ultraje al incomparable amor que yo tengo á los hombres. » Y lo más notable es que no solamente los justos, sino aun los más miserables pecadores son el objeto de sus maternales ternuras.

El Arca de Nos fué una representación de María. Porque así como en ella halló acogida toda clase de animales, así bajo el manto de María hallan refugio todos los pecadores, que, semejantes á los brutos por sus vicios, tratan de ponerse á cubierto del furor divino. Pero

<sup>1</sup> *In Spec.*, viii.

con esta incomparable diferencia: que los brutos que entraron en el Arca salieron de ella lo mismo, y los pecadores que se acogen á la sombra de María se transforman maravillosamente. Santa Gertrudis vió un día á María Santísima con el manto abierto, y bajo de él muchas fieras de diferentes especies: leopardos, osos, leones, y vió que la Virgen, no sólo no los desechaba, sino que con su benigna mano dulcemente los acogía y acariciaba. Entendió la santa que estas fieras son los miserables pecadores, los cuales, cuando acuden á María, son acogidos por ella con amor, suavidad y dulzura.

¿Cómo no te llenas de reconocimiento, oh alma mía, á vista del encendido amor que María profesa á los miserables hijos de Eva? ¡Oh tú, seas quien fueres!, te diré con San Bernardo: « Si no quieres quedar sumergido en la tempestad, fija tu vista en la estrella, llama en tu ayuda á María, que ella, con el esplendor de sus gracias, te alcanzará el perdón y la perseverancia.

#### EJEMPLO.

Cuenta el discípulo que había un pobre pecador, el cual, entre otras maldades, había cometido la de matar á su padre y á un hermano, y por eso andaba fugitivo. Acertando á oír en tiempo de la Cuaresma un sermón sobre la divina misericordia, se fué voluntariamente á confesar; habiendo oído el confesor aquellos excesos, le envió á un altar de la Virgen de los Dolores para que le alcanzase dolor y el perdón de sus pecados. Fué el pecador, comenzó á orar y cayó allí muerto de repente.

Al día siguiente, encomendando el sacerdote al pueblo que rogase por aquel difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, la cual dejó caer á vista de todos una cédula á los pies del sacerdote. Tomóla éste, y halló escritas en ella estas palabras: « El alma del difunto, apenas salió del cuerpo, se fué al cielo. Y vos, proseguid en predicar la infinita misericordia de Dios. » — LIGORIO.

VALERE FLAMMAM  
VERITATIS

DÍA XII.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz como Maestra  
de la humildad.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que á proporción de la altura á que elevó María el edificio de todas las virtudes, así lo profundo de los cimientos que zanjó, quiero decir, la humildad. Así lo reveló la misma Señora á Santa Brígida: « Tuve tanta humildad, la dijo, que ninguna criatura, ni ángel, ni hombre fué más humilde que yo »<sup>1</sup>. Es la humildad, por lo que respecta al entendimiento, un conocimiento claro de la grandeza de Dios y de la propia miseria, de donde nace la firme persuasión en la persona humilde de que dé sí propia nada tiene, ni nada merece; que si algo tiene, ya sea en el orden de la naturaleza, ó ya sea en el de la

<sup>1</sup> Rev., lib. 1, cap. XLII.

gracia, todo es de Dios. Por eso dijo San Bernardo hablando de esta virtud: « La humildad del juicio es con la que uno, mirándose á sí mismo á la luz de la verdad conoce su vileza y se abate delante de Dios. » Por parte de la voluntad, no es otra cosa que un ardiente deseo de la caridad divina, queriendo para Dios toda la gloria, y para sí toda la confusión y abatimiento. De donde procede que el verdaderamente humilde ama los desprecios y se alegra cuando es reputado y tratado según él se cree de indigno delante de Dios.

Aunque la Santísima Virgen María no ignoraba el inmenso tesoro de gracias, favores y distinciones con que el Omnipotente la había enriquecido desde el primer momento de su ser; sin embargo, estas mismas gracias y favores eran para ella un nuevo motivo de confusión. « La gracia santificante, dice San Bernardino de Sena, que recibió en el vientre maternal, de tal suerte fundó desde el principio su alma en el abismo de la humildad, que como ninguna criatura, después del Hijo de Dios, subió á tanta dignidad de gracia, así ni bajó á tan profundo abismo de humildad. »

La santidad de María fué semejante á un árbol de primera magnitud, que, á proporción que eleva su copa hacia los cielos, echa más profundas raíces en la tierra. Ni estuvo sola en María esta humildad de entendimiento, sino que anduvo acompañada de la de voluntad, que es la que forma al verdadero discípulo de Nuestro Señor Jesucristo: « Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón »<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Math., cap. XI, vers. 29.



Al día siguiente, encomendando el sacerdote al pueblo que rogase por aquel difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, la cual dejó caer á vista de todos una cédula á los pies del sacerdote. Tomóla éste, y halló escritas en ella estas palabras: « El alma del difunto, apenas salió del cuerpo, se fué al cielo. Y vos, proseguid en predicar la infinita misericordia de Dios. » — LIGORIO.

VALERE FLAMMAM  
VERITATIS

DÍA XII.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz como Maestra  
de la humildad.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que á proporción de la altura á que elevó María el edificio de todas las virtudes, así lo profundo de los cimientos que zanjó, quiero decir, la humildad. Así lo reveló la misma Señora á Santa Brígida: « Tuve tanta humildad, la dijo, que ninguna criatura, ni ángel, ni hombre fué más humilde que yo »<sup>1</sup>. Es la humildad, por lo que respecta al entendimiento, un conocimiento claro de la grandeza de Dios y de la propia miseria, de donde nace la firme persuasión en la persona humilde de que dé sí propia nada tiene, ni nada merece; que si algo tiene, ya sea en el orden de la naturaleza, ó ya sea en el de la

<sup>1</sup> Rev., lib. 1, cap. XLII.

gracia, todo es de Dios. Por eso dijo San Bernardo hablando de esta virtud: « La humildad del juicio es con la que uno, mirándose á sí mismo á la luz de la verdad conoce su vileza y se abate delante de Dios. » Por parte de la voluntad, no es otra cosa que un ardiente deseo de la caridad divina, queriendo para Dios toda la gloria, y para sí toda la confusión y abatimiento. De donde procede que el verdaderamente humilde ama los desprecios y se alegra cuando es reputado y tratado según él se cree de indigno delante de Dios.

Aunque la Santísima Virgen María no ignoraba el inmenso tesoro de gracias, favores y distinciones con que el Omnipotente la había enriquecido desde el primer momento de su ser; sin embargo, estas mismas gracias y favores eran para ella un nuevo motivo de confusión. « La gracia santificante, dice San Bernardino de Sena, que recibió en el vientre maternal, de tal suerte fundó desde el principio su alma en el abismo de la humildad, que como ninguna criatura, después del Hijo de Dios, subió á tanta dignidad de gracia, así ni bajó á tan profundo abismo de humildad. »

La santidad de María fué semejante á un árbol de primera magnitud, que, á proporción que eleva su copa hacia los cielos, echa más profundas raíces en la tierra. Ni estuvo sola en María esta humildad de entendimiento, sino que anduvo acompañada de la de voluntad, que es la que forma al verdadero discípulo de Nuestro Señor Jesucristo: « Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón »<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Math., cap. XI, vers. 29.

Y de tal manera se apoderó del corazón de la bienaventurada Virgen esta virtud, que, olvidada ella de sí misma, en nada más pensaba, nada quería ni aspiraba á otra cosa que á dar en todo y por todo honra á Dios. Así lo reveló ella misma á Santa Brígida : « No quise mi alabanza sino de solo el Criador. » Lo que probó bastantemente cuando, honrada por su prima Santa Isabel como Madre de Dios, « ¿De dónde á mí tanta dicha, que venga la Madre de mi Señor á visitarme? ». María, en contestación, prorumpió en aquel sublime cántico, que será la admiración de los siglos, en el que, confesándose indigna delante del Señor, sólo á su Majestad atribuye toda la gloria. Y aun todavía comprobó más con las obras que con las palabras la baja estimación que tenía de sí misma.

La veremos, pues, unas veces ocupada en hajos y humildes ministerios en la casa de Zacarías; otras, presentarse al templo con su divino Hijo, sujetándose ambos á una ley humillante que no los comprendía, reputada siempre por una simple mujer de un carpintero, y en los honores que alguna vez se le tributan á su Hijo ella no tiene parte, ni asiste á las glorias del Tabor; pero sí está firme en las ignominias del Calvario. San Buenaventura nota que aun después que Jesucristo subió á los cielos quiso ella ser la última de quien hiciese mención el sagrado autor de los Hechos Apostólicos. « Se portaba como la infima de las mujeres para ser contada la última. » Por esto dijo un piadoso autor, que aunque María haya dejado muy grandes ejemplos de toda virtud, sin embargo, de la humildad, como de virtud favorecida suya, impri-

mió en su vida las estampas más admirables y luminosas. ¡Oh humildad incomparable de María!

¡Cuánto, pues, no debe amar María á los verdaderos humildes!, y éstos, á su vez, ¡cuánto no deben esperar de su poderoso patrocinio!

¡Alma mía! Si hasta aquí te has dejado llevar del viento de la vanidad, ó arrebatar de la corriente de la soberbia, vuelve sobre ti á la luz de este purísimo espejo; mírate frecuentemente en él, y procura copiar en ti sus perfecciones. Confúndete delante de Dios á la vista de tus extravíos, y pídele por conducto de su Santísima Madre te perdone y te salve.

## EJEMPLO.

En la ciudad de Salemi una buena mujer no cesaba de amonestar con caridad á su perverso marido para que viviese cristianamente y se abstudiese de ciertas malas compañías. El inicuo hombre por esto mismo comenzó á aborrecerla, y resuelto á darla muerte, una noche con un cuchillo improvisamente la asaltó para ejecutarlo y la hirió con muchos mortales golpes. La buena mujer, que desde el primer asalto había invocado á nuestra Madre Santísima, diciendo: « Madre Santísima de la Luz, hacedme á lo menos confesar », hubo visto entonces como una sombra, más toda luminosa y resplandeciente, y oído decirse con voz sensible: « Alégrate, que recibirás los Santos Sacramentos y no morirás ». Falta de fuerzas, casi del todo desangrada, y nadando en su propia sangre, quedó coma muerta. Por tal la tuvo el marido, que, tomándola por los cabe-

llos, levantándola la cabeza, y no descubriendo señal alguna de vida, huyó de miedo de la justicia. No dejó de advertir estas cosas la mujer, que pudiendo luego gritar, lo hizo, concurriendo la vecindad é instando ella por confesor. Vino éste, y porque la halló sin habla, sin pulso y sin respiración, la creyó muerta. Pero esperando un poco, sucedió que la infeliz abrió los ojos y dijo: «Nuestra Madre Santísima de la Luz me ha hecho el milagro, y quiere que yo me confiese y reciba el Santísimo Viático»; lo que hizo luego con singular piedad. Y, puesta después en cura, que como de un cadáver emprendió un cirujano con mayor esperanza en la protección de nuestra Madre Santísima, á quien ella se encomendaba todos los días, que en los remedios del arte, en espacio de veinte días se terminó la cura, y la mujer, restituida á su primer estado por prenda de un agradecimiento á nuestra Santísima Madre, ofreció unos manteles para su altar.



## DÍA XIII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por la luz de gloria  
esencial que goza.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que si la gloria que los santos gozan en el cielo es en proporción del mérito que contrajeron acá en la tierra, ¿quién será capaz de comprender la gloria que disfrutaría,

cuando ni los ángeles ni los hombres juntos la han igualado en merecimientos? Ella ha excedido en gracia y méritos á la Jerusalén triunfante y militante; luego la gloria que goza debe ser muy superior á la de todos los ángeles y santos. La gloria es de dos maneras: una esencial y otra accidental: la primera consiste en conocer y amar á Dios á cara descubierta sin el velo de la fe, según nos enseña el Apóstol, y de ésta es de la que ahora hablabremos.

El Espíritu Santo llama á su esposa María «bella como Jerusalén»<sup>1</sup>, y el sábio Arzobispo de Cantorbery, instruído por la misma Virgen Santísima, dijo: «María sola tiene mayor gloria que todos los ángeles y santos.» Pensamiento que confirma el P. Suárez con estas palabras: «La bienaventurada Virgen vence en perfección de la visión beatífica, no sólo á cada uno de los ángeles y hombres, sino también todas las perfecciones de todos tomadas por junto.» Y esto es lo que nos ha querido dar á entender el mismo Espíritu Santo cuando ha comparado á María ya á la luna, *pulchra ut luna*, ya al sol, *electa ut sol*; significándonos en la primer comparación la igualdad de María con la innumerable multitud de ángeles y santos, y en la segunda lo que á todos aventaja. Porque así como á la presencia del sol desaparece la luz de la luna y el brillo de las estrellas, así á la presencia de María se opaca la luz de gloria de toda la Jerusalén triunfante. Por esta razón, la mujer misteriosa que vió San Juan tenía la luna á sus pies y las estrellas en forma de corona;

<sup>1</sup> Cant., cap. VI, vers. 3.<sup>o</sup>

denotándonos con esto, dice San Alberto, que la Iglesia universal, aun la triunfante, es muy inferior á María, pues apenas le sirve de peana y de corona, y sólo ella está revestida del sol, disfrutando interiormente de un incomparable conocimiento y amor de la Divinidad, y difundiendo en el exterior un exceso de resplandores. A esto alude también aquel texto de los Proverbios: «Muchas hijas amontonaron riquezas, pero tú excediste á todas ellas.» He aquí por qué San Buenaventura exclama: «¡Oh gran Madre de Dios! Tú excediste á todas juntas, María se aventaja á todas las hijas; esto es, á todas las almas y á todas las inteligencias angélicas en riquezas; es decir, en la naturaleza, en la gracia y en la gloria.»

Este exceso conyino á María de tres maneras: de justicia, por sus méritos; de dignidad, por ser Madre de Dios, y de gracia, por el amor que su Santísimo Hijo la tuvo. Y si Salomón tuvo á grande honra suya elevar al trono á Betsabé, su madre, ¿qué dejaría de hacer en favor de María el Hijo de Dios, modelo perfectísimo de los buenos hijos? ¡Ah! ya lo dijo David mucho tiempo antes: «Se presentó la Reina á tu derecha con vestidura de oro recamada de preciosas variedades»<sup>1</sup>. De donde podemos inferir que, por más que los santos y los ángeles hayan gozado y gocen de gloria, nunca pueden igualar á la que sola María disfruta.

Llevada por su divino Hijo sobre todos los coros de los ángeles y santos, su gloria esencial, esto es, su conocimiento y amor beati-

<sup>1</sup> Salmo XLIV, vers. 10.

fico, excede al de todos aquéllos. Su imperio es universal, su dominio es absoluto, su trono sólo al de Dios es inferior. ¡Oh gloria inefable, de María!

A la luz de tanta gloria, ¿qué dices, alma mía, tú que tan poco te cuidas de adquirir el conocimiento y amor de Dios en esta vida? ¡Ah miserable! Te has olvidado que este mundo es el noviciado de la gloria, y por eso no procuras hacer méritos por alcanzarla. Duélete de tu flojedad y pide á nuestra Madre Santísima de la Luz te ilustre con un rayo de la que ella goza, para que sepas aprovechar el tiempo que Dios quiera concederte en este mundo y lo emplees en su santo servicio.

#### EJEMPLO

Hallándose en el campo, muy distante de la tierra de Partana, Miguel Muscita se sintió adolorido en todo el cuerpo, y tan adormecido y pasmado, que no podía dar un paso. No sabía qué hacer, desmayaba y temía morir abandonado en el campo sin sacramentos y sin socorro humano. Volvióse entonces con el corazón á nuestra Madre Santísima, invocándola también con la boca, y estando en la oración sintió agitarse, moverse y soltársele muchos humores, que concurriendo de muchas partes al estómago unidos, le causaron allí como un tumor. Con esto, como descargado de una violenta opresión, recobró el movimiento de su cuerpo y el vigor necesario para caminar, y pudo restituirse felizmente á su casa; llegado á ella, se le deshizo el tumor del estómago, esparciéndosele de nuevo por todo el cuerpo el humor, que lo tuvo en la cama por

cuatro meses con una mortal enfermedad, de que finalmente se libró, reconociendo uno y otro beneficio de la Madre Santísima de la Luz.



## DÍA XIV.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por la luz de gloria accidental que goza.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que á proporción de la gloria esencial que gozan los santos en el cielo, es también la accidental. Esta es de dos maneras: una que pertenece al alma, y otra al cuerpo del bienaventurado. La primera consiste en el clarísimo conocimiento y dulcísima complacencia que experimenta el alma al ver en el Verbo Divino todas las cosas criadas, tanto del orden de la naturaleza como de la gracia. La admirable economía del universo, el perfecto equilibrio de las causas naturales, la serie de efectos que de ella resultan, la relación de los futuros con el pasado, y todo lo que es acá en el mundo objeto de las ciencias naturales y políticas. En el orden de la gracia, la admirable distribución de los medios para conseguir el fin, que es la salud eterna, la armonía interior y exterior en el gobierno de la Iglesia militante, los castigos de los réprobos en la otra vida, la conversión de los pecadores, los trabajos, victorias y perseverancia de los justos: en una palabra, todo lo que dice relación con la admirable

estructura de la casa de Dios, cuyo fundamento son los santos.

Hay además en la patria celestial un premio particular, un aumento más de gloria, que corresponde, según la doctrina del Angélico Doctor, á los vírgenes, por haber triunfado de la rebelde carne; á los doctores, por haber ilustrado al mundo con sus conocimientos, y á los mártires, por haber despreciado los tormentos y la muerte dando su vida por Jesucristo. Esto es lo que llaman los teólogos aureolas de gloria. El conocimiento concedido á los ángeles y hombres es limitado, y sólo corresponde á sus propias personas; pero el de María es ilimitado y se extiende á todas las criaturas, como Reina que es del universo. « De suerte que sólo ella, dice un piadoso autor, puede entrar en aquel íntimo gabinete en donde la mente Divina abre el registro de aquella su grande ciencia que las escuelas llaman *de visión*, y lee los sucesos de todas las criaturas, pasadas, presentes y futuras, como en un purísimo espejo. Así es que sólo ella pudo decir: « Me introdujo el Rey en su retrete » (1). Nada se esconde al conocimiento de la Virgen Santísima, ni los más íntimos secretos de los hombres ni de los ángeles, según nos asegura el P. Suárez. « La bienaventurada Virgen ve en el Verbo todo lo que Dios ve con ciencia de visión. » ¿Qué más puede decirse? Si alguna cosa puede ignorar, será sólo aquello cuyo conocimiento está servado al Verbo; y aun respecto de estos secretos, es fácil conjeturar que aunque no los sepa de justicia, los sabe de dignidad y gracia.

<sup>1</sup> Cant., cap. 1, vers. 3.

De este conocimiento inmenso resulta en el alma de María un inefable gozo, que la enciende más y más en el amor de los bienaventurados, y principalmente de Nuestro Señor Jesucristo, su cabeza. Y como quiera que cuanto uno ama más á otro, tanto más se alegra de su bien, ¿cuál sería la alegría y gloria de la Santísima Virgen cuando Ella ama más á cualquiera bienaventurado que lo que puede ser amado por todos los hombres y ángeles juntos? « Tanto es el amor, dice San Bernardino de Sena, de la Virgen al mínimo de los glorificados, que todo el amor con que en el reino de los cielos toda la naturaleza angélica y humana ama algún bienaventurado, ángel ú hombre, es como el centro respecto de la circunferencia, ó ménos, respecto del amor con que la gloriosa Virgen ama al memor de los bienaventurados, sea ángel ú hombre. »

Á esta incomparable gloria de María se agrega la que disfruta por las tres aureolas que majestuosamente la circundan. Siempre Virgen y Reina de las vírgenes, Doctora y Maestra de los Apóstoles y Evangelistas, no sólo mártir, sino Reina de los mártires. ¡Oh qué gloria tan inefable de María!

Pero aguardad, que he dicho poco: una grande, especial é incomparable aureola de gloria circuye todavía más á la Santísima Virgen María. ¿Cuál es ésta? La que exclusivamente le corresponde como Madre de Dios. Por eso dijo San Buenaventura « que la sagrada Virgen está adornada de un singular esplendor más perfecto que toda aureola, y de orden más alto, el cual esplendor es también singularísimo, como insignia de su real majestad,

principado y dominio sobre todos los bienaventurados ».

¿Qué diremos ahora del abismo de gloria en que se inunda y con que resplandece su santo y virginal cuerpo? Para no cansarnos en hacer ponderaciones, aunque bien dignas, bástenos oír á San Máximo, que dice « que toda otra belleza, comparada con la de María, es una fealdad ». La misma Señora reveló á Santa Brígida que ella en el cielo vestía una gala de gloria semejante á aquella de que anda vestido su mismo Hijo<sup>1</sup>.

¡Cuánto debe ser tu gozo, oh alma mía, al contemplar á tu muy amada tan hermosa y tan llena de gloria por todas partes! Gózate en buena hora, ¡oh Soberana Virgen María!, de tantos bienes, y hazme, por tu misericordia, participante de tu gloria.

## EJEMPLO.

Rosalía Tipani, después de un fiero asalto de apoplejía, había quedado baldada de un brazo, con la boca notablemente torcida, un ojo medio cerrado y otros molestísimos dolores, á que de cuando en cuando se añadía una veheméntísima fiebre. Viéndose en tan infeliz situación, se encomendó á nuestra Madre Santísima, de quien tenía una estampa, y mientras oraba sintió que le caían de las narices algunas gotas de sangre dañada, lo que fué señal de la gracia deseada; porque enderezándosele de repente la boca, abierto el ojo, y cesando todo dolor, quedó perfectamente sana, con admiración de los médicos y de cuantos la conocían.

<sup>1</sup> Rev., lib. vii, cap. xx.

## DÍA XV.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por la Luz de gloria  
que comunica á los santos en el cielo.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que la vista de María aumenta muy notablemente el premio de los bienaventurados en el cielo. San Bernardino de Sena llama á esta Señora «escogida como el sol», para iluminar la muchedumbre de los ángeles. Ni puede ser de otra manera; porque así como la Sabiduría infinita ha distribuído los ángeles en coros, y éstos en jerarquías, disponiendo que los inferiores reciban la luz y conocimiento de los superiores, así á María la ha colocado sobre todos los coros y rejarquías, para que de ella reciban toda la iluminación y conocimiento. «María, dice Gersón, no sólo excede por sí sola en perfección á todas las jerarquías celestiales, sine que forma una jerarquía perfectísima, que más que ninguna otra se acerca á Dios.» «María, brillando y alumbrando, repite San Buenaventura, en su gloria todo lo mira, y dilata la iluminación de su gloria por todos los ángeles y por todos los santos.»

De esta íntima comunicación de luz que de María se difunde sobre todos los cortesanos del cielo resulta á éstos un gozo y una gloria inmensa en sus espíritus y cuerpos, causando sólo la vista de María en los ojos de los bienaventurados un particular paraíso.

De esta insigne belleza hablan los sagrados libros con el mayor encarecimiento, cuando la comparan ya á la luna, ya á la ciudad de Jerusalén, ó cuando es tenida como la única hermosura. Esta luz, penetrando en sus corazones, produce un incendio de amor inexplicable, que los derrite y anega en su inmenso piélago de dulzura. Y si una sola mirada, un solo pelo de su preciosa cabellera ha sido bastante para aprisionar al divino Esposo, ¿qué será gozar de toda su belleza y extasiarse en su incomparable hermosura? Con razón San Bernardino de Sena dijo, «que el amor que causa en el cielo la Virgen es de temple tan noble, tan ardiente, que más ama un solo bienaventurado á la Virgen, que todos juntos se aman recíprocamente, por más vehementemente que sea el amor que ángeles y hombres se tienen entre sí».

Al mérito que en sí misma tiene la Santísima Virgen para ser amada, se agrega la obligación que tienen todos los bienaventurados de amarla. Todos la reconocen como á su bienhechora, pues todos saben que por ella ha venido la salud al mundo. Ella es la puerta por donde todos han entrado en el cielo, como que ha sido la corredentora con su divino Hijo Jesucristo. Ella ha hecho que en los cielos naciese una luz indeficiente; esto es, dice Ricardo de San Víctor, que María ha hecho resplandecer la luz de la gracia en la tierra y la de toda la gloria en el cielo. Y no solamente les ha merecido María esta gloria con sus ruegos, sino principalmente con sus grandes merecimientos al pie de la cruz, ofreciendo la más preciosa víctima al Eterno Padre por los pecados del mundo.

En proporción, pues, de ese intenso amor con que los bienaventurados aman á María, es el gozo que les resulta de su vida y de su eterna posesión; tal es el aumento de su gloria accidental. Por lo que no dudó asegurar San Bernardino de Sena que es mayor el amor que tienen los bienaventurados á María, que el que se tienen á sí mismos, y, por consiguiente, se alegran más de la gloria de la Señora que de la suya propia. Y nada extraño es esto cuando los ángeles mismos, al revelárseles la futura existencia de María, se alegraron más de la creación de esta feliz criatura que de la suya propia. Así le fué revelado á Santa Brígida. De aquí, concluye el Seráfico Doctor, que después de Dios, cuanto hay de más bello, de más dulce, de más alegre en el cielo, ó es la misma María, ó reside todo en María, ó todo se posee y se goza por María. Por eso con toda propiedad es llamada la Señora « Madre de los escogidos », porque en el cielo hace á todos participantes de la sublimidad de su gloria, y de su experimental y práctico gozo de la Divinidad.

La santa Iglesia, atribuyendo á María los caracteres de la sabiduría increada, dice de Ella : « Que es el candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad divina é imagen de su bondad. » Por lo que es preciso confesar que ella es un límpido espejo en donde se reflejan todas las perfecciones de la Divinidad y de donde se comunica tanta gloria á la celestial Jerusalén. Por eso la misma Señora dijo á santa Brígida : « Yo soy como un espejo de las tres divinas Personas; mi alma y mi cuerpo son más puros que el sol y más límpidos que un espejo. Donde como en

su espejo se vieran las tres Personas, si en él se representaran; así en mi pureza se puede ver el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ». ¡Loda sea la Santísima Trinidad, que crió á María Santísima tan llena de gracias, dones, perfecciones, méritos y gloria!

Y tú, alma mía, llénate de regocijo al contemplar á tu buena Madre ocupando tan eminente trono de gloria; y en medio de los trabajos y aflicciones de esta vida, consuélate con que algún día, si lo llevas en paciencia, á más de la vista de Dios, gozarás también en el cielo de los dulces encantos de María. Hazte digno de la gloria con una cristiana vida.

## EJEMPLO.

Á la primera entrada que nuestra Madre Santísima de la Luz hizo en la tierra de Nasso, un hombre, habitualmente sumergido en el cieno de mil torpezas, tocado en el corazón luego que fijó la vista en el rostro de la Madre de pureza, se puso á rogarle que se dignase abuyentar de su ánimo aquella fatal tormenta que lo combatía. No bien había acabado su oración, cuando sintió una mudanza completa en su espíritu; se confesó con bastante dolor de sus culpas, y continuó una vida verdaderamente cristiana.





## DÍA XVI.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque ilustra el entendimiento.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que los tres caracteres de la luz convienen perfectamente á María. A saber: iluminar, encender y alegrar. Ella misma nos da testimonio de esta verdad cuando nos dice: «Yo soy Madre del conocimiento, del amor hermoso y de la santa esperanza.» Examinamos por partes estas hermosas cualidades: veamos, primero, cómo ilustra ó ilumina.

Así como el sol alumbra todos los cuerpos sin que haya uno solo que se escape á sus influencias, así la misericordia de María, dice San Buenaventura, se extiende á todos los hombres sin distinción. » La luz de María es universal, continúa el santo Doctor, se extiende sobre los justos, se adelanta á favor de los penitentes, penetra hasta el corazón inundo de los pecadores, y por todas partes deja las huellas de su beneficencia. Por eso en los Cantares es comparada á la aurora, á la luna, al sol; porque á los penitentes les hace entrever el día de la gracia, á los pecadores con ver el peligro en que se hallan en la tenebrosa noche de la culpa, y á los justos con la gracia les alumbra, cual hermoso y claro día. Oigamos al Papa Inocencio III: «La Virgen, dice, como luna brilla en la noche desterrando las densas tinieblas del pecado, que oprimen á los malos para condu-

cirlos al estado de penitentes. Como aurora luce al amanecer, promoviendo y solidando la conversión de los penitentes, para hacerlos establemente justos y sentar la paz con Dios. Como sol resplandece en el día aumentando el mérito de los justos y haciéndolos siempre crecer hasta su perfecto mediodía de santidad con la práctica de las virtudes cristianas. » He aquí la razón por que la Iglesia militante, compuesta de estas tres clases de gentes, eleva sus ruegos al trono de María reconociéndola como su universal protectora.

No cabe la menor duda en que los pecadores son el objeto de los maternales cuidados de María. «Penetraré, dice la Señora, lo ínfimo de la tierra, y visitaré los dormidos»<sup>1</sup>. Sobre cuyas palabras dice San Bernardino de Sena, que la gran Madre de la Luz es la que penetra con su luz las madrigueras más tenebrosas y oscuras de la conciencia, y allí alumbra la ceguedad y expela el profundo sueño en que yacen los pecadores olvidados de su eterna salud. Y por eso no dice: «sacudiré á los dormidos»; para denotar que ella no despierta á los pecadores del letargo de la malicia moviéndolos con amenazas ó hiriendo los con castigos, sino llamándolos á penitencia con la eficacia de su dulce vista, y por lo mismo añade: «y miraré á los que duermen». Por la misma razón, la santa Iglesia la dirige con ternura todos los días esta hermosa súplica: «vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.» ¿Ni en qué otra cosa mejor puede emplear María los ricos tesoros

<sup>1</sup> Eccles., cap. XXIV, vers. 45.

de gracia de que es depositaria y administradora fidelísima? Ella, continúa el citado Padre, tiene jurisdicción sobre todas las procesiones temporales del Espíritu Santo, y por eso, por sus manos se administra toda gracia á los que quiere, cuando quiere, y como quiere.

Pero parece que tiene muy particular empeño en ilustrar á los descarriados, para que, convertidos, formen su corona; y el recuerdo de los pecadores es la principal gloria que el Real profeta le atribuye. Véase todo el salmo LXXXVI, que no es otra cosa más que un completo panegirico de María. ¿Mas cuáles son las gloriosas hazañas que en él tanto se celebran? ¡Ah! No son, por cierto, las victorias conseguidas sobre el infierno, no la gloria de sus eminentes privilegios, no la exaltación y grandeza debidas á sus incomparables méritos; son los recuerdos, sí, los recuerdos que ella hace de los más asquerosos y abominables pecadores. Por depravado que sea el pecador, por desesperada que parezca su salud eterna, María no se olvidará de favorecerlo, protegerlo y salvarlo, siempre que el miserable no la eche en olvido. Estos son los leones y pardos, cuya corona le ofrece el Divino Esposo, los cuales por la penitencia se convierten en brillantísimas estrellas, como lo vió San Juan. Las fieras, por la gracia, dice Ricardo de San Lorenzo, y oraciones de María, se hacen estrellas para ajustarse á la cabeza de tan grande Reina. ¡Oh pecadores!, por graves é incontables que sean vuestros pecados, no desesperéis de vuestra salud eterna á vista de tan viva luz. Acudid á María, que ella os salvará.

Es costumbre del enemigo infernal oscurecer y atenuar la fealdad y gravedad de la

culpa antes de que se cometa; como también exagerar la Divina clemencia para que el pecador sin miedo ni temor se arroje á toda clase de excesos y se pierda. Por el contrario, después que se ha cometido el pecado, infunde el maldito una gran vergüenza para que no se confiese, lo abulta, pintando su deformidad con los colores más negros, rebaja la misericordia de Dios y exalta los derechos de su justicia, con lo cual el alma que trata de arrepentirse y quiere volver al sendero de la justicia, se aterra, se confunde, y muchas veces desespera. Aquí es donde María, como apacible Aurora, se presenta difundiendo sus consoladoras luces, « penetraré á lo más bajo de la tierra, iluminaré á todos los que esperan en él ». Quiere decir, según la doctrina de San Bernardino de Sena, « con mi ilustración haré que conozcan á Dios y esperen en El ». Con lo que María adquiere un verdadero derecho haciéndose Madre de los pecadores arrepentidos; y no solo, sino un nuevo título de Madre de Jesucristo á quien de nuevo da á luz en cada uno de éstos.

Y si estas finezas usa María con los pecadores, ¿cuáles serán las que emplea con los justos? ¡Ah! sobre éstos derrama torrentes de luz que los ilustra y dirige con más seguridad por el camino de la perfección; mostrándoles unas veces sus imperfecciones para que las enmienden; fortificándolos otras en sus buenos propósitos para que los cumplan; ora haciéndoles conocer y seguir las inspiraciones del cielo, ó bien sosteniéndolos en los combates espirituales y alcanzándoles la perseverancia en la virtud. « Ciérrense las ventanas de alguna estancia, dice San Alberto; si no

hay luz por fuera, quien está dentro no puede descubrir los resquicios, los defectos y los vicios de ella. Mas haced que despunte el día; aquellos mismos ojos, que poco antes ningún daño veían, comienzan á descubrir todas las brechas, todas las rendijas, todas las aberturas, y cuanto más crece la luz tanto mejor se ve lo que está dentro. Así el justo favorecido de María entra en sí mismo y descubre en lo profundo del corazón toda mancha aunque mínima que ahí esté de culpa, todo lunar de pecado, todo átomo de imperfección que antes parecía invisible. La Virgen ilumina el entendimiento con un sincero conocimiento así de la propia bajeza como de la grandeza de Dios, que son los dos quicios en que se mueve toda la arquitectura del santuario. » En una palabra, siendo esta vida un enrespado mar por el que no es preciso navegar para llegar al puerto de la salvación, ya sea por la inocencia conservada ó recobrada por la penitencia, es indispensable, si no queremos naufragar, el no apartar jamás nuestras miradas de la Divina Estrella María. Tal es la eficacia de su protección: tan vivos así son sus resplandores.

¡Oh alma mía! Agradece á tu bienhechora sus caritativos oficios, y no te separes de su amoroso patrocinio; pídele te ilumine, para que no duermas el sueño de la muerte eterna y se burlen de tí tus crueles enemigos.

## EJEMPLO.

Un pecador á quien tenía completamente perdido una indigna relación, ocurrió á nuestra Madre Santísima de la Luz, cuya imagen

trafan los misioneros, implorando su poderoso auxilio para apartarse de la culpa. Apenas hubo acabado de rezar devotamente una salve, cuando sintió trocarle el corazón en términos que tomó la determinación de confesarse. Pero como la pasión impura había echado en él profundas raíces, era cruelísima la guerra interior que experimentaba. Por lo cual, ocurrió de nuevo á implorar el auxilio de la Reina de las Vírgenes, y fué tan agradable á la Señora el fervor de su oración, que le alcanzó en el acto de su Santísimo Hijo la gracia que deseaba. Hizo confesión general de sus culpas; entabló una vida cristiana, y suplicó al confesor no tuviese oculta gracia tan particular, sino que la publicase á honra y gloria de María.

## DÍA XVII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque enciende los corazones.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que la Luz de María no solamente ilustra el entendimiento, sino que también inflama el corazón de todos cuantos ocurren á ella. Con la ilustración del entendimiento el alma descubre la grandeza de Dios, la propia miseria y la vanidad del mundo; y á proporción que el corazón queda vacío del amor de las criaturas, se llena del amor divino. Por esto San Lorenzo Justiniano nos exhorta á

hay luz por fuera, quien está dentro no puede descubrir los resquicios, los defectos y los vicios de ella. Mas haced que despunte el día; aquellos mismos ojos, que poco antes ningún daño veían, comienzan á descubrir todas las brechas, todas las rendijas, todas las aberturas, y cuanto más crece la luz tanto mejor se ve lo que está dentro. Así el justo favorecido de María entra en sí mismo y descubre en lo profundo del corazón toda mancha aunque mínima que ahí esté de culpa, todo lunar de pecado, todo átomo de imperfección que antes parecía invisible. La Virgen ilumina el entendimiento con un sincero conocimiento así de la propia bajeza como de la grandeza de Dios, que son los dos quicios en que se mueve toda la arquitectura del santuario. » En una palabra, siendo esta vida un enrespado mar por el que no es preciso navegar para llegar al puerto de la salvación, ya sea por la inocencia conservada ó recobrada por la penitencia, es indispensable, si no queremos naufragar, el no apartar jamás nuestras miradas de la Divina Estrella María. Tal es la eficacia de su protección: tan vivos así son sus resplandores.

¡Oh alma mía! Agradece á tu bienhechora sus caritativos oficios, y no te separes de su amoroso patrocinio; pídele te ilumine, para que no duermas el sueño de la muerte eterna y se burlen de tí tus crueles enemigos.

## EJEMPLO.

Un pecador á quien tenía completamente perdido una indigna relación, ocurrió á nuestra Madre Santísima de la Luz, cuya imagen

trafan los misioneros, implorando su poderoso auxilio para apartarse de la culpa. Apenas hubo acabado de rezar devotamente una salve, cuando sintió trocarle el corazón en términos que tomó la determinación de confesarse. Pero como la pasión impura había echado en él profundas raíces, era cruelísima la guerra interior que experimentaba. Por lo cual, ocurrió de nuevo á implorar el auxilio de la Reina de las Vírgenes, y fué tan agradable á la Señora el fervor de su oración, que le alcanzó en el acto de su Santísimo Hijo la gracia que deseaba. Hizo confesión general de sus culpas; entabló una vida cristiana, y suplicó al confesor no tuviese oculta gracia tan particular, sino que la publicase á honra y gloria de María.

## DÍA XVII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque enciende los corazones.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que la Luz de María no solamente ilustra el entendimiento, sino que también inflama el corazón de todos cuantos ocurren á ella. Con la ilustración del entendimiento el alma descubre la grandeza de Dios, la propia miseria y la vanidad del mundo; y á proporción que el corazón queda vacío del amor de las criaturas, se llena del amor divino. Por esto San Lorenzo Justiniano nos exhorta á

combatir y vencer, bajo los estandartes de María, las vanas lisonjas del mundo.

Tres son, dice San Juan, los enemigos que nos combaten : « La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida »<sup>1</sup>. Es decir, los deleites, las riquezas, los honores. Para combatir, pues, estos enemigos nos proporciona María sus armas de luz.

Es evidente que María, desde el primer instante de su ser, aplastó la cabeza de la infernal serpiente y destruyó su fatal imperio; y con esto, desde entonces puso en claro con los esplendores de su luz todas las maquinaciones de este antiguo enemigo del género humano, que tan hábilmente sabe transformarse en ángel de luz. Con cuyo auxilio los hombres pueden conocer ya y evitar los lazos que el maldito tiende á su virtud.

De ordinario acontece que los mundanos, al cerrar para siempre los ojos del cuerpo, abren los del alma para conocer y desengañarse de la vanidad de los contentos, de las riquezas y de los honores de este mundo; pero regularmente es éste un desengaño inútil é infructuoso, como quiera que ya no queda tiempo para reparar las faltas que han cometido. Mas el desengaño que proporciona María con sus ilustraciones es muy diverso. Porque lo infunde en tiempo oportuno, haciendo conocer la vileza de los bienes terrenos y la grandeza y hermosura de los celestiales, y con este conocimiento infunde el desprecio de los unos y la debida estimación de los otros. Así es como

<sup>1</sup> I Joan., cap. II, vers. 16.

el que ha logrado esta dicha exclama : « Todo lo tengo por estiércol por lograr á Cristo »<sup>1</sup>; ó dice con San Ambrosio : « Dejemos la sombra los que buscamos al sol, dejemos el humo los que seguimos la luz. » Es necesario, por tanto, estar sobre aviso siempre que el demonio nos tienta, poniendo á nuestra vista los falsos bienes de este mundo, para ocurrir inmediatamente á María, á fin de que con el esplendor de sus santas ilustraciones nos haga conocer el engaño del tentador, y detestar sus ofrecimientos. De este modo, extinguido el fuego del amor carnal y mundano, se encenderá y vivirá en nosotros el fuego de la caridad para con Dios y para con nuestros prójimos.

Ni puede menos de ser así, porque el fuego del amor divino no prende en el corazón que no ama á su hermano.

Trabaja con empeño, ¡oh alma mía!, por adquirir el rico tesoro de la caridad con Dios y con tus prójimos, y á este fin no dejes de instar á nuestra Madre Santísima de la Luz se digne herir tu corazón con un rayo de sus esplendores, y te inflame de tal suerte, que no sepas ya vivir sino para Dios durante el resto de tu vida.

#### EJEMPLO.

Una mujer, después de varias y vergonzosas caídas, vencida de la vergüenza, había por mucho tiempo callado sacrilegamente estos pecados en la confesión. Mas conociendo el estado infelizísimo de su alma ocurrió á implorar el auxilio de nuestra Madre Santísima

<sup>1</sup> Ad Phillip., cap. III, vers. 8.<sup>o</sup>

de la Luz, quien movida de sus fervorosos ruegos, le alcanzó del Señor un profundo conocimiento de sus faltas y una firme resolución de confesarlas todas. Así lo hizo; y desde ese momento, con la mudanza de vida, comenzó á disfrutar de una dulce paz.

DÍA XVIII.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque alegra  
el corazón.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que si la luz material es tan amable, así por la belleza que le es propia como porque sin ella no existe ninguna otra hermosura, es indecible lo amable que sea María, ya por la belleza que en sí tiene, ya por la que hace aparecer mediante sus celestiales luces. A la primera entrada de esta divina luz en el mundo llenó la tierra de alegría, dice la Santa Iglesia, y apareciéndose una vez en carne mortal á San Dionisio Areopagita, lo dejó lleno de tal contento, que era sólo comparable al del Paraíso. Es verdad que durante nuestro destierro en el mundo no nos es permitido contemplaba cara á cara el rostro virginal de María; pero podemos imaginarnos su hermosura y recrearnos santamente con su dulce recuerdo.

Después de la muerte del rey Josías, sólo su memoria llenaba de alegría el corazón de

todos, dice el Eclesiástico <sup>1</sup>. ¿Qué efectos no producirá en nuestras almas el recuerdo de la Madre de Dios? «¡Tú, oh gran Madre de Dios, la dice San Bernardo, no puedes insinuarte en la memoria sin anegar el corazón en una dulzura espiritual!» «¡Felices vosotros, oh espíritus angélicos, que tenéis la dicha de contemplar cara á cara los esplendores del semblante augustísimo de María! ¡Mas también felices nosotros á quienes la dulce memoria de María, aunque ausente, llena el espíritu de suavidad sobrehumana!» dice San Pedro Damiano. Y San Juan Damasceno añade «que el mayor premio que puede darse á un devoto de María es el don de su memoria.» «Aquel lugar de delicias, de donde salía un río para regar el Paraíso terrenal, repite San Pedro Damiano, figuraba el castísimo seno de María, que, lleno de celestiales contentos, no pudo menos de llamar la atención de su mismo Divino Esposo, que exclamó: «¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias?» Y lo notable es que esta santa alegría no la tiene sola para sí, sino que la derrama á torrentes sobre nosotros. Por eso el Cartujano, transportado de este divino gozo, llegó á decir «que la Virgen se hace para nosotros en cierto modo más amable que el mismo Dios.» No porque al Señor le falte amabilidad y dulzura hasta el infinito, sino porque no habiendo en María nada temible como en Dios, nuestro afecto y ternura tienen más acceso á Ella. «Eres demasiado amable y suave, son sus palabras, y para decir verdad, no sabes ó no sé qué más dulce en cierto

<sup>1</sup> Eccles., cap. XLIX, vers. 1.º

modo para nosotros que el mismo Dios, aunque esto no sucede por parte de Dios, sino por la nuestra.»

La alegría y contento que se nos comunican por medio de María se aumentan también en nosotros; porque á la belleza que Ella en sí misma tiene, se agrega la que nos descubre en otros objetos que presenta á nuestra vista.

Efectivamente, á la luz de María descubrimos la hermosura de la virtud y todo el atractivo que ésta tiene. Por eso San Juan Damasceno la dice: «Tú eres dulzura, cuando, quitándonos el trabajo de la virtud, rocías con admirable suavidad todo lo que hacemos.» A un caminante á quien sorprende la noche en un espeso bosque no le basta el deseo de arribar á su término, si no viene en su auxilio un destello de luz que lo alumbré y le haga ver los precipicios para evitarlos; y sólo cuando ésta se le presenta recobra el gozo perdido al encontrarse en tinieblas. Nosotros somos esos caminantes extraviados á quienes María alumbró, como en otro tiempo la columna de fuego á los israelitas en el desierto, descubriéndonos los precipicios y mostrándonos el verdadero camino que hemos de seguir para llegar con seguridad á la patria celestial. Así lo dijo San Buenaventura: «María es para nosotros columna de fuego que nos ilumina, y aun á todo el mundo ilustra con muchos beneficios de su misericordia. ¡Oh nosotros, miserables! ¡Oh nosotros, infelices! ¡Cuántos serían nuestros tropiezos, cuántas nuestras caídas, y por eso cuál nuestro peligro, nuestro afán, si en la noche obscurísima de este siglo no nos aclarase la senda aquella benéfica columna de María, que es toda fuego y toda luz!

La clara luz de María, no solamente nos alegra haciéndonos amable la virtud, y mostrándonos el camino de gloria, sino que nos da seguridad de poseerla algún día, dándonos como en prendas una dulce y santa esperanza. «El que se llegare á María, dice San Anselmo, es imposible que perezca.» Basta que ella quiera para que nos salvemos. Por eso ningún pecador, por abandonado que sea, debe desesperar de su salud eterna, siempre que se acoja al patrocinio de María. «Ninguno hay tan apartado de Dios, dijo la Virgen á Santa Brígida, que, si me invocare, no se convierta y alcance misericordia.»

Del venerable Fr. León, uno de los compañeros de San Francisco de Asís, se refiere que habiendo visto una vez que muchos religiosos, después de multiplicados esfuerzos, no pudieron subir por una escalera de color rojo que conducía á Nuestro Señor Jesucristo, que estaba en el extremo superior de ella; pero si subieron con facilidad por otra blanca que se les ofreció, y en cuya parte superior se hallaba la Santísima Virgen María. Ved con cuánta razón es llamada María «Escalera de los pecadores», «su única esperanza después de Jesucristo», y, finalmente, «puerta del cielo», porque sólo por su mediación podemos conseguir la eterna felicidad.

¡Oh alma mía! Regocíjate en el Señor al considerar que tienes, no sólo una abogada, sino una buena Madre en María, quien tiene tanto interés en salvarte. No te separes de su protección, no dejes de invocarla llena de confianza; y al esplendor de su luz reconoce tus faltas, llóralas, detéstalas y trabaja seriamente en el negocio de tu salvación.

## EJEMPLO.

Una mujer, habiendo recibido una ofensa de otra que era su amiga, le cobró tal aborrecimiento, que no sólo dejó de tratarla, sino que estaba dispuesta á desobedecer el mandato del confesor cuando le prescribiese la correspondiente reconciliación. Llegóse, por fin, este caso en tiempo de la misión, y sintiendo gran repugnancia en perdonar á su enemiga, ocurrió llena de fe á nuestra Madre Santísima de la Luz, quien instantáneamente mudó su corazón, é hizo que no sólo cesase aquella enemistad, sino que se trocase en una íntima, cordial y santa amistad.

## DÍA XIX.

## MEDITACIÓN.

*Maria Madre de la Luz por los beneficios que dispensa.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que el mismo nombre de Madre Santísima de la Luz está indicando los bienes que María reparte. La luz por sí misma es un bien y origen de otros muchos, de que se sigue que, siendo María Madre de la Luz, es como si dijéramos Madre del bien, origen y causa de muchos otros. Y lo es, en efecto, ya sea que se considere como Madre, ó bien como Hija de la Luz eterna.

Del primer modo, Ella dice de sí misma : «Yo hice nacer en el cielo una luz indeficien-

te »<sup>1</sup>, lo cual concuerda con lo que la Iglesia canta de la misma Señora que dió al mundo á Nuestro Señor Jesucristo, que es la luz eterna. Y al darnos esta luz eterna, con ella nos dió todos los bienes y se hizo causa de todos ellos. Efectivamente, los dolores, las afrentas, las ignominias, los padecimientos, la muerte de cruz sufrida por su amado Hijo en satisfacción de nuestros pecados, ¿á quién sino á María se los debemos? Por esto el Cartujano dijo « que la Virgen era el origen de todos nuestros bienes y el Sol indeficiente ».

Pero todavía se muestra de una manera más palpable su beneficencia, considerada como hija de la Luz; porque inmediatamente, y por sí misma, como causa instrumental, reparte los tesoros de la Divinidad. « Las manos de María, dice San Bernardo, son aquellos saludables acueductos por donde pasa todo nuestro provecho. » Y Ruperto Abad, que todos los bienes que se goza por todo el mundo se derivan de la Virgen; y el Idiota asegura que por ella y con ella tiene y tendrá el mundo todo bien. « Dios puso en María, repite San Bernardino de Sena, la plenitud de todo bien, para que si hay en nosotros alguna esperanza, alguna gracia, alguna salud, sepamos que de ella nos redundan. Antes, cuanto hay de virtud, de inocencia, de belleza espiritual, de gloria en el cielo y en la tierra, todo es reflejo de la luz que de sí despiden María. » Todo el capítulo xxiv del libro del Eclesiástico es una bella pintura de la gloria y beneficencia de María, quien de sí misma dice : « En mí está toda la gracia para

<sup>1</sup> Eccles., cap. xxiv, vers. 6.



conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud». ¡Qué bien comprendió esta verdad San Felipe Benicio cuando se le dejó ver María montada en un carro de luz, del que tiraban un león y un cordero, dándole á entender con esto que con la mansedumbre de la gracia, que ella reparte con sabia economía doméstica, la indómita ferocidad de nuestro albedrío, ayudándole á llevar con gusto el yugo de la ley divina!

Y no solamente reparte María los bienes espirituales, sino también los temporales. La razón es clara, porque tiene poder y voluntad para distribuirlos. Con la dignidad de Madre de Dios adquirió el señorío sobre todo cuanto hay en los cielos y en la tierra, en el orden natural y sobrenatural. «En el cielo, dice Ruperto Abad, es Reina de los santos, y en la tierra, Reina de los reinos.» San Bernardino de Sena aplica, tanto á Jesús como á María, las palabras del Salmista: «Del Señor es la tierra y su plenitud». La Virgen Santísima, dice, mereció el principado y reino del mundo, porque su Hijo, en el primer instante de su concepción, mereció y obtuvo la monarquía de todo el universo. » Por otra parte, con el cierto dominio que María ha ejercido y ejerce sobre su divino Hijo, ¿qué cosa habrá que, siendo conveniente á nuestra salud eterna, le pida y no se la conceda? Nada, absolutamente nada. ¿Y le faltará buena voluntad á María para favorecernos? Ciertamente que no. Quien nos ha dado á su propio Hijo, ¿nos

<sup>1</sup> Eccles. cap. XXIV, vers. 25.

<sup>2</sup> Salmo XXIII, vers. 1.

negará los bienes temporales convenientes á nuestra salud eterna?

¡Oh alma mía! Excita tu reconocimiento para con tu bienhechora, y procura no hacerle indigna de sus favores con tu mala vida. Ten caridad con tus prójimos y benefícialos en cuanto puedas, segura de no quedar sin recompensa.

## EJEMPLO.

Una mujer, habiendo perdido completamente el uso del oído, vivía muy mortificada, principalmente por no poder escuchar la palabra de Dios. Pero llena de fe y confianza en la poderosa protección de nuestra Madre Santísima de la Luz, ocurrió á ella pidiéndole remedio á su necesidad. No quedó frustrada su esperanza; comenzó á aplicarse como medicina el aceite de la lámpara que ardía ante la santa imagen, y con admiración de todos, recobró instantáneamente el uso del sentido perdido.

## DÍA XX.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque distribuye sus beneficios en todo lugar.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que así como el sol penetra con sus rayos por todas partes, y en todas ellas ejerce su benéfico influjo, del mismo modo María influye con los rayos de su misericor-

día en los cielos, en la tierra y aun en los abismos. No os escandalicéis creyendo muy avanzada esta proposición.

En cuanto á lo primero, dice San Bernardo que « el Padre Eterno se complace de tener en el cielo un esplendor compañero de su divina fecundidad, y éste es el de María, para que no haya, ni aun en el cielo, quien no participe de la plenitud de bienes que están en ella ». De suerte que todas las obras maravillosas y las gracias que los bienaventurados hacen y dispensan en favor de sus hermanos, los hombres, todas las consiguen por medio de María, como dispensera y tesorera de las divinas misericordias.

Pero donde se hace más ostensible la generosa liberalidad de María es acá en la tierra. Porque, en efecto, si no fuera por ella, ¿en cuántos males y estragos no estaría envuelto el mundo? Anegado como está éste en un diluvio de pecados, que obligan á la divina Justicia á descargar pesados golpes, ¿qué fuera, pues, de él si María no interpusiese á cada paso su mediación y sus respetos? Por cierto que tiempo ha que hubiera naufragado á no interponerse esta preciosa arca de salud, este luminoso iris de salvación y de paz.

Entre los mismos rabinos es tradición muy antigua que, así como Dios crió el mundo por amor de María, así también por ella lo conserva. Los piadosos y eficaces ruegos de esta feliz doncella de Israel contienen los furioses de la Justicia divina, ensañada contra el mundo por sus maldades. Las criaturas todas, armadas contra el pecador, tratan de defender los derechos de la divina Justicia, ultrajados villanamente por éste, y María, con sus

amables súplicas, excita la divina misericordia y refrena el ímpetu de los ministros de la divina venganza. Arrebatado en éxtasis un día Santo Domingo de Guzmán, vió que el Señor, airado contra el mundo, iba á disparar tres saetas : una, contra los soberbios; otra, contra los avaros, y la tercera, contra los sensuales; pero entonces, la incomparable Virgen, postrada ante el acatamiento de su divino Hijo, suspende con sus amorosos ruegos el brazo de su justicia y le arranca, por decirlo así, el azote con que trataba de destruirlo. Y es que María, semejante á su mismo divino Hijo, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

María, representada en el Arca de la alianza, en donde, por consideración á su futura existencia, preservó Dios del castigo general á Noé y su familia, es la única que nos puede poner á cubierto de los rayos de la divina Justicia, ofendida con las maldades de los hombres. Casi extinguida la raza de los hombres con el diluvio, y satisfecha la cólera Divina, jura Dios por sí mismo no volver á inundarlo con las aguas; y como garantía de su promesa presenta el arco iris, á cuya vista los hombres en lo sucesivo reanimen su esperanza, recordando el antiguo pacto. Este arco, pues, dicen los Santos Padres, es figura de María, que, interpuesta entre Dios y los hombres, desarma á aquél y salva á éstos.

María es también aquella misteriosa columna de nube y fuego que de día y de noche protegía á los israelitas en el camino para la Tierra de Promisión. ¿Queréis, pues, ¡oh mortales!, que los ardores del Sol de Justicia no os abrasen y consuman? ¿Queréis no extra-

viarios del recto sendero que conduce al cielo? Acogeos á la protección de María.

En el infierno ya no hay remedio. Cuando decimos que María influye con su beneficencia hasta en los mismos abismos, no intentamos establecer que su poder se extienda á salvar á los infelices á quienes la Divina Justicia tiene definitiva é irrevocablemente consignados á los calabozos eternos; el sentido de nuestra proposición es que, aun después de la muerte, María nos dispensa sus beneficios librando las almas de sus devotos de las voraces llamas del Purgatorio. Á éstas, en efecto, consuela María con sus amorosas visitas, les mitiga el ardor de sus penas, les abrevia el término de sus sufrimientos, y, aun tomando del tesoro de sus propios méritos, satisface por ellas á la Divina Justicia y las pone en posesión del eterno reino.

¿Te entibiarás, alma mía, en el servicio de tan buena Madre? ¿Rehusarás prestarle los obsequios propios de un buen hijo? ¿Querrás sustraerte de su benéfica influencia haciéndote objeto de la divina venganza por toda la eternidad? ¡Ah, pobre de ti si así fuera! Teme, pues, esta desgracia si no llevas una buena vida.

## EJEMPLO.

Don Antonio Botillier, cursante de Teología en el colegio de la Compañía de Jesús de Caltagirón, hacía ya un año que era atormentado de los infernales espíritus, que lo tenían poseído. Cuando, por dicha suya, juntamente con la Misión, llegó la imagen de nuestra Madre Santísima de la Luz, á quien ocurrió inmediatamente con fervorosas oraciones, ayunos,

novenas y otros piadosos ejercicios, para interesarla en su favor en aquella tan grave necesidad. No quedó defraudada su esperanza. Armado el exorcista con la oración, recogimiento y mortificaciones convenientes, y depositando toda su confianza en la Madre de Dios para el buen éxito de aquella empresa, se presentó al energúmeno, y con los exorcismos de la iglesia y, finalmente, con la imposición de la sagrada imagen de nuestra Madre Santísima de la Luz, triunfó de la rebeldía de aquellos infernales espíritus, que declararon ser en número muy considerable.



## DÍA XXI.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque distribuye sus bienes sin distinción de personas.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que la beneficencia de María es semejante á la Providencia divina, que hace nacer el sol para los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los pecadores. La Virgen Santísima, dice San Bernardo, derrama sus beneficios sobre toda clase de personas, sin distinción de edad, sexo ni condición: no examina méritos antecedentes para hacer bien, sino que, por el contrario, allí donde hay más necesidad, allí hace ostentación de su misericordiosa liberalidad. Por más grande é inmundado que sea un pecador, si se arroja al seno

de su piedad lo acoge con ternura verdaderamente maternal. «Yo soy Madre de todos los pecadores que quieren encomendarse, porque gusto mucho de recibir en mi defensa al pecador, como una amorosa madre que viera venir así un hijo suyo desnudo y huyendo de sus enemigos armados. Así lo hago y lo haré con todos los pecadores que á mi Hijo le piden misericordia.» Así lo reveló la Señora á Santa Brígida.

Lázaro, resucitado después de cuatro días de muerto, es figura de un pecador envejecido en sus vicios, á quien solo Dios, con su poder, vuelve á la vida de la gracia. Pero así como para obrar la resurrección del primero, dice San Pedro Crisólogo, fué necesario que interviniese por lo menos el nombre de María, que era el de la Magdalena, del mismo modo para resucitar al segundo de la muerte del pecado es necesario interponer los respetos de María. Y si con los pecadores es tan misericordiosa esta buena Madre, ¿qué será con los justos, que son el objeto de las complacencias de Dios y suyas? «Como una Madre, sigue diciendo á Santa Brígida, siempre tiene la mano prevenida para oponerse á los peligros en defensa del corazón de su hijo, así yo estoy dispuesta á defender siempre y librar de todo espiritual peligro.» «María, dice San Bernardo, á todos abre el seno de su misericordia para que todos reciban de su plenitud: el cautivo, rescate; el enfermo, sanidad; el triste, consuelo; el pecador, perdón; el justo, gracia.» Y esta beneficencia se extiende á todos los hombres presentes, pasados y futuros, hasta el fin del mundo. Porque, como dice Ricardo de San Lorenzo, «Jesucristo, mante-

niendo juntos los dos cargos de Redentor y de Juez, y debiendo por eso templar la misericordia con la justicia, no está siempre dispuesto á usar de misericordia: Cristo es Juez y Redentor, justo y misericordioso; por eso alguna vez dice: aun no ha llegado mi hora.» Mas la Virgen, á quien no compete sino el oficio de la clemencia, como á nuestra correcentora, abogada y Madre, no hay hora en que no esté pronta á compadecerse y deseosa de hacer bien.»

Todavía sube de punto esta misericordiosa beneficencia de María si se atiende á que las gracias que el mundo recibió desde el principio de su creación hasta el nacimiento de María, son efecto de la voluntad de esta Señora. Por ella fueron perdonados nuestros primeros padres; por ella Noé y su familia libertados de la muerte en el diluvio; por ella Abraham, Isaac y Jacob, favorecidos; el pueblo de Israel libertado de la esclavitud de Egipto; en una palabra, todos los Santos Patriarcas y Profetas por ella consolados. Así dice San Bernardino de Sena: «De manera que de la luz de María puede decirse lo que de Nuestro Señor Jesucristo, que era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.»

¡Gran consuelo debes tener, oh alma mía, á la vista de una Madre tan llena de caridad, tan rica en dones y tan liberal en distribuirlos! Seas quien fueres, pecador ó justo, siempre tienes derecho á pedirle use contigo de sus bondades; no te retires de la sombra de su protección; no la eches en olvido; trabaja por la propagación de su culto, y aguarda confiada la eterna recompensa.

## EJEMPLO.

Un sacerdote, de vida no muy conforme con la dignidad de su estado, celebraba, sin embargo, diariamente los sagrados misterios sin la pureza de conciencia que exige tan alto ministerio. Sucedióle cantar la misa en uno de los sábados dedicados á nuestra Madre Santísima de la Luz, delante de su sagrada imagen, y, levantando los ojos para mirarla, fué sorprendido interiormente de una extraordinaria luz, que le hizo conocer el infeliz estado de su alma. Por lo que, apenas hubo terminado el divino sacrificio, cuando inmediatamente hizo confesión general de todas sus culpas con un sincero dolor de ellas, y con esto dió principio á la ejemplar vida que después siguió.

## DÍA XXII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque da la salud á los enfermos.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que la triste herencia de los desgraciados hijos de Adán son los dolores, las enfermedades y la muerte. Por todas partes resuena el dolorido eco del que padece y del que sufre; pero también por doquier se levanta un alegre cántico de acción de gracias que revela la prodigiosa beneficencia de María. Y es que ella al pie de la cruz, viendo morir en

tre los más acerbos tormentos á su amado Hijo, aprendió á compadecerse de los desgraciados que sufren en su cuerpo los dolores de una enfermedad. Allí mismo, en la persona del Evangelista, recibió á los hombres como una herencia inalienable, y desde ese mismo momento ya su amor y su ternura no reconocen límites. Sólo su dulcísimo nombre, pronunciado con devoción, es un bálsamo de consuelo que se derrama en el corazón del enfermo y una medicina eficaz que cura sus más inveterados males. Y si no, decidme: ¿qué quieren decir esas famosas romerías que en todas partes se hacen á los célebres santuarios que la piedad cristiana ha levantado á María? ¿Qué significan esos votos pendientes ante los altares de María? Son los trofeos más esclarecidos que la Madre de Dios ha conseguido sobre las dolencias y la muerte á que vive condenada la infeliz humanidad. Los de la infima plebe, lo mismo que los de las clases más elevadas; los rústicos, lo mismo que los sabios; el labrador pacífico, lo mismo que el fogoso guerrero, todos á la vez se apresuran á ofrecer sus testimonios de reconocimiento y amor hacia su dulce bienhechora. «¡Oh expresivos testimonios, exclama un escritor piadoso, con cuánta elocuencia habláis á la fe!; cuán vivamente excitan la confianza en la que tan justamente llama la Iglesia «salud de los enfermos»!

Verdad es que algunas veces no conseguimos la salud apetecida, pero no es porque á María falte poder ni voluntad para restituírnosla, sino porque no conviene á nuestra salud eterna. Mas si nos niega la salud corporal, nos alcanza en cambio la gracia necesaria para

sufrir con resignación y con gusto todas nuestras dolencias, infunde en nuestra alma un consuelo inexplicable, juntamente con la paz y tranquilidad propias del justo, y llenos entonces del espíritu que animaba á Job, no podemos menos de exclamar: «¡Ay!, que en mis dolores extremos me quede al menos este consuelo, que Dios no me perdone en este día de prueba, y que yo no murmure en nada contra su providencia adorable»<sup>1</sup>.

De este modo, si la muerte se presenta, no tiene el aspecto terrible que asusta al pecador, sino el semblante halagüeño con que convida al justo á gozarse en las inefables delicias de su Señor. El enfermo muere tranquilo, porque su muerte es un dulce sueño, es un tránsito á mejor vida, vida feliz, vida imperecedera á la cual no tendrán jamás acceso ni los dolores, ni las lágrimas, ni la temible muerte. ¡Oh qué dulce y apacible es el poderoso patrocinio de María!

Alma mía, ¿quieres sanar de todas tus dolencias, así espirituales como corporales? Ocorre con presteza á la protección de María. María....., ¡qué dulce nombre!

## EJEMPLO.

Quando en el año de 1850 nuestra República era asolada por el terrible azote del *coleramorbis*, experimentó la ciudad de León de los Aldamas de una manera bien sensible el poderoso patrocinio de nuestra Madre Santísima de la Luz. Desde los primeros días de este año se notaron algunos casos de esa terrible enfermedad, pero su desarrollo comenzó el día 19

<sup>1</sup> Job, cap. vi, vers. 10.

de Marzo dentro de los límites de la parroquia. Desde esa fecha comenzó á causar más ó menos estragos en aquella feligresía; si bien es cierto que el número de muertos diarios no guardaba proporción con el de los enfermos, ni éste con el de aquel numeroso vecindario; con todo, la prolongación de la peste, á la vez que hacía muchas víctimas, difundía un terror pánico entre todos los vivientes.

En estas tristes circunstancias, el señor Cura, licenciado D. José Ignacio Aguado, lleno de aquel caritativo celo que lo animaba por la salud espiritual y corporal de sus amados feligreses, dispuso, entre otras cosas, se hiciese una solemne procesión del Santísimo Sacramento para impetrar de su misericordia el remedio del mal que nos afligía. Al siguiente día de dicha procesión disminuyó notablemente el número de muertos, pero no cesó la peste. Y es que el Divino Hijo de María quería ceder la gloria del triunfo á su dignísima Madre, justamente aclamada por la Iglesia «salud de los enfermos». Comprendiendo esto el mencionado Sr. Cura, lleno de fe y de confianza en nuestra Madre Santísima de la Luz, patrona del mismo lugar, de acuerdo con el venerable Clero, ilustre Ayuntamiento y pueblo hizo voto de solemnizar para siempre todos los años los tres días que preceden al de la gloriosa Asunción de la Santísima Virgen, con rogativas y letanías solemnes en honor de la misma Madre de Dios. ¡Cosa admirable! Concluidas las rogativas de ese mismo año, el día 14 de Agosto desapareció como por encanto el terrible azote. En memoria de este señalado beneficio mandó fijar el Sr. Cura una lápida con la inscripción correspondiente,

en el templo de Nuestra Señora de los Angeles de la misma ciudad, como cualquiera lo podrá observar.



## DÍA XXIII.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque es Refugio de los pecadores.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que son muy justos los temores que tiene el hombre delincuente de presentarse ante el inexorable Juez á quien ha ofendido, y cuya desfavorable sentencia lo ha de condenar inevitablemente á padecer eternos tormentos. En esta triste situación, un rayo de esperanza viene á ilustrar su entendimiento y á herir profunda, pero dulcemente, su agustiado corazón; y es que se presenta á su espíritu un abogado que intercede á su favor. No es el amigo, el conocido ó el hermano quien se interesa por el buen despacho de su causa; es la misma Madre del Soberano Juez la que interpone sus ruegos, interesa su poderoso influjo; es María quien aboga en su favor.

Pecadores, seáis quienes fuereis, dad gloria á Dios y bendecid á su Santísima Madre, que tan bondadosa se muestra interponiéndose entre vosotros y Dios ofendido. ¡ Ah!, por cierto que merecáis ser castigados severamente por vuestros excesos; muy justo es el temor que debéis tener de un Dios vengador de sus injurias; esta consideración os debe retraer de

presentaros ante el «León terrible de Judá», ante aquel que pesa hasta las más pequeñas acciones de los hombres en las balanzas del Santuario. Mas ¡ay!, respirad, tened confianza, porque se buena Madre dirige hacia vosotros sus piadosas miradas, os tiende benévola sus amorosos brazos; ella ruega por vosotros; no pereceréis.

María ha entrado más que ninguna otra criatura en los amorosos y tiernos sentimientos del Corazón sagrado de Jesús, que infinitamente más que nadie se ha interesado en la salvación de los hombres. Pruebas concluyentes y aun palpitantes existen de su caridad sin límites, hasta hacerse objeto de acres reconvenções por parte de sus enemigos. Pues María en el cielo conserva el corazón sensible que tenía en la tierra, y no puede ver con indiferencia que se pierdan unas almas que tan caro le han costado á su Divino Hijo y á ella. «Su misericordia, dice San Buenaventura, no ha hecho sino aumentar con su gloria; y ahora que reina con Jesús, esta conmiseración es tanto mayor, cuanto más á descubierto ve María la desgracia de los hombres.»

Por esto los Santos Doctores ensalzan sin medida su piadosa conmiseración con los pecadores. San Efrén la llama «el recurso más poderoso de todos los pecadores, y el puerto más seguro de cuantos han naufragado». «¡Oh María!, vos sois su única esperanza», exclama San Agustín. «Yo consiento en que no se haga ya más mención de vuestra misericordia, dice San Bernardo, si jamás puede alguno decir que la ha implorado en vano.» «¡Oh María!, prosigue San Buenaventura, aun cuando el pecador llegara á ser la escoria del género

humano, no por eso os causaría horror; antes bien, le acogeríais con maternal ternura, sin pasar hasta tanto que lo hubieseis reconciliado con su tremendo Juez. » Bendita seáis, ¡oh dulce Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra!

Aquellos animales impuros á los ojos de la ley judaica que vió San Pedro en un rapto de espíritu, santificados por la palabra del Señor, ¿qué otra cosa significan sino tantos pecadores convertidos y purificados por la poderosa intercesión de María? « ¡Oh! ¿quién puede dudar, dice un sabio y piadoso escritor, que sois para los más grandes pecadores un asilo mucho más seguro que en tiempos antiguos la ciudad de Bethsura para los que habían abandonado la ley del Señor, y que el altar que Adonías tenía abrazado para librarse del enojo del Rey Salomón? ¡Oh! y cuántas veces desarmado el Juez por vuestra favorable mediación ha podido deciros como David á Abigail: «no ser por vos, hoy es el día que hubiera castigado de muerte á ese culpable. »

¡Oh alma mía, cuántos favores debes á tan bondadosa Medianera! Esfuérzate, pues, en corresponder tantas finezas sirviéndola con humildad, prontitud y perseverancia; arrójate sin reserva en el maternal seno de su misericordia, que ella tendrá cuidado de ti, así en el tiempo como en la eternidad.

## EJEMPLO.

Una mujer de muy mala vida llegó por fin á conocer, en tiempo de las misiones, el infelícísimo estado de su alma, por lo que determinó, con el auxilio de la divina gracia, mudar de conducta. Comenzó por hacer una hu-

milde confesión de sus culpas, y entre otras prácticas piadosas á que se entregó, una de ellas fué rezar diariamente doscientas *Ave-marias* á nuestra Madre Santísima de la Luz. No quedó sin recompensa esta devoción, porque al cabo de algún tiempo, la Santísima Señora en sueños le anunció la proximidad de su muerte para que se preparara. Llegóse el plazo prefijado, y el demonio, viendo que se le escapaba para siempre aquella alma, puso en juego cuantas baterías le sugiere su malicia para combatirla. Por de pronto, el maldito había logrado su intento reduciéndola al extremo de la desesperación, hasta que el párroco del lugar, como último recurso, apeló al patrocinio de nuestra Madre Santísima de la Luz, rezándole, en compañía de los circunstantes, una *Avemaria*, con lo que logró que la tierna Madre de los pecadores tranquilizase aquella alma, la hiciese conocer el engaño del enemigo y se reconciasse con su Dios; y así, después de haber recibido los Santos Sacramentos con inequívocos signos de piedad, murió en paz.



DÍA XXIV.

MEDITACIÓN. ®

*Marta Madre de la Luz porque es consuelo de afligidos.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que este mundo es una escuela de infortunios, en donde á cada paso se tejen las desgracias, dolores y aflicciones que gra-



humano, no por eso os causaría horror; antes bien, le acogeríais con maternal ternura, sin pasar hasta tanto que lo hubieseis reconciliado con su tremendo Juez. » Bendita seáis, ¡oh dulce Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra!

Aquellos animales impuros á los ojos de la ley judaica que vió San Pedro en un rapto de espíritu, santificados por la palabra del Señor, ¿qué otra cosa significan sino tantos pecadores convertidos y purificados por la poderosa intercesión de María? « ¡Oh! ¿quién puede dudar, dice un sabio y piadoso escritor, que sois para los más grandes pecadores un asilo mucho más seguro que en tiempos antiguos la ciudad de Bethsura para los que habían abandonado la ley del Señor, y que el altar que Adonías tenía abrazado para librarse del enojo del Rey Salomón? ¡Oh! y cuántas veces desarmado el Juez por vuestra favorable mediación ha podido deciros como David á Abigail: « no ser por vos, hoy es el día que hubiera castigado de muerte á ese culpable. »

¡Oh alma mía, cuántos favores debes á tan bondadosa Medianera! Esfuérzate, pues, en corresponder tantas finezas sirviéndola con humildad, prontitud y perseverancia; arrójate sin reserva en el maternal seno de su misericordia, que ella tendrá cuidado de ti, así en el tiempo como en la eternidad.

## EJEMPLO.

Una mujer de muy mala vida llegó por fin á conocer, en tiempo de las misiones, el infelícísimo estado de su alma, por lo que determinó, con el auxilio de la divina gracia, mudar de conducta. Comenzó por hacer una hu-

milde confesión de sus culpas, y entre otras prácticas piadosas á que se entregó, una de ellas fué rezar diariamente doscientas *Ave-marias* á nuestra Madre Santísima de la Luz. No quedó sin recompensa esta devoción, porque al cabo de algún tiempo, la Santísima Señora en sueños le anunció la proximidad de su muerte para que se preparara. Llegóse el plazo prefijado, y el demonio, viendo que se le escapaba para siempre aquella alma, puso en juego cuantas baterías le sugiere su malicia para combatirla. Por de pronto, el maldito había logrado su intento reduciéndola al extremo de la desesperación, hasta que el párroco del lugar, como último recurso, apeló al patrocinio de nuestra Madre Santísima de la Luz, rezándole, en compañía de los circunstantes, una *Avemaria*, con lo que logró que la tierna Madre de los pecadores tranquilizase aquella alma, la hiciese conocer el engaño del enemigo y se reconciasse con su Dios; y así, después de haber recibido los Santos Sacramentos con inequívocos signos de piedad, murió en paz.



DÍA XXIV.

MEDITACIÓN. ®

*Marta Madre de la Luz porque es consuelo de afligidos.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que este mundo es una escuela de infortunios, en donde á cada paso se tejen las desgracias, dolores y aflicciones que gra-

vitan sobre la triste humanidad. Como peregrinos en este valle de miserias y de lágrimas, no tenemos ciudad permanente ni gusto verdadero, porque nuestro patrimonio es el dolor, la pobreza, el llanto, la muerte misma. ¡Ay! si sólo existiéramos para padecer, ¡qué triste, qué desesperada fuera nuestra situación! Pero no; estos sufrimientos, al paso que nos humillan, elevan nuestro espíritu sobre todo lo visible, alientan nuestra esperanza para apetecer y aguardar el reino que nos está prometido, y nos dan fuerza para padecer con resignación y gusto hasta que llegue el momento fijado en los eternos decretos que nos ponga en posesión de la felicidad que esperamos.

Dios, en su providencia admirable, nos ha hecho un magnífico presente que mitiga nuestras penas; éste es el tierno y compasivo corazón de su Madre, pues haciéndola también nuestra, se identifica con sus hijos y llora con los que lloran. ¡Qué caridad tan inefable! ¡Qué consuelo tan dulce para un cristiano!

Sólo el recuerdo de vuestro santo nombre, ¡oh María!, disipa nuestras dudas, ahuyenta nuestros temores, endulza nuestro espíritu. Como que Vos, aun siendo tan santa, aprendisteis á sufrir y á compadeceros de nuestras miserias en la escuela del infortunio y del dolor. Porque ¿quién como Vos ha apurado hasta las heces el amargo cáliz de los sufrimientos? ¿Quién, sino Vos, ha sido sumergida, en el profundo mar de penas, en la pasión sangrienta y dolorosa muerte de vuestro Hijo? ¿Y quién no se admira de vuestra resignación, de vuestra serenidad y total abandono á la voluntad divina? ¿No quedará bas-

tantemente consolado cualquier pecador, y aun conforme en sus padecimientos, al ver que la Madre de Dios, siendo tan pura y tan santa, así padece? Por otra parte, ¿quién no se consuela al considerar las vivas simpatías y tierno afecto que hacia nosotros existen en el corazón sensible de María?

La bondad y suavidad inherente á todas sus palabras durante su mortal carrera, son comparadas por el divino Esposo á cuanto hay de más agradable en la naturaleza: «Tus labios, dice, son el panal que destila la miel; la leche y la miel destilan de tu lengua.» Y para mostrar la dulzura que encierra en sí María para con nosotros, como enajenado el mismo Espíritu Santo, la dice: «Levántate, ven, amada mía; resuene tu voz en mis oídos, pues tu voz es la dulzura misma.» Por lo que San Bernardo dice «que todo respiraba benignidad y beneficencia, haciéndose toda para todos y mostrando á cada uno su caridad inagotable. ¡Oh María! ¡Oh Madre de indecible amabilidad! Vuestro solo nombre penetra siempre el corazón de una santa emanación de esa suavidad divina con que el Señor ha enriquecido vuestra hermosa alma. No, ni en el cielo, ni entre todos los santos, se halla un solo corazón que se apiade de nuestras miserias como el de esta bienaventurada Virgen María.»

Atrojémonos llenos de confianza en el maternal seno de María; hagámosle presentes nuestras miserias, especialmente las espirituales, porque ella, dice San Juan Damasceno, es el más dulce consuelo en las angustias y el remedio más seguro en los dolores morales. ¿Quién podrá medir, ¡oh Virgen siem-

pre bendita!, la longitud, latitud y profundidad de vuestra beneficentísima caridad? Ella ha nacido con Vos, siendo para los hombres antes de la fundación de la Iglesia semejante á la estrella de la mañana; después, como la luna llena, y, finalmente, en vuestra Asunción gloriosa, como claro y hermoso día. Por eso son para nosotros tan dulces las palabras que la santa Iglesia con frecuencia la dirige: «Vida, dulzura, esperanza nuestra.» ¡Ay! Sin Vos, sin vuestra intercesión, el divino Asuero llevaría á efecto nuestra ruina; pero Vos suspendéis sus justas iras y nos lo convertís en clementísimo Padre; Vos arrancáis de sus manos el azote y hacéis que luevan sobre nosotros sus misericordias.

## EJEMPLO.

Carlos Miserando de Petralia padecía un dolor vehementísimo en la región inferior del vientre, que lo tenía reducido al último extremo de la vida, sin que medicina alguna fuese bastante á proporcionarle siquiera algún alivio. Conociendo, pues, la insuficiencia de la medicina, ocurrió al poderoso patrocinio de nuestra Madre Santísima de la Luz, ungiéndose la parte dolorida con el aceite de la lámpara que ardía ante la sagrada imagen, y haciendo voto de visitarla cuando se restableciese de sus males. No tardó mucho en recibir la gracia que deseaba porque arrojando todos los humores acres y malignos que lo atormentaban, instantáneamente quedó completamente sano.



## DÍA XXV.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque es el auxilio de los cristianos.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que María es y ha sido siempre la protectora más decidida de los verdaderos discípulos del Crucificado; pero principalmente ha ostentado su protección en circunstancias difíciles para el pueblo cristiano. Protección singular y visible, que le ha merecido el título de *auxilio de los cristianos*, con que le invoca la Iglesia en sus preces públicas.

El islamismo amenazaba invadir la Europa y destruir la cristiandad en el siglo XVI. Una flota formidable se ostentaba con orgullo, con el signo de la media luna, en el golfo de Lepanto; los navíos de los pueblos fieles, aunque inferiores en número, se colocan sin vacilar, bajo los auspicios de María, al frente de ella, en orden de batalla, y su jefe, Juan de Austria, hace voto de ir á visitar en persona el augusto santuario de Loreto. Entretanto la ciudad de Roma celebraba dentro de sus muros las solemnes procesiones del Rosario, y hacía los votos más ardientes por el triunfo de la armada católica, cuando he aquí que de repente el Santo Pontífice Pío V exclama: «La flota cristiana ha vencido.» En efecto, poco después se recibe la noticia oficial de la completa derrota de los musulmanes, y en memoria de tan magnífico testi-

monio de la protección de María, el mismo Santo Pontífice enriquece las letanías, que con tanto placer cantamos en honor suyo, con esta invocación: *Auxilio de los cristianos, rogad por nosotros.* Título hermoso, ¡oh María!, que os habéis servido justificar tantas veces después de la inmortal jornada de Lepanto.

Testigos son de esta verdad los triunfos obtenidos por las armas cristianas contra las musulmanas en Viena en el siglo XVII, y en la isla de Corfú en tiempo de Carlos VI. « Pero no era suficiente, dice un autor contemporáneo, para la gloria de la Santísima Virgen: la Providencia quería que su título de *Auxilio de los cristianos* fuese consagrado por una fiesta especial. El Papa Pío VII, en su larga y dolorosa lucha contra el príncipe y capitán más terrible de los tiempos modernos, no había cesado de invocar á esta celestial *auxiliadora*. No se frustró su confianza. Napoleón, este soberbio coloso, cayó por fin; el venerable anciano entró triunfante en la ciudad eterna, y quiso que el día aniversario de su regreso á la capital fuese todos los años solemnizado con la fiesta especial de María, *Auxilio de los cristianos*.

Sí, auxilio constante, auxilio poderoso, auxilio universal, auxilio contra la fuerza de las armas, contra las violencias del poder político, contra toda clase de tempestades y persecuciones que pueda levantar el infierno contra los verdaderos creyentes. Como que todo obedece ó su imperio, según la frase de San Antonio; como que su solo nombre lo puede todo, es todopoderoso después de Dios, según la expresión de San Buenaventura.

¡Oh María! Salvadnos de todos los peligros que nos amenazan, para celebrar con júbilo tu santo nombre.

## EJEMPLO.

Hacia ya ocho años que sor Damiana Ventimillia padecía de un insulto epiléptico, sin poder conseguir alivio alguno de sus males por más medicinas que se le aplicasen. Desahuciada de los médicos, tomó por último recurso encomendarse fervorosamente á nuestra Madre Santísima de la Luz, y signándose la frente con el aceite de la lámpara que ardia ante la santa imagen, logró la completa sanidad que tanto deseaba.

## DÍA XXVI.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz  
por su incorruptibilidad de alma y cuerpo.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera cuán conveniente y necesario era para el esplendor de la Virgen Madre que el casto seno que el Hijo de Dios había escogido por morada, fuese inalterable, y por decirlo así, inaccesible á toda corrupción, como santuario exclusivamente dedicado á la Divinidad. En efecto: la fe nos enseña que María fué siempre Virgen, de manera que la hermosa flor de su virginidad conservó hasta el último de sus días la hermosura y fragan-

cia que tuviera el día de su nacimiento. Digo más; la virginidad de María «ha recibido con el nacimiento milagroso del Salvador cierta consagración divina.» He aquí la fuente pura de donde fluyen esas cristalinas aguas preservadas de la corrupción por el brazo del Omnipotente. Este es el jardín á cuya puerta vela incesantemente el querubín, impidiendo la entrada á toda imperfección.

Mas aunque la fe no nos obligase á creer estas verdades, ¿quién es el fiel que no reconoce en María el verdadero templo en que se ha dignado habitar el Eterno? ¿Quién es el que al considerar que habiendo habitado el Verbo del Padre por nueve meses en el seno de María, no vea que era indecoroso, así para esta feliz hija de Adán como para el mismo Dios, imaginar siquiera una profanación de ese santuario? Y si el Señor hizo honorables todos los lugares donde se sirvió manifestarse á los hombres, ¿cuánto más honorable no sería la casa, el palacio que él mismo fabricó para habitar real y substancialmente entre los mismos hombres, cuya naturaleza se dignó tomar? ¿Qué injuria tan grande se haría á Dios con sólo pensar que Su Majestad no había preservado de toda corrupción su templo vivo! ¿Qué injuria se haría á María si se supusiese que había sido capaz de profanar ella misma el lugar que el Hijo de Dios había santificado! No : de ninguna suerte podía la Madre de Dios ser reo de un sacrilegio tan enorme; «ella, por el contrario, dice San Jerónimo, ha permanecido siempre santa de alma y de cuerpo y eternamente Virgen.» «María es la Señora de la virginidad, añade San Ambrosio, cuya gloria no ha sufrido en ella el

menor eclipse;» y San Pedro Crisólogo concluye : «Con el parto del Hombre-Dios, su pureza no ha hecho más que aumentarse, su castidad ha tomado un nuevo lustre, y su virginidad se ha hecho más inviolable.»

¿Qué lección tan clara y luminosa nos da María sobre la conducta que debemos observar los que tenemos la dicha de asociarnos á sus glorias de la maternidad divina en la santa comunión que recibimos! El que viene á nosotros y se une íntimamente con nuestras almas en este Sacramento admirable es el mismo Hijo de Dios y de María. ¿Qué morada tan decente debemos prepararle! Y una vez que hemos tenido la dicha de recibirle, ¿cómo nos atreveremos á profanar un cuerpo y un alma santificados, no sólo con la presencia, sino con la más estrecha unión de un cuerpo virginal, de una sangre preciosísima, de un alma santísima; en fin, de todo un Dios? Es necesario carecer, no solamente de fe, sino hasta de sentido común, para no conocer la fealdad que encierra delito tan enorme.

Alcanzados la gracia, ¡oh María!, de ser siempre puros á los ojos de Dios y vuestros para ser digna morada de vuestro Hijo. ®

## EJEMPLO.

Un pobre sacerdote de Castagyrón llevaba ya dos años de ser atormentado de los infernales espíritus, cuando á 28 de Febrero de 1732 vino á dicha ciudad un misionero de la Compañía de Jesús á predicar la Cuaresma, y trafa consigo la imagen de nuestra Madre Santísima de la Luz. El exorcista, que hasta

allí había trabajado casi en vano, concibió muy fundadas esperanzas de conseguir su intento con la presencia de la Santísima Virgen. Por lo que tanto él como el energúmeno ocurrieron al patrocinio de la Señora; y el día último de una novena que le hicieron, los demonios, à su pesar, tuvieron que obedecer al precepto expulsivo de la Iglesia, que, en nombre de nuestra Madre Santísima, les intimó el exorcista, dejando para siempre libre al obseso.



DÍA XXVII.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque es espejo de justicia.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que así como en un espejo material se concentran y reflejan todos los rayos del sol, del mismo modo en María admirablemente resplandece el brillo de la Majestad divina. El Verbo eterno es la imagen y resplandor de la gloria del Padre, y María es la que refleja en sí misma con toda la fidelidad posible los atributos adorables de este Verbo hecho carne. Ella es la más parecida à su divino Autor, como destinada à ocupar el primer lugar entre todas las obras de sus manos, y à «estar, según la expresión de San Anselmo, sobre todo lo que no es Dios». Por lo que «quien contempla à María, dice San Pedro Crisólogo, sin sentirse enajenado, arrobado,

DÍA XXVIII.

MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque es vaso digno de todo honor.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que así como un vaso es tanto más apreciable cuanto más rica y exquisita es la substancia que en él se contiene, del mismo modo nuestro cuerpo, aunque vaso vil y corruptible, tanto más digno de honor y estimación es, cuanto mayores son las prendas que adornan el alma que contiene. Siendo, pues, el alma purísima de María la más hermosa después de la de Jesús que ha salido de las manos de Dios, claro, clarísimo es que la estimación y mérito de su virginal cuerpo es sobre toda ponderación.

— Es verdad que Abraham y Loth tuvieron la dicha de hospedar unos ángeles en su casa, que representaban al Hijo de Dios; es verdad que à Moisés fué concedido penetrar por la obscuridad de la nube y tratar familiarmente con Dios ó con el ángel que lo representaba, entre los relámpagos y truenos del Sinaí; es verdad que Elías escuchó y vió patentes signos del poder divino; es cierto que Zaqueo tuvo la dicha de hospedar en su casa al Salvador del mundo, y que Lázaro y su familia no solamente lo hospedaban, sino que recibieron de su Majestad muy señaladas pruebas de benevolencia y cariñosa amistad; pero à ninguno de estos santos personajes dispensó

el honor que á María, de la cual quiso tomar el ser de hombre para morir por el hombre.

A la presencia de este singular favor, ya no extrañamos las frases que usan los Santos Padres cuando en María saludan el casto vientre en que por nueve meses habitó el Hijo de Dios. «La carne de María, dice San Agustín, es la carne misma de Jesús.» «Es un cielo vivo el santuario corporal de la plenitud de la divinidad», prosigue San Pedro Damiano. «El Señor, añade Santo Tomás de Villanueva, al hacer de una hija de Adán su Madre, la ha elevado á tal grandeza, que ninguna mirada del hombre, ni aun la del ángel, pueden alcanzar.»

Muy dignos son de nuestro respeto y veneración los vasos en que se conserva la Sacrosanta Eucaristía; pero ¿qué comparación puede haber entre unos vasos materiales, por preciosa que sea la materia de que están formados, con el vaso viviente y purísimo de María? ¡Ah! ese cuerpo es por excelencia el vaso escogido por el Señor de un precio infinitamente superior al de un vaso de oro enriquecido de piedras preciosas; es una carne tan pura y santa, que después de haber llevado á Dios en sí mismo de una manera tan digna, bien lejos de sufrir la corrupción del sepulcro, ha sido, al contrario, glorificada por la resurrección como el cuerpo de su divino Jesús, según la piadosa tradición de la Iglesia.

Aquí es preciso que avivemos nuestra fe, considerando que también nuestros cuerpos, aunque corruptibles, son elevados á un sublime honor en la santa Comunión. En efecto: por la participación del cuerpo y de la sangre

de Jesús, no sólo se convierte nuestro cuerpo en vaso más precioso y honorable que los que en el Sagrario contienen las especies sacramentales, sino que por una dignación inefable queda unido real y substancialmente con el cuerpo del Hombre-Dios. ¡Qué respeto no debo tener á este vaso vivo santificado con la presencia y unión de mi Jesús! ¡Me atreveré á profanarlo en la sucesivo con pensamientos indecentes, palabras obscenas ó con acciones inmundas? ¿Seré tan temerario que viole el santuario que se ha escogido la Divinidad para habitar?

¡Oh Santa Madre de Dios! Rogad por mí, y seré santo.

## EJEMPLO.

Un hombre que en todo el discurso de su vida había callado por vergüenza en la confesión algunos pecados mortales llegó por fin á verse reducido al último extremo de la vida; pero ni aun así se atrevía á confesarse. ¡Oh fuerza de la mala costumbre! En estos críticos momentos para su alma recibió con la indignidad acostumbrada los Santos Sacramentos; y al entrar en agonía no podía disimular los fuertes estímulos de su conciencia agitada. Pronunciaba con frecuencia palabras de desesperación, que los circustantes atribuían á delirios de un cerebro débil é imaginación exaltada. Mas el sacerdote que estaba á su cabecera, sospechando que fuese otra la causa de aquella inquietud y turbación de ánimo, y conociendo que por momentos se aproximaba la muerte, ocurrió al auxilio de María aplicando al moribundo una imagen de nuestra Madre Santísima de la Luz, con lo que con-

siguió que el enfermo se resolviese á declarar, en una confesión general que hizo en los últimos momentos, los sacrilegios de que por tanto tiempo habia sido reo, y habiendo recibido la absolución sacramental, murió en paz, dejando fundadas esperanzas de su salvación.

DÍA XXIX.

MEDITACIÓN.

*Maria Madre de la Luz por la esclarecida devoción que tuvo.*

PUNTO ÚNICO.

Considera que la devoción verdadera, según San Francisco de Sales, consiste, no solamente en amar á Dios de cualquier modo, sino con tal perfección, que no sólo nos hace obrar el bien, sino practicarle con cuidado, con frecuencia y prontitud. ¿Quién podrá imaginar, ni menos describir con palabras la que animaba el corazón purísimo de María? ¿Quién será capaz de figurarse aquella su ferviente oración, su íntima unión con Dios, su silencio de éxtasis, su paz, su alegría espiritual tan suave y deliciosa, sus continuas aspiraciones á su muy amado, la santidad de los pensamientos, la pureza de sus afectos y deseos, y su decisión tan generosa, magnánima y absoluta por la gloria de su Criador?

Templo de Jerusalén, portal de Belén, humilde casa de Nazareth, sitios preciosos para nuestra fe, decidnos: ¿cuántos suspiros, cuán-

tas lágrimas de dolor, de amor y de ternura derramó María en vuestros pavimentos? ¿Cuál fué el incendio de su caridad con Dios y con sus prójimos? ¿Hasta dónde ascendió lo sublime de su contemplación, el mérito de su humildad, de su paciencia, de su resignación en la voluntad divina? En una palabra: reféridme lo que hayáis presenciado. Pero ¡ah! que vuestra admiración, aun al cabo de diez y nueve siglos, no os permite articular palabra.

Si la reina Esther se atrevía á decir á Dios: «Vos sabéis que jamás halló vuestra sierva su alegría y su dicha sino en Vos sólo»<sup>1</sup>; si el santo rey David podía afirmar de sí mismo que «nunca se apartaba de sus labios la alabanza del Señor»<sup>2</sup>; si San Pablo ha podido decir: «Vivo, mas ya no soy yo quien vive, es Jesucristo quien vive en mí; vivo devorado por el deseo de ver rotos los vínculos de mi cuerpo, para unirme por siempre jamás á El»<sup>3</sup>; si un Felipe Neri, un Francisco Javier, una Magdalena de Pazzi y otra multitud de santos á quienes el Señor se dignó favorecer de un modo especial, no pudiendo sufrir los incendios amorosos del divino fuego que ardía en sus corazones, se vieron obligados á exclamar: «Basta, Señor, basta»; ¿qué deberemos decir de la augusta Madre del Redentor, á quien los santos llaman «horno, brasero del amor divino»; á quien el mismo sagrado Esposo compara «á una lámpara de fuego y de llamas?»

<sup>1</sup> Esth., cap. xiv, vers. 18.

<sup>2</sup> Prov., cap. xxxviii, vers. 2.

<sup>3</sup> Ad Galat., cap. ii, vers. 20; ad Philip., cap. i, vers. 23.



Porque en verdad que si no somos capaces de comprender todo el fuego de caridad, de virtud y devoción que consumía el corazón inmaculado de la Virgen, ya desde el primer instante de su preciosa vida, menos podremos formarnos ni aun idea de lo que fué después en el discurso y fin de ella. Los mismos ángeles y serafines, dice San Bernardo, quedan absortos por el ardor y resplandor de la santa llama de su devoción: Sólo Vos misma, ¡oh María!, no dáis alguna idea de ella cuando exclamáis: « Mi alma se halla enajenada en Dios mi Salvador. »

¡Oh dulce y tierna piedad cristiana!, exclamaré con un devoto autor. Tú, que eres el principio y apoyo de todas las magníficas obras de caridad; tú, que das la resignación al corazón desgarrado de dolor, y la fuerza á la alma que la desesperación embiste; tú, que de los ojos del arrepentimiento haces manar lloros mezclados de mil consuelos y lágrimas casi celestiales de los ojos de la inocencia embriagados del amor divino. ¡Ven, ven, y penetranos de tu unción preciosa! ¡Ven, y haz de nosotros tantos vasos de honor y santidad útiles para el servicio del divino Maestro, y preparados para toda clase de buenas obras! Merezcamos á tu celestial influencia que todos nuestros miembros sean en la mano de Dios como armas de justicia para combatir y vencer el pecado, y que se hagan nuestros cuerpos una hostia viva, santa y agradable á sus ojos.

Y Vos, ¡oh María!, vaso más rico y precioso que el que contenía el maná; más brillante y resplandeciente que el candelero de oro que ardía constantemente delante del Arca del

Señor; más incorruptible que las maderas de setim de que estaba formado el tabernáculo, y más fragante que el thymiana que se consumía á la presencia del Dios de Israel; mira con ojos compasivos nuestras miserias y nuestra nada, y alcánzanos con tu intercesión te imitemos en la devoción, y seamos santos. Esto queremos y por esto anhelamos.

## EJEMPLO.

En Palermo enfermó gravísimamente un sacerdote de una fiebre aguda, acompañada de una angina que ahogaba al enfermo y de un tumor maligno en el pulgar de la mano izquierda, sin que las medicinas que se aplicaban surtiesen ningún efecto. Los médicos, convencidos de su insuficiencia, pero, por otra parte, hombres de mucha religiosidad, aconsejaron al enfermo ocurriese al patrocinio de nuestra Madre Santísima de la Luz, cuya imagen estaba expuesta en el colegio de San Javier de la misma ciudad. Hizolo así el desahuciado enfermo, quien por conducto de un hermano suyo envió un presente á la santa imagen: lleno de fe viva se aplicó á las partes dañadas una estampa de la misma Señora, y á la mañana siguiente, con gran admiración de los médicos, se encontró en perfecta sanidad de todos los males que lo aquejaban.



## DÍA XXX.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz por ser casa de oro.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que es verdaderamente asombrosa la descripción que se hace en el libro III de los Reyes del templo de Jerusalén, que mandó construir Salomón al Dios de los ejércitos, al Dios de su padre David. Asombrosa, digo, así por la planta del edificio, como por los preciosos materiales empleados en su construcción; por la exacta ejecución de todas y cada una de sus partes, por el extraordinario número de trabajadores y por la profusión de los metales preciosos empleados en su adorno. Las cubiertas, las paredes, el pavimento, el arca, las mesas, los candeleros, los incensarios, los utensilios todos, no reflejan por doquier sino la hermosa brillantez del oro más exquisito y puro, de que estaban formados. Y con justicia, pues no era á un hombre, sino á Dios, á quien se preparaba aquella habitación. De manera que podía llamarse con propiedad « casa de oro ».

Más esta habitación contenía una profecía; era un emblema, un toscó bosquejo de la que en la plenitud de los tiempos debía servirle de morada. María era el objeto de aquella; esta Señora, en efecto, fué el templo vivo en que se dignó habitar el Dios Salvador; fué el palacio que se construyó el mismo Rey de los siglos. Al contemplar esta verdad siente mi,

espíritu un santo arrobamiento, me enajeno me pierdo, mi mente carece de ideas y mi lengua de palabras para expresar la dignidad, la riqueza, la hermosura de este Santuario del Dios vivo y verdadero; y lo más que puedo hacer es llamarla humildemente con la Iglesia « Casa de oro ». Y si ya desde antes que el Verbo Divino habitase en sus entrañas era una morada digna de Dios, ¿cuál quedaría después que el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, la ocupó personalmente nueve meses? ¿Cuál sería después que de la carne de María se hizo la carne del Hombre-Dios? Esta sublime alianza, dice un célebre escritor, esta unión inefable ha merecido á María el ser proclamada bienaventurada por todas las generaciones, por todos los profetas, por todas las potestades de los cielos; sí, dichosa en nuestro espíritu, dichosa en nuestro corazón y dichosa en todos los conciertos de nuestras alabanzas.

María es verdadera Casa de oro por su perfecta pureza sobre la de todos los ángeles y santos; verdadera Casa de oro por su perfecta y acrisolada caridad. ¿No excede la excelencia de su pureza, dice San Anselmo, sin comparación ninguna á la de todas las criaturas? ¿Quién puede dudar, añade San Agustín, que se hayan transformado enteramente en caridad las entrañas de María, en las cuales ha reposado corporalmente nueve meses Dios, que es la caridad misma?

¡Ay! ¡si fuésemos nosotros siquiera una sombra de lo que es María! ¿Por ventura, no es el mismo Hijo del Eterno Padre, el Salvador de los hombres, el Divino Emmanuel, quien posa en nuestro corazón cuando lo reci-

bimos Sacramentado? Pues ¿por qué no cuidamos de prepararle una habitación digna?... ¡Qué vergüenza! Nosotros, que escrupulizamos tanto por cortejar, por servir, por agradar á los grandes del mundo, sólo á Jesús tratamos con indiferencia, y, á decir verdad, con menosprecio. Enmendemos nuestra mala conducta, y seamos solícitos en prepararnos en lo sucesivo para recibir tan magnífico Huésped. Dadnos para esto vuestro poderoso auxilio, ¡oh María!, cubriéndonos con el oro de vuestra caridad y admirables perfecciones.

## EJEMPLO.

Solia un devoto de la Santísima Virgen rezarla cada día el rosario; y caminando un día con algunos, se adelantaron sus compañeros, y dando en manos de los ladrones, murieron miserablemente. Dió también él con los mismos, y ellos le acometieron con las espadas desnudas para matarle. Hincóse de rodillas, y pidió con voz trémula que le concediesen un breve espacio para pagar á la Virgen el tributo acostumbrado. Concediéronselo, y (cosa prodigiosa) apenas había comenzado á rezar sus oraciones á la Madre de Misericordia, cuando vieron los ladrones que caían de su boca flores blancas y encarnadas, y admirados del suceso, le concedieron la vida al devoto de la Reina del cielo.



## DÍA XXXI.

## MEDITACIÓN.

*María Madre de la Luz porque es la puerta del cielo.*

## PUNTO ÚNICO.

Considera que así como nadie puede ir al Padre sino por el Hijo<sup>1</sup>, así ninguno puede llegar al Hijo sino por María, su Madre. Y aunque Jesucristo ha dicho de sí mismo: «Yo soy la puerta»; no penséis por esto que cuando damos á María el título de «Puerta del cielo» detraemos algo á la dignidad y méritos de su Divino Hijo; porque, como escribe San Jerónimo: «Todo honor tributado á María, se dirige á la gloria de Jesús como á su fin»; y si «María tiene tanto poder, de Jesús es de quien lo tiene y con Jesús lo ejerce», asegura San Anselmo. Luego, cuando la Iglesia invoca á María llamándola «Puerta del cielo», es para honrar más al Hombre-Dios.

Porque, en efecto, ¿por quién sino por María ha descendido el cielo á la tierra? «Ella, dice el Papa San León, antes de concebir al Verbo en su seno, lo había concebido ya en su corazón.» ¿Quién ha hecho que apareciese sobre la tierra la bondad de Dios nuestro Redentor bajo la forma de siervo sino es María? ¿Quién sino esta buena Madre ha hecho que, mediante la Ascensión de su Divino Hijo á los cielos,

<sup>1</sup> Joan., cap. XIV, vers. 9.

<sup>2</sup> Idem, cap. X, vers. 9.

se abriesen á la pobre humanidad de par en par las puertas del Paraíso, cerradas hasta entonces por el pecado de Adán? « Si Dios ha bajado visiblemente á la tierra, dice San Agustín, ¿ no ha sido por María, con el fin de que merezcan los hombres subir al cielo por ella? ¿ Qué poderoso es vuestro auxilio, la dice un Santo Padre, oh dulce Virgen María, para con todos los que os imploran, suplicándoos humildemente que les ayudéis á hacerse dignos de entrar un día en la bienaventuranza celestial! » ; Oh! con cuánta razón dice San Anselmo : Por Vos es por quien los desterrados son llamados á su eterna patria! Porque Vos sois quien los ilumina, los conduce y los sostiene. « Vos sois, según el pensamiento del santo Obispo de Hipona, la Madre de todos los fieles que son miembros de Jesucristo; porque habéis cooperado con vuestra caridad á su nacimiento espiritual. Por lo que, concluye San Antonino, siguiendo á San Anselmo : « que tan imposible es que se salve aquel de quien apartareis vuestras miradas misericordiosas, como es cierto que obtendrá la justificación y la gloria aquel por quien Vos intercedáis. »

Si hemos trabajado, pues, por atraer hacia nosotros las misericordiosas miradas de María, alegrémonos en el Señor y no cesemos de darle gracias porque nos ha franqueado el camino que con tanta seguridad y suavidad conduce á la vida eterna. Porque, como dice San Juan Damasceno : « El Señor inspira una tierna devoción hacia María, á cuantos ha predestinado para la salvación. » Mas si, por el contrario, hallamos que hemos echado en olvido esta devoción, ó nos hemos entibiado

en ella, ó no la hemos tenido jamás, temamos y temblemos á la presencia del Supremo Juez de vivos y muertos, y con todas nuestras fuerzas procuremos volver cuanto antes al amable redil de la divina Pastora, de donde ingratos nos habíamos descarriado; ó si, por desgracia, nunca habíamos sido del número de sus ovejas, trabajemos por pertenecer á ellas, reparando con el fervor de nuestra reciente devoción todo el tiempo perdido y mal gastado. No temamos que María nos deseché, porque es toda bondad y misericordia, es la Madre de los más miserables pecadores. Aseguremos, por último, nuestra eterna predestinación con toda clase de obras buenas, y con un particular amor y devoción hacia María.

¡ Oh Santa Madre de Dios! Vos, que tan empeñada estáis en nuestra salud eterna, haced que seamos vuestros fervientes devotos todo el tiempo de nuestra vida, para ser vuestros eternos compañeros en la gloria. Así sea.

## EJEMPLO.

Un gran Doctor en Teología, de la Orden de Santo Domingo, tenía algunas dudas acerca de la virginidad de María. Ocupó muchos años su entendimiento en esta penosa consideración, hasta que Dios le envió Maestro. ¿ Á quien pensáis? ¿ Por ventura á algún teólogo insigne? No; al humilde Fr. Gil, de la Orden de San Francisco, el cual, sabiendo por revelación divina su tentación, hiriendo con el báculo con que se sustentaba la tierra, le previno con estas palabras : « Predicador, María es Virgen antes del parto »; y al punto

brotó de la tierra una blanquísima azucena. Volvióla á herir y añadió : « María es Virgen en el parto », y brotó otra azucena. Hirióla tercera vez y concluyó : « María es también Virgen después del parto », y brotó la tercera azucena. Y visto este milagro, el Doctor dominico depuso toda duda. — SEÑERI.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



Aprobada por la autoridad Eclesiástica.

## ÍNDICE.

	Páginas.
Al lector. . . . .	5
Noticia de la portentosa imagen. . . . .	7
Útil devoción para implorar diariamente á nuestra Madre Santísima. . . . .	23
Método de oír Misa, según Lavallo . . . . .	28
Diez minutos en presencia de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	47
Miércoles del año consagrados á su culto. . . . .	54
Alabanzas á nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	57
Canto de la Aurora, dedicado á la misma. . . . .	61
Bendiciones á María Santísima en la misma advocación. . . . .	64
Práctica de los siete sábados para venerarla. . . . .	66
Triduo para implorar el auxilio de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	79
Otro triduo más extenso. . . . .	84
Semana devota en honor de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	96
Primera Novena, en unión con los coros angélicos. . . . .	107

brotó de la tierra una blanquísima azucena. Volvióla á herir y añadió : « María es Virgen en el parto », y brotó otra azucena. Hirióla tercera vez y concluyó : « María es también Virgen después del parto », y brotó la tercera azucena. Y visto este milagro, el Doctor dominico depuso toda duda. — SEÑERI.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



Aprobada por la autoridad Eclesiástica.

## ÍNDICE.

	Páginas.
Al lector. . . . .	5
Noticia de la portentosa imagen. . . . .	7
Útil devoción para implorar diariamente á nuestra Madre Santísima. . . . .	23
Método de oír Misa, según Lavallo . . . . .	28
Diez minutos en presencia de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	47
Miércoles del año consagrados á su culto. . . . .	54
Alabanzas á nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	57
Canto de la Aurora, dedicado á la misma. . . . .	61
Bendiciones á María Santísima en la misma advocación. . . . .	64
Práctica de los siete sábados para venerarla. . . . .	66
Triduo para implorar el auxilio de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	79
Otro triduo más extenso. . . . .	84
Semana devota en honor de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	96
Primera Novena, en unión con los coros angélicos. . . . .	107

Segunda Novena. . . . .	118
Tercera Novena, del Dr. Alcocer. . . . .	132
Cuarta Novena de la Visitación, de D. M. Alcaraz. . . . .	154
Meditación sobre los sentimientos que debe inspirarnos la imagen. . . . .	197
Otra Meditación más breve. . . . .	202
Modo muy fácil para obsequiar y venerar á nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	207
Octava luciente. — Letanías de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	211
Mes de nuestra Madre Santísima de la Luz. . . . .	250





DE NUEV  
BIBLIOTEC

0